
De la tempestad surgieron...

Varios autores

Edición: Progreso

Lengua: Castellano.

Digitalización: Koba.

Distribución: <http://bolchetvo.blogspot.com/>



Índice

Anatoli Lunacharski.....	1
El Smolny en la gran noche aquella	1
Vladimir Bonch-Bruévich.	2
I. Como redacto Lenin el decreto sobre la tierra.	2
II. El escudo nacional soviético.....	3
Alexandra Kollontáy.....	5
El primer subsidio.....	5
Mijaíl Shólojov.....	7
EL GRANUJILLA.....	7
Alexandr Fadeiev.....	20
La exploración de Metelitsa.....	20
Vsevolod Ivanov.....	27
La letra "C".....	27
Abdulla Kajjar.....	31
Los ciegos ven la luz.....	31
Viera Inber.....	38
El delito de Nor-Bibi.....	38
Valentin Kataev.....	48
El sueño.....	48
Boris Lavreniov.....	51
El cuarenta y uno.....	51
A. Zórich.....	74
El agravio.....	74
Kornei Chukovski.....	81
El comisario del pueblo de instrucción pública.....	81
Konstantin Fedin.....	86
Mitia Pavlov.....	96
Yuri Guerman.....	97
Dzerzhinski y Rossol.....	97
Elizaveta Drabkina.....	104
Meditación.....	104
Vera Panova.....	107
Tres chicos ante un portal.....	107

ANATOLI LUNACHARSKI.

El académico A. V. Lunacharski (1875-1933) fue una relevante personalidad de la cultura soviética. A los 17 años ingresó en una organización socialdemócrata. Colaboró en los periódicos bolcheviques "Vperiod" (*Adelante*) y "Proletari" (*El Proletario*), bajo la dirección de V. I. Lenin. Después del triunfo de la Revolución de Octubre, desempeñó durante muchos años el cargo de Comisario del Pueblo de Instrucción Pública de la República Socialista Soviética Federativa de Rusia.

Lunacharski era un destacado tribuno y publicista, historiógrafo de las literaturas rusa y de Europa Occidental, autor de varias obras dramáticas y de brillantes ensayos críticos sobre la literatura soviética. Notoria es la alta estima en que tenía V. I. Lenin a Lunacharski. Decía: "Es hombre de excepcionales y abundantes dotes naturales. Siento por él debilidad... Le quiero, ¿sabe?, ¡es un camarada excelente!"

EL SMOLNY EN LA GRAN NOCHE AQUELLA

Todo el Smolny está profusamente iluminado. Una multitud excitada va y viene por los pasillos. En todas las habitaciones reina una agitación febril, pero el mayor torrente humano afluye, en verdaderos e impetuosos remolinos, al rincón del pasillo superior: allí, en la última habitación del fondo, se encuentra reunido el Consejo Militar Revolucionario. Unas cuantas muchachas, a pesar de estar rendidas de cansancio, saben hacer frente con heroísmo al fantástico embate de los que llegan a recibir aclaraciones y órdenes, a pedir algo o a quejarse de alguien.

Cuando uno caía en aquel torbellino, veía por todas partes rostros encendidos, manos que se tendían para tomar instrucciones o credenciales.

Encargos y nombramientos de enorme importancia hacíanse allí mismo; allí mismo eran dictados a las máquinas de escribir, que teclateaban sin pausa, y firmados con lápiz, apoyando el papel en la rodilla, mientras algún camarada joven, dichoso del trabajo encomendado, corría ya en automóvil a velocidad loca, rodeado de las tinieblas de la noche. En la última habitación del fondo, sin apartarse de la mesa ni un instante, unos cuantos camaradas enviaban sus órdenes, como raudales de energía eléctrica, a las ciudades sublevadas de Rusia, en todas direcciones.

No puedo recordar sin asombro ese pasmoso trabajo, y considero la actuación del Comité Militar Revolucionario en los días de Octubre como una de las muestras de la energía humana, demostrativa de las inagotables reservas que guarda un corazón revolucionario y de lo que es capaz éste cuando le llama la voz tonante de la revolución.

La sesión del II Congreso de los Soviets comenzó

por la tarde, en la Sala Blanca del Smolny.

Entre los reunidos reinaba un ambiente solemne, de fiesta. La emoción era inmensa, pero no había ni el menor asomo de pánico, a pesar de que se combatía en torno al Palacio de Invierno y de que sin cesar llegaban noticias del carácter más alarmante.

Al decir que no había pánico, me refiero a los bolcheviques y a la inmensa mayoría del Congreso que sustentaba sus puntos de vista. Por el contrario, los elementos "socialistas" de derecha estaban llenos de pavor y rabia, desconcertados y nerviosos.

Cuando se abrió al fin la sesión, se puso completamente en claro cuál era el estado de ánimo del Congreso. Los discursos de los bolcheviques eran acogidos con desbordante entusiasmo. Con ardientes muestras de admiración fueron oídas las intervenciones de los valientes marineros que se habían presentado allí para contar la verdad acerca de los combates que tenían lugar en torno al Palacio de Invierno.

¡Con qué interminable y atronadora ovación fue recibida la noticia, tan largamente esperada, de que el Poder soviético había penetrado al fin en el Palacio de Invierno y los ministros capitalistas habían sido detenidos! Entretanto, el teniente Kuchin, un menchevique que desempeñaba un papel de gran importancia en la organización del Ejército de aquellos tiempos, subió a la tribuna y nos amenazó con traer inmediatamente a Petrogrado los soldados de su Frente. Leyó unas resoluciones contra el Poder soviético, adoptadas por los ejércitos 1º, 2º, 3º... - siguió enumerando hasta el 12º, incluyendo el especial- y terminó amenazando de modo directo a quienes se habían atrevido a emprender la "aventura" de Petrogrado.

Aquello no asustó a nadie. Como tampoco infundió miedo el anuncio de que el mar campesino se levantaría encrespado ante nosotros y nos tragaría a todos.

Vladimir Ilich se sentía como el pez en el agua: alegre, trabajaba sin descanso y ya había escrito en un rincón los decretos sobre el nuevo Poder, llamados a convertirse algún día -ahora nos hemos cerciorado de ello- en las más relevantes páginas de la historia de nuestro siglo.

Añado a estas líneas, trazadas a vuela pluma, mis recuerdos acerca de la designación del primer Consejo de Comisarios del Pueblo. Eso tuvo lugar en una habitacioncilla del Smolny, donde los abrigos y los gorros de invierno estaban tirados sobre las sillas y todo y todos se arremolinaban en torno a una mesa débilmente iluminada. Íbamos eligiendo a los dirigentes de la Rusia renovada. Y a mí me parecía que la elección era con frecuencia demasiado casual: temía de continuo que era excesivamente grande la falta de consonancia entre las gigantescas tareas y los

hombres que se elegían para ellas, a quienes yo conocía bien y no me parecían preparados aún para el desempeño de una u otra especialidad. Lenin, con cierto aire de fastidio, se zafaba de mis observaciones al tiempo que me decía sonriente:

- Es de momento; luego, ya veremos; necesitamos gente de responsabilidad para todos los cargos; si no sirven, podremos sustituirlos.

¡Qué razón tenía! Unos, claro está, fueron sustituidos; otros quedaron en sus puestos. ¡Cuántos que habían emprendido no sin timidez el trabajo encomendado se mostraron luego, plenamente, a la altura del mismo! Algunos -no sólo de los espectadores, sino de los participantes en la revolución- sentían, como es lógico, vértigo ante las grandiosas perspectivas y dificultades que parecían insuperables. Lenin, con maravillosa serenidad de ánimo, examinaba las tareas a realizar y emprendía su cumplimiento como empuña el experto piloto el timón del enorme trasatlántico.

VLADIMIR BONCH-BRUÉVICH.

Es uno de los más viejos miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética. Participó activamente en las revoluciones de Febrero y Octubre de 1917. Durante muchos años colaboró con V. I. Lenin. Desde los primeros días de la Revolución hasta 1920, Bonch-Bruévich desempeñó el cargo de jefe de la Secretaría del Consejo de Comisarios del Pueblo. Con posterioridad, fue redactor-jefe de la Editorial "Zhizn y Znanie" (*Vida y Saber*), así como organizador y director del Museo Estatal de Literatura. Ha escrito numerosos trabajos de historia del movimiento revolucionario en Rusia, de historia, crítica literaria y etnografía.

I. COMO REDACTO LENIN EL DECRETO SOBRE LA TIERRA.

Cuando el Palacio de Invierno fue tomado por las tropas revolucionarias, bolcheviques, y Vladímir Ilich, que estaba muy inquieto por la lentitud de acción de nuestros jefes militares, respiró al fin aliviado, se quitó al instante el sencillo maquillaje del rostro y, rodeado de sus viejos amigos políticos, se presentó en la sesión del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado que esperaba la culminación de los acontecimientos.

No se puede comparar con un trueno, fue algo más grande, verdaderamente impresionante: una tromba de sentimientos humanos agitó la sala cuando Vladímir Ilich apareció en la tribuna. Se abrió la sesión. Y resonaron de nuevo los vivas, las aclamaciones, los gritos de júbilo... Así, impetuosa, rebotante de fogoso entusiasmo, transcurrió la histórica y famosa sesión.

Se dio por fin cima a todos los asuntos y, a altas horas de la noche, nos dirigimos hacia mi vivienda, para pernoctar allí. Cenamos un poco; después de cenar, procuré facilitar todo lo necesario para el descanso de Vladímir Ilich, el cual estaba excitado, pero evidentemente rendido de cansancio. A duras penas, se consiguió convencerle de que aceptase mi lecho, en una pequeña habitación independiente, donde tenía a su disposición una mesa escritorio, papel, tinta y libros.

Yo me acosté en la habitación contigua, en el diván, y decidí no dormir hasta que no estuviera completamente seguro de que Vladímir Ilich dormía ya. Para mayor seguridad, cerré bien con todas las llaves, cadenas y cerrojos las puertas de entrada y monté los revólveres, pensando que podían irrumpir en la vivienda y detener o matar a Vladímir Ilich, pues era aquella nuestra primera noche, solamente, ¡y todo se podía esperar! A prevención, anoté inmediatamente en un papel los números que yo conocía de los teléfonos de los camaradas, del Smolny, de los comités distritales obreros y de los sindicatos, no fuera a ser que se me olvidasen con las

prisas.

...Vladímir Ilich, en su habitación, ha apagado ya la luz eléctrica. Presto atención para comprobar si duerme. No se oye nada. Empiezo a conciliar el sueño y estoy a punto de quedarme dormido, cuando, de pronto, se enciende la luz en la habitación en que se encuentra Vladímir Ilich. Oigo que se levanta casi sin hacer ruido; entreabre silencioso la puerta de mi cuarto y, cercionado de que yo "duermo" (huelga decir que yo estaba en vela), se acerca cauteloso, de puntillas, para no despertar a nadie, a la mesa escritorio; se sienta a ella, abre el tintero y, después de extender unos papeles, se abisma en el trabajo...

Escribía, tachaba, leía, hacía acotaciones, poníase de nuevo a escribir; por último, empezó, al parecer, a pasar en limpio. Alboreaba ya, percibíanse los grises claros de la tardía alba otoñal petrogradense, cuando Vladímir Ilich apagó la luz, se acostó en el lecho y quedóse dormido.

Por la mañana, a la hora de levantarse, advertía a todos los de la casa que no hiciesen ruido, porque Vladímir Ilich había estado trabajando toda la noche y sin duda estaría sumamente cansado. De pronto, cuando nadie lo esperaba, salió de la habitación completamente vestido, enérgico, lozano, animoso, alegre y bromista.

- ¡Les saludo en el primer día de la Revolución Socialista! -dijo a todos, y su rostro no denotaba el menor cansancio, como si hubiera dormido magníficamente, pero en realidad, sólo había disfrutado de dos o tres horas de sueño, todo lo más, después de una jornada de veinte horas de espantoso trabajo. Cuando todos se reunieron para tomar el té y salió del cuarto Nadiezhda Konstantínovna -que también había pasado la noche con nosotros-, Vladímir Ilich sacó del bolsillo unas hojas de papel, escritas ya en limpio, y nos leyó su famoso "Decreto sobre la tierra".

- ¡Ahora, sólo hace falta promulgarlo, darlo a conocer y difundirlo ampliamente! ¡Y que prueben

De la tempestad surgieron...

entonces a volverlo atrás! Se quedarán con las ganas, no habrá Poder alguno capaz de quitar este decreto a los campesinos y de devolver la tierra a los terratenientes. Esta es una importantísima conquista de nuestra Revolución de Octubre. La revolución agraria será llevada a cabo y consolidada hoy mismo.

Cuando alguien le dijo que aún habría en los distintos lugares toda clase de desórdenes y luchas en torno a la tierra, respondió al instante que todo eso eran ya menudencias que se arreglarían, siempre que se comprendiese el verdadero fondo de la disposición y se penetrase en él. Y empezó a explicar con detalle que aquel decreto sería especialmente aceptable para los campesinos por haberlo basado en las peticiones contenidas en todos los mandatos de los campesinos a sus diputados y que habían sido recogidas en las recomendaciones generales al Congreso de los Soviets.

- Pero todos éstos eran socialrevolucionarios. Y por consiguiente, dirán que les hemos copiado -hizo notar uno de los presentes.

Vladimir Ilich se sonrió:

- Que lo digan. Los campesinos verán claro que nosotros apoyaremos siempre todas sus justas reivindicaciones. Debemos acercarnos por completo a los campesinos, a su vida y afanes. Y si se ríen algunos mentecatos, que se ríen. Nunca hemos pensado entregar a los socialrevolucionarios el monopolio sobre los campesinos. Somos el principal partido del gobierno, y, después de la dictadura del proletariado, la cuestión campesina es la más importante. Aquel mismo día, por la tarde, había que promulgar en el Congreso el Decreto sobre la tierra. Se decidió pasarlo inmediatamente a máquina y entregarlo a la imprenta, para que apareciese al día siguiente en los periódicos. En el mismo momento se le ocurrió a Vladimir Ilich la idea de hacer público el Decreto y de que fueran insertados en todos los periódicos, con carácter obligatorio, todos los comunicados del gobierno.

Se acordó imprimir inmediatamente el Decreto sobre la tierra en librito aparte, con una tirada de no menos de cincuenta mil ejemplares, y distribuirlo en primer término entre los soldados que volvían a las aldeas, pues por conducto de ellos el Decreto llegaría

con la mayor rapidez a lo más profundo de las masas. El acuerdo fue magníficamente cumplido en los días próximos.

Poco después nos dirigimos a pie hacia el Smolny; luego, tomamos el tranvía. Vladimir Ilich, al ver el orden ejemplar que reinaba en las calles, estaba resplandeciente de alegría. Con impaciencia, esperó la llegada de la tarde. Después de la aprobación por el Segundo Congreso de los Soviets de Rusia del Decreto sobre la paz, Vladimir Ilich dio lectura con singular claridad al Decreto sobre la tierra, que fue aceptado con entusiasmo y por unanimidad.

En cuanto lo aprobaron, lo envié con unos mensajeros a todas las redacciones de Petrogrado, y a otras ciudades lo mandé sin demora por correo y telégrafo. Nuestros periódicos lo habían compuesto previamente, y por la mañana temprano lo leyeron ya centenares de miles, millones de personas. Toda la población trabajadora lo acogió con júbilo. La burguesía lo recibió con silbidos de serpiente y ladridos de rabia en todos sus diarios. ¿Pero quién hacía caso de ellos entonces?

Vladimir Ilich estaba gozoso.

- Solamente esto -decía- dejará ya huella en nuestra historia para muchos, muchísimos años.

La época de fecunda labor creadora revolucionaria se iniciaba con gran éxito. Durante largo tiempo, Vladimir Ilich siguió mostrando su interés por el Decreto sobre la tierra; deseaba saber de continuo cuántos ejemplares del mismo, aparte de los periódicos, se habían repartido entre los soldados y los campesinos. El librito con el Decreto era reeditado muchas veces y distribuido gratuitamente en multitud de ejemplares no sólo en las capitales de provincia y cabezas de distrito, sino en todos los subdistritos municipales de Rusia.

El Decreto sobre la tierra llegó a ser, verdaderamente, conocido por todos. Quizá ninguna ley haya tenido en nuestro país tan amplia difusión como la alcanzada por este decreto, que constituye una de las leyes fundamentales de nuestra nueva legislación, socialista, a la que Vladimir Ilich dedicó tantas fuerzas y energías y a la que concedía tan enorme importancia.

II. EL ESCUDO NACIONAL SOVIÉTICO.

Crear el escudo nacional de nuestro País soviético era tarea de gran importancia, pues ese escudo debería diferenciarse radicalmente, por su contenido, de todo lo que encerraban los escudos de los estados capitalistas.

En la Secretaria del Consejo de Comisarios del Pueblo se recibió un proyecto de escudo, hecho a la acuarela. Tenía igual forma redonda y los mismos emblemas que ahora, pero en medio del mismo había una larga espada desnuda. Y parecía que la espada

aquella absorbía todo el dibujo. El pomo se perdía entre unos haces de trigo, en la parte inferior del dibujo, y la afilada punta se hincaba en los rayos de sol que cubrían toda la parte superior del ornamento general.

Vladimir Ilich se encontraba en su despacho conversando con Y. Sverdlov, F. Dzerzhinski y algunos otros camaradas cuando el proyecto de escudo fue puesto sobre la mesa, delante de él.

- ¿Qué es esto, el escudo?... ¡Será interesante

verlo! -y fijó su mirada en el dibujo, inclinándose sobre la mesa. Todos nosotros rodeamos a Lenin y nos pusimos a examinar con curiosidad el proyecto de escudo presentado por el dibujante de los talleres tipográficos de la dirección de emblemas y monedas del Estado.

El dibujo, en cuanto a su aspecto exterior, estaba bien hecho. Sobre un fondo rojo brillaban los rayos de un sol naciente, rodeados de un semicírculo de haces de trigo, en cuyo interior se divisaban con claridad una hoz y un martillo, mientras en el escudo, cruzándolo de abajo arriba, campeaba dominante, como advirtiendo a todos, una afilada espada de acero damasquino.

- ¡Es interesante!... -comentó Vladímir Ilich-. Tiene idea, ¿pero para qué esa espada? -y nos miró a todos.

- Peleamos, combatimos y seguiremos combatiendo hasta que quede afianzada la dictadura del proletariado y echemos fuera de nuestras fronteras a los guardias blancos y a los intervencionistas, pero esto no quiere decir que la guerra, los espadones, la violencia militar vayan a predominar alguna vez entre nosotros. Nosotros no necesitamos conquistas. La política de las conquistas nos es completamente ajena; nosotros no atacamos, rechazamos los ataques de los enemigos interiores y exteriores; nuestra guerra es defensiva, y la espada no es nuestro emblema. Debemos tenerla empuñada con fuerza para defender nuestro Estado proletario mientras en nuestro país haya enemigos, mientras se

nos ataque, mientras se nos amenace, pero ello no quiere decir que eso ocurrirá siempre...

- El socialismo triunfará en todos los países, es indudable. La fraternidad de los pueblos será proclamada y llevada a cabo en el mundo entero, y nosotros no necesitamos la espada, ella no es nuestro emblema... -repitió Vladímir Ilich.

- Del escudo de nuestro Estado socialista debemos quitar la espada... -siguió diciendo Vladímir Ilich, y la tachó con un lápiz de afilada punta y un signo de corrección, que repitió al margen derecho del escudo.

- En lo demás, el escudo es bueno. Aprobemos el proyecto y luego lo volveremos a ver y a examinar en el Consejo de Comisarios del Pueblo; pero todo eso hay que hacerlo lo antes posible...

Y firmó el dibujo.

Le devolví el proyecto al dibujante de la Dirección de Emblemas y Monedas del Estado, que se encontraba allí, y le pedí que enmendara el escudo.

Cuando el dibujo nos fue presentado por segunda vez, ya sin espada, acordamos mostrárselo al escultor Andréiev. El creyó necesario hacer algunas correcciones de carácter técnico; volvió a dibujar el escudo, espesó los haces de trigo, reforzó el brillo de los rayos de sol, y fue como si diera a todo mayor relieve y expresividad.

El escudo oficial de la República Socialista Soviética Federativa de Rusia fue aprobado en los comienzos del año 1918.

ALEXANDRA KOLLONTÁY.

Alexandra Kollontáy, diplomática soviética, nació en 1872 y murió en 1952. Incorporada al movimiento revolucionario en los años noventa, tomó parte activa en los combates de Octubre de 1917. Conocía de cerca a V. I. Lenin.

Después de la revolución, fue Comisario del Pueblo de Asistencia Social del Estado, estuvo al frente del Secretariado Femenino Internacional de la Komintern y representó al Estado Soviético, como embajador plenipotenciario, en Noruega, México y Suecia.

Los recuerdos de A. Kollontáy acerca de la revolución de 1917 han sido varias veces publicados en la URSS. Basándose en ellos, D. Granin hizo el guión de la película "El primer visitante", rodada en los estudios "Lenfilm".

EL PRIMER SUBSIDIO.

Aquel Octubre de 1917 era gris, ventoso. El viento agitaba las copas de los árboles en el jardín del Smolny, del edificio de interminables y tortuosos pasillos y grandes y luminosas salas, con ese vacío propio de las estancias oficiales, donde se llevaba a cabo un trabajo intenso, que el mundo no había conocido nunca.

Hacía dos días que el Poder había pasado a manos de los Soviets. Del Palacio de Invierno eran dueños los obreros y los soldados. El gobierno de Kerenski no existía ya. Pero cada uno de nosotros comprendía que aquello era solamente el primer peldaño de la dura escalera que conducía a la emancipación de los trabajadores y a la creación de una República nueva, laboriosa, sin precedente en la tierra.

El Comité Central del Partido de los bolcheviques se alojaba en una pequeña habitación lateral con una mesa sencilla en el centro, periódicos en las ventanas y en el suelo y unas cuantas sillas. No sé ya para qué había llegado yo allí entonces, pero sí recuerdo que Vladímir Ilich no me dejó siquiera plantear la cuestión. Al verme, decidió en el acto que yo debía hacer algo más necesario que aquello que me proponía.

- Vaya ahora mismo a encargarse del Ministerio de Asistencia Social del Estado. Hay que hacerlo inmediatamente.

Vladímir Ilich estaba tranquilo, casi alegre. Bromeó un poco y, en seguida, pasó a ocuparse de otro asunto.

No recuerdo por qué fui para allá sola, sólo se me quedó grabado en la memoria el húmedo día de octubre en que llegué a la puerta del Ministerio de Asistencia Social del Estado, que se encontraba en la calle de Kazán. El portero, de elevada estatura y buena presencia, con barba canosa y galoneado uniforme, entreabrió la puerta y me examinó de pies

a cabeza.

- ¿Quién de sus jefes está aquí ahora? -traté de informarme.

- Las horas de visita para las peticiones han terminado -me respondió tajante el galoneado viejo de buena presencia.

- Pero yo no vengo a hacer ninguna petición. ¿Quién hay aquí de los altos funcionarios?

- Ya le han dicho a usted, en ruso, que se recibe a las solicitantes desde la una hasta las tres, y ahora, mire el reloj, son más de las cuatro.

Yo insistí, él se mantuvo en sus trece. De nada sirvieron razones. Las horas de visita habían terminado. Y tenía orden de no dejar pasar a nadie.

A pesar de la prohibición, intenté subir por la escalera.

Pero el testarudo viejo se alzó ante mí como un muro impenetrable, sin dejarme avanzar ni un paso.

Y me tuve que ir sin conseguir nada, porque tenía prisa para acudir a un mitin. Y los mítines en aquellos días eran lo más importante, lo fundamental. Allí, entre las masas de soldados y desposeídos de la ciudad, se decidía la cuestión de la existencia del Poder soviético, de si lo mantendrían los obreros y campesinos con capotes de soldado o vencería la burguesía.

A la mañana siguiente, muy tempranito, sonó el timbre de la vivienda donde me había instalado al salir de la cárcel en que me metiera Kerenski. El timbrado era insistente. Abrimos. Apareció un mujik pequeñajo con zamarrilla, *laptis*¹ y barba.

- ¿Vive aquí el Comisario popular Kollontáy? Tengo que verle. Traigo aquí este papelito para él, del bolchevique principal, de Lenin.

Miro y veo que efectivamente en el trozo de papel hay escrito, de puño y letra de Vladímir Ilich:

¹ Especie de abarcas. (N. del T.)

"Entréguele cuanto le corresponda por el caballo, de los fondos de Asistencia Social del Estado".

El mujik, cachazudo, iba contando todo. En tiempos del zar, en vísperas de Febrero le habían requisado ya el caballo para necesidades de la guerra. Le prometieron pagárselo a precio razonable. Pero pasó el tiempo, y no recibió aviso alguno de pago. Entonces, el mujik fue a Piter (Petrogrado), y estuvo dos meses llamando a las puertas de todas las instituciones del Gobierno Provisional, sin ningún resultado. Le mandaban, como a una pelota, de una oficina a otra. Derrochó paciencia hasta que se le acabó el dinero. Y en aquel momento se enteró, de pronto, de que había unos hombres, llamados bolcheviques, que devolvían a los obreros y a los campesinos todo lo que les habían quitado los zares y los terratenientes, así como lo que le había sido arrebatado al pueblo durante la guerra. Para ello, sólo hacía falta recibir un papelito del bolchevique principal, de Lenin. Aquel mujik pequeñajo había encontrado a Vladímir Ilich, en el Smolny. Antes de que empezara a clarear, le había hecho levantarse y había conseguido el papelito que me mostraba, pero que no me entregaba.

- Cuando reciba el dinero, lo entregaré. Y mientras tanto, mejor será que lo tenga yo. Es lo más seguro.

¿Qué hacer con el mujik pequeñajo y su caballo? Pues el Ministerio continuaba en manos de los funcionarios del Gobierno Provisional. Eran tiempos raros: el Poder estaba ya en manos de los Soviets, el Consejo de Comisarios del Pueblo era bolchevique, pero las instituciones oficiales, como vagones lanzados, seguían por los raíles de la política del Gobierno Provisional.

¿Cómo hacerse cargo del Ministerio? ¿Por la fuerza? Todos huirían, y nos quedaríamos sin funcionarios.

Decidimos proceder de otra manera: celebrar una reunión de delegados del sindicato de empleados subalternos. Lo presidía el mecánico I. Egórov. El sindicato era muy particular -un verdadero surtido de profesiones- y lo integraban cuantos, con arreglo a la plantilla correspondiente, trabajaban en calidad de personal subalterno: carteros, hermanas de la caridad, encargados de las estufas, contables, escribientes,

mecánicos, obreros y obreras de la fábrica de naipes, guardas y practicantes.

Examinamos la situación. Se actuó de un modo ejecutivo. Elegimos un Consejo, y a la mañana siguiente fuimos a hacernos cargo del Ministerio.

Entramos. El portero de los galones, que no simpatizaba con los bolcheviques, no había asistido a la reunión. Su gesto era desaprobatorio, pero nos dejó pasar. Empezamos a subir por la escalera; en dirección contraria a nosotros, descendía un río de funcionarios, mecanógrafas, tenedores de libros, jefes... Bajaban corriendo, precipitadamente, no querían ni mirarnos. Nosotros para arriba, ellos para abajo. El sabotaje de los funcionarios había comenzado. Quedaron solamente algunas personas. Manifestaron que estaban dispuestas a trabajar con nosotros, con los bolcheviques. Entramos en los despachos y en las oficinas del Ministerio. Todo estaba vacío. Las máquinas de escribir abandonadas, los papeles tirados por el suelo. Y los libros de entradas y de salidas habían sido recogidos. Estaban encerrados. Y no teníamos las llaves. Tampoco estaban allí las llaves de la Caja.

¿Quién las tendría? ¿Cómo íbamos a trabajar sin dinero? La asistencia social del Estado era una institución cuya labor no era posible detener, pues abarcaba los asilos, a los mutilados de guerra, los talleres de ortopedia, los hospitales, los sanatorios, las leproserías, los reformatorios, los colegios de señoritas y las casas de ciegos... ¡Enorme campo de acción! De todas partes presionaban, exigían... Y no teníamos las llaves. Pero el más tenaz de todos era el mujik pequeñajo que había venido con el papelito de Lenin. Cada mañana, apenas amanecía, ya estaba en la puerta.

- ¿Qué hay del pago del caballo? Era muy bueno. De no haber sido tan fuerte y tan sufrido, no pondría tanto empeño en que me lo pagaran.

Al cabo de dos días, aparecieron las llaves. La primera salida de la Caja de Asistencia Social fue el pago del caballo que el gobierno zarista arrebatara, con engaños y a la fuerza, al campesino aquel, al mujik pequeñajo, que con tanta tenacidad había sabido percibir íntegramente, con arreglo al papelito de V. I. Lenin, la cantidad que le correspondía.

MIJAÍL SHÓLOJOV.

"El granujilla" es uno de los "Cuentos del Don", de Mijaíl Shólojov, uno de los clásicos de la literatura soviética. Escritos a mediados de la década del veinte, en los comienzos de su labor literaria, estos cuentos reúnen todas las cualidades de gran arte que habían de manifestarse más tarde, con singular fuerza, en "El Don apacible", "Campos roturados" y "El destino de un hombre".

"Como una flor de la estepa, como una pincelada viva, aparecen los cuentos del camarada Shólojov -escribía ya en 1926 A. Serafimóvich, uno de los más veteranos escritores soviéticos-. Sencillez, claridad, y percibe uno lo narrado como si lo tuviera ante los ojos. El lenguaje, abundante en imágenes, es el mismo florido lenguaje que hablan los cosacos. Concisión, y esa concisión está llena de vida, de emoción y de verdad".

EL GRANUJILLA.

Mishka sueña que el abuelo ha cortado en el huerto una buena vara de cerezo y que viene hacia él, agitándola en el aire y ordenando severo:

- Acércate, Mijailo Fomich¹, ¡que te voy a sacudir en ese lugar del que nacen las piernas!

- ¿Pero por qué, abuelito? -pregunta Mishka.

- Pues porque tú, en el gallinero, le quitaste a la gallina moñuda todos los huevos de su nido y los llevaste a la feria, ¡para montarte en el tiovivo!

- ¡Abuelito, este año yo no he montado nunca en el tiovivo! -grita con espanto Mishka.

Pero el abuelo se alisa gravemente la barba y da una gran patada en el suelo:

- ¡Échate, bribón, y bájate los calzones!...

Mishka lanza un grito y se despierta. El corazón le late con violencia, como si en efecto hubiera probado la vara. Entrebrea un poquitín el ojo izquierdo: en la *jata*² hay luz. La aurora despunta ya tras la pequeña ventana. Mishka alza la cabeza y oye unas voces en el zaguán: la madre da un chillido, balbucea unas palabras y ríe jubilosa, con desbordante risa, mientras el abuelo carraspea y un desconocido barbotaba bronco: "Bu-bu-bu..."

El chiquillo se restriega los ojos y ve que la puerta se abre, para cerrarse con estrépito, el abuelo entra en la habitación grande, presuroso, dando saltitos, los lentes se balancean en su nariz. Mishka cree al principio que ha venido el pope con los cantores de la iglesia (pues en Pascua, cuando el pope llega, el abuelo se agita de igual modo), tras el abuelo irrumpe en la habitación un soldado tremendo, con capote negro y gorro con unas cintas..., mas sin visera, la madre pende de su cuello, berreando. Por en medio de la *jata*, un hombre extraño zarandea a la madre, colgada de su cuello, y pregunta con voz tonante:

- ¿.Dónde está mi heredero?

Mishka, asustado, se esconde bajo la manta.

- Míniushka, hijito, ¿qué haces ahí dormido? ¡Ha venido tu padre del servicio! -anuncia a gritos la madre.

Y antes de que Mishka tenga tiempo de pestañear, el soldado se apodera de él, lo arroja hacia la techumbre y lo recoge para estrecharlo contra su pecho, pinchándole terriblemente con los rojizos bigotes en los labios, las mejillas y los ojos. Los bigotes están mojados de algo salobre. Mishka intenta desasirse, pero se queda con las ganas.

- ¡Buen bolchevique está creciendo en casa!... ¡Pronto serás más alto que tu padre!... ¡Oh, oh, oh! - exclama tonante y, sin hacer caso de nada, juega con Mishka: tan pronto lo sienta en la palma de la manaza, como le da vueltas o lo lanza de nuevo hasta el mismo travesaño del techo.

Después de aguantar y aguantar, Mishka se cansa, frunce como el abuelo el entrecejo y, con cara de pocos amigos, se agarra a los mostachos paternos.

- ¡Suéltame, padre!

- ¡No, no te suelto!

- ¡Suéltame! Yo ya soy mayor, ¡Y tú me tienes en brazos como a un niño!...

El padre sienta a Mishka en su rodilla y le pregunta sonriendo:

- ¿Cuántos años tienes, cachorro?

- Voy ya para los ocho -contesta Mishka, rezongón, mirando de reojo.

- ¿Recuerdas, hijito, que el año antepasado te hice yo unos barcos? ¿Recuerdas que los echamos al agua del estanque?

- ¡Recuerdo!... -grita Mishka y, con timidez, se abraza al cuello del padre.

Y ahora es cuando empieza de veras la diversión: el padre monta al hijo sobre sus hombros, lo sujeta bien de las piernas y se pone a dar vueltas y más vueltas por la habitación; luego, comienza a soltar

¹ Nombre y patronímico de Mishka. (N. del T.)

² Casa campesina en Ucrania y el Sur de Rusia. (N. del T.)

coces y a relinchar como un caballo, y a Mishka, de la emoción y el entusiasmo, se le corta el aliento. La madre le tira de la manga y clama:

- ¡Vete a jugar al patio!... ¡Te digo que vayas, condenado! -y le pide al padre-: ¡Suelta al chico, Fomá Akímich! ¡Haz el favor de soltarlo!... No me deja ni que te mire bien a la cara, halcón reluciente. Llevo dos años sin verte, ¡Y tú te entretienes con él!

El padre baja a Mishka de sus hombros y le dice:

- Corre a jugar con los chicos, y ven luego; te daré los regalillos que te traigo.

Mishka sale y cierra, no del todo, la puerta: piensa escuchar, desde el zaguán, lo que hablen en la *jata*, pero luego recuerda que ninguno de los chicos sabe que ha venido su padre, y por el patio y el huerto, pisoteando los hoyos de las patatas, se dirige veloz hacia el estanque.

Luego de bañarse en el agua pestilente y estancada, Mishka se tumba en la arena, se zambulle por última vez y, saltando a la patita coja, se pone los pantaloncillos. Cuando ya tiene el firme propósito de volver a casa, se le acerca Vitka, el hijo del pope.

- ¡No te vayas, Mishka! Nos daremos un bañito e iremos a jugar a casa. Pues mi mamá te permite que vengas...

Mishka sube con la mano izquierda los pantalones, que se le han deslizado, se endereza el tirante en el hombro y responde de mala gana:

- Yo no quiero jugar contigo. ¡Te apestan las orejas!...

Vitka entorna maligno el ojo izquierdo, en tanto se saca de los escualidos hombros la camiseta de punto:

- Eso es de la escrofulosis, pero tú eres un mujik, ¡y tu madre te parió al pie de una tapia!...

- ¿Tú lo viste?

- Lo oí cuando nuestra cocinera se lo contaba a mi mamá.

Mishka escarba con el pie la arena y mira a Vitka de arriba abajo.

- ¡Miente tu mamaíta! En cambio, mi padre ha peleado en la guerra... mientras que el tuyo es un chupa-sangres, ¡que se zampa los pasteles ajenos!...

- ¡Granujilla!... -alza el gallo el hijo del pope, torciendo la boca.

Mishka coge un guijarro, pulido por las aguas, pero el hijo del pope contiene las lágrimas y dice, sonriendo muy cariñoso:

- No te pelees, Mishka, ¡no te enfades por eso! ¿Quieres que te dé mi puñal, el de hierro?

A Mishka le relucen los ojos de contento y tira a un lado el guijarro, pero al acordarse del padre, responde con orgullo:

- ¡Mi padre me ha traído de la guerra uno mejor que el tuyo!

- ¡Mientes! -afirma Vitka, incrédulo, mordiendo la palabra.

- ¡Tú eres el que mientes!... Cuando yo lo digo,

¡es porque me lo ha traído!... Y también una escopeta de verdad...

- ¡Vaya, qué rico te has vuelto! -se burla Vitka envidioso.

- Y además, tiene un gorro, un gorro con flecos y unas letras de oro, como las de tus libros.

Vitka, fruncida la frente y rascándose la blanca barriguilla, trata durante largo rato de idear algo que pame a Mishka.

- Pues mi papá pronto será arzobispo, mientras que el tuyo ha sido pastor. ¿Te enteras?...

Cansado de estar parado, Mishka da la vuelta y se dirige hacia el huerto. El hijo del pope le llama:

- ¡Misha, Misha, quiero decirte una cosa!

- Dila.

- ¡Acércate!...

Mishka lo hace y mira de reojo, escamado:

- ¡Venga, dila!

El retoño del pope, sonriendo, empieza a bailotear por la arena con sus piernecitas finas, combadas, y le espeta avieso:

- ¡Tu padre es un *comunero*! En cuanto te mueras y tu alma suba al cielo, Dios dirá: "Por haber sido tu padre comunista, ¡vete al infierno!"... ¡Y allí los demonios te freirán en sus calderas!...

- ¿Y te figuras que a ti no te freirán también?

- ¡Mi papá es sacerdote!... Tú, necio ignorante, no comprendes nada de nada...

A Mishka le entra miedo. Y en silencio, vuelve corriendo a casa.

Se detiene ante el seto del huerto y grita al retoño del pope, amenazándole con el puño:

- Se lo preguntaré a mi abuelo. Y como sea mentira, ¡que no se te ocurra pasar por delante de mi puerta!

Ya ha saltado el seto y va lanzado hacia casa, viendo una caldera en la que le frien vivo... Se abrasa allí y, a su alrededor, hierva la crema de leche con burbujas de espuma. Siente escalofríos en la espalda; aprisa, aprisa, hay que llegar cuanto antes a donde está el abuelo y preguntarle...

Pero, por mala fortuna, resulta que una cerda se ha atascado en la puertecilla de la cerca. La cabeza le asoma fuera, mientras que el cuerpo permanece dentro; el animal hace esfuerzos para liberarse, afianzándose en las pezuñas, enroscando el rabillo y lanzando desgarradores gruñidos. Mishka le echa una mano: intenta abrir la puertecilla, pero la cerda comienza a emitir ronquidos, como estertores. Entonces, se monta en ella; la marrana da un fuerte tironazo, desencaja la puertecilla y, alborotando por el patio, galopa hacia la era, Mishka la espolea en los costados, con los talones, y cabalga a tanta velocidad, que el viento le echa hacia atrás los cabellos. Junto a la era, se apea de un brinco; mira y ve que el abuelo, plantado en la terracilla, le llama con el dedo.

- ¡Ven aquí, pichón!

Sin sospechar el motivo de la llamada, Mishka

vuelve a recordar de pronto la caldera del infierno y va raudo al encuentro del abuelo.

- ¡Abuelito, abuelito!, ¿hay demonios en el cielo?

- ¡Yo sí que te voy a dar a ti demonios!... Te escupiré en cierto sitio, ¡y te secaré los salivazos con la vara!... ¡Ah, dañino, bergante!, ¿por qué cabalgas sobre la cerda?...

Agarra a Mishka de los pelos y llama a la madre, que está en la habitación grande:

- ¡Ven a ver al listo de tu hijo!

La madre acude presurosa.

- ¿Por qué le tiras de los pelos?

- ¿Por qué? ¡Le he visto montado a caballo en la cerda, y levantando polvo de la carrera!...

- ¿En la cerda preñada? -exclama con espanto la madre.

Antes de que Mishka abra la boca para justificarse, ya se ha quitado el abuelo el cinturón; con la mano izquierda se sujeta los pantalones, para que no se caigan, y con la derecha le mete la cabeza entre las rodillas. En tanto le sacude correazos, dice muy severo:

- ¡Para que no te montes más en la cerda! ¡Para que no te montes más!...

Mishka va a dar gritos, pero el abuelo le razona:

- ¿De modo, hijo de gato, que no te da lástima de tu padre? Vino rendido del camino y, apenas se ha acostado, te has puesto a alborotar, ¿no es eso?

Y hay que callar. Intenta atizarle una patada al abuelo, pero no alcanza. La madre se apodera de Mishka y, a empujones, lo encierra en la *jata*.

- ¡Estate ahí, castigo de tu madre!... Ya me ocuparé yo de ti. Y no como el abuelo: ¡te sacaré las túrdigas del pellejo!

El abuelo, sentado ahora en el banco de la cocina, mira de vez en cuando a la espalda del nieto.

Mishka se vuelve hacia él, se enjuga con el puño la última lágrima y, apoyándose en la puerta, con el trasero, afirma:

- Bueno, abuelete... ¡me las pagarás!

- ¿Qué es eso, miserable, amenazas a tu abuelo?

El nieto, al ver que el abuelo empieza otra vez a quitarse el cinturón, precavidamente, entreabre un poco la puerta.

- ¿De modo que me estás amenazando? -pregunta de nuevo el abuelo.

Mishka desaparece tras la puerta. Al acecho, mirando por la rendija, observa atentamente cada movimiento del abuelo; luego, manifiesta:

- ¡Espera, abuelete, espera!... Que ya se te caerán los dientes, y entonces, ¡yo no te masticaré la comida!... ¡Aunque me lo pidas de rodillas!

El abuelo sale a la terracilla y ve que por el huerto, por entre el cáñamo revuelto y verde, asoma rauda la cabeza de Mishka y se vislumbran por un instante sus pantaloncillos azules. El viejo le amenaza durante largo rato, enarbolando una muleta, pero entre la barba y el bigote se oculta, retozona,

una sonrisa.

* * *

Para el padre es Minka; para la madre, Míniushka; para el abuelo, cuando está de buenas, el bribón, y el resto del tiempo, cuando sus cejas grises cuelgan enmarañadas sobre los ojos, le llama así: "¡Eh, tú, Mijailo Fomich, ven a que te dé un tirón de orejas!"

Para todos los demás, para las comadres chismosas y la chiquillería, para toda la *stanitsa*¹ es Mishka y el "granujilla".

Su madre le trajo al mundo cuando era soltera. Y aunque un mes más tarde se casó con el pastor Fomá, padre de la criatura, el remoquete de "granujilla" se le quedó, como una mala úlcera, para toda la vida.

Mishka es endebllillo; sus cabellos, en la primavera, eran como finos pétalos de girasol, pero en junio el sol se los quemó, y se le alborotaron en mechones de diversas tonalidades; su cara parece talmente un huevo de gorrión, todo punteado de pecas, y la nariz, de los rayos solares y los continuos baños en el estanque, está despellejada y cuarteada. Lo único que tiene bonito el cojuelo Mishka son los ojos. Estrechos, miran desde sus rendijas, azules y picarillos, semejantes a dos trocitos de hielo del río.

Por esos ojos y por su carácter inquieto, turbulento, quiere el padre a Mishka. Le ha traído del servicio -como regalo- un bollo de Viazma, del año de la nana, más duro que una piedra, y unas botitas un poco usadas. La madre ha envuelto las botitas en una toalla y las ha guardado en el arcón. En cuanto al bollo, esa misma tarde, Mishka lo parte en el umbral, a martillazos, y se lo zampa sin dejar ni una miga.

A la mañana siguiente, se despierta Mishka al salir el sol. Toma con la mano un poco de agua tibia, del puchero de hierro, y se esparce con ella por la cara la suciedad del día anterior; luego, corre al patio a secarse.

La madre anda atareada con la vaca; el abuelo, que está sentado en el poyo de la puerta, tomando el fresco, llama a Mishka:

- ¡Métete, bribón, debajo de la rampa del granero! Una gallina ha cacareado ahí; debe haber puesto un huevo.

Mishka, siempre dispuesto a complacer al abuelo, se desliza a cuatro patas bajo la rampa, sale por el otro extremo y... ¡adivina quién te vio! Dándole a los talones, corre por el huerto hacia el estanque y vuelve la cabeza de vez en cuando para ver si mira el abuelo. En tanto llega al seto, las ortigas le pican en las piernas. Y el abuelo, refunfuñando, sigue espera que te espera. Impaciente, se mete también debajo de la rampa. Se mancha todo de excremento de gallina, mientras escudriña en la asfixiante y húmeda oscuridad, y, dándose con los travesaños unos dolorosos golpetazos en la cabeza, penetra hasta el fondo.

- ¡Qué borrico eres, Mishka! ¡Palabra!... No haces

¹ Pueblo cosaco. (N. del T.)

más que buscar, ¡y no encuentras nada!... ¿Te figuras que la gallina va a poner ahí?... No, aquí, al pie de esta piedrecita, tiene que estar el huevo. ¿Por dónde andas, bribón?

En respuesta, silencio. El abuelo sale de la rampa y se sacude de los pantalones el excremento. Entornando los ojos, mira largo rato al estanque; al divisar a Mishka, agita la mano...

Los chicos, que han rodeado a Mishka junto al estanque, le preguntan:

- ¿Ha estado tu padre en la guerra?

- Sí.

- ¿Y qué hacía allí?

- ¡Vaya una pregunta! ¡Pues combatir!...

- ¡Mientes!... ¡El no hacía allí más que matar piojos y roer huesos en la cocina!...

Los chicos ríen a carcajadas, saltan alrededor de Mishka, hincándole los dedos. Lágrimas de amargura y agravio brotan de los ojos del hijo del soldado; por si era poco, Vitka, el retoño del pope, le hiere con sus palabras:

- ¿Es comunista tu padre? -inquire.

- No lo sé...

- Yo sé que es comunista. Mi papá me ha dicho esta mañana que tu padre le ha vendido el alma al diablo. Y dice, además, ¡que a todos los comunistas los van a colgar pronto!...

Los chicos callan y a Mishka se le encoge el corazón. ¿Qué van a colgar a su padre? ¿Y por qué motivo? Rechinando los dientes, contesta:

- Mi padre tiene un escopetón tremendo, ¡y matará a todos los burgueses!

Vitka, adelantando un pie, dice en tono de triunfo:

- ¡Sus manos son cortas para eso! Mi papá no le dará la santa bendición, y, sin bendición, ¡no podrá hacer nada!...

Proshka, el hijo del tendero, dilatadas las aletas de la nariz, da un empujón a Mishka en el pecho y le grita:

- ¡No presumas mucho con tu padrecito!... Él le quitó al mío mercancías, cuando se armó la revolución, y mi padre prometió: "Bueno, en cuanto cambie el régimen; ¡al primero que me cargaré será a Fomá el pastor!"...

Natashka, la hermana de Proshka, incita, pateando de rabia:

- ¡Sacudidle, muchachos! ¿A qué aguardáis?

- ¡Pegadle al hijo del comunista!

- ¡Granujilla!...

- ¡Atízale uno bueno, Proshka!

Proshka enarbola una vara y golpea con ella a Mishka en el hombro; Vitka, el hijo del pope, le echa la zancadilla a Mishka, haciéndole caer pesadamente sobre la arena.

Los chicos, vociferando, se abalanzan sobre el caído. Natashka, con agudo chillido, le hinca las uñas en el cuello. Alguien le da una dolorosa patada en el vientre.

Mishka, luego de rechazar a Proshka, se levanta de un salto y, zigzagueando como una liebre acosada por los perros, corre hacia su casa. En pos de él, los chicos silban, le tiran piedras, pero no intentan darle alcance.

Y hasta que no se zambulle en el verde y punzante cañamo, Mishka no recobra el aliento. Sentado sobre la tierra húmeda y aromosa, se enjuga la sangre del arañado cuello y se echa a llorar; desde arriba, infiltrándose por entre el follaje, el sol procura mirar a Mishka a los ojos, le seca las lágrimas de las mejillas y, cariñoso, como la mamaíta, le besa en la coronilla, cubierta de alborotados cabellos rojizos.

Permanece sentado largo rato, hasta que se le secan los ojos; luego, se levanta y, arrastrando los pies con desgana, vuelve al patio, despacito, silencioso.

En el cobertizo, el padre está untando de alquitrán las ruedas del carro. El gorro se le ha caído hacia la nuca, sus cintas cuelgan y la camisa azul tiene unas rayas blancas en el pecho. Se acerca Mishka de medio lado y se detiene junto al carro. Durante largo rato, guarda silencio. Después, tomando ánimos, toca el brazo paterno y pregunta en un susurro:

- Padre, ¿qué hacías tú en la guerra?

El padre sonríe con disimulo, bajo los bigotes rojizos, y responde.

- ¡Combatir, hijito!

- Pues los chicos... ¡los chicos dicen que tú no hacías allí más que matar piojos!...

El llanto vuelve a apretarle la garganta. El padre prorrumpe en risotadas y toma a Mishka en brazos.

- ¡Mienten, hijo mío! Yo iba en un barco. En un barco grande iba por el mar, en él navegaba yo; después, fui a combatir...

- ¿Contra quién?

- Contra los señores, querido mío. Tú eras aún pequeñito, y yo tuve que ir por ti a la guerra. En una canción se dice.

El padre sonríe y, mirando a Mishka y zapateando, entona bajito:

¡Ay, Mijaíl, mi Mishka, mi amorcito!

No vayas a la guerra; vaya tu padrecito.

Tu padre es viejecito, disfrutó de la vida...

Y tú eres jovencito, soltero todavía...

Mishka, olvidado del agravio que le han inferido los chicos, se echa a reír; ríe porque los rojizos mostachos del padre se erizan sobre el labio, igual que los juncos con que la mamaíta hace las escobas; bajo los bigotes, chasquean cómicamente los labios y la boca se abre como un redondo agujero negro.

- No me estorbes ahora, Mishka -dice el padre-; voy a arreglar el carro. A la noche, cuando te acuestes, ¡ya te contaré cosas de la guerra!

* * *

El día se prolonga interminable, como un largo y apartado camino de la estepa. El sol se pone, por la *stanitsa* pasa una caballada, se asienta el polvo y, por

El granujilla

el ennegrecido cielo, asoma tímida la primera estrellita.

A Mishka le devora la impaciencia; pero la madre, como si lo hiciera adrede, anda atareada largo rato con la vaca, cuela calmosa la leche y se mete en la cueva y se está allí dentro una hora entera. Mishka la sigue, como la sombra al cuerpo.

- ¿Vamos a cenar pronto?

- Tiempo tienes, impaciente, ¿no te vas a morir de hambre!...

Pero Mishka no se aparta de ella ni un paso: si la madre entra en la cueva, él se mete también allí, tras ella; si la madre va a la cocina, él la sigue. Se ha pegado a ella como una sanguijuela, se aferra a su falda y la asedia:

- ¡Madre!... ¡Dame pronto de cenar!...

- ¡Déjame en paz, mala sarna!... ¿Tienes gazuza? ¡Pues coge un pedazo de pan y zámpatelo!

Pero Mishka no ceja. Ni siquiera un cogotazo, que le propina su madre, le sirve de calmante.

A la hora de cenar, engulle de prisa y corriendo unas sopas de ajo y se va presuroso a la habitación grande. Se quita los pantaloncillos y los arroja lejos, tras el arcón; tomando carrerilla, se mete en el lecho de un salto, bajo la manta de la madre, hecha de retazos de diversos colores. Allí, agazapado, espera a que venga el padre y le cuente cosas de la guerra.

El abuelo, de rodillas, está ante los iconos, musitando sus oraciones e inclinándose hasta golpetear el suelo. Mishka alza un poco la cabeza: el abuelo, al que le cuesta trabajo combar la espalda, se apoya con la mano izquierda en una tabla y la frente da un golpetazo en el piso de madera. A continuación del golpe, Mishka da con el codo en la pared, que resuena: ¡bun!...

El abuelo vuelve a musitar y a inclinarse golpeteando el suelo. Mishka, de otro codazo, hace resonar de nuevo la pared. El abuelo se enfada y gira el cuerpo hacia Mishka:

- ¡Te voy a sacudir, condenado! ¡Huy, perdóname, Señor!... Como me golpetees otra vez, ¡te arrimo candela!

De no haber entrado el padre en la habitación grande, la paliza habría sido inevitable.

- ¿Por qué te has acostado aquí, Minka?

- Yo duermo con mamá.

El padre se sienta en el borde de la cama y, en silencio, empieza a retorcerse las guías de los bigotes. Luego de meditar un rato, dice:

- Te acostaré en la otra habitación, con el abuelo...

- ¡Yo no quiero acostarme con el abuelo!

- ¿Por qué?

- ¡Le apestan terriblemente los bigotes, del tabaco!

El padre se retuerce de nuevo las guías de los mostachos y suspira:

- Sí, hijito, te acostarás con el abuelo...

Mishka tira hacia arriba de la manta y, mirando

con un ojo, responde ofendido:

- Tú ayer, padre, te acostaste en mi sitio; por eso hoy... ¡Acuéstate tú con el abuelo!

Se sienta en la cama y, abrazando la cabeza del padre, le susurra al oído:

- Acuéstate con el abuelo, pues la mamá, contigo, ¿no dormirá seguramente! ¡Tú también apestas a tabaco!

- Bueno, me acostaré con el abuelo, pero no te contaré nada de la guerra.

Y se levanta para ir a la cocina.

- ¡Padre!

- ¿Qué quieres?

- Anda, acuéstate aquí -accede Mishka, suspirando, y se levanta-. Y tú me contarás cosas de la guerra, ¿verdad?

- Te contaré.

El abuelo se tumba junto a la pared, a Mishka lo instalan junto al borde. Poco después, llega el padre. Luego de arrimar un banco a la cama, se sienta y enciende un pestilente cigarro.

- Verás lo que sucedió una vez... ¿Recuerdas que, detrás de nuestra era, había unos sembrados del tendero?...

Mishka recuerda que antes él correteaba por un alto trigal aromoso. Saltaba la tapia de la era y se metía entre los trigos. Quedaba enterrado en ellos hasta la cabeza, y los bigotazos negros de las espigas le cosquilleaban en la cara. Olía a polvo, a margaritas y a viento de la estepa. La madre le solía decir a Mishka:

- No te adentres, Míniushka, mucho en el trigo, ¡puedes perderte!...

El padre, luego de una pausa, dice, acariciando los cabellos de Mishka:

- ¿Y recuerdas cuando íbamos los dos más allá del Túmulo Arenoso? Allí estaba nuestro pan...

De nuevo, Mishka recuerda: más allá del Túmulo Arenoso, a lo largo del camino se encontraba la franja estrecha y arqueada de su trigal. Cuando llegaron allí el padre y Mishka, toda la franja estaba destrozada por el ganado. En sucios montones, se veían las espigas, aplastadas contra la tierra, mientras se balanceaban al viento los vacíos tallos. Mishka recuerda que el padre, tan grande y fuerte, torció el gesto, en espantosa mueca, en tanto corrían parcas por sus mejillas unas lágrimas. Entonces Mishka también lloró al verlo...

A la vuelta, el padre le preguntó al dueño del sandiar vecino:

- Dime, Fedot, ¿quién ha destrozado mi trigo?

Y Fedot escupió al suelo y repuso:

- El tendero; cuando llevaba el ganado al mercado, lo metió adrede por tu parcela...

...El padre acerca más el banco y prosigue:

- El tendero y los demás ricachos se apoderaban de toda la tierra, y los pobres no teníamos dónde sembrar. Así pasaba en todas partes, no sólo en

nuestra *stanitsa*. Mucho daño nos hacían entonces... Como empezaron las estrecheces, me puse a trabajar de pastor; luego, me llevaron al servicio militar. En el ejército lo pasaba mal; los oficiales, por la menor cosa, me sacudían en los morros... Después, aparecieron los bolcheviques, y el jefe de ellos, apodado Lenin. Su aspecto era sencillito, pero tenía más talento que un sabio, aunque su sangre era de la nuestra, de mujik. Y los bolcheviques nos hicieron unas preguntas tan raras, que nos dejaron con la boca abierta... ¿Por qué -nos decían- los mujiks y los obreros andáis papando moscas?... Agarrad a los señores y a los jefes por el cogote y echadlos, ¡a escobazo limpio! ¡Todo es vuestro!...”

- Con esas palabras nos dieron ánimos. Aguzamos la mollera, y comprendimos que era verdad. Les quitamos a los señores las tierras y las fincas, pero ellos se hartaron pronto de la mala vida, erizaron el lomo y volvieron el palo contra nosotros, contra los mujiks y los obreros, con la guerra... ¿Comprendes, hijito?

- Y ese mismo Lenin, el jefe de los bolcheviques, levantó a la gente como el labrador levanta la tierra con el arado. Reunió a los soldados y a los obreros y los lanzó a sacudir estacazos a los señores. ¡Les atizaban de lo lindo! Los soldados y los obreros empezaron a llamarse Guardia Roja. Pues bien, en esa Guardia Roja estuve yo. Vivíamos en un caserón tremendo que se llamaba el Smolny. Los pasillos allí, hijito, son larguísimos y hay tantas habitaciones, que se puede uno perder en ellas.

- Una noche estaba yo de guardia junto a la entrada. Hacía frío en el patio, y yo no llevaba más ropa de abrigo que el capote. El vendaval cortaba... De pronto, veo salir de ese caserón dos hombres, que pasan ante mí. Cuando se aproximan, reconozco a uno de ellos: es Lenin. Se acerca y me pregunta cariñoso:

- ¿No tiene frío, camarada?

- Y yo le contesto: No, camarada Lenin; no ya el frío, ¡ninguna clase de enemigos serán capaces de quebrantarnos! ¡No hemos tomado en nuestras manos el Poder, para entregárselo a los burgueses!...

- El se echó a reír y me estrechó la mano con fuerza. Luego, despacio, se dirigió hacia el portón.

El padre guarda silencio y saca la bolsita del tabaco; cruje el papel entre sus dedos, se oye el raspar del fósforo, y Mishka ve, en los erizados bigotes rojizos, una pequeña lágrima, clara y reluciente como una de esas gotas de rocío que, en las madrugadas, penden de las hojas de ortiga.

- Así era él. Se preocupaba de todos. Su corazón padecía por cada soldado... Después de aquello, yo le veía con frecuencia. Pasaba frente a mí, y en cuanto me divisaba, se volvía y me preguntaba sonriendo:

- ¿De modo que los burgueses no podrán quebrantarnos, eh?

- ¡No tienen chichas para eso, camarada Lenin! -

solía contestar yo.

- ¡Y resultó lo que él decía, hijito! Nos apoderamos de la tierra y las fábricas, ¡y a los ricachos, que nos chupaban la sangre, les dimos la patada!... Cuando seas mayor, no olvides que tu padre fue marinero y vertió durante cuatro años su sangre por la comuna. Para entonces, yo me habré muerto ya, y Lenin también, ¡pero nuestra causa vivirá eternamente!... Cuando seas mayor, ¿pelearás por el Poder soviético, como peleó tu padre?

- ¡Pelearé! -grita Mishka y salta en la cama para colgarse del cuello paterno; pero se olvida de que junto a él está acostado el abuelo, y le da un pisotón en la barriga.

El abuelo gruñe furioso y alarga la mano para agarrar a Mishka de los pelos, pero el padre toma al hijo en brazos y se lo lleva a la habitación grande.

En sus brazos se queda Mishka dormido. Antes, piensa largo rato en Lenin, el hombre maravilloso, en los bolcheviques, en la guerra, en los barcos... Primeramente, oye contenidas voces, percibe el olor dulzón del sudor y del tabaco campesino; luego, sus ojos se cierran compactos, como si alguien le hubiera apretado los párpados con las palmas de la mano.

Apenas se queda dormido, ve en sueños una ciudad; sus calles son anchas y las gallinas se revuelcan en la ceniza esparcida; en la *stanitsa* hay infinidad de ellas, pero en la ciudad, muchísimas más. Las casas son exactamente como lo ha pintado el padre: una *jata* tremenda, techada de juncos verdes; sobre su chimenea se alza otra *jata*, y sobre la chimenea de ésta, otras más. Y así sucesivamente. La de la última *jata* se hinca en el cielo.

Mishka va por la calle, con la cabeza echada hacia atrás, examinando todo; de pronto, sin que se sepa de dónde, aparece un hombre altísimo, con una camisa roía, que viene derecho a su encuentro.

- Oye, Mishka, ¿por qué andas ganduleando por las calles? -le pregunta, muy cariñoso.

- El abuelo me ha dejado ir a jugar un rato - responde Mishka.

- ¿Y tú sabes quién soy yo?

- No, no lo sé...

- ¡Yo soy el camarada Lenin!...

A Mishka, del susto, le tiemblan las piernas. Intenta echar a correr, pero el hombre de la camisa roja le agarra del brazo y le dice:

- ¡Tú, Mishka, no tienes ni pizca de vergüenza! Sabes perfectamente que yo lucho por la gente pobre, ¿por qué no te incorporas a mis tropas?...

- ¡Mi abuelito no me deja!... -trata de justificarse Mishka.

- Bueno, como quieras -responde el camarada Lenin-, pero sin ti, ¡mis asuntos no marchan! Tienes que incorporarte a mis tropas, ¡Y no hay más que hablar!...

Mishka le agarra la mano y asegura con mucha firmeza:

- Está bien, me incorporaré, sin preguntar a nadie, a tus tropas y lucharé por la gente pobre. Pero si el abuelo empieza a sacudirme con la vara por eso, ¡tú me defenderás!, ¿verdad?...

- ¡Desde luego! -afirma el camarada Lenin, y se aleja, calle adelante, mientras Mishka siente que, del gozo, se le corta el aliento; no puede respirar, intenta gritar algo, pero tiene la lengua reseca...

Mishka se estremece en el lecho, le da unas patadas al abuelo y se despierta.

El abuelo rezonga en sueños y chasquea los labios; por la ventanita se ve que, más allá del estanque, palidece suavemente el cielo y unas nubes rosáceas, como espuma sanguinolenta, se deslizan desde el Oriente.

* * *

Desde entonces, cada noche, el padre le cuenta a Mishka algo de la guerra, de Lenin, de las tierras en que ha estado.

Un sábado, al anochecer, el guarda del Comité Ejecutivo trae al patio a un hombre bajito, con capote y con una cartera de cuero bajo el sobaco. El guarda llama al abuelo y le comunica:

- Les traigo de huésped a un camarada funcionario de los Soviets. Viene de la ciudad y pasará la noche en casa de ustedes. Denle de cenar, abuelo.

- Nosotros, claro está, nada tenemos en contra - responde el abuelo-. Pero usted, señor camarada, ¿tiene la credencial correspondiente?

Mishka se asombra de la sapiencia del abuelo y, metido un dedo en la boca, se para a escuchar.

- ¡La tengo, abuelo, todo lo traigo en orden! - asegura sonriendo el hombre de la cartera, y entra en la habitación grande.

El abuelo sigue al huésped, y Mishka al abuelo.

- ¿Qué asuntos le traen por aquí? -inquire el abuelo por el camino.

- Vengo a hacer las nuevas elecciones. Elegiremos al Presidente y a los miembros del Soviet.

Poco más tarde, llega de la era el padre. Luego de saludar al forastero, le dice a la mamá que sirva la cena. Después de cenar, el padre y el forastero se sientan juntos en un banco; el huésped abre la cartera de cuero, saca de allí un montón de papeles y empieza a mostrárselos al padre. Mishka, impaciente, se empina al lado, tratando de ver. El padre toma una cartulina y se la enseña a Mishka:

- ¡Mira, Misnka, éste es Lenin!

Mishka arranca de manos del padre la foto, clava en ella los ojos y abre la boca de la sorpresa: en la foto se ve, de cuerpo entero, un hombre de pequeña estatura que no lleva siquiera camisa roja, sino chaqueta. Tiene una mano metida en el bolsillo del pantalón y con la otra, extendida, señala hacia adelante. Mishka fija bien los ojos en él y lo examina todo en un instante; con fuerza, para siempre, quedan grabados en su memoria las arqueadas cejas, la sonrisa que se esconde en la mirada y las comisuras

de los labios, cada uno de los rasgos del rostro...

El forastero toma la foto de las manos de Mishka, la guarda en la cartera, cerrando con llave, y se va a acostar. Ya desnudo, acostado y cubierto con el capote, se dispone a dormir, cuando oye chirriar la puerta. Alza la cabeza:

- ¿Quién es?

Por el suelo se deslizan susurrantes unos pies descalzos.

- ¿Quién anda ahí? -vuelve a preguntar el huésped, e inesperadamente ve junto a la cama a Mishka.

- ¿Qué quieres, pequeño?

Mishka, durante un minuto, permanece quieto, en silencio; luego, armándose de valor, dice:

- Anda, buen hombre... ¡dame a Lenin!...

El forastero calla, ha sacado la cabeza fuera de la cama y mira al chico.

El miedo se apodera de Mishka: ¿Y si de pronto se siente roñoso y no se lo da?

Procurando dominar el temblor de la voz, precipitado, atragantándose, musita:

- Dámelo para siempre, y yo... yo te regalaré una caja de lata, buena, y además, todas las tabas que tengo, y... -dejando caer la mano con ademán de desesperación, agrega-: Y las botas que me ha traído mi padre, ¡te las daré también!

- ¿Y para qué necesitas tú a Lenin? -pregunta el forastero, con una sonrisa.

"¡No me lo dará!... -pasa fugaz por la mente de Mishka. Agacha la cabeza, para que no se vean sus lágrimas, y responde con voz sorda:

- ¡Cuando lo pido, es porque lo necesito!

El forastero se echa a reír, saca la cartera de debajo de la almohada y le da a Mishka la foto. El chico la esconde bajo la camisa, la aprieta contra el pecho, contra el corazón, fuerte, muy fuertemente, y, a paso ligero, sale de la habitación grande. El abuelo se despierta e inquire:

- ¿Por qué andas zascandileando a media noche? Te tengo dicho que no bebas leche antes de acostarte, y ya ves, ahora te dan ganas... Mea en el cubo de la basura, ¡pues yo no voy a sacarte al patio para unas aguas menores!

Mishka, sin rechistar, se acuesta; sigue apretando la cartulina con ambas manos y le da espanto volverse: no la vaya a arrugar. Así se queda dormido.

Cuando se despierta, no ha amanecido aún. La madre acaba de ordeñar la vaca y va a llevarla al prado. Al ver a Mishka, junta las manos con asombro:

- ¿Qué tripa se te ha roto, bergante? ¿Por qué te has levantado tan temprano?

Mishka aprieta la foto bajo la camisa, pasa junto a la madre y se mete veloz debajo de la rampa del granero.

Alrededor de la rampa crece la bardana y se alza, impenetrable, un muro de ortigas. Mishka avanza a

rastras, apartando con la mano el polvo y el excremento de gallina; arranca una hoja de bardana, amarillenta de puro vieja, envuelve en ella la foto y le pone una piedra encima, para que no se la lleve el viento.

Desde por la mañana hasta la caída de la tarde, no ha parado de llover. El cielo está cubierto de un manto gris azulado, en el patio espumean los charcos, corren a porfía los arroyuelos por la calle.

Mishka ha tenido que quedarse todo el día en casa. Empieza ya a anochecer, cuando el abuelo y el padre se disponen a ir a la reunión del Comité Ejecutivo. Mishka se encasqueta la gorra de plato del abuelo y les sigue. El Comité Ejecutivo está instalado en la casa del guarda de la iglesia. Jadeando, Mishka trepa por los sucios escalones hasta la cubierta terracilla y entra en la habitación. Bajo el techo flota el humo del tabaco, el local está de bote en bote. Junto a la ventana, sentado a una mesa, el forastero cuenta algo a los cosacos allí reunidos.

Mishka, con sigilo, penetra en la parte de más atrás y toma asiento en un banco.

- ¿Quiénes están de acuerdo con que Fomá Kórshunov sea el presidente? ¡Les ruego que levanten la mano!

Prójor Lysenkov, yerno del tendero, que está sentado delante de Mishka, grita:

- ¡Ciudadanos!... Pido que se retire su candidatura. No es hombre de conducta honrada. Cuando, como pastor, cuidaba de nuestra caballada, ¡se observa ya eso!...

Mishka ve que Fedot el zapatero se levanta del poyo de la ventana y, agitando las manos, empieza a dar voces:

- Camaradas, a los ricachos no les conviene que el pastor Fomá sea el presidente, pero él es del proletariado y está por el Poder soviético...

Los cosacos acomodados, que se apiñan junto a la puerta, se ponen a dar patadas y silbidos. En el Comité Ejecutivo se arma un escándalo:

- ¡No necesitamos pastores!

- Si ha venido del servicio, ¡que se vaya a trabajar de pastor!...

- ¡Al cuerno Fomá Kórshunov!

Mishka mira al rostro pálido del padre, que está en pie junto al banco, y también palidece, de temor por él.

- ¡Silencio, camaradas!... ¡Al que alborote lo echaré! -amenaza a grito pelado el forastero, descargando sobre la mesa sonoros puñetazos.

- ¡Elegiremos a uno de los nuestros, a un cosaco!...

- ¡No hace falta!...

- ¡No queremos!... -alborotan los cosacos, y Prójor, el yerno del tendero, más que ninguno.

Un cosacazo tremendo, con un zarcillo en la oreja y una chaqueta rota y remendada, se sube de un salto a un banco.

- ¡Hermanos!... ¡Ya veis por dónde van los tiros!... ¡Los ricachos quieren meternos por sorpresa, de presidente, a uno de los suyos!... Y luego, volver a...

A través del furioso rugir de la multitud, Mishka sólo oye palabras sueltas, que grita el cosaco del zarcillo:

- La tierra... los nuevos repartos... a los pobres, arcilla y arena... las tierras negras se las quedarán ellos...

- ¡Que sea Prójor presidente!... -berrean junto a la puerta.

- ¡Prójor, Prójor!... ¡Es el me-jor!... ¡El, él, él!...

A duras penas se apaciguan un poco. El forastero, fruncido el entrecejo y salpicando saliva, vocifera durante largo rato.

"Debe estar soltando palabrotas", deduce Mishka.

El forastero pregunta con voz recia:

- ¿Quién vota a favor de Fomá Kórshunov?

Sobre los bancos se alzan numerosas manos. Mishka también alza la suya. Uno, saltando de banco en banco, las va contando en voz alta:

- Sesenta y tres... sesenta y cuatro -y sin mirar a Mishka, señalando con el dedo a su diestra levantada, prosigue:- ¡Sesenta y cinco!

El forastero apunta en un papel y pide a voces:

- ¡Quienes estén a favor de Prójor Lysenkov que levanten la mano!

Veintisiete cosacos ricos y el molinero Egor lo hacen, todos a una. Mishka mira en derredor y alza también la suya. El hombre que cuenta los votos, al llegar adonde él está, le mira de arriba abajo y le agarra de una oreja, haciéndole daño:

- ¡Ah, bribonzuelo!... ¡Largo de aquí, si no quieres que te zurre la badana! ¡Está votando como los mayores!...

Alrededor estallan las risas, mientras el hombre lleva a Mishka, a empujones, hacia la salida. El chico recuerda cómo habla el padre cuando regaña con el abuelo, y, deslizándose por los sucios escalones, protesta:

- ¡Tú no tienes derecho!

- ¡Ya te daré yo a ti derechos!...

Y siente agravio, muy amargo, como todos los agravios.

Al llegar a casa, vierte unas lagrimillas y se queja a la madre, pero ésta le responde con enfado:

- ¡No vayas adonde no te llaman! ¡Metes las narices en todas partes! ¡Es un castigo el que tengo contigo!

A la mañana siguiente, cuando están desayunando, antes de que terminen, suenan a lo lejos unos acordes, apagados a causa de la distancia. El padre deja la cuchara y dice, limpiándose los bigotes:

- ¡Es una banda militar de música!

Mishka vuela del banco, como arrastrado por el viento. Se oye un portazo en el zaguán, tras la ventanita, resuenan las pisadas: tap, tap, tap...

El padre y el abuelo salen también al patio, la madre asoma medio cuerpo fuera de la ventana.

Por el final de la calle, avanza como una ola, verde y ondulante, una columna de soldados rojos. Delante, los músicos tocan unos trompetones enormes, redobla el tambor, y los marciales sonos se expanden por toda la stanítsa.

Mishka mira con ansia a todas partes. Desconcertado, gira en el mismo sitio unos instantes; luego, echa a correr con brío, en dirección a los músicos. Siente en el pecho una grata opresión, que le sube a la garganta... Observa los rostros alegres y polvorientos de los soldados rojos, a los músicos, con los carrillos gravemente inflados, y, al momento, decide tajante: "¡Me voy con ellos, a combatir!....."

Recuerda el sueño que tuvo, y eso le da nuevos ánimos. Se aferra a la cartuchera del soldado del extremo.

- ¿A dónde vais? ¿A combatir?

- ¡Pues claro! ¿Cómo no?

- ¿Y por quién combatís vosotros?

- ¡Por el Poder soviético, tontuelo! Anda, ven aquí en medio.

Y empuja a Mishka al centro de la formación. Uno, riendo, le da un papirotazo en la alborotada coronilla; otro, sin detenerse, saca del bolsillo un sucio terrón de azúcar y se lo mete al chiquillo en la boca. En la plaza restalla una voz, que se alza de las primeras filas:

- ¡Al-to!...

Los soldados rojos se paran, se dispersan por la plaza, se tumban apiñados a la fresca sombra de la valla de la escuela. A Mishka se le acerca un combatiente rojo, alto, bien afeitado, con sable al cinto. Dilatando los labios en una sonrisa, inquiere:

- ¿De dónde has salido tú, borreguillo? ¿Qué haces en nuestro rebaño?

Mishka adopta un grave semblante y, tirándose de los pantaloncillos, que se le caen, replica:

- ¡Voy con vosotros, a combatir!

- ¡Camarada jefe del batallón! -grita un soldado rojo-. ¡Llévatelo de ayudante!

Todos sueltan la carcajada. Mishka empieza a pestañear confuso, pero el hombre que tiene el sorprendente nombre de "jefe del batallón" frunce el entrecejo y pregunta severo, con voz recia:

- ¿Por qué relincháis, imbéciles? Claro que nos lo llevaremos, pero a condición... -el jefe del batallón se vuelve hacia Mishka y dice-: Tus pantalones no tienen más que un tirante, ¡y con esa pinta serás una vergüenza para nosotros!... Mira, yo tengo dos tirantes, y todos los demás igual. Corre y que tu madre te cosa el otro; te esperaremos aquí... -luego, se vuelve hacia la valla y grita, guiñando el ojo-: ¡Teréschenko, ve y tráele al nuevo soldado rojo un fusil y un capote!

Uno de los tumbados junto a la valla se levanta, se lleva la mano a la visera y responde:

- ¡A sus órdenes!... -después, se aleja rápido, a lo largo de la valla.

- ¡Hala, vivo, corre! ¡Y que tu madre te cosa en seguida el otro tirante!...

Mishka mira severo al jefe del batallón:

- ¡No se te ocurra engañarme!

- ¿Qué dices? ¿Cómo es posible eso?...

La casa está lejos de la plaza. Mientras llega corriendo hasta el portón, Mishka se fatiga mucho. Le falta el aliento. Junto al portón, en plena carrera se quita los pantaloncillos y, veloces los pies descalzos, irrumpe en la *jata* como un torbellino.

- ¡Mamaíta!... ¡Los pantalones!... ¡Cóseles otro tirante!...

En la *jata* reina el silencio. Sobre el horno, como un negro enjambre, zumban las moscas. Recorre apresurado el patio, la era, el huerto: no están en parte alguna ni el padre, ni la madre, ni el abuelo. Entra como una flecha en la habitación grande y sus ojos tropiezan con un saco. Corta con un cuchillo una larga tira; no tiene tiempo de coser; además, no sabe. Presuroso, se la anuda a los pantalones, se la echa por encima del hombro, la vuelve a atar por delante y, a toda prisa, se mete bajo la rampa del granero.

Retira la piedra, echa una fugaz mirada a la mano de Lenin, que señala a él, a Mishka, y, tomando aliento, dice en un susurro:

- Bueno, ¿lo ves?... ¡Yo también me he incorporado a tus tropas!...

Envuelve de nuevo, cuidadosamente, la foto en la hoja de bardana, la guarda en el pecho y sale disparado, calle abajo. Con una mano aprieta la cartulina contra su pecho, con la otra tira de los pantalones. Al pasar frente al seto de la vecina, llama:

- ¡Anísiinovna!

- ¿Qué quieres?

- ¡Dile a mi familia que no me espere a comer!

- ¿A dónde vas tan de prisa, tunante?

Mishka agita la mano:

- ¡Al servicio militar!...

Llega corriendo a la plaza, y se queda petrificado de asombro. En la plaza no hay ni un alma. Al pie de la valla, están esparcidas colillas, latas vacías de conserva, se ven unos peales abandonados, y al final mismo de la *stanítsa* se oyen sordamente los sonos de la música y los pasos de los que se marchan, resonantes sobre el apisonado camino.

Unos sollozos brotan de la garganta de Mishka, da un grito y, a todo correr, trata de alcanzarlos. Y los habría alcanzado, no cabe duda, de no haber ocurrido un percance: frente al patio del talabartero, tropieza con un perrazo amarillo, de enorme cola, que está tumbado en el camino, cerrándole el paso y enseñándole los dientes. Y mientras Mishka da un rodeo por otra calle, se apagan los sonos de la música y el golpeteo de las pisadas.

* * *

Al cabo de un par de días, llega a la *stanitsa* un destacamento de unos cuarenta hombres. Los soldados llevan grises botas de fieltro y grasientas chaquetas de obrero. El padre viene del Comité Ejecutivo, a comer, y le dice al abuelo:

- Prepara, padrecito, trigo en el granero. Ha venido una unidad de requisita. Empieza el sistema de contingentación de productos.

Los soldados van por las casas: rebuscan con la punta de las bayonetas en la tierra y en los cobertizos, encuentran el trigo enterrado y lo llevan en unos carros al granero colectivo.

Llegan a casa del presidente. El que viene delante, dando una chupada a la pipa, le pregunta al abuelo:

- ¿Has enterrado trigo, viejo? ¡Confíésalo!...

El abuelo se atusa la barba y responde con orgullo:

- ¡Cómo! ¡Mi hijo es comunista!

Entran en el granero. El soldado de la pipa mide un compartimento, de una ojeada, y sonrío.

- Lleva, viejo, el trigo de ese compartimento y quédate con lo demás para comer y sembrar.

El abuelo engancha al carro el veterano Savraska; carraspea, entre jadeos, carga ocho sacos, deja caer la mano con pena y lleva el contingente al granero colectivo. La mamá, a la que le da lástima del trigo, lloriquea un poco; Mishka, después de ayudar al abuelo a llenar los sacos, se va a jugar con Vitka, el retoño del pope.

Apenas se han sentado en la cocina y extendido por el suelo unos caballitos de papel, entran allí los mismos soldados de antes. El pope, enredándose las piernas en los faldones de la túnica, sale corriendo a su encuentro, se agita y les pide que pasen a la habitación, pero el soldado de la pipa dice severamente:

- ¡Vamos al granero! ¿Dónde guardan el trigo?

De la habitación grande salta, toda despeinada y con ladronesca sonrisa, la mujer del pope.

- ¡Imagínense ustedes, señores, resulta que no tenemos ni un grano de trigo!... Mi marido no ha ido aún a recorrer la parroquia...

- ¿Y tienen ustedes sótano?

- No, no tenemos... Antes, guardábamos el trigo en el granero...

Mishka recuerda que, en la cocina, Vitka y él se metían a veces en un amplio sótano, y dice, volviendo la cabeza hacia la mujer del pope:

- Pues Vitka y yo, en la cocina, nos metíamos debajo del suelo. ¿Se te ha olvidado?...

La mujer del pope, palideciendo, se echa a reír:

- ¡Te equivocas, niño!... ¡Vitka, mejor será que os vayáis a jugar al jardín!...

El soldado de la pipa guiña el ojo y sonrío a Mishka:

- ¿Cómo se baja allí, pequeño?

La mujer del pope, retorciéndose los dedos, exclama:

- ¿Será posible que den ustedes crédito a un chiquillo tonto? ¡Yo les aseguro que no tenemos sótano!

El pope, recogiendo los faldones de la túnica, propone a los soldados:

- ¿No querrían ustedes, camaradas, tomar un bocado? ¡Vamos a las habitaciones!

La mujer del pope, al pasar junto a Mishka, le da un doloroso pellizco en el brazo al tiempo que sonrío cariñosa:

- ¡Id, niños, al jardín! ¡No molestéis aquí!

Los soldados cambian una mirada de inteligencia y echan a andar por la cocina, golpeteando en el suelo con las culatas de sus fusiles. Junto a la pared, apartan la mesa y retiran la estera. El soldado de la pipa levanta una tabla del piso, mira al sótano por el hueco y menea la cabeza:

- ¿Cómo no les da vergüenza? Decían que no tenían trigo, ¡y está lleno todo el sótano!...

La mujer del pope mira a Mishka con ojos tan fieros, que le hacen sentir espanto y deseos de marcharse a casa cuanto antes. Mishka se pone en pie y se dirige hacia el patio. La mujer del pope se lanza al zaguán, tras él, sollozando; agarra al chiquillo de los pelos y empieza a arrastrarlo por el suelo.

Forcejeando, consigue liberarse, y escapa a casa sin mirar atrás. Con voz que el llanto ahoga, le cuenta todo a la madre; pero ésta, en vez de consolarle, se lleva las manos a la cabeza:

- ¿Qué voy a hacer contigo?... ¡Quítate de mi vista, antes de que te dé unos azotes!

Desde entonces, después de cada agravio, Mishka se introduce debajo de la rampa del granero, retira la piedra, desenvuelve la hoja de bardana y, mojando la cartulina con sus lágrimas, le cuenta a Lenin sus cuitas y se queja a él de sus ofensores.

Ha pasado una semana. Mishka se aburre. No tiene con quién jugar. Los chiquillos vecinos no hacen buenas migas con él; además del remoquete de "granujilla", le han puesto otro apodo, aprendido de los mayores. Gritan en pos de Mishka:

- ¡Eh, tú, comunistilla! ¡Cachorro comunero, ándate con ojo!...

Una tarde, Mishka llega del estanque a casa; apenas entra en la *jata*, oye que el padre habla con brusquedad, mientras la madre llora a lágrima viva y se lamenta, como ante un muerto. Se asoma Mishka por la puerta y ve que el padre ha enrollado el capote y se está poniendo sus botas de soldado.

- ¿A dónde vas, padre?

El padre se echa a reír y contesta:

- ¡Haz entrar en razón a tu madre, hijito!... Me desgarras el alma con sus berridos. Voy a la guerra, ¡y no me deja!...

- ¡Y yo voy contigo, padre!

El padre se ajusta el cinturón y se encasqueta el gorro con las cintas.

- ¡Qué raro eres! ¡Palabra! ¡No podemos irnos los

dos a un tiempo!... Cuando yo vuelva, irás tú; pues de lo contrario, madurará el trigo, ¿y quién lo recogerá? La madre tiene bastante con la casa, y el abuelo es ya viejo...

Al despedirse del padre, Mishka contiene las lágrimas y hasta se sonríe. La madre, como la primera vez, se cuelga del cuello del padre; él la desprende a la fuerza, mientras el abuelo se limita a carraspear, besando al soldado, y a susurrarle al oído:

- ¡Fomá..., hijo mío!... ¿No será mejor que no vayas? Tal vez se arreglen sin ti... Si en mala hora te matan, ¡estaremos perdidos!...

- Calla, padre... No se puede proceder así. Si cada uno se esconde bajo las faldas de su mujer, ¿quién va a defender nuestro Poder entonces?

- Bueno, ve, si tu causa es justa.

El abuelo se vuelve de espaldas y, sin que nadie se aperciba, se enjuga una lágrima. Acompañan al padre hasta el Comité Ejecutivo. En el patio se agolpa una veintena de hombres con fusiles. El padre toma también un fusil y, luego de besar a Mishka por última vez, echa a andar con los demás por la calle, al final de la *stanitsa*.

Mishka regresa a casa con el abuelo. La madre, tambaleándose, arrastrando los pies, va detrás. En la *stanitsa* resuenan pocos ladridos y se ven pocas luces.

Está cubierta por la oscuridad de la noche como una vieja con su negro mantón. Empieza a gotear; más allá de la *stanitsa*, sobre la estepa, fulgura saltarán un rayo y resuenan, sordos y prolongados, los fragores de un trueno.

Llegan a la casa. Mishka, que ha permanecido callado todo el camino, le pregunta al abuelo:

- Abuelito, ¿contra quién va a la guerra mi padre?

- ¡Déjame en paz!...

- ¡Abuelito!

- ¿Qué quieres?

- ¿Contra quién va a combatir mi padre?

El abuelo, luego de echarle la tranca al portón, responde:

- Mala gente se ha presentado en nuestros contornos. Los de la *stanitsa* les llaman horda, pero a mí me parece que son puros bandidos... Y tu padre ha ido a luchar contra ellos.

- ¿Y son muchos, abuelo?

- Dicen que cerca de doscientos... Bueno, bribón, a dormir, ¡basta ya de paseos!

Por la noche, a Mishka le despiertan unas voces. Palpa en la cama: el abuelo no está.

- ¿Dónde estás, abuelito?

- ¡Chist!... ¡Duerme, travieso!

Mishka se levanta y, a tientas, llega hasta la ventana. El abuelo, en calzoncillos, está sentado en un banco; con la cabeza fuera de la abierta ventana, escucha. El chico presta también oído y percibe más allá de la *stanitsa*, en el profundo silencio, el frecuente estampido de unos disparos; luego,

rítmicamente, resuenan descargas cerradas.

¡Traj!... ¡Tra-ca-ta-traj!... ¡Traj-traj!...

Es como si estuvieran martilleando clavos.

El miedo se apodera de Mishka. Apretándose contra el abuelo, pregunta:

- ¿Es mi padre el que dispara?

El abuelo calla, y la madre vuelve a llorar y a lamentarse.

Hasta el alba se oye tiroteo más allá de la *stanitsa*; luego, todo queda en silencio. Mishka, hecho un ovillo se acurruca en el banco y se duerme; su sueño es penoso, nada alegre. Al amanecer, por la calle, en dirección al Comité Ejecutivo, al galope, viene un grupo de jinetes. El abuelo despierta a Mishka y sale corriendo al patio.

En el del Comité Ejecutivo se alza una negra columna de humo, el fuego se propaga a las dependencias del edificio. Por las calles, pasan raudos hombres a caballo. Uno de ellos se acerca y le pregunta al abuelo:

- ¿Tienes caballo, viejo?

- ¡Sí!...

- ¡Pues engánchalo al carro y ve a la *stanitsa*! ¡En el juncal yacen vuestros comunistas!... ¡Cárgalos y tráetelos para que sus parientes los entierren!...

El abuelo engancha rápidamente a Savraska, empuña las riendas con manos trémulas y, al trote ligero del bruto, sale del patio.

La *stanitsa* se alarma rumorosa; los bandidos se apresuran a llevarse el heno de las eras, degüellan las ovejas. Uno de ellos salta del caballo ante el patio de Anísimovna e irrumpe en la *jata*. Mishka oye los potentes chillidos de Anísimovna. Y el bandido, chasqueando el sable, aparece en la terracilla, se sienta en un escalón, se descalza, rasga por la mitad el floreado chal de Anísimovna, de los días de fiesta, se quita los sucios peales, los tira y se envuelve los pies en los dos trozos del chal.

Mishka entra en la habitación grande, se echa en la cama y se tapa la cabeza con la almohada; no se levanta hasta que no oye el chirriar del portón. Sale disparado a la terracilla y ve que el abuelo, mojada la barba de las lágrimas, entra el caballo y el carro en el patio.

Atrás, en el carral yace un hombre descalzo, con los brazos caídos y muy abiertos; su cabeza, del traqueteo, retiembla golpeteando contra el larguero de la trasera, una sangre negra y espesa fluye y se extiende por las tablas...

Mishka, tambaleándose, se acerca al carro, mira al rostro, hendido por los sablazos: asoman los dientes, prietos, una mejilla cuelga, arrancada de un tajo con el hueso, y en un ojo, saltón e inyectado de sangre, está posada, balanceante, una mosca verde.

Sin adivinar todavía, con temblores de espanto, Mishka aparta de allí la mirada y la desliza hacia abajo; al ver una camiseta de marinero, de rayas blancas y azules, empapada de sangre, vacila como si

le hubieran golpeado por detrás en las piernas; muy abiertos los ojos, mira de nuevo al rostro ennegrecido e inmóvil y salta al carro.

- ¡Papaíto, levántate! ¡Levántate, papaíto querido!... -cae del carro e intenta echar a correr, pero las piernas se le doblan; a gatas, se arrastra hasta la escalera de la terracilla e hinca la cara en la arena.

* * *

El abuelo tiene los ojos profundamente hundidos, la cabeza le temblequea, con fuertes sacudidas, sus labios musitan algo imperceptible.

Durante largo rato y en silencio, acaricia los cabellos de Mishka; luego, mirando a la madre, derrumbada sobre el lecho, dice en un susurro:

- Vamos, nietecito, al patio...

Toma a Mishka de la mano y lo lleva a la terracilla. Al pasar frente a la puerta de la habitación grande, Mishka cierra los ojos y empieza a temblar: en ella, sobre la mesa, callado, grave el semblante, yace el padre. Le han lavado la sangre, pero ante Mishka aparece el ojo paterno, colorado y vidrioso, y la gran mosca verde en él posada.

El abuelo, durante largo rato, desata la cuerda del pozo; entra en la cuadra, saca a Savraska; le limpia la espuma de los morros con la manga, lo embrida y presta atención: por la *stanitsa* se expanden gritos y carcajadas. Frente al patio van dos hombres a caballo; brillan en la oscuridad los puntos luminosos de sus cigarros, se oyen sus voces:

- ¡Ya les hemos dado contingentes a esos!... ¡En el otro mundo aprenderán a no quitarle el pan a la gente!

Se acalla el repiqueteo de los cascos, el abuelo se inclina hacia Mishka y le susurra al oído:

- Yo soy viejo, y no puedo subir al caballo... Te montaré a ti en él, nietecito, y ve al caserío de Pronin. Que Dios te acompañe... Yo te enseñaré el camino... Allí debe estar el destacamento que pasó con la música por nuestra *stanitsa*... Diles que vengan, que se ha presentado una banda... ¿Comprendido?

Mishka asiente con la cabeza. El abuelo lo monta a caballo y le ata las piernas a la silla con la cuerda, para que no se caiga; a través de la era, frente al estanque y las patrullas de los bandidos, conduce a Savraska a la estepa.

- Mira, al pie de ese otero, hay una barranca; ve siempre a lo largo de ella, ¡no vuelvas hacia ninguna parte!... Todo derecho, llegarás al caserío. ¡Hala, en marcha, querido!...

El abuelo besa a Mishka y le da a Savraska una suave palmada.

La noche es clara, de luna. Savraska emprende un trotecillo corto, resopla y, al percibir en el lomo la leve carga, aminora el paso. Mishka le toca con las riendas, le da palmaditas en el cuello y salta, balanceándose en la silla.

Unas codornices silban con brío en la verde espesura de los trigales. Por el fondo de la barranca

corre cantarina el agua de un manantial, el viento trae su grato frescor.

A Mishka le causa espanto estar solo en la estepa y se abraza al cálido cuello de Savraska, apretándose contra él hecho un ovillito, tembloroso de frío.

La barranca se eleva, desciende, vuelve a elevarse. A Mishka le da pavor mirar atrás, murmura quedo, procurando no pensar en nada. El silencio se ha congelado en sus oídos, tiene cerrados los ojos.

Savraska cabecea, da resoplidos y aprieta el paso. Mishka entreabre un poco los ojos y ve abajo, al pie del monte, unas pálidas lucecitas amarillas. El viento trae unos ladridos.

Una suave alegría caldea por unos instantes el pecho de Mishka. Espoleando a Savraska con los talones, le grita:

- ¡Arre!...

Los ladridos se perciben más cerca; en un montículo se divisan confusos los contornos de un molino de viento.

- ¿Quién vive? -gritan desde el molino.

Mishka, en silencio, arrea a Savraska. En el soñoliento caserío resuenan alborotadores los kikirikís de los gallos.

- ¡Alto! ¿Quién vive?... ¡Parate o disparo!...

Mishka, asustado, tira de las riendas, pero Savraska, que ha olfateado la proximidad de otros caballos, suelta un relincho y avanza a la carrera sin hacer caso de los tirones de su jinete.

- ¡¡Alto!!...

Junto al molino restallan unos disparos. Y el grito de Mishka se pierde entre el golpeteo de los cascos de los caballos. Savraska lanza un ronco hipido y se encabrita para derrumbarse pesadamente sobre el costado derecho.

Mishka, por unos segundos, siente en la pierna un dolor terrible, insoportable, y el alarido se le queda en los labios. Savraska deja caer sobre la pierna todo el peso de su cuerpo, cada vez mayor.

El golpeteo de cascos se acerca. Llegan al galope dos jinetes; chasqueando sus sables, saltan de los caballos y se inclinan sobre Mishka.

- ¡Madre mía, pero si es un chiquillo!...

- ¿Será posible que lo hayamos matado?

Alguien mete la mano en el pecho de Mishka, que percibe en el rostro fuerte olor a tabaco. Una voz anuncia jubilosa:

- ¡Esta sano y salvo!... ¿No le habrá aplastado la pierna el caballo?...

Al perder el conocimiento, Mishka comunica, con un hilillo de voz:

- Hay una banda en la *stanitsa*... Han matado a mi padre... Han incendiado el Comité Ejecutivo, ¡y mi abuelito dice que vayan para allá en seguida!

Ante los apagados ojos de Mishka empiezan a girar unos círculos de colores...

Pasa frente a él el padre, se retuerce las guías de los rojizos bigotes, ríe, y en su ojo está posada,

El granujilla

balanceándose, una gran masca verde. Aparece el abuelo, meneando la cabeza con aire de reproche; luego, la mamaíta, y después, un hombre pequeño de gran frente despejada, con la mano extendida, y la mano le señala directamente a él, a Mishka.

- ¡Camarada Lenin!... -dice Mishka con vocecilla que se ha tornado sorda; haciendo un esfuerzo, alza un poco la cabeza y sonrío, tendiendo los brazos hacia adelante.

ALEXANDR FADEIEV.

"A nosotros nos cupo en suerte, por vez primera, hablarles a las gentes de la vida socialista, de cómo fue conquistada", decía Alexandr Fadéiev, refiriéndose a la generación de escritores soviéticos llegados a la literatura al comenzar la Revolución de Octubre.

El propio Fadéiev (1901-1956) participó en la revolución y la guerra civil en el Extremo Oriente. A los diez y siete años, en unión de los guerrilleros, recorrió allí miles de kilómetros por las veredas de la taigá. Los años de lucha dejaron en el alma del futuro escritor imborrables huellas de heroísmo y tragedia. En aquellos días fueron quemados vivos por los intervencionistas, en el hogar de una locomotora, Serguéi Lazó, dirigente de los guerrilleros del Extremo Oriente, y Vsévolod Sibirtsev, primo del escritor.

A los acontecimientos de la guerra civil en aquellas tierras están dedicadas las novelas de Fadéiev "La derrota" y "El último udegú", así como numerosos cuentos y reportajes. "La exploración de Metélitsa" es uno de los relatos del ciclo del Extremo Oriente, que figura en la novela "La derrota".

LA EXPLORACIÓN DE METELITSA.

Al enviar a Metélitsa a hacer una exploración en terreno enemigo, Levinsón, jefe del destacamento, le había ordenado que volviera a toda costa aquella misma noche. Pero la aldea adonde era enviado el jefe de sección estaba en realidad mucho más lejos de lo que suponía Levinsón: Metélitsa había partido del destacamento cerca de las cuatro de la tarde, y aunque espoleaba a conciencia a su potro -encorvado sobre él a semejanza de un ave de rapiña, cruel y gozosamente dilatadas las aletas de la nariz, como embriagado por la loca carrera después de cinco días largos, tediosos- la taigá otoñal le seguía incansable, con el susurro de sus hierbas, a la luz gélida y triste del día que se apagaba entre las primeras sombras crepusculares. Ya había anochecido por completo, cuando logró salir al fin de la taigá y refrenó el potro junto a un viejo y podrido colmenar de invierno, de techumbre medio derruida, abandonado sin duda por los hombres hacía infinidad de tiempo.

Ató al caballo y, agarrándose al extremo de un carcomido tronco, que se deshacía entre las manos, trepó a una esquina, a riesgo de caer a la negra fosa que emanaba el fétido aliento de la madera putrefacta y de las hediondas hierbas enterradas. De puntillas, afianzado en las firmes piernas medio dobladas, permaneció allí unos diez minutos sin moverse, avizorando celosamente, prestando atento oído en la noche, invisible sobre el negro fondo del bosque, y aún más parecido a un ave de rapiña. Ante él se extendía un tenebroso valle con oscuros almiarés y arboledas, oprimido a ambos lados por unas elevaciones de origen volcánico cuyo azabache se destacaba intensamente sobre un cielo adusto, cuajado de estrellas.

Metélitsa saltó a la silla del potro y salió al

camino. Sus carriles negros, no transitados hacía mucho, apenas se perfilaban en la hierba. Los finos troncos de los abedules blanqueaban tenuemente en las sombras, como cirios apagados.

Subió a un alcor: a la izquierda, como antes, se extendía la negra hilera de las elevaciones volcánicas, semejantes al lomo de una bestia gigantesca; rumoreaba el río. A unas dos verstas, seguramente junto al mismo río, ardía una hoguera, que le recordó a Metélitsa la desvalida soledad de la vida pastoril; más allá, cruzando el camino, se divisaban, inmóviles y amarillas, las luces de la aldea. La hilera de elevaciones volcánicas torcía a la derecha e iba a perderse en la niebla azul; en aquella dirección el terreno descendía mucho. Por lo visto, allí se encontraba el viejo cauce del río; a lo largo de él, hosco, negreaba el bosque.

"Aquello es un pantano, no cabe duda", pensó Metélitsa. Sentía frío, pues llevaba abierto el chaquetón de soldado, sobre la guerrera de arrancados botones, con el cuello desabrochado. Decidió acercarse primeramente a la hoguera. A prevención, desenfundó la pistola y se la metió bajo el cinto del chaquetón, la funda la guardó en la bolsa de la silla. No llevaba fusil. Ahora parecía un hombre del campo; después de la guerra de Alemania, muchos de ellos iban así, con chaquetón de soldado.

Estaba ya muy cerca de la hoguera, cuando, de pronto, resonó en las tinieblas un alarmante relincho. El potro dio un respingo y, temblante el vigoroso cuerpo, tiesas las orejas, contestó apasionado y quejumbroso. En aquel preciso momento, junto al fuego, empezó a danzar una sombra. Metélitsa asestó un fuerte fustazo y alzóse en unión del encabritado bruto.

Al lado de la hoguera, desencajados los empavorecidos ojillos, sujetando el látigo en una mano y con el otro brazo levantado dentro de la holgada manga, como para protegerse la cara, estaba plantado un chiquillo de cabellos negros, con *laptis* y calzones rotos, envuelto en una chaqueta larga, no de su medida, ajustada a la cintura con una soga. Metélitsa, enfurecido, detuvo el potro ante las mismas narices del chicuelo, a punto de atropellarlo, e iba ya a regañar imperioso y grosero, cuando, de repente, vio ante él aquellos ojos empavorecidos sobre la holgada manga, los pantaloncillos, por los que asomaban las desnudas rodillas, y la pobre chaqueta, de la talla del amo, de la que emergía, lastimero y culpable, un fino y gracioso cuello de niño...

- ¿Qué haces ahí como un poste?... ¿Te has asustado, eh? ¡Ay, gorrioncillo, gorrioncillo, buen tonto estás hecho! -exclamó desconcertado Metélitsa, involuntariamente, con ese rudo tono cariñoso que nunca empleaba con las personas y reservaba sólo para los caballos-. ¡Está ahí plantado, a pique de que lo maten!... ¿Y si te hubiera aplastado?... ¡Ah, qué tonto! -repitió, ya ablandado por completo, advirtiendo que la presencia de aquel rapazuelo y toda su pobreza extrema despertaba en él un sentimiento impreciso, de lástima, jocosos e infantil... El chiquillo... recobró a duras penas el aliento, que el susto le cortara, y bajó el brazo.

- ¿Y tú por qué me has acometido como un camorrista? -demandó el chiquillo, procurando hablar con razones y aires de persona mayor, pero encogido aún-. Es para asustarse, pues guardo aquí caballos...

- ¿Ca-ballos? -repitió Metélitsa alargando burlón la palabra-. ¡Vaya, vaya! -apoyó la mano en la cintura, retrocedió para contemplar al chiquillo con ojos entornados, moviendo ligeramente las inquietas cejas de raso, y, de pronto, rompió a reír con tan francas y recias carcajadas, con tan altas notas, llenas de bondad y regocijo, que él mismo se quedó asombrado de emitir semejantes sonidos.

El chiquillo, en su turbación, empezó a respirar agitado, con desconfianza, pero al ver que todo aquello, lejos de ser espantoso, tomaba un cariz extraordinariamente divertido, alzó tanto la piel de la frente, que la nariz se levantó a la par, respingona, y dio también suelta a su risa, aguda y picarilla. Metélitsa, de la sorpresa, arreció en sus carcajadas, y ambos, sin proponérselo, estuvieron unos minutos incitándose mutuamente, en regocijante competencia: el uno se inclinaba hacia adelante y hacia atrás en la silla, reluciente a la luz de la hoguera la dentadura, y el otro, cayendo sobre las nalgas, apoyaba las manos en la tierra y se derrumbaba panza arriba a cada nuevo golpe de hilaridad.

- ¡Bien me has hecho reír, patroncito! -pudo decir al fin Metélitsa, liberando un pie del estribo-. Eres un estrafalario, desde luego... -y saltó a tierra y tendió la

mano hacia el fuego.

El chiquillo dejó de reír y se le quedó mirando con serio y gozoso pasmo, como si esperase de él nuevas cosas, las más raras y extraordinarias.

- ¡Tú también eres alegre, diablo! -dictaminó al cabo de un rato, pronunciando con claridad y precisión cada palabra, como resumiendo sus convicciones.

- ¿Yo? -repuso con sorna Metélitsa-. Yo, amigo, soy unas pascuas...

- Pues me diste un susto tremendo -reconoció el chiquillo-. Tengo aquí los caballos. Estaba asando unas patatas...

- ¿Patatas? ¡Magnífico!... -Metélitsa se sentó al lado, sin soltar las riendas-. ¿Y de dónde sacas tú las patatas?

- ¡Vaya una pregunta!... ¡Hay una enormidad por estos lugares! -y el chiquillo tendió las manos alrededor.

- Por lo tanto, ¿las robas?

- Las robo... Deja que te sujete el caballo... ¿O es un potro?... No tengas miedo, amigo, que no lo dejaré escapar... Buen potrilla -dijo el chicuelo, examinando con experta mirada al animal, enjuto, musculoso, de buena estampa y ceñido vientre-. ¿Y de dónde eres tú?

- Sí; no es mal potro -asintió Metélitsa-. ¿Y tú de dónde eres?

- De allí -contestó el chiquillo, señalando hacia las luces-. De Yanijeza, esa es nuestra aldea... Ciento veinte casas, justas, ni más ni menos -explicó, repitiendo palabras ajenas, y lanzó un escupitajo.

- Bien... Pues yo soy de Vorobiovka; al otro lado de esos montes... ¿Has oído hablar de ella?

- ¿De Vorobiovka? No, no he oído hablar; debe estar lejos...

- Sí, lejos.

- ¿Ya qué vienes a nuestra aldea?

- No sé cómo explicarte... El asunto, amigo, es largo de contar. Pienso comprar caballos; según dicen, tenéis aquí muchos... Y a mí, amigo, me gustan con delirio -afirmó Metélitsa con picardía y fervor; me he pasado la vida cuidando de ellos, pero de los ajenos.

- ¿Y te figuras que éstos son míos? Son del amo...

El chiquillo sacó de la manga la manecita, flaca y sucia, y empezó a remover con el palo del látigo la ceniza, atrayendo hacia sí, hábilmente, las ennegrecidas patatas.

- ¿Quieres comer? -preguntó-. Tengo también pan, aunque poco...

- Gracias, acabo de darme un atracón. ¡Estoy hasta aquí! -mintió Metélitsa, llevándose al cuello el canto de la mano y comprendiendo, sólo en aquel instante, cuán grande era la gazuza que tenía.

El chiquillo partió una patata, la sopló, metióse en la boca la mitad, sin pelarla, le dio la vuelta con la lengua y, moviendo las agudas orejas, empezó a

masticar con apetito. Cuando la hubo comido, miró a Metélitsa y, con la misma claridad y precisión con que le calificara de alegre, manifestó:

- Soy huérfano; desde hace medio año estoy solo en el mundo. A mi padre lo mataron los cosacos, a mi madre la violaron y la asesinaron también, y a mi hermano también le dieron muerte...

- ¿Los cosacos? -repitió Metélitsa, con un estremecimiento.

- ¡Claro que ellos! Los mataron sin motivo. Y le prendieron fuego a toda la casa; no sólo a la nuestra, a doce por lo menos. Cada mes, se presentan a caballo; ahora hay también ahí unos cuarenta hombres. Y más allá de nuestra aldea, en Rakítnoie, donde está el ayuntamiento, lleva ya todo el verano un regimiento entero. ¡Las barbaridades que hacen!... Pero toma patatas.

- ¿Y cómo es que no huísteis?... Con el bosque que tenéis... -Metélitsa se incorporó un poco.

- ¿Qué resuelve el bosque? En él no se puede vivir mucho tiempo. Además, el terreno es pantanoso, se atasca uno para siempre en esa papilla...

"Corno yo me figuraba" -pensó Metélitsa al recordar su suposición.

- Verás lo que vamos a hacer -dijo, poniéndose en pie-. Cuida tú de mi caballo, y yo me iré a pie al pueblo. Porque, por lo que veo, en vuestros contornos, en vez de comprar caballos, corre uno el riesgo de que le quiten el último que le queda.

- ¿Qué prisa tienes? ¡Aguarda un poco!... -le pidió el pastorcillo, entristecido al instante y levantándose también-. Se aburre uno aquí solo -explicó con lastimera voz, mirando a Metélitsa con ojos implorantes, muy abiertos, humedecidos.

- No es posible, amigo -repuso Metélitsa con ademán de impotencia-. La noche es lo mejor para explorar... Volveré pronto, y al potro lo dejaremos trabado. ¿Dónde para allí el jefe principal de ellos?

El chiquillo le explicó cómo podría hallar la isba donde se alojaba el jefe del escuadrón y la mejor manera de pasar por los huertos de detrás de las casas.

- ¿Y hay muchos perros en vuestro pueblo?

- Bastantes, pero no son fieros.

Orientándose por las indicaciones que le hiciera el pastorcillo, Metélitsa atravesó unos cuantos callejones, rodeando la iglesia, y topó al fin con la pintada valla del jardín del pope. (El jefe del escuadrón paraba en aquella casa). Metélitsa recorrió con la mirada el interior del recinto y, al no observar nada sospechoso, saltó la valla silenciosamente.

En el jardín se entrelazaba tupido el ramaje, pero las hojas habían caído ya. Metélitsa, conteniendo el galopar de su corazón desbocado, sin respirar apenas, se adentró en la espesura. Los arbustos desaparecieron de pronto, cortados por una alameda, y a la izquierda, a unos cuarenta metros, vio luz en una ventana. La ventana estaba abierta, dentro había

unos hombres sentados. La luz se derramaba suavemente, en chorros iguales, sobre las hojas caídas, y los manzanos, iluminados en sus contornos, erguíanse fantásticos, como de oro.

"¡Ahí está lo que busco!", pensó Metélitsa, con un temblor nervioso en la mejilla, ardiendo ya todo él en el fuego del temerario arrojo que solía impulsarle, incontenible, a acometer las más descabelladas empresas; y en tanto calculaba si era de alguna utilidad escuchar la conversación de aquellas gentes en la iluminada estancia, sabía ya que en realidad, no se marcharía de allí hasta que no lo hubiese hecho. Al cabo de unos minutos, se encontraba apostado tras un manzano, al pie mismo de la ventana, escuchando con ansia y grabándose bien en la memoria cuanto allí acontecía.

Eran cuatro, y estaban sentados a una mesa, en el fondo de la habitación, jugando a las cartas. A la derecha, se hallaba el popecillo, vejete y pequeñajo, de escasos y finos cabellos alisados, como relamidos, y penetrantes ojos vivarachos; movía hábilmente sobre la mesa las manos chiquitinas, flacas, dando los naipes en silencio con sus dedos de muñeco y procurando echar una rápida ojeada, por debajo, a cada carta que servía; hacía lo con tanta maña, que su vecino, de espaldas a Metélitsa, agarraba veloz las cartas, mirándolas temeroso, y las escondía en el acto, precipitadamente, bajo la mesa. De cara a Metélitsa estaba sentado un oficial guapote, grueso e indolente, de bondadosa apariencia y con una pipa entre los dientes; tal vez debido a su gordura, Metélitsa lo tomó por el jefe del escuadrón. Sin embargo, posteriormente, sin que él mismo supiera el motivo, se interesaba más por el cuarto jugador, hombre de rostro fofo y macilento e inmóviles pestañas; llevaba éste una *papaja*⁵ negra y una capa caucasiana en la que se envolvía después de echar sobre el tablero cada carta.

En contra de lo que esperaba oír Metélitsa, los reunidos hablaban de las cosas más corrientes, de ningún interés; una buena mitad de la conversación giraba en torno a la partida.

- Me juego ochenta -dijo el que estaba de espaldas a Metélitsa.

- Poco es eso, usía, poco -repuso el de la *papaja* negra-. Cien, sin verlas -agregó con displicencia.

El guapo y gordo, entornando los ojos, miró sus cartas y, quitándose la pipa de la boca, elevó la puesta a ciento cinco.

- Paso -manifestó el primero, volviéndose hacia el popecillo, que sostenía los naipes sobrantes.

- Me lo imaginaba... -replicó con sorna el de la *papaja* negra.

- ¿Tengo yo la culpa de que no me vengán cartas? -se disculpó el primero, dirigiéndose al popecillo en busca de apoyo.

- Siempre poquito a poquito -bromeó el popecilla,

⁵ gorro alto de piel. (N. del T.)

entornando levemente los ojos y desgranando una risita, menuda, muy menuda, como queriendo subrayar con ella toda la insignificancia de las posturas de su vecino-. Y ya se ha apuntado doscientos dos tantos... ¡Conocemos sus tretas!...

Y amenazó con el dedo, sonriendo astuto, hipócrita y adulón.

"Vaya un bicho", pensó Metélitsa.

- ¡Ah, pasa usted también? -preguntó el popecilla al oficial displicente-. Tome las que quedan, tenga la bondad -dijo al de la *papaja* negra y, sin descubrir las cartas, se las endosó.

Durante un minuto estuvieron golpeando encarnizadamente el tablero con los naipes hasta que perdió el de la *papaja* negra. "Y aun presumía el ojos de besugo", pensó Metélitsa con desprecio, sin saber si marcharse o esperar un poco más. Pero no podía irse, porque el que había perdido se volvió hacia la ventana, y Metélitsa sentía su penetrante mirada, espantosamente fija, clavada con terrible precisión.

Entretanto, el que estaba sentado de espaldas a la ventana empezó a barajar las cartas. Lo hacía con cuidado y economía de esfuerzos, como suelen santiguarse las viejas no demasiado antiguas.

- Y Niechitailo sigue sin venir -comentó él displicente, bostezando-. Por lo visto, ha tenido suerte. Mejor hubiera sido que hubiese ido yo con él...

- ¡Los dos? -replicó el de la *papaja*, volviéndose desde la ventana-. ¡Ella habría podido con los dos! -añadió, torciendo la boca.

- ¡La Vasionka? -dijo el popecillo-. ¡Oh!... ¡Esa habría podido!... Tuvimos aquí un sacristán, un verdadero toro; pero eso ya se lo he contado a ustedes... Aunque Serguéi Ivánovich no lo habría consentido. Jamás... ¿Saben lo que me confesó ayer en secreto? "Yo -aseguró- me la llevaré conmigo, no tengo miedo incluso a casarme con ella, yo... "¡Huy! -exclamó de pronto el popecillo, tapándose la boca con la palma de la mano, en tanto relucían sus inteligentes ojillos-. ¡Qué cabeza la mía! Me he ido de la lengua sin querer. ¡Vade retro, no lo reveles! -y con fingido espanto, agitó las manos. A pesar de que todos, como Metélitsa, veían la hipocresía y la embozada obsequiosidad de cada uno de sus ademanes y palabras, nadie se lo dijo en la cara, y todos rieron sus gracias.

Metélitsa, agachándose, apartóse de la ventana, de medio lado. Acababa de torcer hacia la transversal alameda, cuando, de improviso, topó de manos a boca con un hombre que llevaba echado al hombro su capote de cosaco; detrás de él, se divisaban otros dos.

- ¿Qué haces tú aquí? -preguntó asombrado aquel hombre, sujetando con involuntario movimiento el capote, a punto de caer a causa del encontronazo.

Metélitsa retrocedió de un salto y se lanzó a los arbustos.

- ¡Alto! ¡Sujetadlo! ¡A ése! ¡Ven aquí!... ¡Eh! - resonaron a un tiempo varias voces, y tras él restallaron secos unos disparos.

Zigzagueando entre los arbustos, perdida la gorra, Metélitsa corría a la ventura, pero las voces vibraban estridentes, chillonas, delante de él, y unos furiosos ladridos venían de la calle.

- ¡Ahí está, sujetadlo! -gritó uno, arrojándose hacia Metélitsa con el brazo extendido. Una bala silbó junto a la misma oreja del fugitivo. Metélitsa disparó también. El hombre que corría tras él tropezó y cayó a tierra.

- Te equivocas, no me atraparás... -manifestó Metélitsa con aire de triunfo, sin creer, hasta el último momento, que pudieran echarle el guante.

Pero alguien, grandote y pesado, se abalanzó sobre él, por la espalda, y lo derribó bajo su corpachón. Metélitsa trató de liberar una mano, pero un golpe cruel en la cabeza lo dejó aturdido...

Luego, empezaron a golpearle por turno, e incluso perdido ya el conocimiento, seguía percibiendo en su cuerpo aquellos golpes interminables, uno tras otro...

... Metélitsa recobró el conocimiento en un pajar, grande y oscuro; yacía sobre la tierra húmeda, y lo primero que sintió fue aquella fría humedad de la tierra que le atravesaba, de parte a parte, el cuerpo. Inmediatamente recordó lo que le había ocurrido. Los golpes que le dieran le zumbaban aún en la cabeza; tenía los cabellos apelonados, de la sangre reseca; aquella sangre coagulada la percibía también en la frente y las mejillas.

El primer pensamiento coherente que le vino a la cabeza fue: "¿Será posible escapar?" No podía creer de ningún modo que después de todo lo que había conocido en la vida, después de las hazañas y los éxitos que le habían acompañado siempre en todas las empresas y dado fama y renombre entre las gentes, iba a acabar yaciendo en la tierra, pudriéndose como cualquiera de los simples mortales. Reconoció todo el pajar, palpó los agujeros y resquicios y hasta intentó forzar la puerta. ¡Inútil empeño!... Por doquier tropezaba con la madera, inerte y fría, y las rendijas eran tan irremisiblemente estrechas, que por ellas no podía deslizarse ni la mirada; dejaban pasar solamente, con gran esfuerzo, la débil luz de aquel amanecer de otoño.

A pesar de ello, rebuscó una y otra vez hasta convencerse, con inexorable y fatídica certeza, de que en realidad no escaparía aquella vez. Y cuando se hubo cerciorado definitivamente de ello, la cuestión de su propia vida y muerte dejó de interesarle al instante. Toda su fuerza física, todas las potencias de su alma se concentraron en la resolución de un problema que, aún no teniendo importancia alguna desde el punto de vista de su propia vida y muerte, constituía ahora para él lo más importante: ¿Cómo podría él, Metélitsa, siempre aureolado hasta

entonces por la fama de arrojado y audaz, demostrar a los hombres que iban a matarle que no les temía y los despreciaba profundamente?

No había tenido tiempo de pensarlo, cuando tras la puerta oyóse ruido, rechinó el cerrojo y, en unión de la pálida luz, grisácea y trémula, de la amanecida, entraron en el pajar dos cosacos con armas y franjas en los pantalones. Metélitsa abrió las piernas, entornó los ojos y se quedó mirándolos fijamente.

Ellos, al verle, se detuvieron indecisos junto a la puerta; el que venía detrás empezó a resollar agitado.

- Ven con nosotros, paisanete -dijo al fin el de delante sin inquina y hasta con cierto aire de culpa.

Metélitsa, tesonero, asintió con la cabeza y salió afuera.

Al cabo de unos minutos estaba ante un conocido -el de la *papaja* negra y la capa caucásiana- en la misma estancia por cuya ventana acechara la noche anterior desde el jardín del pope. Allí mismo, incorporándose en la butaca y mirándole sorprendido, pero no severo, se encontraba el oficial guapote, gordo y de bonachón aspecto, al que tomara Metélitsa la víspera por jefe del escuadrón. Ahora, al examinar a los dos con más detenimiento, comprendió, por algunos indicios casi imperceptibles, que el jefe no era el oficial bonachón, sino el otro, el de la capa caucásiana.

- ¡Podéis retiraros! -ordenó el de la capa con voz tajante, mirando a los cosacos, que seguían parados junto a la puerta.

Los cosacos, empujándose atolondrados, salieron precipitadamente de la estancia.

- ¿Qué hacías tú ayer en el jardín? -inquirió rápido, plantándose ante Metélitsa y clavándole los ojos, precisos e inmóviles.

Metélitsa, en silencio, aguantó burlón la mirada moviendo levemente las negras cejas de raso y dando a entender con toda su actitud que, cualesquiera que fuesen las preguntas y los procedimientos para obligarle a contestar, no respondería nada que pudiese satisfacer a sus interrogadores.

- Déjate de pamplinas -le dijo el jefe, sin enfadarse en absoluto ni alzar la voz lo más mínimo, pero con un tono indicador de que sabía todo cuanto pasaba en el alma de Metélitsa.

- ¿Qué quiere que haga: hablar por hablar? -repuso Metélitsa, sonriendo condescendiente.

El jefe del escuadrón permaneció callado unos instantes, observando el rostro del detenido, impassible, picado de viruelas y cubierto de sangre reseca.

- ¿Hace mucho que tuvistes las viruelas? -preguntó.

- ¿Qué? -Metélitsa se desconcertó.

Quedó desconcertado porque en la pregunta del jefe no se percibía burla ni escarnio alguno, sino mero interés. Sin embargo, Metélitsa se encorajinó más que si se hubieran reído o mofado de él: la

pregunta aquella era a todas luces un intento de establecer entre ambos ciertas relaciones humanas.

- ¿Tú eres de aquí o has venido de alguna parte?

- ¡Basta, usía!... -rugió Metélitsa iracundo y decidido, prietos los puños, congestionado, conteniendo a duras penas el ansia de abalanzarse sobre él. Hubiera querido añadir algo más, pero en aquel momento el impulso se convirtió en idea: ¿Por qué no agarrar en efecto a aquel hombre negro, de rostro fofo, de una serenidad tan repulsiva, erizado de sucia pelambreira rojiza, y estrangularlo en el sitio? La idea surgió tan clara e imperiosa, que Metélitsa, sin acabar las palabras, dio un paso hacia adelante con las manos trémulas, bañado en un sudor repentino el rostro picado de viruelas.

- ¡Oh! -exclamó por primera vez, con recia voz, el hombre aquel, sorprendido, mas sin retroceder una pulgada ni apartar de Metélitsa los ojos.

Este se paró indeciso, centelleantes las pupilas. Entonces, el hombre aquel desenfundó la pistola y la agitó ante las mismas narices del detenido. Metélitsa logró dominarse y se volvió hacia la ventana, donde quedó sumido en despectivo silencio. Y después por más que procuraron intimidarle con la pistola, amenazándole con los más espantosos castigos, por mucho que le pidieron cantar de plano, prometiéndole la libertad completa, no pronunció una sola palabra, ni siquiera se dignó mirar a los que le interrogaban.

Cuando el interrogatorio estaba en plena marcha, se entreabrió un poco la puerta, y una cabezota peluda, con grandes ojos bobalicones y asustados, asomó por el hueco.

- Bien -dijo el jefe del escuadrón-. ¿Ya os habéis reunido? Pues diles a los muchachos que se encarguen de este barbián.

Los dos mismos cosacos de antes dejaron salir primero al patio a Metélitsa y, luego de señalarle el postigo de la valla, echaron a andar en pos de él. Aunque Metélitsa no miraba atrás, sentía que los dos oficiales le seguían también. Llegaron a la plaza de la iglesia. Allí, junto a la isba de troncos del conserje, se agolpaba la gente, rodeada por todas partes de cosacos a caballo.

Siempre le había parecido a Metélitsa que no le gustaba la gente, que la despreciaba con sus mezquinos y tediosos afanes, con todo lo que la rodeaba. Creía que le era completamente igual el concepto que la gente se formase de él, lo que opinasen acerca de su persona, nunca había tenido amigos ni se esforzaba por tenerlos. Y sin embargo, todo lo más grande e importante que en su vida hiciera lo había realizado, sin darse cuenta de ello, *por y para* la gente, a fin de que ésta se fijara en él, se sintiera orgullosa de él, le admirara y le enalteciera. Y ahora, al erguir la cabeza, abarcó de pronto, no sólo con la mirada, sino con el corazón, a aquella multitud ondulante, abigarrada y silenciosa,

de mujiks, chiquillos, asustadas campesinas con sus faldas y mandiles, mocitas con albos pañuelos floreados a la cabeza y diestros jinetes con mechones sobre la frente, todos tan relucientes, gallardos y aseados como en los cromos; sus largas sombras vivas, que danzaban sobre la verde hierba nueva, e incluso las antiguas cúpulas de la iglesia, que se alzaban sobre ellos, estaban esclarecidas por un solecillo tenue, como congelado en el frío cielo.

"¡Hermoso!", estuvo a punto de exclamar alborozado, abierto inmediatamente, por entero, a todo aquello vivo, claro y pobre, que bullía y alentaba irradiando luz alrededor, estremeciéndole interiormente. Y, más raudo, con menor esfuerzo, se adelantó a paso leve, de felino, balanceante el elástico cuerpo, casi sin tocar la tierra; cuantos se hallaban en la plaza volviéronse hacia él y también percibieron, con la respiración entrecortada, la fuerza, ágil y felina como su andar, que encerraba aquel cuerpo flexible y codicioso.

Pasó por entre la multitud, mirando por encima de ella, pero percibiendo su silenciosa y concentrada atención, y se paró ante la escalerilla. Los oficiales, cuando le alcanzaron, subieron a la terracilla de entrada.

- Aquí, aquí -dijo el jefe del escuadrón, señalando a su lado. Metélitsa, saltando de una zancada los escalones, se puso junto a él.

Ahora todos le veían bien, prietos los músculos, esbelto, negros los cabellos, con blandas botas de piel de reno, la camisa desabrochada, ceñida por un cordón con tupidas borlas verdes, que le colgaban bajo el chaquetón; sus ojos, con brillo de ave de rapiña, volaban lejanos al lugar donde, entre el cendal gris de la amanecida, se columbraban quietas, majestuosas, las crestas de las montañas.

- ¿Quién conoce a este hombre? -preguntó el jefe, al tiempo que iba pasando la mirada, aguda y penetrante, por cada uno de los rostros.

Y todo aquel en que se detenía la taladrante mirada, parpadeaba inquieto y bajaba la cabeza; solamente las mujeres, sin fuerzas para apartar los ojos, le miraban mudas, inexpresivas, con medrosa y ávida curiosidad.

- ¿Nadie le conoce? -volvió a preguntar el jefe, recalcando burlón la palabra "nadie", como si supiera que, por el contrario, todos *conocían* o *debían* conocer a "aquel hombre". Ahora mismo vamos a aclarar eso... ¡Niechitailo! -gritó, señalando hacia el lugar en que, a lomos de un potro alazán claro, que caracoleaba airoso, se encontraba un oficial alto con largo capote cosaco.

La multitud agitóse en sordo rumor, los que estaban delante se volvieron hacia atrás: un hombre con chaleco negro se abrió paso a empujones, decidido, por entre el gentío, inclinando tanto la cabeza, que sólo se veía su gorro de piel.

- ¡Paso, paso! -pedía sin cesar, limpiando de gente

el camino con una mano y tirando con la otra del que traía detrás.

Deslizóse al fin hasta la misma escalerilla, y entonces se vio que el que traía a tirones era un chiquillo delgadito de cabellos negros y larga chaqueta; el chico se resistía, afianzando los pies en el suelo, y tan pronto posaba sus ojos, muy abiertos, en Metélitsa como en el jefe del escuadrón. El rumor de la multitud aumentó, oyéronse suspiros y sofocados cuchicheos femeninos. Metélitsa miró hacia abajo y, de pronto, reconoció al pastorcillo de ojos empavorecidos y fino y gracioso cuello de niño al que le había dejado su caballo el día anterior.

El mujik que lo llevaba de la mano se quitó el gorro, dejando al descubierto la cabeza plana y rubia, entreverada de esparcidas canas (como si la hubieran espolvoreado con sal), e inclinándose ante el jefe, empezó a decir:

- Aquí traigo a este pastorcillo mío...

Pero, temeroso sin duda de que no le escuchasen todo el discurso, se agachó y le preguntó al chiquillo, señalando a Metélitsa con el dedo.

- ¿Es ése?

Durante unos segundos, el pastorcillo y Metélitsa se estuvieron mirando de frente, a la cara: Metélitsa, con fingida indiferencia; el pastorcillo con espanto, simpatía y compasión. Luego, el chico pasó la mirada al jefe del escuadrón y la detuvo en él un instante, como pasmado; después, miró al mujik que, sujetándole de la mano, inclinado, aguardaba expectante; el chiquillo exhaló un profundo suspiro y denegó apenado con la cabeza... La multitud guardaba un silencio tan absoluto, que se oía el inquieto remover del ternero en el establo del conserje; en aquel momento, el gentío se estremeció ondulante, para quedar de nuevo inmóvil...

- No tengas miedo, tontuelo, no tengas miedo -trataba de convencerle el mujik, trémula y cariñosa la voz, mientras él mismo se sentía medroso e intranquilo, señalando precipitadamente con el dedo a Metélitsa- ¿Qué otro puede ser?... Anda, confiesa, con-fíe-salo, no temas, ¡mal bicho! -se desbocó de pronto y, con todas sus fuerzas, retorció la manita del pequeño-. Sí, es él, usía, él. ¿Quién va a ser, si no...? -empezó a alzar la voz, como justificándose, en tanto apretaba el gorro humildemente-. Lo que ocurre es que el chico tiene miedo. ¿Qué otro puede ser, cuando ha dejado el caballo ensillado y la funda en la bolsa?... Se acercó anoche, atraído por el fuegucillo...Cuida de mi caballo", dijo, y se vino para la aldea; el chico se quedó esperando y, cuando clareaba ya, al ver que no volvía, se trajo el caballo ensillado, con la funda en la bolsa. ¿Qué otro puede ser?

- ¿Quién se acercó? ¿De qué funda habla? -preguntó el jefe, esforzándose inútilmente en comprender de qué se trataba. El mujik, más desconcertado aún, seguía zarandeando el gorro y, a

tropezones, trabucando las palabras, contó que su pastor le había traído por la mañana un caballo ajeno, ensillado, con una funda de pistola en la bolsa de la silla.

- Vaya, vaya -repuso el jefe del escuadrón-. ¿De modo que no quiere cantar? -y señaló al chiquillo con la cabeza-. Bueno, dámelo, que nosotros le interrogaremos a nuestro modo...

El chiquillo, empujado por la espalda, se iba aproximando a la terracilla, pero no se atrevía a subir a ella. Entonces, el jefe bajó corriendo los escalones, le agarró por los hombros, escualidos, temblorosos, y, atrayéndolo hacia sí, clavó en los ojos del niño, redondos de espanto, los suyos, penetrantes, pavorosos...

- ¡Ay-y-y! -lanzó el chiquillo de pronto un alarido, con los ojos en blanco.

- ¿Qué va a pasar ahora? -preguntó suspirando, sin poder contenerse, una campesina.

En aquel instante un cuerpo elástico y rápido se arrojó desde la terracilla. El gentío se apartó bruscamente, a un tiempo, encrespadas sus múltiples manos, el jefe del escuadrón de cosacos cayó derribado por el fuerte empujón...

- ¡Disparadle!... ¿Pero qué es esto?... -empezó a vociferar el oficial guapote, adelantando impotente la mano y olvidado por lo visto, descompuesto y necio,

de que él también sabía apretar el gatillo.

Varios jinetes se incrustaron veloces entre la multitud, dispersándola con sus caballos. Metélitsa, que había abalanzado todo el cuerpo sobre su enemigo, procuraba agarrarlo por la garganta, pero éste, abierta la capa de cosaco, semejante a unas alas negras, se debatía como un murciélago y se asía al cinturón con dedos convulsos, procurando sacar la pistola. Logró al fin desabrochar la funda y, casi en el mismo instante en que Metélitsa lo agarraba por la garganta, le disparó a bocajarro, varias veces seguidas...

Cuando los cosacos que acudieron presurosos se llevaban a Metélitsa, tirándole de las piernas, él se aferraba aún a la hierba, rechinando los dientes, haciendo esfuerzos para alzar la cabeza, pero ella caía inerte y se arrastraba colgante por la tierra.

- ¡Niechitailo! -gritó el oficial guapote-. Reúne el escuadrón. ¿Viene usted también? -preguntó al jefe, con cortesía, pero rehuendo mirarle.

- Sí.

- ¡El caballo al comandante!...

Media hora más tarde, el escuadrón cosaco, bien pertrechado para el combate, salía de la aldea y galopaba cuesta arriba, por el mismo camino por el que viniera Metélitsa la noche antes.

VSEVOLOD IVANOV.

Siberia es la tierra donde vino al mundo Vsévolod Ivánov, escritor de la vieja generación, nacido en 1895 y muerto en 1963. Allí, en diferentes villas y aldeas transcurrieron su infancia y su juventud. Fue dependiente de comercio, marinero, cómico de la legua, titiritero y cajista de imprenta. Inició su labor literaria en los primeros años de la Revolución. Le condujo al campo de la literatura Máximo Gorki, que agrupaba y organizaba a los intelectuales rusos en aquellos años.

Gran popularidad dieron a V. Ivánov sus "Historias de guerrilleros" y, posteriormente, "Parjómenko", ensayo biográfico, en forma novelada, que tiene por protagonista a ese jefe militar de la guerra civil. "El tren blindado 14-69", sobre temas de la Revolución, puesto en la escena del Teatro de Arte de Moscú, está basado en una de las novelas cortas de Ivánov y forma ya parte del repertorio clásico soviético.

El relato "La letra C" nos habla de acontecimientos que tuvieron lugar durante la guerra civil, de la que fue testigo y participante el propio autor.

LA LETRA "C".

A Iván Semiónovich Pankrátov le gustaba repetir despreocupadamente que moriría en pie ante el chibalete y que sacarían su cadáver de la imprenta como se saca una letra del componedor: con la frente hacia la pared, y no hacia el techo. Sus compañeros de trabajo le tenían en estima por aquella despreocupación suya, por sus ánimos, sus alegres canas y las cinco arrugas que, a modo de cicatrices, surcaban su rostro rosáceo; solían decir que un hombre con tales arrugas tenía que haber soportado muchos vientos y soles.

Desde hacía ya largo tiempo, Iván Semiónovich venía observando que la vista se le debilitaba y el mundo iba perdiendo sus colores: desaparecían las alegres nubes y los anocheceres grises comenzaban más temprano. Aunque lo habían trasladado de la galera a la composición de carteles, seguía cometiendo muchas equivocaciones. Después de presentarle mil disculpas, le encargaron de repartir los originales y deshacer las composiciones. Pero tampoco entonces perdió los ánimos Iván Semiónovich; limitóse a manifestar que, por lo visto, de la vejez, le empezaban a temblar las manos; lo de los ojos se lo calló. En su vida debía haberse callado muchas cosas.

Sus amigos, conocedores de su despreocupación y belleza de alma, le compadecían, y, antes de que empezase Iván Semiónovich a deshacer la composición respectiva, ponían unos papelitos oscuros en las casillas de la caja. El viejo cumplía la tarea encomendada, y ellos, a la mañana siguiente, mandaban sacar las letras de las casillas, recogían los papelitos y realizaban de nuevo el trabajo del compañero, porque Iván Semiónovich, debido a su ceguera, confundía los tipos y no los arrojaba a la

casilla que debía: tiraba una "k" a su compartimento, y ésta caía en el de su vecina la "l". A los nuevos obreros los temía, pues era difícil diferenciar cada nueva cara, que parecía desvanecerse en aquella azulada neblina...

El día en que comienza nuestro relato, vino a trabajar por vez primera, de auxiliar en la minerva, Mishka Blagovéschenski. El tal Mishka era jovencillo -tendría unos diez y seis años-, y pícaro. En su breve existencia de golfillo vagabundo había tenido ya tiempo de recorrer toda Rusia y de estar en las capitales. Se presentó a trabajar de la peor gana, aumentada por los rumores circulantes por la ciudad de que, desde el desierto, atacaban los *basmaches*⁶, en unión de los *atamanistas*, y dirigía la ofensiva el atamán Kashimírov, famoso por su crueldad; Mishka era cobarde y se jactaba de su cobardía, por eso, precisamente, nadie creía en ella. Llegó a la imprenta muy de mañana. El aprendiz estaba ya recogiendo los caracteres equivocados por Iván Semiónovich y lamentándose de su triste suerte. Al llegar Iván Semiónovich, Mishka lo acogió con sarcástica risa. El viejo entraba con paso leve y firme.

Se detuvo en el umbral, y el ala alba de sus níveos cabellos alzóse más arriba del dintel.

Entonces, el oficial ajustador Ershov llamó a Mishka aparte, detrás de la minerva, y le metió por las narices el puño, impregnado de olor a trementina, al tiempo que fruncía las cortas y adustas cejas. Mishka no abrió el pico. Pero Iván Semiónovich comprendió que le habían impuesto silencio.

El cielo estaba encapotado de nubes bajas. Desde hacía dos semanas no paraba de llover. Del subsuelo,

⁶ bandas armadas que actuaban al servicio de la contrarrevolución en el Asia Central. (N. del T.)

a través de la arena, ascendía la arcilla con hedor repugnante. Lento, a favor de la corriente del Amú-Dariá, navegaba hacia la pequeña ciudad de P. el barco "La ola de la Revolución". Traía el barco dos compañías de soldados rojos, artillería de campaña y municiones. Venía en socorro de la ciudad porque, efectivamente, los *basmaches* avanzaban hacia ella desde el desierto. Navegaba con lentitud debido a que el río Amú-Dariá, que corre entre las arenas del desierto, cambia frecuentemente de curso, tiene muchos bancos y bajíos, su corriente, impetuosa, ofrece peligro y, por añadidura, los bandidos habían destrozado las boyas y hacía ya mucho tiempo que no quedaban en el mundo quienes las repararan. Por las noches el barco anclaba, y cada vez que lo hacía armábase la bronca: los soldados exigían que, a pesar de todo, siguiese adelante... Y con razón, pues era más peligroso dormir que navegar. El chapoteo de remos de los botes *basmaches* no se oía, confundiendo con el susurro de los juncos agitados por el viento... El barco apagaba sus luces; los marineros montaban los fusiles. Al fin, se comunicó a los soldados que la ciudad se encontraba ya a unas diez o quince verstas solamente. Pero comenzó la lluvia copiosa, el cielo se había oscurecido. Arenosos montículos, pardoamarillentos, ceñían las impetuosas aguas del Amú-Dariá.

En uno de los montículos se divisaba un árbol gigantesco sin hojas ni más ornato que un nido de cuervos. Los marineros saltaron a la orilla y ascendieron al montículo. El cuervo no les dejaba trepar al árbol, les acometía (al pie del árbol había tirados caparzones vacíos de pequeñas tortugas: por lo visto, los corvatos se alimentaban de ellos). Refulgó un relámpago, y en aquel instante un precavido marinero disparó contra el cuervo; el trueno ahogó el estampido. Una llanura pardo azulenta se extendía ante ellos infinita y guijarrosa. Y más lejos, se columbraban unos cerros liliáceos; nada indicaba la cercanía de la ciudad. Los tripulantes estaban confusos. Durante largo rato discutieron en voz baja, pero al fin se decidieron a fondear. Y entonces el viento trajo los fétidos hedores del subsuelo de la ribera. La cadena del áncora, muy tensa, temblaba vibrante sobre las olas pequeñas y hoscas. Corría el río con sus aguas turbias, amarillentas, densas y frías...

El Comité Revolucionario urbano esperaba el barco desde hacía tiempo, el muelle llevaba ya dos días engalanado con banderitas rojas (descoloridas y arrancadas algunas de ellas por la lluvia torrencial). Como la mitad de los habitantes de la ciudad eran cosacos, el Comité Revolucionario temía que muchos de ellos se pasasen a los *basmaches* y *atamanistas*, y (mientras el resto de la población había sido movilizada) no se atrevía a llamar a los cosacos para la defensa de la plaza. Los cosacos, a pesar de la lluvia y el barro, iban y venían bien pertrechados de

armas, con cantos y acordeones traídos del frente, y todo aquello aumentaba la intranquilidad. Los que estaban en las trincheras de los arrabales tenían ante ellos el desierto, y miraban sobre todo hacia la ciudad, escuchando con nostalgia su rumoreo. El desierto estaba oscuro y húmedo.

Mas adelante, a unas veinte verstas, entre los montículos, bajo las entrelazadas copas de unos arbustos, cubiertos con gualdrapas y tellices, dormían los *basmaches*; el atamán y general Kashimírov estaba entre ellos. Habían casi atravesado el Kizil-Kum; la ciudad no se hallaba ya lejos; pasada ésta, llegarían al Amú-Dariá, y tras el río, ¡les esperaba Khiva, bendita, aromosa! Sin embargo, tanto los *basmaches* como el atamán Kashimírov creían en la fuerza de la ciudad. Por fin, lograron atrapar a un kirguiz, un cantor uyanchi vagabundo que venía de Khiva y se dirigía hacia Bukhará; el cantor les dijo que, desde hacía tres días, los rusos estaban desviando el Amú-Dariá; eran unos verdaderos colosos y su fuerza no podía describirse ni siquiera en una canción; entonces, el atamán Kashimírov le descerrajó un tiro, a bocajarro. Los *basmaches* habían supuesto que se trataba de un espía; rebrillaron los mojados arneses, tintinearón las espuelas, y los jinetes, al galope de sus caballos, partieron en dirección a la ciudad.

Y la ciudad, que se encontraba bajo la lluvia, llena de fango y charcos, llevaba en efecto tres días abriendo un canal. Una noche, el barco "La ola de la Revolución", anclado a quince verstas de la ciudad, empezó a balancearse de pronto. Los tripulantes, adormilados, iban ya a abrir fuego. El chapoteo del agua había cesado. A la lluviosa mañana siguiente, los soldados vieron que el río se había apartado unos doscientos metros. El barco se alzaba torpemente, hincado en el fango.

Hundidos en el barro hasta la rodilla, los marineros llevaron una lancha al río. Las nudosas ramas de los árboles sumergidos asomaban por doquier, limosas y negras. Enormes peces, que no habían tenido tiempo de escapar, palpitaban oscuros bajo la lluvia en diminutos charcos. Los marineros bogaban ya hacia la ciudad. A su llegada, el Comité Revolucionario decretó una movilización complementaria y requisó las palas y los picos.

Torpemente alineados, partieron para abrir un canal que hiciese fluir el agua hasta el barco. Caía una lluvia menuda; nubes bajas, grisecillas, cubrían el cielo...

En la imprenta hacía frío, los tipos se apelmazaban, porque no había trementina, ni petróleo ni nada con que quitarles la tinta; ésta se había congelado, endurecida, y los rodillos de la minerva saltaban sobre los caracteres sin adherirse a ellos. Se habían llevado a los obreros a abrir el canal, quedaban allí solamente Iván Semiónovich y Mishka.

Como de costumbre, Iván Semiónovich iba y

venía animoso por entre los chibaletes, con las manos a la espalda, tosiendo de vez en cuando y pesaroso de que no hubiera nadie a quien contarle una divertida historieta que le había venido a la cabeza. Mishka, para que no lo movilizasen, se había arañado un pie, en el empeine, con un clavo, y cojeaba; enrabiado, cortaba estrechas tiras de papel para pegarlos en cruz en las ventanas, a fin de que el estruendo de los cañones no rompiera los cristales. Iván Semiónovich, después de vagar de un lado para otro, se fijó en los cristales y dijo que ya era hora de limpiarlos, pues estaban bastante turbios los pobres. Mishka enseñó los dientes: los cristales los habían fregado aquella misma mañana; además, ¿es que la lluvia no los lavaba bien? Entretanto, el viejo, con la despreocupación de siempre, seguía mirando a las ventanas, que casi no veía ya. De pronto, en la puerta de la imprenta apareció Tulumbáiev, comisario militar de la plaza.

Tulumbáiev, hombre enérgico, un poco cargado de espaldas, con un papel en la mano, cuidadosamente escrito, dijo que, según informaciones recibidas, los *basmaches* y *atamanistas*, bajo el mando del general Kashimírov, avanzaban sobre la ciudad desde el desierto y alcanzarían nuestras trincheras al cabo de una hora y media o de dos horas a lo sumo. El Comité Revolucionario comunicaba a los obreros de la imprenta que la suerte de la ciudad estaba en sus manos. En el club cosaco se había convocado un mitin, pero los cosacos no acudirían si no se pegaba por las esquinas un llamamiento en que se incluía el texto del telegrama enviado por el centro directivo, concediendo igualdad de derechos sobre los prados y la siega a los cosacos y a los turkmenios. No había tiempo de ir al barco, en busca de los obreros; además, nadie podía dirigirse allí, pues era preciso hablar a la gente, actuar. Y Tulumbáiev entregó al viejo el original.

- ¿Cuándo hay que venir por el llamamiento impreso? -preguntó.

Y el viejo le respondió:

- ¡Dentro de cuarenta minutos!

El comisario militar le estrechó la mano; luego, se llevó la suya a la visera y, haciendo alarde de marcialidad, enérgicos los movimientos, salió rápido. En los cristales de la ventana seguía cayendo una lluvia menuda; todo estaba en calma, pero en la ciudad empezaba el revuelo: no sabían adónde llevar las ametralladoras, si al Comité Ejecutivo o a las trincheras de los arrabales. A través de las calles tendían un cable.

Iván Semiónovich, con el original en las manos, sólo veía ante él un compacto velo gris, surcado de líneas iguales. Sentía en el cuello un dolor sordo, incomprensible, y unas punzadas en las sienes, tan agudas, que le costaba trabajo volver la cabeza. Mishka andaba atolondrado de un lado para otro,

irascible y quejumbroso, temiendo ya hasta a sus propios gritos y dando patadas en el suelo. Vociferaba que no quería morir por culpa de un viejo diablo que siempre se había fingido cajista. ¡No quería ser fusilado! Era una pena padecer ahora por no haber aprendido a tiempo a componer medianamente, conociendo, como conocía algo, la caja de imprenta. Ahogándose de coraje, agarró del brazo a Iván Semiónovich, con su mano larga, increíblemente pesada, y lo llevó ante la caja; rodeó veloz el chibalete, plantóse frente al viejo y, apoyando el pecho sobre la madera, ennegrecida de la tinta, empezó de nuevo a dar voces:

- ¡Me van a fusilar por culpa tuya! Los míos me van a fusilar... ¡Anda, ponte a componer!

El papel se contraía, reduciéndose. Las líneas se amalgamaban y desaparecían. En aquel momento, Iván Semiónovich recordó de pronto las palabras que le dijera su vieja esposa, muerta recientemente, mirándole compasiva: "Tú, Iván Semiónovich, como el tábano, tienes ya el vuelo corto y el zumbido largo", ¿qué sería de él en adelante?... Y a la mujer se le saltaron las lágrimas. Aquellas lágrimas habían asombrado grandemente a Iván Semiónovich; creyó entonces que la vieja no quería dejar el mundo, le daba lástima despedirse de la vida. Pero ahora, con el original en las manos, cuyo texto no veía, comprendió que llevaba largos años engañándose a sí mismo y hacía tiempo que los demás, compadeciéndose de él, le engañaban también. Comprendió el sentido de muchas conversaciones, por qué había siempre tan escasas galeradas para deshacer y el motivo de que los cajistas le dijese que tenían poco trabajo y podía marcharse a descansar. Iván Semiónovich se marchaba a pasear por la ciudad, pensando en lo muy llevadera y digna que transcurría su vejez. Y resultaba que era un viejo charlatán presumido al que tenían en la imprenta sin ninguna razón justificada, trabajando por él, dándole de comer... Y ahora, por su incapacidad, por culpa suya... su corazón se estremeció cansino. ¿Sería posible que se perdiese la ciudad por culpa de él?

Mishka seguía apremiando:

- ¡Anda, anda!... -y sus insultos eran inagotables.

Iván Semiónovich tiró con furia de una caja, la tercera desde arriba. El chibalete se tambaleó. Marcó en el componedor diez espacios; echó la caja sobre el chibalete (algunos tipos cayeron). Inmediatamente, tomó una "C" -con ella empezaban todos los llamamientos-, pero le pareció que no había tomado una "C", sino alguna otra letra anterior a ésta o junto a ella. Examinó con cuidado el tipo. Estaba frío, apelmazado, opaco, como completamente desgastado y borroso. Miró desvalido a la ventana, y ésta le pareció también borrosa, cubierta de una trémula telaraña rosada. Acercóse más el tipo a los ojos. El desvaída y confuso óvalo de una letra rebrilló entre sus dedos lisos, velados, como rejuvenecidos. Pero

no se podía discernir qué letra era aquella. ¡Imposible!... Y el componedor empezó a temblar en la mano.

¿Imposible?... Por consiguiente, él, un viejo cajista, un obrero, ¿no iba a ayudar en nada, de manera alguna, a su clase y a los campesinos más pobres alzados en defensa de la Revolución Socialista?... ¿Un viejo obrero como él no sabría concentrar suficientemente sus esfuerzos para distinguir unas letras? ¿Es que en aquellos instantes en que se decidía la suerte de muchos soviéticos, no iba a ser capaz él de hacer algo? ¿Se había debilitado tanto su fuerza de voluntad? No, eso no podía ser, ¡y no sería así!

Los pensamientos acudían a su mente con celeridad febril. Sentía un leve escalofrío en los pies. La cabeza le ardía. Se le había secado la garganta. ¡Cumpliría su tarea, lograría su propósito, obligándose a distinguir las letras!

Su cerebro pareció flamear de pronto. El viejo se enderezó impulsado por la alegría inaudita del trabajo creador. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas, llevándose la neblina que cubría sus ojos. Vio con nitidez la caja y los tipos de imprenta... ¡Camaradas!", era la primera palabra que iba a componer, con los caracteres más gruesos.

El tipo volvió de nuevo a los dedos, ya diestros, desde la palma de la mano. Al mirar con detenimiento aquellos dedos, recordó que, desde hacía mucho tiempo, no había visto arrugas en ellos. ¡Pero no estaba él ahora para ocuparse de arrugas! Pues cuando veía mal, había tomado de la caja no la letra "C", sino la "B", que se encontraba en la casilla de al lado. Tiró la "B" a su sitio y dijo en voz alta:

- Me he equivocado -y sus dedos firmes, describiendo un semicírculo ante el componedor, trajeron a él la letra "C"; luego, la "A"; a continuación, la "M", y así sucesivamente...

Entonces, Mishka apartó se despacio del chibalete, mirando a los lados con temor; después, se alisó los cabellos y se puso a preparar las regletas para ajustar la composición en el marco. Hecha esta operación, se podía llevar todo a la máquina y empezar a imprimir. Eligió primero el marco más nuevecito, pero, en el acto, recobrado el ánimo, se dijo, guiñando el ojo: "Ya sabía yo que el viejo era un gandul de tomo y lomo. ¡Con qué maña ha sabido engañar a todos!" Y tomó el marco más sucio y mohoso. Iván Semiónovich, que seguía experimentando aquel extraordinario gozo (acompañado de unas leves punzadas en el pecho y un ligero dolor en las sienes), iba poniendo

apresuradamente unas líneas tras otras. A veces, le parecía haber omitido alguna palabra, y releía con cuidado: todo estaba bien. Volvía a componer, y de nuevo creía que se le había pasado algún vocablo, ahora de una importancia extraordinaria. Escupió con enojo, ató la composición con una cuerda, la echó sobre la platina y empuñó la manivela para dar vuelta a la minerva y hacer que los rodillos untasen de tinta los tipos. Sus manos estaban bañadas en sudor; su rostro exhalaba vaho.

- ¡Dale al volante! -empezó a gritar Mishka, mientras colocaba en el tambor, bajo los dientes, la hoja de papel de tapizar (los llamamientos se imprimían en ese papel).

Iván Semiónovich vio las letras de la prueba. ¿Cuántos años hacía que no veía las letras de las pruebas de sus composiciones? Mas no tenía tiempo para recuerdos. Mishka le chillaba ya.

- ¡Lee y corrige, tío Iván!

Y encontró una errata: en lugar de "mortal", estaba impreso "mirtal"; tomó el punzón para sacar la letra equivocada y sustituirla por la verdadera, pero en aquel momento el punzón desapareció ante sus ojos; luego, perdió de vista al mango, sus dedos se sumieron en la niebla y la mano se desvaneció también. Dejó caer el punzón y agarrándose con fuerza a la manivela de la minerva, miró en derredor. La imprenta se había esfumado. Una neblina purpúrea y turbia era todo su mundo exterior. Entonces dijo:

- ¡Pon el papel, Mishka!

Mishka lanzó un silbido y le ordenó que siguiese dándole al volante. Poco después, llegó presuroso un soldado a recoger los llamamientos; le entregaron todos -setenta ejemplares-, olvidándose de quedarse con el suyo. Al cabo de media hora, los cosacos llenaban ya las trincheras. Las ametralladoras enfilaron el desierto. Los *basmaches* retrocedieron, y cinco horas más tarde llegaba el barco por el canal abierto hasta el Amú-Dariá. Toda la ciudad acudió a recibirlo. Llevaron allí del brazo a Iván Semiónovich (sin que él mismo advirtiera cómo y para qué lo conducían). Los cosacos, a un tiempo y seguramente con cierta jactancia, saludaron al barco con un sonoro ¡hurra! Continuaba lloviendo, y las menudas gotas caían en el rostro de Iván Semiónovich. Alguien le preguntó:

- ¿Ves qué barco tan tremendo?

Y él repuso:

- Lo veo -aunque ante él sólo se extendía un infinito cendal, en medio del cual brillaba un diminuto circulillo: el sol.

ABDULLA KAJJAR.

Abdulla Kajjar (n, 1907) nació en Kokand, antigua ciudad uzbeka. La infancia del futuro escritor transcurrió en las aldehuelas del valle de Ferganá. Hijo de un herrero, al que durante mucho tiempo persiguió el remoquete de "kuchmanchí", es decir, "mendigo", "vagabundo", Abdulla Kajjar fue más feliz que su padre. La primera escuela soviética abierta en una aldea uzbeka -llevaba el simbólico nombre de "Futuro"- le abrió las puertas en periódicos y en la revista "Literatura Soviética" y fue varios años dirigente de la Unión de Escritores de Uzbekistán.

Las novelas de Abdulla Kajjar "Las luces de Koshchinar" y 'Pajarito pequeño', así como su obra de teatro "El tapiz de seda", han sido traducidas a las lenguas de muchos pueblos de la URSS.

Abdulla Kajjar ha traducido brillantemente al uzbeko obras de Gorki, Pushkín y Gógol y la epopeya de León Tolstói "Guerra y Paz". .

Las obras de Abdulla Kajjar han sido distinguidas con el Premio Nacional de la URSS y con el Premio de la República de Uzbekia.

LOS CIEGOS VEN LA LUZ.

*¿No es usted, mollali Umar?
¿No es a usted a quien espera
la flecha para el jabalí?
(De una antigua canción)*

Así, pues, Ajmat Palván esperaba la muerte. Aunque sería más exacto decir que la muerte esperaba a Ajmat Palván...

El no sentía el menor deseo de trasladarse al otro mundo, pero, maniatado como un borrego, custodiado por un cuadrillero al que esta vez habían encomendado las funciones de verdugo, no podía gritar "sí" a un lado y "no" al otro.

El verdugo era un joven de talla baja, pero de fuerte traza corporal. Cuando empujó a Ajmat, éste se tambaleó como un débil junco y cayó de espaldas, magullándose las manos, atadas con todo celo.

El verdugo propinó a Ajmat una dolorosa coz y le hizo levantarse.

Ya de pie, Ajmat movió cuidadosamente los hombros para ver si no sufría alguna fractura o dislocación, pero, al instante, se dijo con amarga resignación que las fracturas o las dislocaciones ya no tenían para él la menor importancia.

El verdugo volvió a empujar a Ajmat, esta vez con menor violencia. El condenado a muerte dio rápidamente unos pasos, mejor dicho, renqueó unos pasos y se vio ante el pequeño montículo en el que, apoyado en unos cojines, semiyacía el tuerto *kurbashí*⁷, vistiendo una chilaba a rayas llena de mugre. A la derecha del *kurbashí* estaba sentado un ulema jorobado, y a la izquierda, un tebib hindú de

tez amarilla; tras ellos se había acomodado el dueño de la casa, un vejete pequeñajo e inquieto, que parecía un murciélago.

El *kurbashí* acababa de zamparse un buen plato de *plov*⁸. En sus mejillas picadas de viruelas brillaban unas manchas de aceite, y hinchidos granos de arroz blanqueaban en su espesa y enredada barba. En otro momento, su feroz aspecto habría podido infundir espanto al más intrépido, pero ahora, grávida la panza por la abundante comida, ahíto, parecía haberse descolado y se sentía sumido en una pesada laxitud. Una modorra irresistible paralizaba todos los músculos de su obeso cuerpo, y el *kurbashí* se esforzaba en vano por atizar su encalmada furia.

Abriendo con dificultad su ojo vidente, que en aquellos instantes apenas distinguía nada, llenó de aire sus pulmones y gritó a voz en cuello:

- ¡Engendro del diablo! ¿Vamos a oír pronto los odiosos nombres de tus secuaces?

Ajmat Palván guardó silencio. ¿Podía, acaso, añadir lo más mínimo a lo que había ya dicho? Sí, él había matado a Ismaíl efendi, pero no había tenido más cómplice que su hacha.

El *kurbashí* consideraba a Ismaíl efendi su principal lugarteniente, y, en realidad, era el ala derecha de aquel buitro. En Alkarmazar, cuando la bala de un jinete rojo atravesó de parte a parte el pecho de Ismaíl efendi, el *kurbashí* sacó a su compinche del lugar en que el combate era más reñido y, sosteniéndolo en la silla, galopó con él hacia las montañas. Si no les hubieran perseguido tan de cerca, el *kurbashí* habría vendado la herida de su

⁷ *Kurbashí*: cabecilla de una banda de *basmaches*. *Basmaches*: bandas nacionalistas contrarrevolucionarias.

⁸ *Plov*: plato nacional uzbeko, a base de arroz, carne de cordero y hortalizas.

fiel visir, pero los jinetes con estrellas rojas en sus picudos gorros se guían con tanto tesón a los fugitivos, que no se podía pensar siquiera en detenerse lo más mínimo.

Por fin, ya de noche, después de haber perdido la mitad de sus hombres, el *kurbashí* llegó al *kishlak*⁹ en que vivía Ajmat Palván. Casi desangrado, Ismaíl efendi pidió que lo dejaran allí, en casa de una persona de confianza.

El *kurbashí* tenía en aquel *kishlak* dos o tres partidarios por los que hubiera puesto la mano en el fuego. Pero no podía dejar en sus casas a Ismaíl efendi, pues las casas aquellas pertenecían a beyes, y el *kurbashí* sabía perfectamente que los jinetes rojos trataban con recelo y hostilidad a la gente rica y respetada. El *kurbashí* estimó que el refugio más seguro para Ismaíl efendi sería, en tales circunstancias, la casa de un pobre, y dejó al moribundo en la miserable choza de Ajmat Palván.

Ajmat Palván se hizo cargo de Ismaíl efendi y, a la orden del *kurbashí*, respondió prometiendo que no sólo se comprometía a cuidar del herido, sino a garantizarle una quietud que nada podría turbar. Ajmat cumplió su promesa antes de que en la impenetrable oscuridad se apagara el denso batir de los cascos de los caballos que llevaban al *kurbashí* y a sus hombres a lugares menos peligrosos.

Ajmat Palván no esperó a que Ismaíl efendi sanara o se muriera: temeroso de que el *kurbashí* regresara para llevarse a su amigo, tranquilizó al herido de un hachazo; lo tranquilizó para siempre.

Treinta y siete días después de que Ismaíl efendi fuera sepultado en una profunda hoyo, el *kurbashí*, a quien uno de los beyes del *kishlak* había dado cuenta del proceder de Ajmat, capturó a éste y lo cargó, como si fuera un serón, delante de la silla de un caballo. Ajmat pasó dos días sacudido a lomos de la bestia para que, a los cuarenta días justos de la muerte de Ismaíl efendi, el *kurbashí* pudiera cobrarse la sangre de su fiel amigo y lugarteniente.

Ahora, Ajmat se hallaba cara a cara con su enemigo y esperaba a que éste hablase.

Pero el *kurbashí* callaba, porque el esfuerzo que había hecho para atizar en su pecho la llama de la venganza había agotado sus energías. Vencido por la modorra, abatió la cabeza sobre el pecho, y el jorobado ulema, el tebib de tez amarilla y el vejete parecido a un murciélago oyeron sus ronquidos.

Sentados en el montículo, el ulema, el tebib y el vejete se miraron desconcertados, procurando no detener sus ojos ni en el verdugo ni en los hombres de la banda, que habían hecho pie a tierra y esperaban sombríos.

Por fin, el ulema se hizo el ánimo y dio un leve codazo al *kurbashí*. Este se estremeció, levantó la cabeza y, mirando al cielo, recordó de pronto que al ocaso debía llevar a sus hombres a una correría al

kishlak vecino, en el que debía ajustar las cuentas a algunos campesinos, enemigos suyos. Como el sol estaba ya muy bajo y para el ocaso faltaban, a lo sumo, dos o tres horas, el *kurbashí* resolvió: "Hay que acabar con este canalla..." Y su único ojo, que relumbraba como el de un lobo, se posó en Ajmat Palván.

Ajmat soportó aquella mirada amenazadora y no bajó sus ojos cansados, pero muy firmes.

Inclinándose bruscamente adelante, el *kurbashí* vociferó con toda la fuerza de sus pulmones:

- ¡Renegado inmundo! ¿Crees, acaso, que, en vez del verdugo, tienes detrás una o dos vidas?

Ajmat movió los entumecidos dedos tras su espalda y dijo, mirando a la cara al *kurbashí*:

- Mi bey, lo he dicho todo, no puedo añadir nada... Ismaíl efendi mataba a los pobres, yo lo maté a él, y, ahora, usted se dispone a matarme a mí... Pero, antes de que mis días terminen, quisiera hacer una obra grata a Alá, para que El...

- ¡Cállate, piojoso! -gritó el *kurbashí*-. ¡No profanes el sagrado nombre!

- ¿Puedo, acaso, pensar en cometer un sacrilegio? -sonrió tristemente Ajmat Palván-. No, bey, en mi hora postrera debo pensar en otra cosa. Le imploro humildemente, bey, que me permita hacer una obra grata a Alá, de la que usted, sabio bey, puede sacar provecho.

- ¿Qué provecho puedes reportarme tú? -bramó enfurecido el *kurbashí*.

- Mi bey -dijo Ajmat-, usted es fuerte como el león, y yo soy débil como la abeja. Pero usted sabe que el león estuvo a punto de perecer por haber menospreciado a la abeja. No me menosprecie, poderoso bey, y le descubriré un secreto.

La ira o la risa, no se sabe, crisparon el rostro del *kurbashí*, pero él sofocó aquel gesto, convirtiéndolo en un bostezo. Después de haber mostrado así que no sentía el menor deseo de continuar la conversación, dijo enojado:

- ¡Te veo de parte a parte, perro!

- Me ve usted con un ojo, pero podría verme con los dos -objetó con firmeza Ajmat y, al captar la perplejidad y la ira impresas en el rostro del *kurbashí*, añadió cachazudamente: -Mi bey, su ojo izquierdo está privado de luz porque lo ha inundado un líquido oscuro. Pero yo puedo devolverle la luz porque conozco el secreto de la curación de los ciegos.

Al oír la palabra "curación", el tebib hindú, que no entendía muy bien el uzbeko, se estremeció y preguntó al ulema qué había dicho aquel hombre condenado a morir.

El ulema, salpimentando su uzbeko con palabras árabes, le explicó el sentido de lo que había dicho Ajmat, y el tebib puso en éste sus ojos, pero no ya con indiferencia, sino con mucho interés.

"Claro que está mintiendo -pensó el tebib, pero, al

⁹ *Kishlak*: pueblo de la montaña.

instante, dudó de esta conclusión y se preguntó riguroso: ¿Y si en la gran mentira de ese hombre hay un grano de verdad?"

El *kurbashí* se volvió de pronto hacia el tebib y le dijo:

- Tebib, le hago don del secreto de ese tiñoso. Usted no es muy ducho en el arte de la medicina, pues ni siquiera puede expulsar de su cuerpo la enfermedad que le sacude tres días a la semana como el diablo a un pecador. ¡Acepte el secreto de la curación de los ciegos y que él multiplique su arte!

El *kurbashí* soltó una carcajada y se reclinó sobre los cojines que se había apresurado a acercarle el inquieto dueño de la casa. De no haber sido por los cojines aquellos, seguro que el *kurbashí* se habría partido de risa: tanto se sacudía su prominente panza. La súbita alegría del *kurbashí* se contagió a los demás. Hasta el grave ulema no pudo evitar una sonrisa, y el vejete parecido a un murciélago parecía a punto de desternillarse. El tebib fue el único que no se sumó a aquel indigno regocijo.

Por fin, el *kurbashí* se puso serio y, tomando aliento, dijo:

- Estoy harto de escuchar las patrañas de ese idiota. ¡Hable usted con él, tebib!

El *kurbashí* se repanchigó en los cojines y, enjugándose con un pañuelo el sudor que bañaba su cara, añadió con maligna sonrisa:

- En fin de cuentas, el gato no mata de golpe al ratón y juega con él cierto tiempo... Jugaremos también nosotros, tebib. ¿No le parece?

El tebib asintió en silencio y se volvió hacia Ajmat.

- ¿Has logrado curar a algún ciego? -preguntó secamente.

- No -respondió con toda sencillez Ajmat-. Yo mismo no he curado a ninguno, pero mi maestro devolvió la luz a uno. El ciego recobró la vista, pero mi maestro perdió la suya y murió al poco.

- ¿Por qué murió?

- Porque había dado su luz a otro.

Ajmat movió otra vez sus entumecidos dedos y añadió tranquilamente:

- Yo también me quedaré ciego cuando dé la luz al oscuro ojo del bey.

El tebib aparentó que aquellas palabras no le habían sorprendido un ápice y preguntó con acento todavía más riguroso:

- ¿Cómo se llamaba tu maestro?

Ajmat respondió que el nombre de su maestro lo diría después, cuando todos hubieran visto que Ajmat Palván sabía efectivamente curar.

El tebib inclinó la cabeza y se sumió en honda meditación. Era más supersticioso que sabio, pero, de todos modos, entendía un poco de medicina.

Lo que decía Ajmat le parecía imposible, monstruoso, pero recordaba que, muchos años atrás, sus maestros le repetían una y otra vez que en la

naturaleza no se podía trazar una divisoria entre lo posible y lo imposible. Sólo un ignorante como aquel estúpido *kurbashí* podía reírse de un tebib que no lograba curarse unas fiebres palúdicas. Los más sabios químicos inclinaban humildemente la cabeza ante las enfermedades. Pero lo que estaba oculto a los iniciados... ¿acaso no podía revelarse a un no iniciado?

El tebib miró a Ajmat y se decidió de golpe: pasara lo que pasase, no dejaría escapar la ocasión.

Trabucando las palabras de aquel idioma que no dominaba, el tebib preguntó a Ajmat qué drogas o hierbas necesitaba para curar al *kurbashí*.

Ajmat respondió que para ello necesitaba seis nomeolvides, dos caquis, un huevo, una cucharada de miel y medio dedal de cominos. En la casa del vejete, rico bey, se encontró todo aquello, descontadas las nomeolvides, por las que se envió a un jinete.

- ¿Necesitas algo más? -preguntó el tebib.

- Sí -respondió Ajmat Palván-, necesito un caldero de cobre y una vela.

El vejete trajo todo lo que había dicho Ajmat, y éste pidió que colocaran la vela frente al ojo ciego del *kurbashí*, pusieran el caldero al fuego y vertieran en él dos tazones de agua.

Todo fue hecho como Ajmat había dicho.

Cuando el agua rompió a hervir, Ajmat ordenó que diluyeran en ella la miel y echaran en el caldero la clara y la yema del huevo, los dos caquis y los cominos.

Uno de los guerreros, sentado junto al caldero, removía continuamente el mejunje aquel, y Ajmat dijo que le dieran a aquel hombre las nomeolvides que había traído su compañero. Luego, Ajmat ordenó que contara seis florecillas y las echara también al recipiente.

El tebib no apartaba su atenta y recelosa mirada de Ajmat. Procuraba grabar en su memoria el orden en que había que efectuar todas aquellas operaciones y, al mismo tiempo, se sentía acometido por la duda.

"¡Oh, si este hombre fuera realmente poseedor de ese secreto!", pensaba, calculando las inmensas posibilidades que se abrirían ante él si llegaba a poseer el gran secreto. En primer lugar, no necesitaría de la protección del *kurbashí* y podría deshacerse de él recurriendo a un fuerte veneno, sin tener que esperar la ayuda del acero o la bala de alguien. En efecto, ¿para qué buscar el favor de aquel despiadado *kurbashí*, cuando cualquier ciudad de la India se consideraría feliz de abrir sus puertas al tebib dueño del gran secreto? Quizás entonces pudiera regresar a su ciudad natal, de la que había sido expulsado, como un truhán, ignorante, debido a las intrigas de otros tebib. ¿Qué dirían entonces aquellos miserables envidiosos?, ¿qué dirían los doctos alfaquines? ¿Dónde ocultarían sus impúdicos ojos cuando le vieran regresar poderoso y aureolado por la fama de ser el más grande entre los grandes

tebib que alguna vez conociera el mundo?

Así, poco más o menos, razonaba para sus adentros el tebib hindú, con la mirada puesta en el humillo azul que salía del caldero.

Ajmat también tenía los ojos fijos en el caldero.

Cuando el vapor comenzó a rizarse y de azul se hizo blanco, Ajmat ordenó que quitaran el caldero del fuego y trajeran unas piedras que el agua nunca hubiese mojado.

- ¡Traed las piedras! -ordenó el *kurbashí*, a quien se le ocurrió en aquel instante que antes de emprender la correría al *kishlak* vecino convenía excitar a los guerreros ofreciéndoles un espectáculo que él sabría coronar con una divertida, pero sangrienta ocurrencia.

Tres hombres llevaron allí en los faldones de sus chilabas tres montones de piedras que dejaron caer a los pies de Ajmat Palván.

Ajmat pidió que le mostraran todas las piedras, una por una, y detuvo su elección en un pedrusco que debería pesar sus buenas seis o siete libras.

- No estoy muy seguro de que el agua no haya mojado nunca esta piedra -dijo Ajmat, y ordenó que labraran el pedrusco, dándole la forma de la reja de un arado.

- ¡Haced lo que dice! -dijo el *kurbashí*, y un gigantón se pertrechó al instante de una herramienta como la que usan los molineros para dentar las muelas y se puso a labrar la piedra.

Ajmat se volvió hacia el tebib y le dijo:

- Alfaquín, necesito sangre humana.

- ¿De dónde vamos a sacarla? -preguntó preocupado el tebib, y miró de soslayo al *kurbashí*.

Este clavó su único ojo en Ajmat.

- ¡Yo daré mi sangre! -dijo Ajmat y, dirigiéndose al *kurbashí*, añadió:- ¡Bey, ordena al verdugo que me corte un dedo!

Un sordo rumor recorrió el espacioso patio y murió al instante.

El *kurbashí* apesó su rizada barba entre sus dedos y, como si pensara en voz alta, dijo perezosamente:

- Habrá que desatarle las manos.

- ¿Es que... me teme usted, bey? -preguntó Ajmat, y miró atrevidamente al *kurbashí*.

Los dedos que apretaban la barba se crisparon, y las mejillas picadas de viruela se tiñeron de un denso rubor, que las hizo parecer todavía más acribilladas de hoyuelos.

- ¡Desatad a ese cerdo! -vociferó el *kurbashí*. ¡Que dos jinetes desenvainen sus sables y se pongan a ambos lados! ¡Tú, verdugo, desnuda también tu sable y estate alerta!

Tres hombres con los sables desenvainados rodearon a Ajmat, y la cuerda, cortada por un cuchillo, cayó al suelo. Ajmat levantó los brazos y agitó las manos sobre su cabeza.

- ¡Traed un grueso tocón y una taza! -ordenó, frotándose los cardenales que la soga había dejado en

sus muñecas.

Cuando la orden hubo sido cumplida, Ajmat mostró dónde debían colocar el tocón y la taza.

- ¡Prepárate, verdugo! -dijo en voz baja-. Cuando yo grite: "Ahora", me cortas el dedo.

El verdugo barbotó unas palabras ininteligibles.

- ¡Alfaquín! -dijo Ajmat al tebib-. Póngase aquí y sostenga la taza.

El tebib bajó del montículo, tomó la taza y se puso donde le había dicho Ajmat.

Este se arrodilló y, doblando cuatro dedos de la mano izquierda, puso el meñique sobre el tocón.

En toda la casa del vejete se hizo un silencio tan grande, que se oyó el susurro que producían las alas de una mariposa que cruzaba el patio.

El jorobado ulema se sintió mal de pronto y, lívido, se tapó la cara con las manos. Seguramente, el ulema no oyó el "¡Ahora!" ni el silbido del sable al hender el aire.

Cuando abrió los ojos, Ajmat se había levantado ya, alzando sobre la cabeza su mano mutilada, a la que el tebib, para detener la hemorragia, había echado unos polvos. Ajmat tenía el rostro cubierto de gruesas gotas de sudor y respiraba con fatigado y ronco resuello.

Al ver con el rabillo del ojo que la taza no estaba ya vacía, sino llena de sangre, el ulema volvió rápidamente la cabeza. Precisamente en aquel instante temblaron los entornados párpados de Ajmat. Se miró la mano y, al ver que la hemorragia se cortaba, preguntó:

- ¿Está ya lista la piedra?

El *kurbashí* respondió como un eco:

- ¿Está ya lista la piedra? -levantando la mano, agregó impaciente:- ¡Traedla aquí!

Hasta entonces, el *kurbashí* había creído que Ajmat lo estaba engañando con la esperanza de escapar de la muerte, pero al ver que se dejaba cortar el dedo creyó a pies juntillas que aquel hombre incomprensible era capaz de devolver la vista a su ojo ciego. Una vaga compasión, mejor dicho, una sombra de compasión se movió en el salvaje corazón del *kurbashí*, que miró a Ajmat más blandamente.

Ajmat seguía dando disposiciones, que se cumplían como si salieran de labios del propio *kurbashí*.

El gigantón se acercó con la piedra labrada en forma de reja de arado, y el tebib, ateniéndose a las indicaciones de Ajmat, se puso a untarla con el mejunje que se había cocido en el caldero. Su grave lentitud había abandonado al tebib, que se movía y manipulaba con una presteza extraordinaria, pues no dudaba ya de Ajmat y estaba seguro de que el gran secreto sería suyo. El tebib estaba cansado de su duro y peligroso servicio en el destacamento del *kurbashí*.

El tebib levantó la piedra y se dirigió con ella a un lugar abierto al viento, pues Ajmat le había dicho que había que dejar que se secase. Fue en aquel instante

cuando el tebib recordó de pronto que, según había dicho Ajmat, el poseedor del secreto de la curación de los ciegos perdía la vista en cuanto devolvía la luz a alguien. Este pensamiento asustó al tebib tanto, que dio un traspié, y estuvo en un tris que la piedra no escapara de sus manos. Pero, al instante, pasó por su mente:

"Curaré únicamente a los ricos, yo mismo seré rico y tendré dinero bastante para que cualquier pobre acceda a quedarse ciego por mí..."

Regocijado por este pensamiento, el tebib dejó la piedra en un sitio abierto al viento e interrogó con la mirada a Ajmat.

- Lo demás lo haré yo mismo -dijo Ajmat, y el tebib, adoptando la expresión de un hombre que había cumplido un duro deber, subió al montículo.

Ajmat lo siguió con la mirada y, bajando al nivel del hombro la mano, que le había dejado de sangrar, se volvió lentamente hacia el *kurbashí* y le dijo respetuosamente.

- Si el bey me lo permite, descansaré un poco mientras se seca la piedra.

- ¡Descansa, descansa! -le respondió apresuradamente el *kurbashí*, y todos hubieran percibido una nota cariñosa en su ronca voz si ésta hubiera podido sonar blandamente.

Ajmat se sentó en cuclillas entre los tres guardianes e inclinó fatigadamente la cabeza. Si la mano mutilada no descansara sobre su rodilla, hubiera podido creerse que aquel campesino se había sentado para reposar unos instantes y reanudar luego el trabajo en su huerto o en su campo. La incomprensible calma de aquel hombre condenado a muerte asombraba al *kurbashí*, le inquietaba incluso.

Hasta entonces había considerado que conocía los más recónditos rincones del alma humana. El *kurbashí* había exterminado a miles de personas, matando a guerreros en los combates y a labradores en los campos, vertiendo sangre en las arenosas sendas de las caravanas o en la firme tierra de las poblaciones, quitando la vida a hombres y mujeres sin pararse a pensar, en muchos de los casos, quién tenía razón y quién era culpable. Más de cien prisioneros había visto ante sí como estaba viendo a aquel campesino entrado en años, pero recordaba a muy pocos, porque sólo muy pocos, entre muchos, se habían atrevido a insultarle y maldecirle antes de morir.

Ajmat Palván le resultaba incomprensible por el mero hecho de que no le maldecía ni pedía merced y hablaba sensata y respetuosamente.

Viendo con qué tranquilidad gozaba del descanso aquel hombre incomprensible, el *kurbashí* barajaba en su memoria todos los suplicios que conocía y no hallaba ninguno que pudiera quebrantar la extraordinaria tranquilidad de Ajmat.

"Si ese diablo insensible accediera a formar en mi destacamento, valdría por diez hombres", pensó el

kurbashí, y una rabia mezcla de admiración le roía el pecho, pues sabía que se podía fraccionar una piedra, pero era imposible ablandarla.

Atusándose la barba, hacía rodar el *kurbashí* las pesadas muelas de sus pensamientos, hasta que el ulema no se inclinó hacia él y le deslizó al oído:

- ¡El tiempo pasa, mi bey!

El *kurbashí* se estremeció como un molinero que se hubiera despertado de pronto de su modorra y gritó amenazador:

- ¡Eh, tú!, ¿no va siendo hora de empezar?

- Sí, mi bey -respondió tranquilamente Ajmat, levantando la cabeza-. Seguro que la piedra estará ya seca... Que la traigan.

El gigantón cumplió apresuradamente la orden. Ajmat tomó en sus manos la piedra y, sin apresurarse, palpó las tres aristas de su punta.

- Mi bey -dijo, dejando la piedra a sus pies-, antes de empezar a curarte, quisiera pedirte...

-... ¿Qué te perdone la vida? -le interrumpió el *kurbashí*, y su ojo vidente se encendió, triunfante y maligno-. ¡Eso es imposible, amiguito! Es imposible porque tienes las manos tintas en la sangre de Ismaíl efendi...

- ¡Tiene usted razón, bey! -dijo Ajmat consternado-. Pero, dígame ¿qué era Ismaíl efendi antes de que se convirtiera en su mano derecha?

- ¡Era un fiel musulmán y un valiente guerrero del padischá de los musulmanes! -respondió grave y hasta solemnemente el *kurbashí*.

- Había oído eso -respondió ingenuamente Ajmat-. Pero también oí decir que cuando el padischá llegado de tierra extraña fue expulsado del blanco palacio a orillas del mar, Ismaíl efendi no guiso regresar a su patria.

El *kurbashí* asintió con la cabeza, amoscado.

- Por consiguiente es verdad... -prosiguió con el mismo aire ingenuo Ajmat-. Sí, Ismaíl efendi se olvidó de su patria y se quedó en tierra ajena, es decir, en nuestra tierra. ¿Y qué hizo en ella? No se moleste en contestarme, yo mismo se lo diré... Ismaíl cabalgaba a su lado, bey, y, con usted, incendiaba nuestras poblaciones, asesinaba a la gente, robaba...

Ajmat miró de abajo arriba al *kurbashí* y gritó precipitadamente:

- ¡Por eso lo maté!

- ¡Perro! ¡Cerdo inmundo! -exclamó con ronca voz el *kurbashí*, y su mano, buscando la empuñadura del puñal, palpó convulsa la chilaba.

- ¡La curación!... ¡Se ha olvidado usted de la curación! -aulló a la izquierda el tebib, y el ulema le hizo eco ala derecha; señalando con su seca y amarilla mano hacia Ajmat, farfulló quedamente:

- ¡No se deje engañar, *kurbashí*! ¿No ve, acaso, que el canalla busca una muerte rápida?...

- Tiene usted razón, mi ulema... Y usted también, tebib -rugió el *kurbashí*, resoplando fatigosamente-. ¡Pero que ese perro no se atreva a jugar conmigo!

¿Me oyes, miserable?

- Le oigo, mi bey -respondió Ajmat, todavía más respetuoso, si cabía, que antes-. Perdona, bey, pero quería saber si su cólera no se había apagado...

- ¿Para qué querías saberlo? -preguntó intrigado el *kurbashí*.

- Porque temo menos su cólera que su bondad...

El *kurbashí* exclamó asombrado:

- ¡No te entiendo!...

- Ahora me entenderá -le dijo Ajmat-. Yo quiero curarle, ¿no es cierto? Pues, bien, temo que cuando se encienda una chispa de luz en su ojo a oscuras se sienta usted agradecido y me perdona la vida.

- No les encuentro ninguna gracia a tus bromas -gruñó enojado el *kurbashí*.

- Espere, bey, no lo he dicho todo...

- Habla... Pero sé breve.

- ¡Está bien, mi bey! Aquí tiene mi mano mutilada y aquí tiene mis ojos. Cuando yo le dé su luz...

- ¡Está claro! -le interrumpió el *kurbashí*-. ¿Qué más tienes que decir?

- Pues... que no quiero, mi bey, que me perdona la vida... ¿Qué falta puede hacerme la vida de un pobre obligado a pedir limosna en el mercado?

- Tus palabras parecen sensatas -dijo el *kurbashí* y soltó de pronto una carcajada-. ¿De dónde has sacado que me dispongo a perdonarte la vida?

Ajmat, que hasta entonces había estado sentado en cuclillas, se levantó, enderezó la espalda y, sonriéndose en las barbas del *kurbashí*, dijo:

- Tengo mis dudas, bey.

- ¡Pues no las tengas! -le objetó con siniestra seguridad el *kurbashí*-. Sabe que te mataré en cuanto me hayas curado... Por esa no te apresuras... ¿cierto, amiguito?

- No; no es cierto, mi bey. Estoy presto a curarle, pero antes desearía asegurarme...

- ¿De qué?

- De que me matará...

- Ya te lo he dicho...

- Le he oído, mi bey...

- ¿Qué es, pues, lo que quieres?

- Quiero decir unas palabras a sus hombres...

- ¿Para qué?

- Para que usted se encolerice...

- Ya estoy bastante encolerizado...

- Es preciso que se encolerice todavía más...

- ¿Y si no te permito que les digas necedades a mis valientes?

Ajmat se sonrió y respondió a la pregunta con otra:

- ¿Es que teme usted mis necedades?

El *kurbashí* se puso rojo y, señalando con la cabeza hacia los guardianes, barbotó, como si se preguntara a sí mismo:

- ¿Y si les dijera a mis hombres que afilaran sus sables en una estúpida cabeza?

- ¿Y si un ojo ciego se quedara sin luz? -dijo

Ajmat.

El *kurbashí* dio un salto en los cojines y bramó:

- ¡Diablo! ¡Suelta cuanto antes tus necedades!

- Está bien, mi bey -dijo Ajmat Palván y, pasando con la mayor presteza del atrevimiento a la humildad, se inclinó respetuosamente ante el *kurbashí*.

- ¡A mí no me digas nada, díselo a ellos! -vociferó el *kurbashí*, y señaló violento con la mano hacia sus hombres, que observaban con viva atención lo que estaba ocurriendo.

Ajmat se volvió hacia los guerreros sentados apretadamente en el suelo, y ellos vieron su rostro, iluminado por los oblicuos rayos del sol.

- ¡Hombres! -gritó Ajmat con voz fuerte y pura-. Vosotros me miráis y os decís: "¡Ese tonto ha dado un dedo y ahora quiere dar la luz de sus ojos al bey, su peor enemigo!" No os extrañéis, pues yo le doy tan sólo mi dedo y mis ojos, mientras que vosotros entregáis vuestras propias personas a la saña de vuestros enemigos. Vosotros mismos os fusiláis, porque matáis a vuestros hermanos y padres y prendéis fuego a vuestros propios pueblos. No creáis que el miedo me ha privado de la razón. ¡Que separen mi carne de mis huesos y muelan éstos con muelas de hierro, estoy dispuesto a soportarlo todo con tal de que la verdad de mis palabras llegue a vosotros! Yo moriré dentro de un cuarto de hora... Pero antes de expirar quisiera saber en aras de qué erráis por los montes y los desfiladeros, el fusil a la espalda, e inferís sangrientas heridas a vuestros hermanos, a pobres como vosotros. Decidme, hombres, ¿en aras de qué habéis cambiado el honesto arado del labrador por el bochornoso fusil?

- ¡Cállate, cállate, maldito! -gritó fuera de sí el *kurbashí*, pero Ajmat ni siquiera volvió la cabeza y exclamó con voz todavía más fuerte:

- Cuando nuestro pueblo extermine a todos los *basmaches*, los ricachones, los cebados beyes se asustarán... Pero ¿qué podéis temer vosotros, los desheredados?

Encendido el rostro por la ira, el *kurbashí* hizo una seña al verdugo para que golpeará a Ajmat, de plano, con el sable. El verdugo cumplió indiferente la orden, y Ajmat se tambaleó, pero logró conservar el equilibrio.

El *kurbashí*, sacudiéndose de los hombros, con brusco movimiento, las manos del *tebib* y del *ulema*, se acercó al borde del montículo y rugió roncamente, a dos palmos de Ajmat:

- He aguantado bastante rato tu necia charla; ahora escúchame tú, amiguito. No te matará el sable del verdugo, como pensaba yo antes, sino un cuchillo fuerte como el colmillo de un jabalí. Pero, antes de que mueras, el *tebib* te arrancará cuidadosamente la piel, ordenaré que la estiren en un tambor y tú oirás primero cómo suena el tambor, batido por mi mano, y verás luego el puñal que el verdugo clavará en tu inmunda garganta. Eso es todo lo que tenía que decir.

¡Y tú deja de ladrar tontamente y pon manos a la obra!...

Ajmat se inclinó y pidió con una seña que le dieran la taza. Le comprendieron, y Ajmat untó la piedra de sangre. Pero las señas que hizo después, por más que se esforzó, no fueron entendidas, y el *kurbashí*, soltando por lo bajo un soez juramento, le ordenó que hablara.

Ajmat dispuso que trajeran paja e hicieran con ella unas torcidas. Luego, llamando al tebib y al dueño de la casa, les pidió:

- Usted, amo, tome una torcida, y usted, alfaquín, levante la piedra.

Cuando le hubieron obedecido, Ajmat dijo al viejo que encendiera la torcida y la acercara a la cara del *kurbashí*.

- ¡Eso puede dañar el ojo sano del bey! -exclamó, titubeante, el vejetero.

- ¡Tápenle el ojo sano con un pañuelo! -dispuso Ajmat y, cuando lo hubieron hecho, obligó al tebib y al vejete a arrodillarse ante el *kurbashí*.

- Ahora enciendan la vela y cuiden de que no se apague -exigió.

Encendieron la vela, y Ajmat, mirando la oscilante llamita, dijo al tebib:

- Alfaquín, apunte con el pico de la piedra hacia el ojo enfermo y muévala así, así...

Ajmat mostró cómo debía hacerse aquello, y el tebib, sopesando antes la piedra, se puso a mecerla.

- ¡Más suave, más suave! -le gritó Ajmat-. Recuerde cómo mece a su hijo una madre.

Por lo visto, el tebib nunca se había fijado en cómo las madres mecían a sus hijos, pues Ajmat le gritó una y otra vez:

- ¡Más suave, más suave!

Por más que el tebib se esforzaba, Ajmat repetía a gritos:

- ¡No es así, no es así, alfaquín! ¡Comience otra vez!

Mientras, el bullicioso vejete había encendido ya la cuarta torcida de paja, y el humo ahogaba al *kurbashí*, que ansiaba recobrar la vista.

Al fin y a la postre, no pudo aguantar más y, exasperado por la torpeza del tebib, ordenó colérico:

- ¡Dele la piedra, tebib! ¡Que lo haga él mismo como debe ser!

El ulema se inclinó hacia el *kurbashí* y le deslizó unas palabras al oído. Por lo visto, prevenía al *kurbashí* para que no fuera imprudente. Pero el *kurbashí* dejó escapar un juramento y resolló

iracundo:

- ¿Es que vaya temer a ese engendro?... ¿Para qué están ahí el verdugo y dos hombres con sus sables? ¡Que se acerquen, y a él ponedle aquí!

Hicieron subir a Ajmat al montículo, y los guerreros y el verdugo se acercaron a él hasta casi tocarle.

Ajmat se arrodilló ante el *kurbashí* y dijo:

- Mi bey, para que su sabio ulema no dude, que me tapen también los ojos a mí.

- ¡Tapadle los ojos! -dijo con voz ronca el *kurbashí*, tosiendo a causa del humo.

Cuando hubieron cumplido aquella orden, Ajmat pidió:

- ¡Deme la piedra, alfaquín!

El tebib puso en sus manos la piedra y se apartó turbado.

- ¡Observe la vela, alfaquín! -dijo Ajmat-. Y cuide de que la punta de la piedra se halle siempre frente al ojo ciego. Comienzo, mi bey.

... La piedra se mecía lenta y suavemente en las manos de Ajmat. Aquellos movimientos avivaban la llama de la torcida, y el humo que envolvía la cabeza de Ajmat y la del *kurbashí* era cada vez más denso. La llama de la vela oscilaba terriblemente detrás de Ajmat, y el tebib y todos los presentes la miraban, sin perder de vista, al mismo tiempo, las manos de Ajmat.

Los movimientos de aquellas manos, no guiadas por la vista, eran tan precisos que la punta de la piedra se hallaba todo el tiempo ante el ojo ciego. Pero, cuando se desvió un poco, el tebib no tuvo tiempo para advertirlo, pues Ajmat gritó: "¡La vela!", y, por un instante, el tebib y todos los presentes miraron hacia ella.

Precisamente en aquel instante, la aristada punta de la piedra perforó la sien del *kurbashí*.

Un segundo después, el sable del verdugo hendía sibilante el aire, y el cadáver de Ajmat se abatía sobre el *kurbashí*.

Pero antes de que el verdugo pudiera limpiar su sable, lo derribó una bala disparada por un guerrero.

Al primer disparo siguieron otros; los hombres del difunto *kurbashí* se mataban unos a otros, y la enconada pelea se prolongó hasta medianoche.

A medianoche ardió la casa del vejete parecido a un murciélago, y la alta antorcha del incendio se elevó hasta el cielo, anunciando a los *kishlaks* vecinos la muerte del feroz *kurbashí*, al que muchos, muchísimos conocían por el "Tigre Tuerto".

VIERA INBER.

La conocida escritora y poetisa rusa Viera Inber nació en Odesa en 1890. En sus "Obras escogidas" figuran versos, novelas cortas y cuentos para niños. De amplia popularidad gozan su poema "Meridiano de Púlkov", y el diario de Leningrado "Casi tres años", en los que describe la vida de los heroicos defensores de la ciudad en los días del bloqueo.

Lugar destacado entre las obras de Viera Inber ocupan los relatos novelados acerca de la Turkmenia Soviética, el Uzbekistán y la República de Tadzhiquia, donde ella vivió mucho tiempo. "Asia Central, mi corazón no te olvidará nunca", decía la poetisa.

En "El delito de Nor-Bibi" nos refiere la tragedia de una mujer joven que recibe su emancipación de manos del Poder soviético. Este Poder "condena" a Nor-Bibi a la libertad y la dicha.

EL DELITO DE NOR-BIBI.

I
.Nor-Bibi está en su cunita, y la madre le canta:

¡Duerme, cielito!
 Cuando seas mayorcita,
 tendrás, para coser, dos máquinas:
 una de manivela, otra de pedalito,
 hijita de mi alma.
¿Duermes, cielito?
Tus trenzas brillarán
y comerás pasitas azuladas
en bandeja de plata,
 hijita de mi alma.
Buenas gachitas
darás a tus criaturitas.
No te ocurrirá lo que a mí me pasa:
que ni siquiera el pan me alcanza,
 hijita de mi alma.
Tus nenes, bien comidos,
retozarán como corderillos.
No se te morirán a edad temprana,
como a mí se me mueren,
 hijita de mi alma.

El padre de Nor-Bibi vende en el mercado de Samarkanda pequeñas calabazas huecas. Taponadas con borlitas de crin de caballo, sirven para guardar en ellas tabaco de mascar pulverizado.

Cuando la calabaza es aún muy pequeñita y blanda, se la ciñe con un cordel, a fin de darle la forma deseada.

- A las personas nos ocurre lo mismo -gusta de repetir el padre de Nor-Bibi-. La necesidad nos aprieta con fuerza y hace de nosotros lo que quiere.

Poco a poco, a Nor-Bibi se le va quedando la cuna pequeña. La niña crece. Tiene ocho años, es ya casi una mocita. No sabe leer, no ha visto nada en el

mundo: una sola vez estuvo con su padre en el bazar de *tiubeteikas*¹⁰. Vive con su familia a cuatro kilómetros de Samarkanda, en el camino de Agalyk, no lejos de la mezquita de Jodzjá-Ajrar, cuyo acceso le está vedado para siempre.

La mezquita, por dentro, es preciosa. Las celdas del seminario musulmán dan a un patio cuadrado, limpio y silencioso. Allí viven los futuros imanes, jóvenes castos varones. Una circunstancia hace que el patio sea sorprendente: las palabras dichas en voz baja en uno de sus extremos vuelan al lugar opuesto y se meten por el oído del que escucha. Esto no es casual; los hábiles artífices se preocuparon de que el *mulhá*¹¹, hombre santo, no diera excesivo trabajo a su valiosa garganta al predicar la suprema sabiduría de Alá.

Nor-Bibi ya ha cumplido diez años. Está aprendiendo todas las ciencias y artes femeninas: a enlazar sus cabellos en finas trenzas, a ser sumisa, a pintarse las cejas, a picar cebolla para los *oladis*¹², a cuidar de los niños y ayudar a la madre a alimentar a los gusanos de seda.

En primavera, apenas empiezan las hojas de las moreras a brotar en las ramas, la madre hace lo que hiciera la abuela y la bisabuela: se pone sobre el cuerpo desnudo un saquito con huevecillos de gusanos de seda, para que el calor les dé vida. Lleva el saquito bajo el sobaco y mira atentamente los diminutos granillos, como semillas de adormidera, para ver si se han vuelto más claros, pues eso es señal de que los gusanillos aparecerán pronto. ¡Mucho necesita la madre el dinero de la seda! ¡Cuántas

¹⁰ casquete oriental, muy usado en los pueblos de Asia. (N. del T.)

¹¹ sacerdote islámico. (N. del T.)

¹² frituras de harina, semejantes a los buñuelos, pero más compactas. (N. del T.)

esperanzas tienen cifradas en los capullos de la mísera hacienda! Aunque los capullos sólo dan unos kopeks. El acaparador los compra a ínfimo precio y los manda a otros países, de donde vuelven a Rusia convertidos en seda cruda y con una marca extranjera. Pero todo eso está aún muy lejano. Ahora, la principal preocupación del padre y de la madre es cumplir todas las viejas costumbres que presagian suerte.

El padre toma un puñadito de huevecillos y va a un campo de trébol un día de mercado. Esparce los huevecillos sobre la tierra para que haya luego tantos capullos como gente en el mercado y trébol en el campo.

Los gusanillos crecen. Se aletargan cuatro veces, y cada una de ellas su sueño dura veinticuatro horas. Durante ese tiempo, sueltan la piel y se hacen de continuo más grandes. En el último período de su vida alcanzan un tamaño diez mil veces mayor que el que tenían originariamente.

Las bateas superpuestas en que yacen ocupan toda la habitación. La familia vive ya en el patio, en un cobertizo de verano situado cerca del hogar. Allí, a la luz del sol y de las estrellas, la miseria se ve más: la sucia bata asoma bajo las rotas mantas; las vasijas de cobre están ennegrecidas por el humo y llenas de abolladuras; los pucheros, agrietados.

La madre observa con ansiedad lo que ha de proporcionar la seda. Pero los huevecillos, reavivados por el húmedo calor sofocante del cuerpo sin lavar, extenuado y sudoroso, dan unos gusanos débiles, enfermizos.

- ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! -se lamenta la madre a cada muda de piel-. Otra vez se duermen y tardan en despertarse. ¡Qué cría tan desigual! ¡Se me saltan las lágrimas! Entre los capullos habrá muchos con pintas y chafados, y muchos dobles, de los que no se pueden devanar.

Pero Nor-Bibi tiene poco que ver con todo eso. Su obligación es recoger hojas de morera. Se encarama al árbol, agarra el fino extremo de una rama y arranca con la otra mano las hojas, que va colocando en la cesta de flexibles mimbrés. Cuando las manos se le cansan, queda posada en el árbol, como un pajarillo, contemplando a otra ave, a una cigüeña que mora en el contiguo y añoso olmo. Observa a esa familia de pájaros y encuentra en ella mucho de común con la suya propia. También tiene muchos hijos y están siempre hambrientos. La madre no sale nunca de casa. El único que se diferencia es el padre: casi no pasa día que no traiga alguna ranilla de la alberca cercana. Y Nor-Bibi se imagina a su padre, con su rostro magro y preocupado, volando por los aires. Los brazos están ocupados en el vuelo, la listada bata flota al viento, y trae bajo el sobaco un trozo de cordero. Lanzando un fuerte grito jubiloso, desciende a la tapia de arcilla y desde allí salta a tierra. La madre, entretanto, limpia ya el arroz para la paella

uzbeca. ¡Ilusiones, cuentos infantiles!...

Pero el tiempo de los cuentos va pasando. Nor-Bibi tiene actualmente doce años. Sentada con sus amigas en el patio, se pinta las cejas. Luego de tomar con un tazón agua de la acequia, las chicas disuelven en ella la pintura. A continuación, mojan un palito y se lo pasan por el arranque de la nariz, uniendo las dos cejas. Tan pronto inclinan la cabeza hacia la derecha como hacia la izquierda; por sus mejillas corren unos chorrillos azules, pero las mocitas no se los enjugan, para no estropear la futura belleza. De mano en mano, pasa un espejito, ornado de cerquillo metálico y pequeñas conchas. Charlan entre ellas.

- Siéntate aquí, al sol, Sara-Jan, no estés a la sombra, pues te chorreará toda la pintura y no resultará nada.

- Dame el espejo, Haljar. Yo, seguramente, seré la más guapa. Mañana volveré a hacerme las trenzas.

- He oído decir, chicas, que hay mujeres que van sin cejas, con los ojos desnudos. ¿No es eso una falta de vergüenza? Yo no comprendo a esas mujeres.

- ¿Quieres un trocito de pan, Nor-Bibi? Se te van los ojos detrás de él...

- Trae el espejo, Adalat.

- Pásamelo a mí, Sharifa.

Así precisamente, con las mejillas azuladas y un trocito de pan en las manos, ve a Nor-Bibi el rico vecino Mir-Shajid. Y como es bella, la más linda de todas, y su padre es pobre, Mir-Shajid la compra para que sea una de sus mujeres.

Por vez primera, Nor-Bibi se tapa el rostro con el *chachván*¹³. Al principio le gusta, porque se siente mayor. Pero al mirar a través de aquella rejilla de crin de caballo y ver un albaricoquero en flor (es primavera), no lo reconoce. Unas flores grises, como de ceniza y polvo, cubren las ramas. Nor-Bibi se alza el *chachván* y, por un instante, el árbol se enciende de nuevo como una llamarada rosácea, mientras el cielo brilla sobre él con intenso azul. La cigüeña, de blancura de algodón y pico escarlata, está posada en el verde olmo. Pero el velo desciende, y todo se apaga.

Pues bien, ya se ha casado Nor-Bibi. Como le anunciara su madre, tiene dos máquinas de coser - una de manivela, la otra de pedal- y una más, parlante: un gramófono. Pero, ¿qué adelanta con ello si el marido es viejo y ella no le quiere? Desdicha femenina corriente, tan vieja como el mundo. En cuanto a la primera mujer de Mir-Shajid, ha olvidado los tiempos en que tenía también doce años. No perdona la juventud. Además, es de mal corazón.

Mir-Shajid es celoso. Una vez, al advertir que su joven esposa se pone de puntillas para mirar al patio vecino, manda a sus braceros que hagan más alta la tapia. Y por muy de prisa que crece Nor-Bibi, más rápidamente crece la tapia.

¹³ Velo uzbeko de crin de caballo con que las mujeres ocultaban el rostro. (N. del T.)

Las piernas de la joven esposa son ágiles, y siente deseos de correr. Corre por el patio en pos del borriquillo, pero la primera mujer le grita:

- ¡Ya veo, ya veo que quieres matar al futuro hijo de tu marido, al niño robusto que pronto ha de nacer! No mires a la puerta; si lo haces, el chico tendrá los labios abultados. No salgas cuando llueva; de lo contrario, el crío vendrá al mundo con manchas en la cara. ¿Qué es lo que te han enseñado en tu casa, linda mendiga?

Mir-Shajid esperaba un hijo, pero nace una hija.

- Ya me lo figuraba, ya me lo figuraba yo -se lamenta la primera mujer-. ¡Bien que te lo advertí! "Ya veras, Mir-Shajid querido, como ésa no te pare más que niñas". ¡Hay mujeres con tan poca lacha!

La hijita de Nor-Bibi está en su cuna, y la madre, cuando no hay nadie, le canta:

¡Duerme, cielito!

Cuando seas una moza gallarda,
te casarás con un hombre joven,
aunque tengas una pobre casa,
hijita de mi alma.

Serás la primera para tu marido,
no la segunda ni la tercera.

y cualquier fruto de tus entrañas
lo acogerá con alegría sincera,
hijita de mi alma.

¿Tienen la culpa el membrillo o la granada
de no haber nacido melocotón?

¿Y eres tú de peor condición
que el membrillo o que la granada,
hijita de mi alma?

Pasa el tiempo. A veces ocurre que las mismas chicas que hace unos años se pintaban juntas las cejas se vuelven a reunir en el patio. Todas ellas se han casado hace mucho, algunas empiezan ya a marchitarse. Sus hijos juegan no lejos de allí. Las sombras de los niños se hacen a cada instante más largas, porque se aproxima la puesta del sol. Las mujeres están tristes: la vejez prematura se extiende ante ellas como otra sombra larga.

Charlan:

- Siéntate aquí, al sol, Sara-Jan. ¡Qué pálida estás! ¿Estás enferma, verdad?

- ¿Quieres tener un rato en brazos a mi hijito, Nor-Bibi? Se te van los ojos detrás de él...

- He oído decir, hermanitas, que hay mujeres que salen a la calle con la cara descubierta. ¡Yo no comprendo a esas mujeres!

- Pues yo sí -afirma inesperadamente Nor-Bibi.

- Calla, calla, Nor-Bibi; tú siempre fuiste rebelde. Mirabas por encima de la tapia. A veces, contradices a tu marido y te peleas con su primera mujer. ¿No es verdad eso?

Nor-Bibi escucha en silencio. No, eso no es verdad. Ella es tan sumisa como las demás. Y tan

desvalida como ellas. Pero las vecinas repiten asustadas:

- Calla, calla, no hables mal del velo. El tapa la cara, y nadie lee nada en ella. Eso es una gran cosa para las mujeres. Sin el velo, es peor. Recuerda lo que le pasó a Huldzhamal.

- ¿Y qué le pasó a Huldzhamal? -pregunta una mujer de Dzhizak, que no conoce las historias del lugar.

- ¿No lo sabes? Ahora mismo te lo contaremos. Huldzhamal era amiga nuestra. Una noche, después de estar un rato en el patio, entró en la casa. De haber sabido lo que le iba a ocurrir, no habría entrado. ¿Pero quién lo podía saber? En el patio hacía frío, era invierno, mientras que en la habitación ardía el *sandal*¹⁴. Allí se encontraba el hermano de su marido. Huldzhamal se sentó, a calentarse, junto al *sandal*, y su rostro se encendió del calor. Cuando volvió su marido estaba más roja que la grana. Y a su lado, el cuñado. El marido la miró y le dijo: "Ven conmigo un momento, que te voy a enseñar las compras que he hecho". Ella salió al patio; entonces él le soltó: "¡Esto para que no te pongas colorada con mi hermano!" Y le dio cuatro puñaladas en un costado. Huldzhamal se derrumbó, muerta.

La mujer de Dzhizak calla, las demás guardan también silencio. ¿Y qué van a decir?...

Pasa el tiempo. Llega el año 1917. En Rusia tienen lugar apasionantes acontecimientos, y en la mezquita de Jodzhá-Ajrar, que se alza en el camino de Agalyk, brillan remozadas las pinturas del techo; al igual que antes, jóvenes de familias ricas estudian el Corán, y el sorprendente patio del seminario musulmán sigue expandiendo con nitidez la voz del *mulhá*, de níveas barbas.

El Museo de la Lucha Frente a la Contrarrevolución, estos verdaderos anales de la guerra civil en Oriente, no se abrirá en Tashkent hasta dentro de muchos años. El Museo no ha sido ensamblado aún, todo está disperso. Sus piezas se hallan todavía diseminadas por la región: fusiles ingleses del último modelo y viejos mosquetones de chispa de los *basmaches*, cartucheras, sables y rompecabezas de fabricación artesanal o procedentes de la fábrica de Lieja, sillas de montar, cantimploras de campaña con funda de cuero, tómoris o amuletos contra el mal de ojo y balas, puñales con turquesas en el mango, dagas de Kashgar; entre ellas, aquélla con la que degollara lentamente, durante una hora entera, a una mujer un famoso cabecilla basmach; la abrió en canal, desde el vientre hacia la garganta, hasta poner al descubierto un trozo de corazón palpitante. La gente de la misma aldea de la víctima, postrada de hinojos, rogaron al *kurbashi*¹⁵ aquel que le hiciese la gran merced de matarla de una vez. Pero el *kurbashi*

¹⁴ Especie de brasero cuadrangular en el que arden sin llama de continuo, unos carbones. (N. del T.)

¹⁵ jefe *basmach*. (N. del T.)

no le permitía morir. Conocía bien el arte de degollar despacio. y en tanto movía la hincada daga, llevándola desde el vientre hacia la garganta, decía calmoso:

- La que descubre su rostro, muestra al propio tiempo su corazón. Yo no hago más que continuar tu obra, hija mía.

- Te equivocas, sabio varón -clamaba la gente de la aldea, postrada sobre la tierra-. ¡Te equivocas, gran señor! No ha sido ella. Ella jamás se quitó el velo, ¡te lo juramos!

- Si no ha sido ella, habrá sido otra -repuso el *kurbashí*-. A mí me da igual.

II

Pasa el tiempo. Ocurren grandes acontecimientos y pequeños sucesos. Entre estos últimos, es digno de mención el desmoronamiento parcial de la tapia en el patio de Mir-Shajid. La tapia de arcilla se ha deteriorado seriamente a consecuencia de las lluvias torrenciales, pero Mir-Shajid no se atreve a repararla.

- Dirán que Mir-Shajid es rico -comenta con su primera mujer-. Dirán: "¡Muy rico debe ser cuando se apresura tanto a resguardar sus bienes de miradas ajenas!" ¿Y qué riqueza es la mía? Yo soy un pobre, un mendigo. ¿Qué es un bracero en comparación con los tres que yo tenía antes? ¿Qué significa una máquina de coser en comparación con las tres que tenía anteriormente? Tres: dos que cosían y una que cantaba. Yo no soy rico, camaradas, podéis venir y convenceros de ello. Soy un mendigo.

Nor-Bibi ha cumplido ya veinticinco años. Se considera una mujer de edad, madre de tres hijos. Otros tres han muerto, a pesar de que llevaban en sus *tiubeteikas* infantiles unas plumas de búho contra el mal de ojo. Ni siquiera ese poderoso remedio sirvió de nada. Los niños murieron de disentería en un mismo verano, sin que Nor-Bibi supiera las causas de su muerte ni el modo de evitarla.

Ocurren grandes acontecimientos y pequeños sucesos. Por una brecha de la tapia, Nor-Bibi mira a la calle y ve cada vez algo nuevo. Ve el primer auto y el primer camión que vienen a sustituir a los borriquillos y a los camellos. Un aeroplano, aéreo corcel, vuela por detrás de las montañas y desciende junto a la falda, donde, según rumores, han construido una amplia cuadra para él, llamada aeródromo.

Entre las mujeres que pasan por el camino de Agalyk, hay algunas que van ya con la cara descubierta. Los nobles jóvenes del seminario, criados en las sombras, salen, entornando los ojos, por el tallado portón de Jodzhá-Ajrar y se alejan de allí para siempre. Aprietan contra el pecho los libros, cuyas céreas páginas están todas surcadas de arabescos. Los muchachos uzbekos permanecen en la sala de té, leyendo periódicos. Junto a la antigua mezzquita, se abre un consultorio médico en una

pequeña casita blanca. Los niños van a la escuela. Aparecen jardines de la infancia.

Nor-Bibi ve todo eso, pero sigue viviendo como antes.

"Todo eso está bien para los jóvenes -piensa-, pero yo... ¿A dónde voy yo ya? Tengo hijos. Hay que darles de comer. Y yo carezco de dinero".

Y continúa viviendo a la antigua. Pues a pesar de su tapia reblandecida, Mir-Shajid es todavía muy fuerte. Se arrastra tembloroso a los pies del Poder soviético, pero vive. No tiene ya ningún bracero, ni ningún borrico, solamente conserva en propiedad sus dos mujeres.

- Yo soy el más modesto de los campesinos individuales -afirma, apretando la mano contra el corazón-. ¿Cómo yo, que era una araña y un escorpión, voy a atreverme a ingresar en el koljós, en esa asociación de preclaros campesinos pobres? ¿Cómo voy a atreverme a mirar a la cara sabia del presidente del koljós, que ha sido bracero mío? No, perdonen, queridos, no me pidan eso.

- Soy indigno de ello. Hasta me da vergüenza entregar por contrata los capullos de seda. Yo no permitiría que unos míseros gusanos trabajasen para nuestro amado Poder soviético. Que trabajen para él sólo las rosas y los ruseñores, únicos tan bellos como él mismo. En cuanto a mí, ¡os lo agradezco! ¡Cuántas veces me he entrevistado en la sala de té con el sericicultor Azimdzhan! Nos lo mandaron de Samarkanda al distrito para nuestra ilustración y convencimiento, y yo me hice muy amigo de él. Me sentaba a su lado, tomábamos te y conversábamos acerca de la vida. ¡Qué pena que a un hombre así lo llenase de reproches el camarada Urkabáiev, el vicesecretario del Comité del Partido de Samarkanda! Y le destituyó de su cargo.

- El camarada Urkabáiev llegó en un pequeño automóvil verde. Bajó del coche cerca de la cooperativa y se dirigió sigiloso hacia la sala de té. Si no temiera ofenderle, diría que hasta se ocultó detrás de un olmo, como hacen los chicos cuando juegan inocentemente al escondite. Azimdzhan, como de costumbre, bebía té. El camarada Urkabáiev seguía cauteloso detrás del olmo, observando cómo, ladeados y encorvados bajo el peso de sus preocupaciones, acudían a la sala nuestros campesinos, en busca de consejo. De pronto, saliendo de detrás del árbol, gritó con voz estentórea: "Yo estoy aquí escondido, y tú, ¿dónde estás? ¿Es que tu sitio es la sala de té?"

- ¡Lástima, lástima que padeciese sin motivo una persona tan digna! ¿Y a quién han ido a mandar para sustituirle? Vergüenza da decirlo: ¡a una mujer! Se mete de rondón en las viviendas, rebuscando por todas partes con sus ojos rusos. ¡Qué disgusto tan grande!

- Ese mismo día, el camarada Urkabáiev estuvo en varios sitios de nuestro indigno lugar, y otras

muchas personas respetables padecieron también. ¡Ay, qué disgusto tan grande! Se presentó, por ejemplo, el camarada Urkabáiev en el jardín de la infancia. Allí correteaban y hacían travesuras los felices niños soviéticos. ¡No los míos, no! Yo soy indigno de eso. Retozaban a sus anchas los nenes, cantaban canciones a las flores, y ellos mismos eran tan lindos como ellas. ¿Qué más querían? Y por añadidura, vivía con los pequeñuelos una muchacha a la que yo conozco desde hace tiempo, pues bien, el camarada Urkabáiev le mandó que dejase ese puesto. ¿Por qué razón, queridos? ¡Ay, qué desgracia tan grande!

Todo ha ocurrido tal y como lo cuenta Mir-Shajid.

Pero oigamos también al propio camarada Urkabáiev.

Un primavera día de descanso, en unión de sus amigos y de dos llegados de Moscú, va a ver la vieja ciudad de Samarkanda y sus magníficas antigüedades.

Urkabáiev y sus amigos se dirigen al Registrán. Leen la inscripción que figura en la hornacina del pórtico occidental del seminario de Shir-Dor y que viene a ser una autocaracterización del constructor de la misma. El artífice se conceptúa así:

"Edificó un seminario tan alto, que elevó la tierra hasta el cenit del firmamento. Ni con el transcurso de los años, alcanzará el águila de la razón, pese al vigor y esfuerzo de sus diestras alas, el vértice superior de este pórtico. Ni con los siglos, llegará el hábil volatinero, por la cuerda tensa de la fantasía, a la cima de sus minaretes, para él vedados. Cuando el arquitecto erigió, con perfecta exactitud, el arco del pórtico, el cielo, tomándolo por una nueva luna, se mordió el dedo, de puro asombro".

- ¡Completa ausencia de autocrítica! -se lamenta Urkabáiev.

Leída la inscripción, penetran en el interior de la torre y ascienden por una escalera de caracol, con tan empinados peldaños, que seguramente tendrán para largo fuertes agujetas en las pantorrillas. Al fin, salen de la pétreo oscuridad a los altos espacios celestiales, batidos por el viento. Un poco apagados, pero nítidos, como un coro de diversas voces, llegan los repiqueteos y sonos de las herramientas artesanas. El fuerte golpear de los herreros, el fino martilleo de los hojalateros, el tenue bufido de los soldadores, los rebuznos de los asnos y los cascabeles de los camellos, el rasguear de las cuerdas de los instrumentos musicales y las monótonas canciones, todas las resonancias de los siglos XIII, XIV y XV. E inopinadamente, surge en algún lado y aumenta cada vez más un sonido de un género totalmente distinto: un camión se acerca. Y Urkabáiev, hombre del segundo quinquenio, sonríe enternecido.

Los moscovitas avizoran con ansia la lejanía. En el horizonte, con netas aristas de cristal, se perfilan las estribaciones de las montañas de Tian-Chan. Al

pie del minarete, hasta las mismas montañas, se extiende una ciudad, amarilla y plana, con las tenues vetas de sus floridos jardines. De vez en cuando, en ese mar de arcilla, se yergue una alta ola azulada. Esas olas son varias: Hurr-Emir, Bibi-Janum, Jhaj y Zinda, y lejos, muy lejos, el observatorio de Ulug-Bek, el famoso nieto de Tamerlán. Allí, al sur, se divisa una pequeña elevación: Jodzhá-Ajrar.

- ¡Qué silencio, qué paz! -exclaman entusiasmados los moscovitas.

Urkabáiev se limita a suspirar:

- Sí, sí, ¡buena paz! Vosotros no estáis enterados de nada. Miráis y veis un espectáculo hermoso: la antigüedad y el mundo exterior. Pero aquí todo está en ebullición, borbotando. Mirad allá. .. Eso es la mezquita de Jodzhá-Ajrar, y alrededor, el *kishlak*¹⁶. Os voy a contar un caso -anuncia con triste animación-. Pero no os acodéis sobre ese ladrillo, está un poco flojo. Un día llegué ahí. Me habían dicho, por cierto, que todos los sericicultores del lugar, por causas desconocidas, andaban ladeados, del mismo costado. ¿De dónde provendrá esa enfermedad tan rara?, me dije. ¿Y por qué ataca solamente a los sericicultores?

- Me acerqué a la sala de té y, con sigilo, me puse a observar: en efecto, todos estaban ladeados; se sujetaban el codo izquierdo con la mano derecha y renqueaban al andar. Tendrán alguna llaga en el sobaco, pensé. ¡No faltaba más que eso! ¿Y qué os figuráis que era? Su instructor, para la vivificación de los huevecillos en las incubadoras, era un tal Azimdzhán, un tipo sospechoso. Lo habían mandado porque no había otro. Y, como es natural, en el Trust de la Seda de Uzbekistán le habían dado unos termómetros para que los repartiera entre los sericicultores. No sé si sabréis que en este asunto todo depende de la temperatura, pues a los gusanos de seda no les gusta el frío. Si hace menos de veintitrés grados, inmediatamente dejan de comer, de la flojera que les entra. Y nosotros hacemos todo lo posible para mejorar la sericultura. El instructor de incubación, como es lógico, debe visitar diariamente, por dos veces, todos los puntos de cría y comprobar si está todo en orden. Pero Azimdzhán, en vez de personarse allí, mandaba a los campesinos que acudieran a la sala de té, con el termómetro bajo el sobaco, para que, en lugar de ir él a ver la temperatura, fuese la temperatura la que viniese a verle a él. Mi buen Azimdzhán miraba el termómetro y observaba que éste marcaba treinta y siete grados o algo por el estilo, es decir, la temperatura del cuerpo humano. "Mucho calor tienen ustedes. Abran puertas y ventanas para que entre el fresco". Y, claro, los gusanos la diñaban.

Todos ríen, pero Urkabáiev queda pensativo:

- No, la cosa no tiene ninguna gracia. Es triste, muy triste. Y ahora veréis lo que ocurrió más tarde.

¹⁶ aldea en el Asia Central. (N. del T.)

De camino, pasé por el jardín de la infancia del distrito. Me recibió la encargada, una muchacha melosa, rusa. Y aseguró: "Aquí marcha todo divinamente, y somos muy felices. ¡Niños, a formar!" Salieron los pequeños... Se transparentaban de puro flacos. Y empezaron a cantar en uzbeko, con finas vocecillas:

Lirios blancos somos de un bello jardín
Nos alimentamos con sol y con aire...

Al recordar la canción, Urkabáiev se revuelve en la torre con tanta furia, que unas nubecillas de polvo de ladrillo se alzan de sus codos.

- Y, desde luego, era verdad, no mentían las criaturas. Se alimentaban en efecto con sol y aire, porque sus raciones eran robadas sistemáticamente. Lo comprobé. ¡No os podéis figurar el daño que hizo la tía esa! No me refiero ya a los niños. Ni que decir tiene que los sobrealimentaremos para que se repongan, pero las personas mayores tardarán en olvidar esto. ¡Precisamente cuando los jardines de la infancia y las casas-cuna son los mejores propagandistas del Poder soviético entre las mujeres! Y las de aquí están amadas con guirnaldas de hijos...

- ¡Bien dicho! -comenta uno de los moscovitas.-
¡Es usted un poeta!

Y Urkabáiev suspira.

El nuevo instructor de incubación, la muchacha de los "ojos rusos", se llamaba Shura Potápova. Era hija de un ingeniero agrónomo de la región del Volga y había nacido en tierra de setas y bayas, donde ni siquiera se sabía qué era un gusano de seda.

Una vez, la mujer del ingeniero agrónomo Potápov enfermó de tuberculosis. Y empezó a parecerse a la manzana de cera que se hallaba en el comedor, sobre la mesita del rincón con tapetillo de lana. Al ver aquel rostro amarillento, con chapas rosáceas en las mejillas, Potápov se limitaba a parpadear de pena, carraspeando preocupado, a pesar de que él médico le aseguraba que el "proceso transcurría normalmente".

Hasta que, un día gris de primavera, el propio médico expresó también inquietud:

- ¡Habría que llevarla al sur! A Crimea o al Cáucaso.

- ¿Y de qué vamos a comer? -repuso Potápov con aspereza.

Ambos guardaron silencio. Shura, que a la sazón tenía un año, se deslizaba a gatas por un periódico en el que se comunicaba que la casita del balsero, en el Mame, había pasado de nuevo a manos de los aliados, después de un largo combate.

- Si fuera al Turkestán -dijo Potápov-, tal vez podríamos ir. Allí, en Tashkent, se necesitan ingenieros agrónomos. Me ha escrito un compañero y me lo dice.

- ¡Soberbio! -exclamó con alegría el médico-. Aquello es el sur, hay sol, precisamente lo que se necesita. ¡No dejen de ir! Dentro de tres o cuatro meses, no reconocerá usted a su mujer.

Y en efecto, medio año más tarde, en Tashkent, ante el ataúd de su mujer, Lisa, casi no la reconocía: tan cruelmente se habían cebado en ella el sol subtropical y el polvo del terreno calcáreo.

Junto a la tumba de Lisa, creció un álamo, con inaudita rapidez, como si quisiera alcanzar a sus famosos congéneres de Tashkent, plantados por el general Kaufman al conquistar aquellas tierras. En los primeros tiempos, sujetaba allí a Potápov solamente el álamo aquel. Pero más tarde comenzó a amar también los lugares comarcanos. Ni siquiera recordaba con frecuencia a la difunta Lisa. Sólo en una ocasión, a raíz de su estancia en Chimgana, en un sanatorio de montaña, le dijo a Shura:

- El doctor aquel tenía razón. El clima, allí, en las montañas, es magnífico. Pero antes de la revolución, allí no nos dejaban ni acercarnos, y después, tu madre no existía ya.

Cada primavera, Potápov comprobaba el crecimiento de su hija. Cuando la cabecita de claros cabellos rubios llegó a alcanzar el hombro del padre, Shura era ya instructor sericicultor. En cuanto al padre, se ocupaba de la hibridación de capullos en el Instituto de SerVICULTURA.

El día en que propusieron a Shura ir con urgencia a Samarkanda, Potápov se entristeció.

Era su única hija. Nunca se habían separado. Fueron juntos al vivero del Instituto. Empezaba la primavera. Había allí moreras de todas las especies -ordinarias, enanas, en matas, piramidales, esféricas, serpenteadas- y todas ellas ostentaban ya abultadas yemas. Se destacaba en particular una hermosa, de grandes hojas, traída del Japón.

El padre y la hija iban y venían por la alameda, paseando, sin llegar a una casita blanca. En ésta, completamente aislados, se encontraban los gusanos de experimentación contagiados de pebrina; de ellos cuidaban colaboradores especializados.

- ¿Recuerdas, papá, cuando yo enfermé de la difteria y también me tenían aislada? -dijo Shura riendo.

Potápov, pensativo, asintió con la cabeza.

- Parece que te has puesto triste -inquirió Shura-. Pero yo no puedo dejar de ir. ¿Qué komsomola sería yo si no fuera allá? Además, yo misma quiero. Pues éste será mi primer trabajo independiente. Allí habrá que vivificar doscientos cuarenta y cinco cajas de huevecillos.

- Yo comprendo que debes y quieres ir. Pero, por qué has de marcharte inmediatamente a otro distrito. ¿No te parece, acaso, que sería mejor aquí?

- ¿Y a ti no te parece que eso es oportunismo por tu parte?

Potápov miró a la hija y contestó:

- Sí.

- ¡Perfectamente! Puesto que lo constatas, confiesas tu error y te arrepientes de él.

Potápov volvió a mirar a la hija y repuso:

- ¡Me arrepiento! Pero te pido una cosa, Shura: que me escribas con la mayor frecuencia posible, ¡Te lo ruego encarecidamente! Y acerca de todo. ¿Lo harás?

Shura posó los ojos en el padre y afirmó:

- Lo haré.

III

Cuando por Samarkanda corrió la noticia de que, en cada barrio, una comisión especial iba a determinar quiénes eran dignos de tener pasaporte y quiénes no, a muchos no les agradó aquello. Y entre los disconformes, se encontraba Mir-Shajid.

- Yo temo, queridos -decía-, que ese librito en el que, según me han contado, está escrita en seis idiomas la palabra "pasaporte", nos hará añorar seis veces los tiempos en que no lo teníamos. Fijaros en mí, por ejemplo. ¿Qué necesidad hay de escribir de mí en el papel, cuando en mi corazón está escrito hace tiempo, que yo soy un uzbeko honrado y bueno? Cierto que un día fui rico, pero eso pasó ya. Y puesto que pasó, ¿a qué pensar en lo que ya no existe? Y os diré más. ¿Qué va a ocurrir si a nuestras mujeres les entran ganas de tener también su pasaporte individual? ¿Querrá, acaso, la mujer obedecer al marido si nuestro solícito Poder soviético le entrega un librito en el que estén anotados su nombre, su edad y todos los demás datos, como si fuera una oveja de la que se sabe hasta qué tetas tiene y de qué pie cojea?

Al razonar de tal suerte, Mir-Shajid tenía en cuenta a su segunda mujer, Nor-Bibi. Cada vez con mayor frecuencia, los ojos de ésta chispeaban con unos fulgores que daban mucho que pensar. Al cabo de unos días, Mir-Shajid volvió a referir a sus simpatizantes:

- ¡Sí, queridos! Me he enterado casualmente de que mi mujer, Nor-Bibi, estuvo en el Comité de Majallá, para hablar de lo del pasaporte. Como es natural, me ofendió sobre manera que tomase semejante decisión sin contar conmigo. Cuando volvió a casa, le dije unas cuantas palabritas. Confío en que ahora habrá cambiado de opinión. Yo creo que ella no necesita pasaporte alguno. Que viva muchos años, pero si muere, Alá la reconocerá sin necesidad de pasaporte, pues todos sus datos particulares los lleva marcados en el cuerpo. Yo, como buen escribano, le he escrito en la piel todo lo preciso. Y no es posible, queridos, confundirla con ninguna otra mujer.

Por aquel entonces recibió Potápov la primera carta extensa de Shura.

"Querido papá: Ese Azimdzhan, al que destituyeron antes de llegar yo, ha resultado ser un

verdadero saboteador. Congeló a casi todos los gusanos de seda, pues, como tú sabes, esta primavera es fría, y él, en lugar de mandar que encendiesen las estufas, hacía abrir las ventanas. Lo peor de todo es que ahora, cuando haya que abrirlas, nadie querrá hacerlo, desconfiarán. Así ocurre siempre: un mal funcionario, a más de perjudicar él mismo, dificulta el trabajo de sus compañeros. Me han dicho que aquí empiezan a propagarse comentarios como éste: "Antes, cuando no había instructores de incubación de ninguna clase, salían los gusanos tan hermosos..." ¿Te das cuenta de lo que esto significa y de la responsabilidad que pesa sobre mí? ¡Y aún te resistías a que yo viniera!

Ahora quiero contarte dónde me encuentro. Vivo en una mezquita, ¡nunca me lo habría figurado! Las antiguas celdas han sido acondicionadas para incubadoras y en una de ellas vivo yo. Aquí se conservan todavía el hueco, ennegrecido de humo, del hogar y el estante para los libros. Duermo en el mismo angosto nicho en que dormía antes el seminarista respectivo. Mi estación de sericultura atiende tanto a los koljosianos como a los campesinos individuales. A algunos les facilito huevecillos, pero, claro está prefiero darles gusanos de seda. Lo malo es que todos vienen por gusanos a la misma hora, después del trabajo. Aguardan en cola con sus canastos, y mis ayudantas y yo quedamos reventadas. Tengo tres ayudantas: dos delegadas del koljós y una del Soviet del pueblo. Me entiendo con ellas en un uzbeko bastante decente.

Las moreras están cerca, pero, como es natural, no son matas, sino árboles muy altos, y cuesta trabajo trepar a ellos. Las hojas me las recogen los chiquillos del pueblo. Al que me trae una buena brazada, le regalo una caja de huevecillos vacía. Y ellos se afanan.

Lo malo es que casi todas las moreras se alzan a lo largo de los caminos, y están cubiertas de polvo. Las hojas, en ese estado, no sirven. Y temo dárselas a los gusanos lavadas y húmedas, porque pueden provocarles diarrea. Dime qué debo hacer.

Me preocupa el asunto de la ventilación. Pues aquí no hay ventanas, no hay más que puertas al patio interior; éste, por cierto, está tan bien construido que si se dice en voz baja una palabra en uno de sus extremos, se oye en el lugar opuesto.

Sabrás que, en una de las celdas, he encontrado un montón de carteles del Trust de la Seda de Uzbekistán; ya los conoces, esos, verdes y amarillos, que tienen en el centro un enorme gusano y unas instrucciones alrededor en lengua uzbeka. Resulta que el tal Azimdzhan no repartió carteles a nadie y se limitó a dejarlos en un rincón.

Me ha visitado el instructor del distrito. Pero mejor será que te pida los consejos a ti. Aunque no eres del Partido, al fin y al cabo eres un viejo especialista y, al propio tiempo, mi padre.

Bueno, ¡hasta la próxima, papá! Me aguarda una noche en vela. Seguramente, al amanecer, aparecerán los gusanos, pues han surgido ya "exploradores". A propósito, ¿te has fijado en que los gusanillos recién nacidos, cuando se deslizan a través del tul hacia las hojas de morera, se empujan como la gente en el tranvía y se aglomeran de igual modo para pasar por un mismo orificio? Perdona estas digresiones mías.

Te estrecha la mano tu hija
Shura".

Segunda carta.

"Querido papá: Hace tiempo que no te he escrito; he estado muy ocupada, pero ahora tengo menos trabajo. Las partidas fundamentales de gusanos han sido ya entregadas. Me han salido hermosos, hay muy pocos debiluchos. Ayer empecé a visitar las haciendas a las que hemos facilitado gusanos; una de mis koljosianas, Mujabbat, fue conmigo. Es una mujer magnífica, del Partido. No es ya joven, tiene nietos, pero conserva un buen humor inagotable. Cuando me habla de su vida, sonrío, aunque su existencia dista mucho de haber sido fácil. Un ejemplo de ello es su matrimonio. Era la séptima hija de una familia pobre. Se casó cuando ya se contaba entre las "solteronas", a los diez y seis años. Hasta entonces nadie la había querido tomar por esposa, debido a su pobreza. Al fin, le salió un novio, y acaudalado por añadidura. Tenía tapices, mantas, batas y un *samovar*. Mujabbat se casó con el hombre aquel y, durante tres días, disfrutó contemplando sus riquezas, especialmente el *samovar*. Pero después resultó que todo aquello era ajeno, alquilado. Primeramente, se presentó un amigo del marido y se llevó los tapices, el segundo arrambló con las mantas, el tercero con algo más. Quedaba solamente el *samovar*. Pero también vinieron por él.

- Entonces -me contaba Mujabbat-, yo me senté junto al *samovar* y lo abracé fuertemente, apretando la mejilla contra él. Estaba frío, mientras que yo ardía. Yo lloraba, él callaba. A pesar de todo, se lo llevaron. Y ahora, a mí misma me da risa. ¡Yo era entonces una chiquilla tonta, pobre e ignorante! Lloraba y reía sin saber por qué.

Eso dice ella.

Como te iba diciendo, fuimos las dos juntas. Llegamos a casa de un koljosiano. Llamamos. No aparecía nadie. Sol y silencio, ¡pero qué silencio! Únicamente las adormideras cabeceaban en el terrado de arcilla y zumbaban las abejas. Por fin nos abrieron, y entramos en la casa. Nos recibió una amojamada vieja centenaria, con lunares de pelo en la barbilla y abundante papada. Su velo era antiquísimo, y ella misma era una ruina. De la casa contigua llegó otra vieja por el estilo, y poco después, otra más. A continuación, asomó un viejo de los mismos años aproximadamente. Acudieron corriendo los chiquillos. ¡Un verdadero pleno!

Mujabbat preguntó:

- ¿Dónde están los demás? ¿Trabajando?

- Trabajando están -contestaron-. En el huerto y en el jardín (su koljós es de hortalizas y de fruta).

De pronto, una niña, ya mayorcita, nos comunicó en ruso:

- Y los nuestros están en el viñedo. Han traído allí *azot*¹⁷. Abono.

Y todos aquellos viejos y viejas caducos asintieron sonrientes con la cabeza y empezaron a repetir satisfechos: "¡*Azot, azot!*" Era la única palabra rusa que comprendían. Más tarde, cuando nos marchábamos, les grité:

- ¡*Jair*¹⁸! ¡*Azot!*

Y ellos me respondieron:

- ¡*Azot!* ¡*Azot!*

Pero antes habíamos examinado los gusanos. Estaban en una habitación herméticamente cerrada, sobre una esterilla colgada junto al techo y cubiertos con una manta de algodón. Tenían allí frío y poco aire. Inmediatamente les quité la manta y abrí las ventanas de par en par. Luego, Mujabbat me decía:

- Tú no sabes lo que significa la seda para nuestras mujeres. Es el comienzo de su emancipación. El dinero de la seda es dinero de las mujeres. Lo que hace falta es vigilar bien para que sean ellas mismas las que entreguen los capullos. Y así, con seguridad, el dinero irá a parar a sus manos. Pues, a veces, ellas trabajan y el dinero lo reciben los hombres.

Bueno, papá, ¡hasta la próxima!

Tu hija
Shura".

Tercera carta.

"Papá, ¡si supieras lo que ha ocurrido!... Te contaré... Mujabbat y yo fuimos de nuevo a inspeccionar. Ante una casa, me dijo:

- Hay que entrar un momento, aunque aquí vive una mala persona, Mir-Shajid. Su segunda mujer, Nor-Bibi, es muy desgraciada, incluso hoy día. Aunque la nueva vida pasa por la calle, no entra en su casa. Tiene tres hijos. La tercera criatura es muy chiquitina aún, y está enferma. ¿A dónde va ir con ella? Y si la deja en la casa, la primera mujer la martirizará.

Entramos. La habitación es grande y buena, está empapelada con notificaciones, del inspector de finanzas, de pago de impuestos. Hay mucho de todo: tazones, bandejas, tarros... Un montón de mantas. El dueño de la casa se deshace en zalemas. Lleva un pañuelo ceñido a la cintura; por consiguiente, quiere gustar todavía. Luce la *tiubeteika* echada hacia atrás; por lo tanto, se siente contento de su persona. En la misma habitación, se encuentran los niños. La más chiquitina tiene las piernecitas torcidas.

¹⁷ Nitrógeno. (N. del T.)

¹⁸ Hasta la vista (en uzbeko). (N. del T.)

Yo digo:

- Hay que llevarla al médico. Está raquítica.

Y él se lleva la mano al corazón. Yo le hablo del raquitismo, y él me da las gracias. Está claro que se burla. Una mujer permanece en pie, al lado. Yo le pregunto en voz baja a Mujabbat:

- ¿Será posible que ésa sea Nor-Bibi?

Y Mujabbat me responde, también quedo:

- No, no es ella. Esa es la primera mujer. Espera, voy a preguntar dónde está la otra.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Verás lo que sucedió después.

Me acerco a ver los gusanos; la propia familia vivifica los huevecillos, los gusanos acaban de salir. Y la primera mujer los amontona empujándolos con un simple papelito.

Yo le advierto:

- No hagas eso, hermana, los vas a aplastar. Hay que recogerlos con una plumita de gallina. Ahora te traigo.

Salgo presurosa al patio, pensando: "No es posible que no tengan gallinas". Miro, y veo que en un rincón, al lado de una tinaja, hay en el suelo una pluma de urraca. "Bueno -me digo- ésa también sirve". Me agacho y, detrás de la tinaja, oigo un quejido. Me acerco más. Resulta que la tinaja está arrimada a la puerta de un almacén. No sé por qué, me figuro que allí yace en cama, enferma, la pobre Nor-Bibi, que la tienen escondida... Apenas lo pienso (todo esto sucede en menos de un minuto), percibo los pasos del dueño de la casa que me sigue y me dice dulzón:

- ¡Qué buena eres, hermana instructora! ¡Cuánto te preocupas por nosotros y por nuestros míseros gusanos! Pero hace tiempo que no tenemos gallinas.

Y yo le respondo con igual dulzura:

- No importa, hermano Mir-Shajid; una mísera pluma de urraca también sirve.

Yo hago como que no he oído nada...

Papá, no puedo seguir escribiéndote: me parece que unas avispa revolotean. Y para mí son más espantosas que los ratones y las arañas, aunque a éstos les gustan los gusanos con delirio. Pero las avispa son las más terribles. Voy a ver qué zumbidos son éstos. Luego te contaré lo demás. ¡Si supieras lo que ocurrió después!..."

Y después ocurrió lo siguiente:

Kurkmas Nizámov, Secretario de la célula del Komsomol en el koljós, abría con un tractor surcos entre las vides, para sembrar allí trébol y guisantes. Aquello era un nuevo procedimiento para aprovechar el terreno libre en los viñedos. Y como dicho procedimiento tenía sus enemigos, que aseguraban que tal siembra complementaria agotaría la tierra y dejaría pocos jugos para la vid, se había acordado hacer la prueba en un solo sitio.

Conducía Kurkmas el tractor con cuidado, pues veía que su "Fordsón", excesivamente ancho, podía

dañar las delicadas cepas. Habría hecho falta un "Inter", tractor más estrecho, pero no había ninguno, y Kurkmas se sentía inquieto. Tenía la *tiubeteika* empapada en sudor, y el tulipán silvestre que llevaba en la oreja se iba amustiando del contacto con la ardiente mejilla.

Shura, envuelta en nubes de polvo, corría en pos del tractor, gritando:

- ¡Para, Kurkmas!

Pero éste continuó hasta el fin de la hilera, y entonces preguntó:

- ¿Qué pasa? Oigo gritos en el polvo, pero no sé quien grita. ¿Qué ocurre? Cada minuto es precioso, y me vienes a interrumpir con tus voces...

- Espera, que este minuto es más importante.

Y Shura, quemándose las manos en el tractor, recalentado por el sol y sujetándolo de una rueda, no fuera a marcharse, le contó a Kurkmas lo que sucedía.

Mir-Shajid había dicho la verdad. Ahora, era difícil confundir a Nor-Bibi con ninguna otra mujer. Sus "datos particulares" estaban marcados con sangre. Singularmente profunda era la cicatriz que le partía de un ojo e iba a perderse entre los revueltos cabellos.

Nor-Bibi estaba en el almacén, sentada sobre una rota manta, abarcadas las rodillas con ambas manos y con los ojos fijos en la tierra del suelo.

- Tiene calentura, camarada -aseguraba Mir-Shajid tembloroso-. Esa calentura durante la cual las personas dan fuertes sacudidas, pierden el conocimiento y se hacen sangre. ¿Verdad, Nor-Bibi, querida esposa, que tienes calentura?

Pero Nor-Bibi callaba. Y en silencio la miraban Kurkmas, Shura, Mujabbat y el miliciano del distrito; luego, la médica del consultorio les dijo:

- Menos mal que hemos traído la camilla. Echenla con cuidado, camaradas.

Cuando se llevaban a Nor-Bibi, Urunbay, el miliciano del distrito, también con un tulipán en la oreja, pues era el tiempo de ellos, notificó a Mir-Shajid:

- Tu mujer vivirá, la doctora la curará. Eso es bueno. Pero es malo que tú quedes con vida después de esto. Anda, ve de prisa adonde te están esperando hace tiempo, varios años, no les hagas esperar más.

IV

El viejo seminario musulmán de Jodzhá-Ajrar, donde se educaran tantos nobles jóvenes, estaba abarrotado de mujeres. Aquello era un mitin espontáneo, para el que nadie se había preparado de intento. Sencillamente, en unos minutos se había difundido la noticia de que Nor-Bibi, ya restablecida, iba a ir directamente desde el hospital a visitar a la instructora venida de Tashkent, para estar un rato con ella y tomar una taza de té al pie de un albaricoquero.

En cuanto se supo, las mujeres del pueblo, koljosianas y campesinas individuales, cuantas estaban libres en aquellos momentos, se dirigieron hacia la mezquita sin ponerse previamente de acuerdo; pronto, llenaban ya el patio. Shura, que no esperaba aquella avalancha, sólo tuvo tiempo de colgar los carteles que quedaban sin repartir, de los que retuviera Azimdzhán. Y el cuadrado patio de piedra se coloreó de verde y amarillo. El gigantesco gusano de seda reptaba por los muros de la mezquita entre las puertas de madera tallada. Y el cartel principal (que era además el único), en el que se veía a una joven uzbeca, parecida en parte a Nor-Bibi, pero con la insignia de la Internacional Juvenil Comunista en el pecho, campeaba a la entrada, a modo de saludo.

Abrió el mitin Mujabbat, dando tres palmadas de atención. Y el patio, con sus excelentísimas condiciones acústicas, repitió nítidamente los tres chasquidos. Expandióse el susurro de los vestidos femeninos, ondularon los pañuelos de cabeza, los echarpes y chales. Luego, todo quedó en calma. Era la hora del véspero. Y primavera. Sobre el seminario musulmán de Jodzhá-Ajrar azuleaba un cuadrado azul de cielo, adornado, como correspondía en tal momento, por una media luna clara.

En medio del patio, al pie de un albaricoquero, sentada en un banco, se encontraba Nor-Bibi.

- ¡Hermandas! -dijo Mujabbat-. Ante vosotras está una mujer, Nor-Bibi, todas la conocemos. Hablemos un poco de su vida.

Oyóse de nuevo el susurro de seda, y de nuevo, se hizo el silencio.

- En el pasado nuestras mujeres estaban sometidas a cinco amos. ¿No os parecen muchos? Pues así era. El primero era Alá. El segundo, el emir. El tercero, el que daba el trabajo, y a cuya merced y en cuyas manos se encontraban la tierra y el agua. El cuarto, el *mulhá*. Y el quinto, el marido. Hermandas, nosotras juzgamos a la mujer Nor-Bibi por haber acabado con cuatro amos y haber conservado el quinto. Antes de la revolución, se nos vendía por dinero, por arroz, se

nos cambiaba por toda clase de mercancías. Niñas aún, éramos casadas a la fuerza con viejos (¿por qué lloras, Nor-Bibi?), sí, nos entregaban a los viejos, que tenían ya otras mujeres. Nos robaban nuestra infancia, y nosotros callábamos. ¡Nor-Bibi, tú eres culpable por haber callado tanto tiempo! ¿Es culpable, hermandas? -preguntó Mujabbat.

Y sus hermandas, con los ojos humedecidos por las lágrimas, respondieron:

- ¡Es culpable!

- Levántate, Nor-Bibi, y míranos a la cara. Tú has cometido el delito de haber creído poco en tus propias fuerzas. Temías dejar al marido, temías que el Poder soviético te abandonase en mitad del camino, que él, que está lejos y es grande, no viera tu vida pequeña. Y sin embargo, la ha visto. El Poder soviético soy yo, somos todas nosotras, eres tú misma, Nor-Bibi. Eres joven, Nor-Bibi, recuerda esto. Estás sana, y puedes trabajar.

- Yo poco sé hacer, Mujabbat -repuso Nor-Bibi, muy quedo, pero el sorprendente patio repitió sus palabras con tanta claridad, que todas las oyeron.

- ¿Sabes hacer poco? -y Mujabbat esparció la mirada por el patio, como buscando respuesta...

Más tarde, Shura contaba a su padre lo sucedido, de esta manera:

"¿Te imaginas? Nor-Bibi habló bajo, muy bajito (pero todas la oyeron).

- Yo -dijo- poco sé hacer.

Y Mujabbat, que es guapa, inteligente, de oro puro, extendía la mirada por el patio, como si demandase una respuesta. Y en aquel instante saltaron a su vista, se le metieron por los ojos, los carteles que Azimdzhán ocultara. Sobre todo, el de la uzbeca con los capullos. Y mi amiga Mujabbat tendió hacia él su dedo nudoso y moreno, diciendo:

- ¿Eso sí sabes hacerlo, verdad? Ante tí están abiertos todos los caminos, pero tú te habías olvidado de ello.

¡Lástima, lástima grande que tú no presenciases cómo juzgaron a Nor-Bibi! Y la condenaron... a la libertad y la dicha".

VALENTIN KATAEV.

"Una vela blanca se avizora...", "Caserío en la estepa", "Viento invernal" y "La portezuela de hierro en el muro", así como casi todos los cuentos y novelas de Katáev (n. 1897) están dedicados a la historia de la revolución.

Natural de Odesa, ciudad meridional, Katáev fue testigo de los tempestuosos acontecimientos revolucionarios de Ucrania. En los años del 20, durante la guerra civil, pasó por allí el glorioso 1^{er} Ejército de Caballería de Budionny, del que se han compuesto canciones, leyendas y cuentos. El relato "El sueño" nos da a conocer un episodio de la vida del 1^{er} Ejército de Caballería durante la guerra civil.

EL SUEÑO.

El sueño es la tercera parte de la vida humana. No obstante, la ciencia no ha logrado establecer todavía lo que es el sueño. En un viejo diccionario enciclopédico leí:

"Hasta ahora sólo se puede conjeturar cuál es la causa inmediata de ese estado".

Me disponía ya a cerrar el grueso tomo, porque no había encontrado nada más acerca del sueño, cuando vi en la columna de al lado unas encantadoras líneas dedicadas a él:

"El arte representa alegóricamente el sueño mediante la figura de un hombre con alas de mariposa, que sostiene en la mano una amapola".

Aquella ingenua, pero bella metáfora me impresionó.

Quiero hablar de un pasmoso caso de sueño digno de ser registrado en la historia.

El 30 de julio de 1919 las unidades del Ejército Rojo, desbaratadas, abandonaron Tsaritsin y comenzaron su retirada hacia el Norte. Aquella retirada duró cuarenta y cinco días. El mando sólo disponía de una unidad capaz de combatir: el Cuerpo de Ejército de Semión Mijáilovich Budionny, que contaba cinco mil quinientos sables. En comparación con las fuerzas del enemigo, parecía aquello insignificante.

Sin embargo, cumpliendo la orden que recibiera, Budionny encajaba todos los golpes del enemigo, protegiendo así la retaguardia del ejército en retirada.

Puede decirse que fue aquello un solo combate que se prolongó decenas de días con sus noches. En las cortas treguas no se podía siquiera comer como era debido, ni dormir, ni lavarse, ni desensillar los caballos.

Aquel verano fue extraordinariamente caluroso. Los combates se desarrollaban en un sector relativamente angosto, entre el Volga y el Don. Sin embargo, los soldados pasaban jornadas enteras sin agua. La situación no permitía desviarse de la

dirección tomada ni perder siquiera media hora para llegar a los pozos, que se hallaban a unas verstas de distancia.

El agua era más preciada que el pan. El tiempo lo era más que el agua.

En cierta ocasión, al comienzo de la retirada, el Cuerpo de Ejército tuvo que hacer frente a veinte ataques en el transcurso de tres días.

¡Veinte ataques!

Los soldados, en incesante combate, habían quedado afónicos. Luchaban sin poder siquiera arrancar un mugido a sus reseca gargantas.

Terrible cuadro: cargas de caballería, sables levantados, rostros crispados, bañados de sucio sudor, y ni un solo grito...

Pronto al suplicio que suponían la sed, la mudez, el hambre y el calor se añadió otro: el de la lucha contra un sueño irresistible.

Un ordenanza que llegó, cubierto de polvo, con un parte, se cayó de la silla y se durmió a los pies de su montura.

El ataque terminaba.

Los soldados apenas podían mantenerse a lomos de sus bestias. Resultaba imposible seguir luchando contra el sueño.

Anocheecía. El sueño ponía en blanco los ojos de los hombres. Los párpados parecían imantados. Los ojos se dormían. El corazón, henchido de sangre grávida e inmóvil, como el azogue, se detenía lentamente, y junto con él se detenían y se abatían de pronto las manos, pesadas como el plomo, se aflojaban los dedos, se sacudían las cabezas, y las gorras resbalaban sobre la frente.

La fantasmal y azulosa oscuridad de la noche veraniega envolvía lentamente a los cinco mil quinientos soldados, que oscilaban en las sillas como péndulos.

Los jefes de los regimientos se acercaron a Budionny para recibir órdenes.

- Todos a dormir -dijo Budionny, recalcando la palabra "todos" -. Ordeno que todos descansen.

- Camarada jefe... Pero... ¿sin centinelas?, ¿sin escuchas?

- A dormir, a dormir todos...

- ¿Y quién...? ¿Y quién, camarada jefe...?

- Yo -dijo Budionny, subiéndose un poco la manga izquierda y acercándose a los ojos su reloj, con correa negra.

Miró rápido la esfera, en la que, en medio de la oscuridad, se encendían ya las cifras y las saetas fosforescentes.

- ¡A dormir todos, todos sin excepción, todo el Cuerpo de Ejército! -dijo levantando la voz alegremente-. Doy, justos, doscientos cuarenta minutos de descanso.

No dijo cuatro horas. Cuatro horas era demasiado poco. Dijo "doscientos cuarenta minutos". Dio lo máximo que se podía dar en aquella situación.

- Y no os preocupéis de nada más -añadió-. Yo velaré el sueño de los soldados. Personalmente. Bajo mi responsabilidad. Doscientos cuarenta minutos y ni un segundo más. La señal de ponerse en pie será un tiro de pistola.

Budionny golpeó la funda de la *Mauser* que siempre colgaba sobre su costado y picó levemente espuelas a "Kazbek", su bayo del Don, oscuro de sudor.

Un solo hombre velaba el sueño de todo el Cuerpo de Ejército. Aquel hombre era el jefe de la unidad. La infracción de las ordenanzas militares era monstruosa. Pero no quedaba más remedio. Uno para todos y todos para uno. Tal era la férrea ley de la revolución.

Cinco mil quinientos soldados se desplomaron, como un solo hombre, en la opulenta hierba del barranco.

Algunos tuvieron aún fuerzas para desensillar y maniatar sus caballos. Después se durmieron, las sillas a guisa de almohada.

Los demás cayeron junto a las bestias sin desensillar, y, las riendas en la mano, se sumieron en un sueño que parecía una muerte repentina.

Aquel barranco sembrado de hombres dormidos semejava un campo de batalla en el que hubieran muerto todos.

Budionny cabalgaba lentamente en torno al campo. Le seguía Grisha Kovaliov, su ordenanza, muchacho de diecisiete años. Aquel chiquillo de tez cetrina apenas si se tenía en la silla y hacía esfuerzos terribles por mantener erguida la cabeza, pesada como el plomo.

Así daban vueltas y más vueltas al campamento el jefe del Cuerpo de Ejército y su ordenanza, dos hombres en vela entre cinco mil quinientos hombres dormidos.

Semián Mijáilovich era entonces mucho más joven que ahora. Magro, cejinegro, pomuloso, muy

moreno, con espeso y largo bigote en su cara de campesino, casi anaranjada por el sol.

Cabalgando en torno al campamento, a veces reconocía, a la luz de la luna, a uno u otro soldado y sonreía bajo su bigote con la tierna sonrisa de un padre que se inclinara sobre la cuna de su hijo dormido.

Allí estaba Grisha Valdman, gigante de rojo bigote, que se había desplomado de espaldas sobre la hierba como un roble derribado por un rayo, la cabeza sobre la silla de montar y la *Mauser* en su enorme puño, que no se le hubiera podido hacer abrir aun estando dormido. Su pecho era ancho y voluminoso como un cajón. Levantado hacia las estrellas, ascendía y descendía acompasadamente, al son de sus ronquidos de titán, que sacudían la maleza. Su otra manaza cubría la tibia tierra, como diciendo: ¡Anda y prueba a quitarle esta tierra a Grisha Valdman!

Allí dormía también, como muerto, Iván Bélenki, cosaco del Don, con su tupé caído sobre los ojos. Bajo el costado no tenía un afilado sable de cosaco, sino una espada. Una enorme tizona requisada en casa de un terrateniente aficionado a coleccionar armas antiguas. Cientos de años había colgado ociosa aquella espada sobre el tapiz persa del despacho del aristócrata. El cosaco del Don Iván Bélenki había requisado la espada aquella, la había afilado como una navaja barbera y le hacía cumplir su cometido en los combates contra los blancos. En todo el Cuerpo de Ejército no había brazos tan largos y fuertes como los de Iván Bélenki. En cierta ocasión, fue Iván a una rica casería a buscar forraje para su caballo. Pidió al ama que le vendiera un poco de heno. La mujer le dijo:

- No tengo. No queda más que un montón de gavillas.

- Yo pido muy poco -dijo plañidero Iván Bélenki-, una brazada, lo justo para darle un pienso a mi jamelgo.

- En fin -dijo la mujer-, si es una brazada nada más, tómala.

- Gracias, buen ama.

Se acercó Iván Bélenki, cosaco del Don, al montón de gavillas y lo levantó todo de golpe.

La mujer se quedó boquiabierta. En su vida había visto brazos tan largos. En fin, ¿qué podía hacer? Iván Bélenki carraspeó y se dirigió con el heno hacia el campamento. No se sabía lo que le había ocurrido por el camino, pero el hecho es que se presentó sin heno y más muerto que vivo. Le temblaban las manos y le castañeteaban los dientes. No podía pronunciar palabra...

- ¿Qué te pasa, Iván?

- ¡Ay!... ¡Más vale que no me lo preguntéis! ¡Me ha dado un susto!... ¡Ojalá se lo lleve el diablo!

Los soldados se quedaron de una pieza: ¿Qué habría ocurrido para que se pudiera asustar Iván

Bélenki, el más intrépido de todos?

Iván no acababa de serenarse.

- ¡Ojalá se lo lleve el diablo!... ¡Qué susto me ha dado ese maldito, así lo asen en el otro mundo!

- ¿Pero qué te ha pasado?

- ¡Ojalá reviente!... Cogí aquel maldito heno, ¡así arda todo!, me lo llevé y, de repente, se movió en él algo... ¡Maldita sea la madre de ese condenado desertor!

Resultó que en el heno se ocultaba un desertor. Iván lo había levantado junto con el montón de gavillas. El desertor se agitó por el camino en el heno, como un ratón, salió de allí y dio un susto de muerte al intrépido Iván Bélenki.

De nuevo Budionny sonrió con sonrisa tierna y viril, pasando cuidadosamente por encima de la cabeza de su soldado Iván Bélenki y de su afilada espada, que reflejaba como un espejo la azulencia luna llena.

La noche iba pasando. Se movían sobre la cabeza las saetas del reloj de estrellas de la noche esteparia. Pronto habría que despertar a los soldados.

Súbitamente, "Kazbek" se detuvo y aguzó las orejas. Budionny prestó oído. Budionny se ajustó la gorra caqui, chamuscada en un lado por el fuego de una hoguera.

Por el borde del barranco se acercaban unos jinetes. Sus sombras, una tras otra, tapaban la luna. Budionny quedó inmóvil. Los jinetes descendieron hacia el campamento. El que iba en cabeza frenó su caballo y se inclinó hacia un soldado que se había despertado unos minutos antes del plazo concedido y se estaba ajustando los peales junto a una agonizante hoguera. El jinete tenía en la mano un cigarrillo. Quería encenderlo.

- ¡Eh! -dijo al soldado-, ¿de qué *stanitsa* sois? ¡Dame lumbré!

- ¿Y tú quién eres?

- ¿No lo ves?

El jinete se inclinó más hacia el soldado. A la luz

de la luna brilló su hombrera de coronel. Todo estaba claro. Una patrulla de oficiales había ido a parar en la oscuridad al campamento de los soldados rojos y los había tomado por gente suya. Quería decirse que los blancos estaban cerca. No se podía perder un segundo. Budionny salió cautelosamente de la sombra y levantó la pistola. En el silencio de la madrugada restalló el disparo. El coronel se desplomó. Los soldados se pusieron en pie como impelidos por un resorte. La patrulla de oficiales fue capturada.

- ¡A caballo! -gritó Budionny.

Un minuto después, los cinco mil quinientos soldados habían ya montado. Pasó otro minuto, y a lo lejos, en los primeros rayos del sol de la estepa, bañada en rocío, se vio el polvo que levantaba, al aproximarse, la caballería de los blancos. Semión Mijáilovich ordenó desplegar. Dejaron oír su voz las tres baterías del cuarto grupo de artillería ligera. Comenzó el combate.

... Recordando este episodio, Semión Mijáilovich dijo en cierta ocasión, sonriendo pensativo:

- Sí, cinco mil quinientos soldados dormían como un solo hombre en el suelo. ¡Y cómo roncaban! ¡Sus ronquidos sacudían la maleza!

Semión Mijáilovich entornó los ojos, miró hacia el mapa que colgaba en la pared y repitió placentero:

- ¡Sacudían la maleza!

Estábamos en el despacho de Budionny en el Consejo Militar Revolucionario. En la calle caía una de esas copiosas nevadas moscovitas.

Me imaginé aquel maravilloso cuadro. La estepa. La noche. La luna. El campamento dormido. Budionny montado en su "Kazbek", y detrás de él, atacado por un sueño irresistible, se sacudía en la silla un muchacho de tez cetrina, con unas mustias amapolas tras la oreja y una mariposa, dormida, en su polvoriento y tibio hombro.

Año 1933

BORIS LAVRENI OV.

El nombre de Borís Lavreniov (1891-1959) va unido a la juventud de la literatura y el teatro soviéticos. Según el propio escritor, nació "literariamente a raíz de la revolución". En 1927 se puso en escena por vez primera su obra "El derrumbamiento", que sigue representándose en el Teatro de Arte y otros coliseos hasta el día de hoy. Borís Lavreniov amaba los temas dramáticos. Esta tendencia se manifiesta con singular fuerza en sus novelas cortas y relatos, llenos de heroico romanticismo de la época de la revolución. Entre ellos, figuran "Viento", "Hablemos de una cosa sencilla" y "El cuarenta y uno".

EL CUARENTA Y UNO.

A la memoria de Pável Dmitrievich Zhúkov

Capítulo primero. Que el autor ha escrito exclusivamente porque la necesidad obliga...

Al amanecer, el refulgente cerco de sables cosacos se rompió por un instante en el norte, hendido por ardientes ráfagas de ametralladora, y, en una última y febril embestida se abrió paso por la brecha el *agrosellado* comisario Evsiukov.

Únicamente lograron salir del mortal círculo, que ceñía la aterciopelada hondonada, el *agrosellado* Evsiukov, veintitrés hombres más y Mariutka.

Ciento diez y nueve hombres y casi todos los camellos quedaron tendidos para siempre sobre el helado talud arenoso, entre las serpentes mallas de los *saxaúles*¹⁹ y los rojos junquillos de los tamariscos.

Cuando le comunicaron al *esaiú*²⁰ Buriga que los restos de las fuerzas enemigas habían escapado, se atusó los poblados bigotes con la enorme garra de fiera, bostezó, abriendo mucho la boca, semejante al oscuro cuenco de un cenicero, y rugió con desgana:

- ¡Dejadlos que se vayan! ¡No hay que perseguirlos!, ¿para qué fatigar a los caballos? De todos modos, a éstos les espera la muerte en las arenas. ¡Volver... grupa-a-as!

Y, mientras tanto, el *agrosellado* Evsiukov, los veintitrés hombres y Mariutka, con ágil arrancada de enfurecido chacal de la estepa, se lanzaban a los inmensos, infinitos arenales.

El lector debe arder ya en deseos de saber por qué razón se le llama *agrosellado* a Evsiukov.

Todo se explicará.

Cuando Kolchak taponó fuertemente la línea férrea de Oremburgo con una masa humana erizada de fusiles, haciendo recular a las sorprendidas locomotoras -para que se cubriesen luego de

herrumbre en apartadas vías muertas-, la República del Turkestán se quedó sin tinte negro para el cuero.

Corrían tiempos de estruendo, confusión y guerreras a todo pasto.

Lanzado del grato ambiente del hogar al calor y los fríos, a las lluvias y los días de sequía, entre el penetrante silbido de las balas, el cuerpo humano necesita de un revestimiento sólido.

De ahí se extendió entre las gentes la moda de las cazadoras de cuero.

En todas partes, las teñían de un color negro -con los reflejos azules del acero-, severo y firme como los propios dueños de las prendas.

Y ahora en el Turkestán no había tal tinte.

El estado mayor revolucionario tuvo que requisar las anilinas germanas con que teñían la vaporosa seda de sus chales las uzbecas del valle de Ferganá y los afelpados arabescos de sus tapices las esposas turkmenas, de labios resacos, dándoles toda la vistosa gama de colores de un ave del paraíso.

Se empezaron a teñir con esos polvos las pieles frescas de carnero, y de pronto, todo el Ejército Rojo del Turkestán refulgió con las variadas tonalidades del arco iris: grosella, naranja, limón, turquesa, lila...

El destino, en forma de guardaalmacén picado de viruelas y previa presentación de la correspondiente orden del estado mayor, le ha deparado a Evsiukov unos pantalones y una cazadora de un color grosella subido.

La cara de Evsiukov tiene también, desde niño, un matiz grosella salpicado de rojizas pecas, y su cabeza, en lugar de pelo, está cubierta de un suave plumón de ánade.

Si añadimos a ello su estatura pequeña, su complexión maciza y toda su figura perfectamente ovalada, reconoceremos que, con la guerrera y los pantalones grosella, ha de parecerse como dos gotas de agua a un teñido huevo pascual.

En la espalda de Evsiukov, las correas de su marcial atuendo se cruzan en una «X», y parece que,

¹⁹ Arbustos de Asia Central. (*N. del T.*)

²⁰ Grado militar en las tropas zaristas y de guardias blancos, correspondiente al de capitán. (*N. del T.*)

si se vuelve, va a aparecer una «V», anunciando:

¡Cristo ha resucitado!²¹

Pero no hay cuidado, porque Evsiukov no cree ni en la Pascua ni en Cristo.

Cree en el Soviet, en la Internacional, en la Cheka y en el pesado revólver pavonado que empuña su mano recia y nervuda.

Los veintitrés que han salido hacia el norte con Evsiukov del mortal cerco de sables, son soldados rojos como muchos otros. De los más corrientes.

Y entre ellos, Mariutka se diferencia,

Hija de un pescador, huérfana de padre y madre, Mariutka es de un pueblecito de pescadores que se encuentra en el amplio delta del Volga, cerca de Astrakán, lugar rebosante de agua y cuajado de juncos y hierbas.

A partir de los siete años, se pasó doce a horcajadas sobre un banco, grasiento de las tripas de pescado, con unos inarrugables pantalones de embreada lona y abriendo con un cuchillo los escurridizos y plateados vientres de los arenques.

Y cuando hicieron público por ciudades y aldeas que se reclutaban voluntarios para la Guardia Roja - aún no era ejército-, Mariutka clavó de pronto el cuchillo en el banco, se levantó y fue a alistarse con sus pantalones inarrugables.

Al principio, la echaban con cajas destempladas, pero luego, al ver que todos los días se presentaba tenaz, acabaron por reírse y admitirla de guardia rojo con todos derechos y emolumentos, luego de firmar un papel comprometiéndose a renunciar al modo de vida femenino y a no tener hijos antes de la victoria definitiva sobre el capital.

Mariutka, fina, esbelta como un mimbre ribereño, tiene unas trenzas rojizas enlazadas a modo de corona bajo el pardo y alto gorro turkmenio; sus ojos oblicuos brillan locuelos con amarillo fulgor felino.

Lo principal en la vida de Mariutka son los sueños. Es muy aficionada a soñar y también le gusta escribir con un cacho de lápiz, en cualquier trozo de papel, las torcidas líneas en declive de unos versos.

Aquello lo sabía toda la unidad. En cuanto llegaban a alguna ciudad que tuviera periódico, ya estaba Mariutka pidiendo una hoja de papel en las oficinas militares.

Pasándose la lengua por los labios reseco de emoción, copiaba con cuidadosa letra sus poesías, le ponía un título a cada una y firmaba al pie: *Versos de María Básova*.

Sus poesías eran variadas. Tenían como tema la revolución, la lucha, los líderes de ésta. Había escrito una dedicada a Lenin:

Lenin; héroe nuestro proletario,

*hemos de hacerte un monumento alto,
pues derribaste del zar el palacio
y te pusiste de pie sobre el trabajo.*

Llevaba sus poesías a la redacción. Allí volvían los dilatados ojos hacia aquella muchacha delgadita, con zamarra y una carabina de soldado de caballería, tomaban los versos sin salir de su asombro y le prometían leerlos.

Mariutka esparcía sobre todos su mirada serena y se marchaba.

El secretario de la redacción, picado por la curiosidad, se ponía a leer aquello atentamente. Sus hombros se alzaban y empezaban a temblar hasta que la boca daba suelta a la incontenible carcajada. Acudían los colaboradores, y el secretario, ahogándose de risa, les recitaba los versos.

Los periodistas se desternillaban en los poyos de las ventanas, porque en aquellos tiempos las redacciones no andaban sobradas de muebles.

A la mañana siguiente, Mariutka se presentaba de nuevo. Observando escudriñadora el convulso temblequeo de los carrillos del secretario, se ponía a recoger sus originales y decía, como una lección bien sabida:

- ¿No se pueden publicar, verdad? ¿No están desbastados del todo? ¡Y eso que yo busco el cogollo mismo, les meto bien el hacha! bueno, ¡qué le vamos a hacer!, los trabajaré más. ¿Por qué se resistirán tanto? ¡Mecachis en la mar!

Y se marchaba, encogiéndose de hombros perpleja, echado sobre la frente el alto gorro turkmeno.

Mariutka no acertaba en la línea, pero con el fusil tenía una puntería magnífica. En el destacamento de Evsiukov era el mejor tirador, y en los combates siempre se encontraba cerca del *agrosellado* comisario.

Este señalaba con el dedo:

- ¡Mariutka, mira! ¡Un oficial!

La muchacha cerraba un ojo, se pasaba la lengua por los labios y apuntaba despaciosamente. Resonaba el disparo, que no fallaba nunca.

Bajaba el fusil e iba diciendo:

- Treinta y nueve, ¡mecachis en la mar!.. Cuarenta, ¡mecachis en la mar!...

«¡Mecachis en la mar!» era la maldición favorita de Mariutka.

Las palabrotas no le gustaban; cuando las soltaban delante de ella, fruncía el entrecejo, callaba y se ponía colorada.

La promesa dada por escrito al estado mayor, la cumplía estrictamente. Nadie podía jactarse en el destacamento de que Mariutka le concediese sus favores.

Una noche, Gucha, un magiar recién incorporado al destacamento, que desde hacía unos días la miraba con ojos relucientes, se deslizó lascivo hasta ella. Y

²¹ Las dos palabras de esta frase, en ruso, empiezan, respectivamente, con las letras mencionadas. (*N. del T*)

salió malparado del intento. A duras penas, escapó a rastras con tres dientes de menos y una desolladura en la sien. Aquello había sido obra de la culata del revólver...

Los soldados rojos se reían de Mariutka cariñosamente, pero, en los combates, cuidaban de ella más que de sí mismos.

Les impulsaba a hacerlo una ternura inconsciente, hondamente escondida bajo el duro caparazón, de vivos colores, de sus cazadoras, la añoranza del cálido y acogedor cuerpo de la hembra que habían dejado en su hogar.

Así eran los veintitrés, el *agrosellado* Evsiukov y Mariutka, que ahora iban hacia el norte por las heladas y gruesas arenas del desierto.

Silbaba febrero, sonoro y nevoso, con los arpegios de plata de sus ventiscas. Muelles alfombras de congelado plumón cubrían las hoyadas entre las dunas, y sobre los hombres y la muchacha que se perdían en la nebulosidad de la borrasca abatíase fragoroso el cielo: unas veces con ulular salvaje de huracán, otras con el monótono y constante aullido de las balas enemigas que cruzaban el aire siguiéndoles tercas.

Costaba trabajo sacar de la nieve y las arenas los pies de plomo, calzados con botas destrozadas, los hambrientos camellos, de áspero pelaje caminaban con ronco hipar, lanzando bramidos y baba.

Las llanuras formadas por los vendavales refulgían con destellos de sal cristalizada y, en centenares de verstas a la redonda, el cielo estaba cortado de la tierra -con tajo de cuchillo carnicero- por la borrosa línea del bajo horizonte.

En realidad, este capítulo sobra por completo en mi relato.

Más fácil habría sido para mí empezar por lo principal, por aquello de que se trata en los capítulos sucesivos.

Pero el lector debe saber de dónde y cómo surgieron los restos de la sección especial de Gúriev, a treinta y siete verstas al noroeste de los pozos de Karakuduk, por qué razón apareció una mujer en un destacamento del Ejército Rojo, el motivo de que se llamase *agrosellado* al comisario Evsiukov, y otras muchas cosas por el estilo.

Cediendo a esa necesidad, yo he escrito este capítulo.

Pero puedo asegurarles que no tiene la menor importancia.

Capítulo segundo. En el que aparece a lo lejos una mancha oscura que se transforma al mirar más de cerca en el teniente de la guardia Govoruja-Otrok

Desde los pozos de Dzhan-Gueldí hasta los de Soi-Kuduk hay setenta verstas, y desde allí hasta el manantial de Ushkán, sesenta y dos más.

Por la noche, dando con la culata en una dilatada raíz a flor de tierra, Evsiukov dijo, gélida la voz:

- ¡Alto! ¡Pasaremos aquí la noche!

Encendieron unas ramas secas de *saxaúl* que ardieron con densas llamas humosas, y un círculo oscuro se formó alrededor, sobre la humedecida arena.

Sacaron de los bultos arroz y lardo. En el caldero empezó a hervir el guisote con acre olor de carnero.

Estaban estrechamente agrupados en torno a la lumbre. En silencio, castañeteando los dientes, procuraban resguardar el cuerpo de los fríos dedos de la nevasca, que se metían por todos los resquicios y agujeros. Se calentaban los pies en el mismo fuego, y el endurecido cuero de las botas se agrietaba crujiente.

Los trabados camellos hacían sonar monótonos sus cascabelones entre los albos remolinos rastreros.

Evsiukov, con dedos trémulos, lió un cigarrillo.

Lanzó una bocanada de humo, y con él salieron lentamente las palabras:

- Bueno, camaradas, hay que examinar la cuestión de a dónde iremos.

- Adonde sea, ¡qué más da! -respondió una voz mortecina al otro lado de la hoguera-. De todos modos, estamos perdidos. A Gúriev, no es posible volver; ha caído allí una plaga infernal de cosacos. Y, de no ser a Gúriev, ¿no tenemos adónde tirar!

- ¿Y si fuéramos a Jiva?

- ¡Vaya una ocurrencia! ¿Seiscientas verstas, en invierno, por el Karakum? ¿Y qué vamos a echarle a la panza? ¿Los piojos que criemos en los calzones?

Resonaron las carcajadas, pero la misma voz mortecina dijo sin esperanza:

- ¡Se acabó! ¡Hincaremos el pico!

A Evsiukov se le encogió el corazón bajo la recia corteza grosella, pero, sin darlo a entender, atajó con rabia al que hablaba:

- ¡Oye tú, gallina! ¡No siembres el pánico! La pata puede estirla cualquier idiota, lo que hace falta es aguzar la sesera para no largarse al otro barrio.

- Podemos tirar para el Fuerte Alexándrovski. Allí hay gente nuestra, pescadora.

- Ni hablar -replicó Evsiukov-. Han informado que Denikin hizo allí un desembarco. Tanto Krasnovodski como Alexándrovski se encuentran en poder de los blanquillos

Alguien adormilado, dejó escapar un gemido desgarrador.

Evsiukov se dio una palmada en la rodilla, cálida de la hoguera, y cortó tajante:

- ¡Basta! No hay más que un camino, camaradas, ¡al Aral! En cuanto lleguemos al Aral encontraremos a los nemakanes, que andan por aquellos lugares de la orilla; nos aprovisionaremos un poco, ¡y en marcha hacia Kazalinsk! Y en Kazalinsk se halla el Estado Mayor del frente. Una vez allí estaremos ya en casa.

Cortó tajante y se calló. El mismo no creía que se pudiera llegar allí.

Uno que estaba tumbado cerca preguntó, alzando la cabeza:

- ¿Y hasta el Aral qué vamos a manducar?

Evsuikov volvió a atajar severo.

- Habrá que apretarse el cinturón, ¡No somos grandes príncipes! ¿Quieres que te den sardinas con miel? Te arreglarás con lo que hay. Aún tenemos arroz, y también un poco de harina...

- ¿Para tres jornadas?

- Bueno, ¿y qué? ¡Aunque sean tres! Y hasta el golfo de Chernish, hay diez. Tenemos seis camellos. Cuando nos comamos las provisiones, mataremos a los camellos. De todos modos, ya no nos servirán para nada. El cuchillo a uno, la carne a lomo de otro, ¡y adelante! Así llegaremos.

Guardaron silencio. Mariutka, echada junto a la hoguera, el codo hincado en la arena y la mejilla apoyada en la mano, miraba al fuego con ojos inexpresivos, inmóviles, de gata. Evsiukov sintió una agitación imprecisa.

Se levantó bruscamente y se sacudió la nieve de la cazadora.

- ¡Se acabó! Mi orden es ponerse en marcha al amanecer. Puede que no lleguemos todos -la voz del comisario vaciló en el aire, como un pajarillo asustado- pero hay que ir... porque, camaradas..., la revolución lo exige... ¡Por los trabajadores del mundo entero!

Uno tras otro, el comisario fue mirando a los veintitrés, a la cara. Y no vio ya en sus ojos aquel fuego a que estaba acostumbrado desde hacía un año. Turbios y esquivos, miraban bajos a los lados con desesperación y desconfianza.

- Nos comeremos los camellos, y luego tendremos que comemos los unos a los otros.

Volvieron a guardar silencio.

Y de pronto, con aguda voz chillona de mujer Evsiukov gritó frenético:

- ¡Sin replicar! ¿No conoces el deber revolucionario? ¡A callar! Lo he ordenado, ¡y se acabó! De lo contrario, ¡al paredón!

Tosió y se sentó de nuevo.

E inesperadamente, el que removía el guisote con la baqueta de un fusil lanzó al viento su alegre llamada:

- ¿Qué hacéis ahí con el moco caído? ¡Meterle mano al arroz! ¿Me he esmerado yo en balde? ¡Hala, piojosos guerreros!

Tomaban con las cucharas compactas pellas de grasiento arroz y se las tragaban, quemándose, por miedo a que se enfriaran, pero en tanto las engullían, se formaba en sus labios una espesa película de lardo congelado, repugnante, sebosa.

La hoguera se extinguía, esparciendo en la noche surtidores de chispas pajizo-anaranjadas. Y los hombres se apretaban más estrechamente unos contra

otros, se dormían, roncaban, gemían y blasfemaban en sueños.

Al filo ya del amanecer, despertaron a Evsiukov unos rápidos golpecitos en el hombro. Abriendo con dificultad los ojos, pegados por la escarcha de las pestañas, se incorporó y, por costumbre, tendió instintivamente hacia el fusil la entumecida mano.

- ¡Quieto, no te sulfures!

Inclinada sobre él, estaba allí Mariutka. Entre la neblina amarillo-grisácea de la nevasca brillaban sus ojos felinos.

- ¿Qué quieres?

- ¡Levántate, camarada comisario! ¡Pero calladito! Mientras vosotros roncabais, yo he dado una vuelta en camello. De Dzhan-Gueldí viene una caravana de kirguizes.

Evsuikov se volvió del otro lado. Y preguntó jadeando:

- ¿Qué caravana, qué estás ahí mintiendo?

- ¡Palabra!... ¡Que me muera, mecachis en la mar! ¡Son nemakanes! ¡Vienen en cuarenta camellos!

Evsuikov se puso en pie de un salto y silbó con los dedos. Los veintitrés se levantaron con esfuerzo, desentumeciendo sus ateridos cuerpos, pero, al oír lo de la caravana, se espabilaron en seguida.

Se levantaron veintidós. El veintitrés no lo hizo. Yacía envuelto en una gualdrapa, que temblaba de los tiritones de aquel cuerpo estremecido por febril delirio.

- ¡Tiene calentura! -dictaminó con seguridad Mariutka, después de meterle los dedos por el cuello de la cazadora.

- ¡Ah, demonio! ¿Y qué hacemos ahora? Tapadle con unas mantas y que siga ahí echado. Cuando volvamos, lo recogeremos. ¿Por dónde dices que viene la caravana?

Mariutka tendió la mano hacia occidente.

- ¡No están lejos! A unas seis verstas. Son nemakanes ricos. ¡Traen en los camellos unos bultos así de grandes!

- Bueno, ¡ya lo veremos! Lo que hace falta es no dejarles escapar. En cuanto los divisemos, hay que rodearlos por todas partes. A todo correr. Unos por la derecha, otros por la izquierda. ¡En marcha!

Echaron a andar en fina hilera entre las dunas, un poco agachados, a paso de carga, animándose y entrando en calor con el correr.

Desde lo alto de una ondulada duna, vieron a lo lejos en una llanura del desierto, lisa como una mesa, las oscuras manchas de una larga fila de camellos.

En las gibas de los camellos se balanceaban pesados fardos.

- ¡El Señor nos los envía! Se ha compadecido de nosotros -dijo con devota unción Gvózdiev, un *molokanin*²² picado de viruelas.

Y Evsiukov, sin poderse contener, repuso con aspereza:

²² Miembro de una secta religiosa de Rusia. (N. del T.)

- ¿El Señor? ¿Hasta cuándo voy a tener que decirte que no hay ningún Señor, y que en todo impera la línea física?

Pero no había tiempo para discusiones. A una voz de mando, empezaron a avanzar a salto de mata, aprovechando cada leve repliegue del arenoso terreno, cada grupito de arbustos. Empuñaban los fusiles con fuerza, hasta hacerse daño en los dedos, pues sabían que no era posible dejarles escapar, que con aquellos camellos se irían la esperanza, la vida, la salvación.

La caravana se acercaba pausada y tranquila. En las se divisaban ya mantas de colorines y kirguizes con sus chilabas de abrigo y sus *malajayas*²³ de piel de lobo.

De pronto, se alzó sobre una duna Evsiukov, refulgente con su cazadora grosella y el fusil preparado. Al instante, su voz resonó como un clarinazo:

- ¡Alto! Si tenéis armas, tiradlas a tierra. Sin resistencia; de lo contrario, me cargo a todos.

No había terminado aún de gritar, cuando ya estaban los asustados kirguizes sobre la arena: boca abajo, trasero arriba.

Jadeantes de la carrera, acudían por todas partes soldados rojos.

- ¡Muchachos, coged los camellos! -vociferó con furia Evsiukov. Pero su voz fue apagada por el estruendo de una descarga cerrada de fusilería que partió de la caravana.

Aullaron rabiosas las balas como cachorros enfurecidos, y alguien, al lado de Evsiukov, hincó la cabeza en la arena y extendió los brazos, rígidas las manos.

- ¡Cuerpo a tierra!... ¡Duro con ellos, diablos!... - siguió gritando Evsiukov, tendiéndose en la pendiente opuesta de la duna. Chasqueaban los disparos cada vez con mayor frecuencia.

Gente desconocida disparaba parapetada tras los tendidos camellos.

No parecía que fuesen kirguizes. Demasiado certero y preciso era su fuego.

Las balas se incrustaban en la arena, junto a los mismos cuerpos de los soldados rojos tendidos sobre ella.

Retumbaba por la estepa el fragor de las descargas, pero ya iban disminuyendo un poco los disparos de la caravana.

Los soldados rojos empezaron a avanzar a rastras y a saltos.

Cuando estaba ya a unos treinta pasos, al mirar con detenimiento, Evsiukov vio tras un camello una cabeza con gorro de piel y blanco *bashlik*²⁴; tras ella, un hombro, y sobre el hombro una franja dorada.

²³ Gorros altos y puntiagudos con grandes orejeras. (N. del T.)

²⁴ Especie de capuchón de paño que se ponía encima del gorro. (N. del T.)

- ¡Mariutka, fíjate! ¡Un oficial!

- Ya lo veo.

Calmosa, apuntó. Restalló seco el disparo.

Tal vez tuviera Mariutka los dedos helados, quizá le temblaran de la emoción y la carrera, pero el caso es que, apenas hubo proferido: «¡Cuarenta y uno, mecachis en la mar!», se alzó tras el camello un hombre con albo *bashlik* y pelliza azul, levantando muy en alto el fusil. En la bayoneta flameaba un pañuelo blanco.

Mariutka tiró su fusil a la arena y, despechada, vertió unas lágrimas, que espació, al limpiárselas, por toda su cara sucia y quemada por el sol.

Evsuikov corrió hacia el oficial. Un soldado rojo se le adelantó, tomando sobre la marcha impulso con la bayoneta para hincarla mejor.

- ¡No lo toques!... ¡Atrápalo vivo! -ordenó el comisario, ronca la voz.

Se apoderaron del hombre de la pelliza azul y lo derribaron a tierra.

Los cinco que estaban con el oficial no se levantaron tras los camellos; el punzante plomo los había segado.

Con risotadas y juramentos, los soldados rojos tiraban de las argollas sujetas a los ollares de los camellos, que se resistían, y ataban juntos a unos cuantos.

Los kirguizes, balanceando los traseros, iban al trotecillo en pos de Evsiukov y lo agarraban de la cazadora, de los brazos, de los pantalones, del correaje, barbotando súplicas y mirándole a la cara con sus ojillos oblicuos y lastimeros.

El comisario los rechazaba con las manos, se apartaba presuroso de ellos, se enfurecía y, crispado de compasión el rostro, les metía el revólver por las achatadas narices y los pómulos salientes y atezados.

- ¡Quietos! ¡Atrás! ¡Sin réplicas de ninguna clase!

Un kirguíz ya de edad, de barba cana y buena zamarra atrapó a Evsiukov por el cinturón.

Y al momento, de prisa, muy de prisa, empezó a lamentarse, susurrante y zalamero:

- ¡Ay-bay! ...Hacer mal... El kirguíz necesitar camello para vivir; sin camello, ¡a morir! Tuyos, no hacer eso; tuyos dineros querer, nosotros dar bien. Dineros en plata, dinero del zar... billetes de Kerenski... Di, ¿cuánto tuyos querer para camellos devolver?

- Pero comprende, alcornoque, que nosotros, ahora, sin camellos, moriremos también. Y yo no robo, sino que, por necesidad revolucionaria, me los llevo para uso temporal. Vosotros, diablos nemakanes podéis llegar a pie a vuestra tierra, mientras que nosotros la diñaremos de seguro.

- ¡Ay-bay! Tú bueno no ser. Da camellos, toma billetes de Kerenski... -seguía con su retahíla el implorante.

Evsuikov se zafó de él:

- Mira, ¡vete al cuerno! Lo he dicho yo, ¡y se

acabó! Sobran las palabras. Coge este recibo, y todo queda aquí.

Le tendió al kirguíz un recibo escrito con lápiz tinta en un trozo de periódico.

El kirguíz lo tiró a la arena, cayó de bruces sobre ella y, tapado el rostro con las manos, comenzó a dar alaridos.

Los demás siguieron en pie, callados; en sus negros ojos oblicuos temblaban silenciosas unas lágrimas.

Evsiukov se volvió de espaldas, y entonces se acordó del oficial prisionero.

Le vio entre dos soldados rojos. Estaba allí plantado, tranquilo, algo adelantada la pierna derecha, ceñida por alta bota sueca de fieltro, y fumaba mirando al comisario con sonrisa burlona.

- ¿Quién eres tú? -inquirió Evsiukov.

- El teniente de la Guardia Govoruja-Otrok. ¿Y tú? -preguntó a su vez el oficial, lanzando una bocanada de humo.

E irguió la cabeza.

Y cuando miró a los soldados rojos a la cara, Evsiukov y todos los demás vieron que sus pupilas eran azules, muy azules, como si en la névea espuma jabonosa del blanco de los ojos flotaran dos glóbulos de superior añil francés.

Capítulo tercero. Sobre algunas molestias de un viaje sin camellos por el Asia Central y las emociones de los compañeros de Colón

En la cuenta de Mariutka, el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok debía figurar con el número cuarenta y uno.

Pero la muchacha, fuera por la emoción o por el frío, había fallado el tiro.

Y el teniente continuaba en el mundo, como una cifra sobrante en la lista de los seres vivos.

Por orden de Evsiukov, registraron los bolsillos del cautivo y, en la espalda de la guerrera de ante, le hallaron uno disimulado y pequeño.

El oficial intentó encabritarse, igual que un potro de la estepa, cuando una mano de soldado rojo palpó el secreto escondrijo, pero, como le sujetaron fuertemente, sólo el temblor de los labios y la palidez del semblante delataron su agitación y desconcierto.

Con cuidado, desdobló Evsiukov sobre su cartera de campaña aquel paquetito recubierto de lienzo y empezó a leer con ansia los documentos que guardaba. Clavados en ellos los ojos, meneaba la cabeza con aire pensativo...

En aquellos papeles se decía que el teniente de la Guardia Vadim Nikoláievich Govoruja-Otrok estaba autorizado por el gobierno del almirante Kolchak, Regente Supremo de Rusia, para representar a éste con plenos poderes cerca del gobierno transcáspico del general Denikin.

El teniente, según se comunicaba en una carta, debería informar de palabra al general Dratsenko de

las instrucciones secretas que llevaba.

Luego de doblar los documentos, Evsiukov se los guardó bien en el pecho y le preguntó a Govoruja:

- ¿Qué instrucciones secretas lleva usted, señor oficial? Tendrá que contarle todo, sin tapujos, ya que es usted prisionero de unos combatientes rojos, y yo, el comisario Arsentí Evsiukov, soy el jefe de ellos.

Los ojos azul marino del teniente se alzaron hacia Evsiukov. Sonriendo sarcástico, dio un taconazo.

- ¡Oh! ¿*monsieur* Evsiukov?!. ¡Tanto gusto! Por desgracia tengo plenos poderes de mi gobierno para entablar negociaciones diplomáticas con una personalidad tan notable.

Las pecas de Evsiukov se tornaron más pálidas que el rostro. Delante del destacamento entero, se burlaban de él.

El comisario sacó el revólver.

- ¡Oye tú, polilla blanca, no tontees! ¡O desembuchas o te tragas una bala!

El teniente se encogió de hombros.

- Tú serás comisario, ¡pero eres un zoquete! Con matarme no adelantarás absolutamente nada.

El comisario bajó el revólver y soltó un taco.

- Voy a hacerte bailar el *gopak*, hijo de perra. Me contarás de plano -rezongó.

Sonrió de nuevo el teniente, con la misma comisura de los labios.

Evsiukov escupió de rabia y se alejó.

- ¿Qué, camarada comisario? ¿Lo mandamos al otro mundo? -preguntó un soldado rojo.

El comisario se rascó con una uña la despellejada nariz.

- No..., no conviene. Este es un pez gordo. Y hay que llevarlo a Kazalinsk. Allí, en el Estado Mayor, le sacarán todo lo que sea preciso.

- ¿Y para qué cargar con este diablo? Quizá nosotros no lleguemos...

- ¿Es que empezamos ya a reclutar hasta oficiales?

Evsiukov enarcó el pecho y alzó el gallo:

- ¿A ti qué te importa? Yo soy el que me lo llevo, y yo respondo. ¡No hay más que hablar!

Al volverse vio a Mariutka.

- ¡Ah, Mariutka! Te encomiendo a este usía. ¡Mucho con él! Si se te escapa, ¡te desuello viva!

La muchacha, sin decir palabra, se echó el fusil al hombro y se acercó al prisionero.

- Anda, ven aquí. Estarás bajo mi custodia. Pero no te que, porque soy una mujer, vas a poderte escapar. A trescientos pasos te dejaré seco. Una vez he fallado, ¡pero no confíes en la segunda, ¡mecachis en la mar!...

El teniente la miró de soslayo, estremecido por la risa, y le hizo una elegante reverencia.

- Encantado de ser prisionero de una amazona tan hermosa.

- ¿Qué?... ¿Qué estás graznando ahí? -replicó Mariutka, fulminándole con la mirada-. ¡Bergante!

Seguramente, fuera de los pasos de baile, no sabes hacer otra cosa... ¡No le des demasiado a la lengua! ¡Hala, echa palante! De frente, ¡march!

Aquel día pernoctaron a la orilla de una laguna.

El agua salobre recubierta de hielo despedía un hedor a podrido y a yodo.

Durmieron como troncos. Luego de quitar a los camellos sus mantas y alfombras de colorines, se arroparon bien con ellas para gozar de su paradisíaco calorcillo.

Mariutka, para mayor seguridad durante la noche, ató al teniente de la Guardia, fuertemente, de pies y manos, con el áspero y largo ronzal de un camello y, después de liarse a la cintura la parte de cuerda sobrante, se enrolló el extremo en la diestra y apretó el puño.

Estallaron alrededor las risotadas. Un tal Semianni, de ojos saltones, gritó:

- ¡Fijaros, hermanos! ¡Cómo está hechizando Mariutka a su adorado! ¡Lo tiene ya aleladito!

Mariutka volvió la mirada hacia los que reían.

- ¡Largo de aquí, al cuerno, mecachis en la mar...! Lo tomáis a broma... ¿Y si se escapa?

- ¡Tonta! ¿Crees que va a jugarse la única cabeza que tiene? ¿A dónde va a huir en el desierto?

- De todos modos, así está más seguro. Anda, duerme, caballero chiflado.

Metió al teniente, de un empujón, debajo de la manta y se echó de un lado.

Es grato dormir bajo un cobertor de lana, al abrigo del aromoso fieltro que guarda la fragancia de la cálida estepa en julio, el olor del ajeno y de las infinitas arenas granulosas. El cuerpo se deleita acunado por el más dulce de los sueños.

Evsiukov ronca bajo una alfombra, Mariutka se ha arrebuñado a gusto con soñadora sonrisa, y, boca arriba, secamente estirado, prietos los finos labios de bello trazo, duerme el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok.

Sólo el centinela está alerta. Permanece sentado en el borde de la manta, con el inseparable fusil sobre las rodillas, más entrañable que la esposa o la mujer amada. Escudriña la blanquecina bruma de la arremolinada nieve donde tintinean sordamente los cascabelones de los camellos.

Ahora hay cuarenta y cuatro camellos. Y el camino es recto, aunque penoso.

La duda ya no anida en los corazones de los soldados rojos.

Arremete el viento con silbantes trémolos; penetra, en unión de los copos de nieve, por las mangas del centinela. Este se encoge, titilando de frío, alza el extremo de la manta y se lo echa a la espalda. E inmediatamente dejan de pincharle los cuchillos de hielo y el cuerpo comienza a entrar en calor.

Nieve, alba neblina arremolinada, granulosas arenas.

Revuelto país asiático.

- ¿Dónde están los camellos? ¡Los camellos! ¡La madre que te ha parido!... ¡Maldito seas, canalla picado de viruelas! ¿Querías dormir, verdad?... ¿Qué has hecho, miserable? ¡Te saco las tripas!

Al centinela le da vueltas la cabeza de la terrible patada en el costado. La vista se le nubla.

Nieve y alba neblina arremolinada.

Cendal de la amanecida. Inmensos arenales.

Han desaparecido los camellos.

Donde se encontraran antes, hay huellas de camellos y hombres. Marcas allí dejadas por los puntiagudos *ichigs*²⁵ kirguizes.

Seguramente, durante la noche, tres kirguizes siguieron sigilosos al destacamento y luego, aprovechando el sueño del centinela, se llevaron las bestias.

Apiñados, callan los soldados rojos. Se han esfumado los camellos. ¿A dónde ir a buscarlos? Ya no es posible darles alcance, encontrarlos en los infinitos arenales...

- ¡Fusilarte es poco, hijo de perra! -le dice Evsiukov al centinela. Este no responde, pero, en sus pestañas, unas lágrimas congeladas semejan cristalillos.

... Asomó bajo la manta el teniente. Miró, lanzó un silbido y comentó burlón:

- ¡Buena disciplina la soviética! ¡Sois unos tontos de capirote!

- ¡Cállate la boca, asqueroso! -rugió Evsiukov, y, apagada la voz, que ya no parecía suya, masculló: ¿Qué hacéis ahí parados? ¡En marcha, hermanos!

... Solamente once hombres, uno tras otro, andrajosos, tambaleándose, escalan a duras penas las altas dunas.

Diez han quedado tendidos, jalonando el negro camino.

Al amanecer, sus ojos turbios, desvalidos, se abrieron por vez postrera y se enfriaron para siempre sus piernas inmóviles, hinchadas, insensibles como leños mientras un estertor ronco escapaba de la garganta.

El *agrosellado* Evsiukov se acercaba a cada uno de los que yacían, pero el rostro del comisario no tenía ya el color de su cazadora. Estaba demacrado, grisáceo, y las pecas esparcidas por él parecían viejas monedillas de cobre.

Examinaba al caído y meneaba la cabeza. Luego, el helado cañón de su revólver chamuscaba la sien del desdichado, dejándole allí una herida que negreaba redonda, casi sin sangre.

Lo cubrían de arena, de prisa y corriendo, y continuaban adelante.

Pantalones y cazadoras se han destrozado, las botas se han caído a pedazos, y los pies son envueltos en trozos de manta, y en los dedos helados se

²⁵ Botas de caña alta y aguzada punta. (N. del T.)

enrollan unos trapos.

Diez hombres avanzan dando tropezones, tambaleándose del vendaval.

Sólo uno camina erguido y tranquilo.

El teniente de la Guardia Govoruja-Otrok.

Más de una vez, los soldados rojos le han dicho a Evsiukov.

- ¡Camarada comisario! ¿Vamos a ir aún mucho tiempo cargados con este tipo? Se zampa la ración en balde. Además su ropa y su calzado son buenos, podíamos repartírnoslos...

Pero Evsiukov ha prohibido que se toque al teniente.

- Lo nevaré hasta el Estado Mayor, o pereceré con él. Puede contar muchas cosas. A un hombre así no se le puede matar sin más ni más. No escapará de la suerte que le espera.

El teniente va maniatado, por los codos, con el largo roncal, y el extremo de éste lo tiene anudado Mariutka a la cintura. La muchacha apenas puede con los pies. En su rostro, blanco como la nieve, brilla solamente el felino fulgor amarillo de sus ojos, ahora inmensos.

En cambio, el teniente camina tan fresco. Únicamente está un poco pálido.

Una vez, se acercó a él Evsiukov, le miró a los glóbulos azul marino y le espetó, con voz bronca como un ladrido:

- ¡Ni el diablo te entiende! ¿Eres de hierro o de qué? Con esa endeblez tuya, y aguantas por dos. ¿De dónde sacas tantas fuerzas?

El teniente torció los labios con la burlona sonrisa de siempre y repuso sereno:

- No me entenderás nunca. Es la diferencia de culturas. En ti el cuerpo domina al alma, y en mí el alma domina al cuerpo. Si quiero, puedo ordenarme a mí mismo no padecer.

- Vaya, vaya dijo el comisario, alargando las palabras.

Alzábanse a los lados las grandes dunas, blandas, onduladas, movedizas. En lo alto de ellas serpenteaba la arena impulsada por el viento, y parecía que las ondulaciones aquellas no iban a tener fin.

Caían los hombres, rechinando los dientes, con sofocado alarido:

- No sigo más. Dejadme descansar. Me faltan las fuerzas.

Evsiukov se acercaba y levantaba al caído con denuestos y golpes.

- Adelante. Lo que no puedes es desertar de la revolución.

Y se levantaban. Seguían avanzando. Uno subió a una duna. Volvióse, mostrando su calavera y los dientes en sonrisa salvaje, y gritó estentóreo:

- ¡El Aral..., hermanos!...

Luego, cayó de bruces. Haciendo un supremo esfuerzo, Evsiukov corrió hacia arriba. Un azul deslumbrante hirió sus hinchados ojos. Los entornó e

hincó en la arena los engarfiados dedos.

El comisario no sabía nada acerca de Colón, ni de que, exactamente igual que él, los navegantes españoles habían hincado sus dedos en la cubierta de las carabelas al oír el grito de: «¡Tierra!»

Capítulo cuarto. En el que se entabla la primera conversación entre Mariutka y el teniente, y el comisario prepara una expedición marítima

Al siguiente día, encontraron un *aiú*²⁶ kirguíz,

Antes habían percibido un acre olor a humo de *kiziak*²⁷ que venía de detrás de las dunas y contraía el estómago en amargo espasmo.

Aparecieron en la lejanía las redondas cúpulas rojizas de las *yurtas*²⁸ y unos perrillos pequeñajos de velludas patas se lanzaron gruñendo amenazadores al encuentro de los forasteros.

Los kirguizes salieron todos a las puertas de sus *yurtas* y, compasivos y asombrados, miraron a aquellos tambaleantes despojos humanos que llegaban.

Un viejo de nariz achatada se atusó los escasos pelillos de la barbita, se pasó luego la mano por el pecho y dijo, inclinando la cabeza:

- La paz sea con vosotros, ¿a dónde váis, *tiuriás*²⁹?

Evsiukov estrechó débilmente la flaca mano apergaminada que el viejo le tendía.

- Somos rojos. Vamos a Kazalinsk. Danos albergue y algo que comer. El Soviet te agradecerá lo que hagas por nosotros.

El viejo, temblante la barbita, chasqueó los labios:

- ¡Ay-bay!... ¿Guerreros ro-ojos? ¿Bolcheviques? ¿Vienes de la capital?

- ¡No, *tiuriá*! No venimos de la capital, sino de Gúriev, tras largo camino.

- ¿De Gúriev?... ¡Ay-bay! ¡Ay-bay! ¿Cruzar todo el Karakum?

Los estrechos ojillos de los kirguizes se encendieron con fulgores de temor y admiración a aquel hombre de desvaída ropa color grosella que, en plenas heladas de febrero, había atravesado a pie el terrible desierto de Karakum, desde Gúriev hasta el Aral.

El viejo dio unas palmadas y, con voz gutural, arrulladora, ordenó algo a las mujeres que acudieron.

Tomó al comisario del brazo:

- Ven, *tiuriá*, entrar *yurta*. Dormir poquito, poquito, dormir; luego, comer...

Muertos de cansancio, se derrumbaron como

²⁶ Poblado de nómadas en el Asia Central. (*N. del T.*)

²⁷ Estiércol prensado y cortado en adobes que se utilizaba como combustible en las regiones esteparias. (*N. del T.*)

²⁸ Tiendas, generalmente redondas, utilizadas como viviendas por los kirguizes y algunos otros pueblos nómadas. (*N. del T.*)

²⁹ Amigos. (*N. del T.*)

fardos, envueltos en el humo y la tibieza de las *yurtas* y estuvieron durmiendo inmóviles hasta el anochecer. Los kirguizes, que habían hecho su típico arroz, los obsequiaron pródigos con él. Amistosos pasaban la mano por las espaldas de los soldados rojos, de paletillas salientes.

- Come, *tiuriá*, come. Estar algo reseco. Come, para sanar.

Engullían con ansia, atragantándose. Los vientres se hinchaban del grasiento arroz, y muchos se sentían mal. Corrían a la estepa, se metían los temblorosos dedos en la garganta, hasta vomitar, y, aliviados, volvían a comer más. Desmadejados y sudorosos, se durmieron de nuevo.

Solamente no dormían Mariutka y el teniente.

Sentada junto a las mortecinas ascuas del brasero, Mariutka ni se acordaba ya de las penalidades pasadas.

Había sacado de la cartera el consabido cacho de lápiz y estaba trazando letras y más letras en una página -pedida a una kirguiza- del suplemento ilustrado de *Novoie vremia*³⁰. Llenaba toda la página el retrato del conde de Kokóvtsev, Ministro de Hacienda, y sobre su despejada y clara barbita iban apareciendo unos renglones en declive.

Tenía, como de ordinario, liado a la cintura el largo ronzal y con el otro extremo le había atado al teniente las manos a la espalda.

Sólo por una hora había liberado al teniente de sus ligaduras para que comiera arroz hasta hartarse, y cuando, ahíto, se apartó del caldero, volvió a maniatarlo.

Los soldados rojos bromearon:

- Je, je, talmente como un perro de presa.

- ¿Te has prendado de él, Mariutka? Amarra, amarra bien a tu adorado tormento. No vaya a presentarse en mala hora Maria Márevna, en su tapiz volador, y te arrebatte al amado.

Mariutka no se dignó contestar.

El teniente estaba ahora sentado, con un hombro apoyado en el poste central de la *yurta*. Sus ojos azul marino seguían el trabajoso ir y venir del lápiz.

Adelantó el cuerpo cuanto pudo y preguntó quedo:

- ¿Qué estás escribiendo?

Mariutka le miró de soslayo por entre la caída crencha azafranada.

- ¿Y a ti qué te importa?

- ¿Quieres escribir alguna carta? Díctame y yo lo haré.

Mariutka soltó una risilla.

- ¡Mira, qué listo! Eso es para que te desate las manos y, una vez libres, darne en los morros y echar a volar... ¡Te equivocas, halcón, a mí no me la das! No necesito tu ayuda. No escribo una carta, sino versos.

El teniente abrió unos ojos como platos y apartó

la espalda del poste.

- ¿Versos?... ¿Tú estás escribiendo versos?

Mariutka interrumpió el convulso rasguear del lápiz y se puso más roja que la grana.

- ¿Te sorprende, eh? ¿Te figuras que sólo tú sabes pasos de baile y que yo soy una aldeana tonta? ¡Pues no soy más tonta que tú!

El teniente echó hacia atrás los codos; las manos no se movieron.

- Yo no te creo tonta. Lo que pasa es que me asombra. ¿Es que corren tiempos para versos?

Mariutka abandonó el lápiz y movió bruscamente la cabeza esparciendo sobre el hombro el rojizo bronce de sus cabellos.

- ¡Qué cosas tienes! ¡Dejas a una pasmada! ¿Según tú, los versos hay que escribirlos sobre colchones de plumas? ¿Y si el alma me hierve? ¿Y si sueño con pintar cómo, hambrientos y helados, atravesamos los arenales? Ansío exponerlo todo de manera que a la gente se le llaga un nudo en la garganta. Yo pongo en los versos toda la sangre de mis venas. Pero no quieren publicármelos. Dicen que tengo que estudiar. ¿Y de dónde saca una el tiempo para el estudio? Los escribo con el corazón, ¡tal como salen de él!

El teniente dilató los labios en una lenta sonrisa:

- ¡Deberías leérmelos! Sería muy curioso... Yo entiendo de versos.

- No los comprenderás. Tu sangre es de señor, viscosa. A ti hay que describirte las florecitas, las hembras guapas, y yo todo lo que tengo es acerca de los pobres, de la revolución -dijo Mariutka tristemente.

- ¿Por qué no los voy a comprender? -repuso el teniente-. Puede que, por su contenido, sean para mí ajenos, pero una persona siempre puede comprender a otra.

Mariutka, indecisa, puso a Kokóvtsev cabeza abajo. Y clavó los ojos en el suelo.

- Bueno, allá van, ¡escucha! Pero no te rías. A ti, seguramente, tu papaíto te habrá tenido con *percestores* hasta los veinte años; en cambio a mí no me ha enseñado nadie.

- ¡No me reiré! ¡Palabra de honor!

- Entonces, ¡atiende! Aquí está descrito todo. Cómo luchamos contra los cosacos y cómo salimos a la estepa.

Mariutka carraspeó. Cambió la voz, haciéndola profunda y grave, y empezó a soltar palabras, tajante, girando los ojos con fiereza:

*Cuando nos atacaron los cosacos,
esos verdugos, del zar lacayos,
los bravos soldados rojos
los recibimos a balazos.
Muchos eran los cosacos,
y hubimos de retroceder.
Evsuikov, con embate heroico,*

³⁰ «Tiempos Nuevos». (N. del T.)

*nos mandó el cerco romper.
Con las ametralladoras
buscamos la salvación,
todos los nuestros cayeron,
una veintena escapó...*

- Y ahí me he quedado atascada. Por más que me esfuerzo, no puedo seguir. ¿Cómo meto yo ahí a los camellos? ¡Mecachis en la mar!... -y a Mariutka se le quebró la voz.

Perdíanse en la penumbra los dos glóbulos azules; sólo en lo blanco de los ojos se reflejaban, húmedas, violáceas, las alegres ascuas del brasero, cuando el teniente, luego de un silencio, comentó:

- ¡Son fuertes, desde luego! Hay en ellos mucha expresión y sentimiento, ¿comprendes? Se ve que están escritos con toda el alma -el teniente estremeciéndose, como si hipara, y se apresuró a añadir:- No te ofendas, pero los versos son muy malos. No están pulidos, les falta arte.

Mariutka dejó caer con desaliento, sobre sus rodillas, la página. Callada, alzó los ojos hacia el techo de la *yurta*. Luego, se encogió de hombros.

- Eso mismo digo yo, que tienen sentimiento. Lloro toda, por dentro, cuando relato esto. Y lo de que no están pulidos, en todas partes me dicen exactamente igual que tú. «Sus versos no están desbastados, no se pueden publicar». ¿Y cómo pulirlos? ¿Cuál es el secreto? Usted, como *antilectual*, tal vez lo sepa... -Mariutka, en su emoción, hasta hablaba ya de «usted» al teniente.

Este callaba.

- Es difícil contestar -rompió la pausa-. La poesía, ¿sabe?, es un arte. Y todo arte requiere conocimientos, tiene sus reglas y sus leyes. Por ejemplo, si un ingeniero no conoce todas las reglas de la construcción de un puente, no lo construirá; y si lo construye, le saldrá feo e inútil.

- Bien, eso los puentes... Para hacerlos, hay que saber aritmética y otras muchas mañas de los *ingenieros*. Pero los versos los llevo yo dentro, en el mismo cogollo, desde la cuna. Y eso viene a ser talento natural...

- Aunque lo sea. El talento también se desarrolla con el estudio. El ingeniero es precisamente ingeniero, y no médico, porque desde que nace siente inclinación hacia el arte de construir. Pero si no estudia, no llegará a hacer nada.

- ¿De verdad?... ¡Qué cosas pasan! ¡Mecachis en la mar! ¡En cuanto terminemos de pelear, iré sin falta a una escuela donde enseñen a hacer versos! ¿Hay escuelas de éstas?

- Debe haberlas -contestó pensativo el teniente.

- Iré sin falta. Me están consumiendo los dichosos versos. El alma me arde del deseo de verlos metidos en un librito con mi firma debajo de todos ellos: *Verso de María Básova*.

Se había apagado el brasero. En la oscuridad rugía

enfadado el viento, escarbando el fieltro que cubría la *yurta*.

- Oye tú, cadete -dijo de pronto Mariutka-. Seguramente te dolerán las manos.

- ¡No mucho! Sólo las tengo entumecidas.

- Bueno, verás... Júrame que no piensas escapar. Y te desataré.

- ¿Pero adónde voy a huir? ¿A las arenas del desierto? ¿Para que los chacales me despedacen? ¡No me quiero tan mal!

- De todos modos, ¡júralo! Repite conmigo: «Juro por el proletariado pobre, que lucha por sus derechos, y ante la combatiente roja María Básova, que no pienso escaparme».

El teniente repitió el juramento.

Aflojóse el apretado nudo del ronزال, dejando libres hinchadas muñecas.

El teniente movió los dedos con fruición.

- Anda, duerme -dijo Mariutka, bostezando-. Y ahora, si te escapas, serás el último de los canallas. Toma esta manta, tápate.

- Gracias, me taparé con la pelliza. Buenas noches María...

- Filátovna -agregó Mariutka su patronímico, con empaque, y se zambulló bajo la manta.

Evsiukov tenía prisa por dar cuenta de su paradero al Estado Mayor del Frente.

Había que descansar en el *aúl*, entrar en calor y reponer fuerzas. Al cabo de una semana, decidió avanzar la costa, rodeando el poblado de Aralsk, y seguir hasta Kazalinsk.

A la semana siguiente, por unos kirguizes forasteros, se enteró el comisario de que, a unas cuatro verstas de allí, una tempestad de otoño había arrojado un bote de pescadores a la costa del golfo. Los kirguizes aseguraban que el bote estaba en buenas condiciones. Se encontraba en la orilla; los pescadores debían haberse ahogado.

El comisario fue a verlo. Era de roble amarillo, fuerte, y estaba casi nuevo. La tempestad no había averiado el casco. Solamente tenía desgarrada la vela y arrancado el timón.

Después de un cambio de impresiones con los soldados rojos, Evsiukov pensó enviar parte de la gente por mar, sin demora alguna, al estuario del Sirdariá. El bote podía llevar perfectamente a cuatro hombres y una pequeña carga.

- Será lo mejor -dijo el comisario-. Así, en primer lugar, entregaremos el prisionero cuanto antes. Pues el diablo sabe lo que puede ocurrir de nuevo por el camino. y hay que hacerle llegar forzosamente al Estado Mayor. Además, allí sabrán dónde estamos y mandarán en nuestra ayuda a una patrulla con ropa y algo más.

El bote, con viento a favor, cruzará el Aral en tres o cuatro días, y al quinto, estarán en Kazalinsk.

Evsiukov escribió un parte y lo metió en el

paquetito recubierto de lienzo, donde se hallaban los documentos del teniente, que siempre llevaba consigo en el bolsillo interior de la cazadora.

Unas kirguizas remendaron la vela, el comisario hizo él mismo un nuevo timón con unos trozos de tabla arrancados de la bancada del bote.

Y un frío amanecer de febrero en que un sol bajo, semejante a un disco de cobre bruñido, se deslizaba solitario por el inmenso azul turquesa, sacaron el bote, arrastrado por unos camellos, a la linde de la corteza de hielo.

Lo echaron al agua libre y embarcaron a los enviados.

Evsiuikov aleccionó a Mariutka:

- ¡Tú serás el jefe de la expedición! Toda la responsabilidad recae sobre ti. Mucho ojo con el cadete. Si lo dejas escapar, despidete de este mundo. Entrégalo al Estado Mayor, vivo o muerto. Y si por casualidad os tropezáis con los blancos, no permitas que lo cojan vivo. ¡Ea, a la mar!

Capítulo quinto. Tomado por completo de Daniel Defoe, con la diferencia de que Robinson no tuvo que esperar a Viernes mucho tiempo

El Aral es un mar triste.

Orillas llanas y a lo largo de la costa, ajenjo, arenas, lomas en ondulada cadena discontinua.

Las islas son en el Aral a modo de hojuelas de sartén; planas, lustrosas, parecen flotar sobre el agua sin que se vean apenas sus contornos ni se perciba en ellas vida alguna.

Ni pájaros ni cereales, solamente en verano llega a aquel solitario paraje el hálito del hombre.

La principal de todas es la isla de Barsá-Kelmés.

No se sabe a ciencia cierta lo que su nombre significa, aunque los kirguizes afirman que «perdición de los hombres».

En verano, desde el poblado de Aralsk, vienen a la isla los pescadores. Rica es en este aspecto Barsá-Kelmés; en sus aguas abundan los peces.

Mas en cuanto empieza a ulular el sudeste otoñal, llenando las aguas de borreguillos de espuma, los pescadores se ponen a salvo en la apacible rada de su poblado y no vuelven a asomar por allí las narices hasta la primavera.

Cuando no tienen tiempo de llevarse toda la pesca, ésta se queda en la isla a invernar, formando pilas salobres en tinglados de madera.

En los inviernos crudos, cuando el agua se hiela desde el golfo de Chernishev hasta la misma Barsá, la isla queda abierta a los chacales de la estepa. Acuden corriendo por el hielo y se dan grandes atracones de barbo o de carpa salpresados, hasta que revientan en el sitio.

Y cuando al volver la primavera, el Sirdariá con sus arcillosas aguas turbio-amarillentas en crecida, rompe la corteza de hielo, los pescadores no encuentran nada de lo que dejaron abandonado en

otoño.

De noviembre a febrero ruge el sudeste campando por sus respetos en el mar. El resto del tiempo, sólo de vez en cuando se levantan temporales, y en verano, el Aral permanece refulgente y liso como un buen espejo.

Tedioso es el mar de Aral.

Únicamente lo alegra una circunstancia: su singular color azul.

Es un azul profundo, aterciopelado, con cambiantes reflejos de zafiro.

En todas las geografías se consigna.

Al enviar a Mariutka y al teniente, el comisario calculaba que a la semana siguiente era de esperar bonanza. Los kirguizes, guiándose de viejos presagios suyos, opinaban lo mismo.

Por ello, se hizo a la mar el bote, rumbo a Kazalinsk, con Mariutka, el teniente, Semianni y Viájir, dos muchachos avezados. en los riesgos del navegar.

Una suave brisa henchía jubilosa la remendada vela, susurrante al paso de cada ola. Crujía soñoliento el timón en los virajes, mientras junto a la borda bullía una espuma densa, de brillo aceitoso.

Mariutka había desatado por completo las manos al teniente -¿adónde podía huir un hombre desde una barca?-, y Govoruja-Otrok se turnaba con Semianni y Viájir en el gobierno de las escotas.

El prisionero se conducía a sí mismo.

Y cuando entregaba las escotas a los soldados rojos, se tumbaba en el fondo, tapándose con la manta, y sonreía a unos pensamientos enigmáticos, suyos, de teniente, que nadie más que él conocía.

Aquello intranquilizaba a Mariutka.

«¿Por qué irá tan risueño todo el tiempo? Cualquiera diría que va a su casa, a gozar de la vida. Cuando lo que le espera está bien claro: le interrogarán en el Estado Mayor, y luego, lo pasará mal. ¡Le falta algún tornillo, es un chiflado!»

Pero el teniente, desconocedor de los pensamientos de la muchacha, continuaba sonriendo.

Sin poderse contener, Mariutka preguntó:

- ¿Dónde te has acostumbrado tú al mar?

Govoruja-Otrok, después de pensarlo un poco, respondió:

- En Petersburgo... Yo tenía mi propio yate... Grande. Y navegaba por el litoral.

- ¿Qué yate?

- Una especie de barco... de vela.

- ¡Vaya! Como si yo no supiera lo que es un yate. Lo sé tan bien como tú. Estoy harta de vérselos a los burgueses en el club náutico de Astrakán. Allí había infinidad de ellos. Eran blancos, altos, de buena planta, como los cisnes. Yo te pregunto otra cosa. ¿Cómo se llamaba?

- «Nelly».

- ¿Y qué significa eso?

Mi hermana se llamaba así. Y en honor suyo, le

dimos al yate tal nombre.

- Ese no es un nombre cristiano.

- Sí, Elena, y en inglés, Nelly.

Mariutka quedó en silencio, mirando al sol blanco que vertía fríos chorros de reluciente miel, mientras descendía lento hacia la aterciopelada superficie del agua azul.

Y habló otra vez:

- ¡Agua! ¡Qué azul tan puro tiene! La del Caspio es verde; en cambio aquí, ¡fíjate qué azul es!

El teniente comentó, como pensando en voz alta, para él solo:

- Con arreglo a la escala de Forel, le corresponde el número tres.

- ¿Qué dices? -inquirió Mariutka, volviéndose intranquila.

- Nada; hablo conmigo mismo. Del agua. He leído en la hidrografía que el agua de este mar es de un color azul muy vivo. Forel, un hombre de ciencia, compuso una tabla de matices del agua marina. La más azul es la del Océano Pacífico. Y ésta, según esa tabla, se acerca al número tres.

Mariutka entornó los ojos, como si quisiera imaginarse la tabla de Forel, iluminada con las distintas tonalidades azules.

- Hermoso azul. ¿Con qué se puede comparar? Es como... -abrió los ojos y, de pronto, clavó sus pupilas amarillas, felinas, en los glóbulos azul marino del teniente. Echó el cuerpo hacia adelante, estremeciéndose toda y quedó con la boca abierta, pasmada, como si hubiera hecho un sorprendente descubrimiento-. ¡Madre santa! -exclamó en un susurro-. ¡Tienes los ojos exactamente del mismo color que el agua del mar! Cada vez que te miraba, me recordaban algo muy conocido, ¡mecachis!...

El teniente no despejaba ya los labios.

Raudales de sangre anaranjada se expandían por el horizonte, el agua tenía a lo lejos un cambiante brillo de tinta. Había empezado a soplar un vientecillo gélido.

- Viene de Oriente -afirmó Semianni, en tanto se arrebujaba en su harapiendo capote.

- Y menos mal, si no se levanta el sudeste... -repuso Viájr.

- ¡Ni hablar! Un par de horitas más de embate, y se verá ya Barsá. Si sopla bien el viento, pasaremos la noche allá.

Callaron. El bote comenzó a dar bandazos sobre las crestas plomizas de las oscurecidas olas.

Por el afelpado cielo negroazulenco se extendieron las nubes en estrechas franjas.

- Ya lo decía yo. Aprieta el sudeste.

- Pronto debe aparecer Barsá. Tiene que estar a la izquierda, entre la bruma. Es un infierno la tal Barsá. No encuentras más que arenas por todas partes, ¡aunque revientes! Y el viento aúlla sin parar... ¡Fila, mala carroña, las escotas! ¡Esto no son tirantes de general!

El teniente no había largado a tiempo las escotas. El agua saltó por la borda e irrumpió en el bote: un torrente de espuma fustigó los rostros.

- ¿Y qué culpa tengo yo? Eso es que María Filátovna se ha dormido con el timón.

- ¿Que yo me he dormido? ¿Qué estás diciendo, mal bicho? ¡Yo llevo agarrada al timón desde los cinco años!

Las olas les perseguían, lanzando sobre ellos sus altas crestas negras, semejantes a dragones que se aferraban a las bordas con sus silbantes fauces.

- ¡Ay, madre! Ojalá lleguemos a Barsá cuanto antes. ¡Qué oscuridad! No se ve ni gota.

Viájr miró a la izquierda. Y lanzó un grito jubiloso, sonoro:

- ¡Ella es! ¡Ahí está la canalla!

A través de las salpicaduras y el aire turbio se columbraba, intermitente y baja, una franja blanquecina.

- ¡Enfilad la costa! -rugió con voz tonante Semianni-. ¡Quieta Dios que lleguemos!

Crujió del golpe la popa, lanzaron las cuadernas un largo quejido. La cresta de una ola abatióse sobre el bote y el agua les cubrió los tobillos.

- ¡Achicad el agua! -gritó penetrante Mariutka, levantándose de un salto.

- ¿Achicarla?... ¿Con qué diablos la vamos a achicar?

- ¡Con los gorros!

Semianni y Viájr se quitaron en seguida los gorros y empezaron a sacar con celeridad el agua.

El teniente dudó un momento, luego quitóse también su gorro finés de piel y acudió presuroso a ayudar.

La franja blanca flotaba a ras de agua, viniendo hacia el bote, convirtiéndose poco a poco en llana costa cubierta del leve plumón de nieve. La agitada espuma aumentaba su albura.

Arremetía el viento embravecido con prolongado aullar levantando movedizos montículos, cada vez más altos, de agua chapoteante.

Con furia, embistió la vela, encampanó su preñado vientre y lo desgarró.

Estalló la vieja lona con estruendo de cañonazo.

Semianni y Viájr se abalanzaron hacia el mástil.

- ¡Sujetad los cabos!- mandó con estridente alarido Mariutka, desde la popa, en tanto empujaba con el pecho la barra del timón.

Una encrespada ola fragorosa acometió por detrás a la embarcación, inclinándola completamente sobre un costado, y deslizóse por ella como una densa y fría gelatina de cristal.

Cuando se enderezó el bote, lleno de agua casi hasta las bordas, ni Semianni ni Viájr estaban ya junto al mástil. Tan sólo flameaban crujientes los jirones de la vela.

El teniente, sentado en el fondo, con agua hasta la cintura, se santiguaba con pequeñas crucecitas.

- ¡Hijo de Satanás!... ¿Qué haces ahí mojado? ¡Achica el agua! -y, por primera vez en toda su vida, soltó unos ternos rotundos.

Alzóse el increpado, sacudiéndose como un perrillo, y empezó a echar fuera el agua.

Entretanto, Mariutka se desgañitaba gritando en la noche, entre el ulular del viento y el estruendo de la tempestad:

- ¡Semian-ni-i-i!... ¡Viá-ji-i-ir!

Azotaba chasqueante la espuma. No se oía la voz humana.

- ¡Se han ahogado los malditos!

El viento llevaba el bote, medio hundido, a la orilla. Se agitaba hirviendo el agua en torno de él. Una nueva embestida lo encalló en la arena.

- ¡Salta! -grito Mariutka, dando el ejemplo. El teniente se arrojó tras ella.

- ¡Tira del bote!

Aferrándose a la amarra, cegados por las salpicaduras y derribados con frecuencia por las olas, sacaron hasta la orilla el bote, que se incrustó pesadamente en la arena. Mariutka tomó los fusiles.

- ¡Recoge tú las mochilas con la pitanza! ¡Carga con ellas!

El teniente obedeció sumiso. Cuando llegaron a lugar seco, Mariutka echó los fusiles sobre la arena. El teniente dejó al lado las mochilas.

Mariutka volvió a gritar a las tinieblas:

- ¡Semian-ni-i-i!... ¡Viá-ji-i-ir!

Nadie respondió.

Luego, se sentó en las mochilas y rompió a llorar con desconsuelo y lágrimas de mujer.

El teniente permanecía en pie a su espalda, castañeteando los dientes.

Pero de pronto se encogió de hombros y lanzó al viento:

- ¡Atiza!... ¡Un verdadero cuento! ¡Robinsón en compañía de Viernes!

Capítulo sexto. En el que se entabla la segunda conversación y se explican los nocivos efectos fisiológicos del agua del mar a la temperatura de +2° reaur

El teniente tocó a Mariutka en el hombro.

Intentó varias veces hablar, pero el castañeteo de dientes se lo impedía.

Sujetóse con el puño la temblante mandíbula y profirió:

- Con llantos no se adelanta nada. En lugar de estar aquí parados, ¡hay que echar a andar! De lo contrario, ¡nos helaremos!

Mariutka alzó la cabeza. Y repuso sin esperanza.

- ¿Adónde vamos a ir? Estamos en una isla. Rodeados de agua.

- Hay que echar a andar. Yo sé que por aquí hay cobertizos.

- ¿Y cómo lo sabes tú? ¿Es que has estado aquí alguna vez?

- No, nunca. Pero cuando estudiaba en el Liceo, leí que los pescadores construyen en estos parajes cobertizos para el pescado. Hay que encontrar uno.

Bueno, aunque lo encontremos, ¿y después, qué?

- Ya veremos mañana; la almohada es buena consejera. ¡Levántate, Viernes!

Mariutka miró asustada al teniente.

- ¿Has perdido la chaveta?... ¡Ay, Dios mío!... ¿Qué voy a hacer contigo? Hoy no es viernes, sino miércoles.

- ¡No importa! No hagas caso. Ya hablaremos de eso más tarde. ¡Levántate!

Mariutka se levantó sumisa. El teniente se agachó para coger los fusiles, pero la muchacha le sujetó la mano.

- ¡Quieto! ¡Déjate de bromas!... ¡Me diste palabra de que no te escaparías!

El teniente liberó de un tirón la mano y prorrumpió en roncadas, estentóreas carcajadas.

- Por lo visto, ¡quien ha perdido la chaveta eres tú, no yo! Recapacita, mema, ¿puedo yo ahora pensar en huir? Y si quiero llevar los fusiles es para evitarte esa carga.

Mariutka se apaciguó; sin embargo, le advirtió con suavidad y en serio:

- Por lo de la ayuda, gracias. Pero yo tengo orden de conducirte hasta el lugar de destino... Por lo tanto, no puedo entregarte las armas, ¡yo respondo de todo!

El teniente encogióse de hombros, tomó las mochilas y echó a andar delante. La arena, mezclada con la nieve, crujía bajo los pies. La orilla, siempre llana, de una lisura abominable, se extendía sin fin.

A lo lejos se columbró algo grisáceo, cubierto de nieve.

Mariutka se tambaleaba, agobiada por el peso de los tres fusiles.

- ¡No te apures, María Filátovna! ¡Aguanta un poco! Eso debe ser precisamente un cobertizo.

- Ojalá lleguemos pronto, me faltan las fuerzas. Estoy toda helada.

Por fin, dieron con el cobertizo. Dentro, estaba oscuro como boca de lobo y se percibía un nauseabundo olor a pescado, a humedad y a sal enmohecida.

El teniente palpó unos montones que allí había.

- ¡Oh! ¡Pescado! Al menos, no pasaremos hambre.

- Si tuviéramos luz... Para echar una ojeada alrededor. Tal vez haya algún rincón resguardado del viento -dijo Mariutka con lastimera voz.

- ¡Pues no pides tú poco! No esperes aquí luz eléctrica.

- Se podía encender algún pescado... Tienen mucha grasa.

El teniente volvió a soltar la carcajada.

- ¿Encender pescado? Desde luego, te has vuelto loca.

- ¿Yo? ¿Por qué? -replicó enojada Mariutka-

¡Cuánto no habremos quemado en el Volga!... Y arde mejor que la leña.

- Es la primera vez que lo oigo... Bueno, ¿y con qué vamos a prenderle fuego?... Yesca tengo, pero, ¿dónde están las virutas?...

- ¡Ay, calamidad! ¡Buen galán estás tú hecho!... Se ve que te has pasado la vida pegado a las faldas de tu mamáita. Toma, saca las balas mientras yo arranco unas astillas de la pared.

El teniente, a duras penas extrajo con los dedos helados las balas de tres casquillos de fusil. Mariutka, que volvía ya con las astillas, tropezó con él en la oscuridad.

- ¡Echa aquí la pólvora!... En un montoncito... ¡Dame la yesca!

Brilló un punto anaranjado en la yesca, Mariutka la introdujo en el montoncillo de pólvora. Oyóse un bufante silbido y fue surgiendo lentamente una llamita amarilla, que prendió en las astillas secas.

- ¡Listo! -exclamó gozosa-. Coge pescado... Trae unas carpas, de las más grasientas.

Sobre las encendidas astillas fueron colocando pescados, cruzándolos. Estos se retorcieron e inflamaron de pronto con intensa y ardiente llamarada.

- Ahora, no tienes más que ir echando... ¡Hay comida para medio año!

Mariutka esparció la mirada en derredor. La trémula luz de la llama proyectaba danzantes sombras sobre los enormes montones de pescado. Las paredes, de madera, estaban llenas de rendijas y agujeros. Luego, empezó a recorrer el cobertizo. Desde el fondo, gritó:

- ¡Aquí hay un rincón intacto! Echa más carpas, para que no se apague. Levantaré unos tabiques, y haré una verdadera habitación.

El teniente, encogido, tiritando de frío, se sentó junto al fuego para entrar en calor. En el rincón chasqueaban, al caer en el suelo, los pescados que la muchacha iba tirando. Al cabo de un buen rato, llamó:

- ¡Ya está lista! ¡Trae luz!

El teniente levantó de la cola una carpa ardiendo y se dirigió hacia el rincón. Mariutka había erigido tres mamparos de pescado, entre los que quedaba un espacio de dos metros y pico.

- Métete y préndeles fuego. En el centro he puesto unos cuantos. Entretanto, yo iré en un vuelo por las provisiones.

El teniente introdujo la carpa bajo la rejilla de los pescados cruzados. Despacio, de mala gana, acabaron por arder. Volvió Mariutka, dejó en el rincón los fusiles y las mochilas en el suelo.

- ¡Mecachis en la mar!... Lástima de muchachos. ¡Qué tontamente se han ahogado!

- No estaría mal secar la ropa. Podemos agarrar un resfriado.

- ¿Y quién te lo impide? El fuego del pescado

calienta bien. Desnúdate, ¡y sécala!

El teniente titubeó.

- Séquese usted primero, María Filátovna. Entretanto, yo esperaré ahí fuera. Luego, lo haré yo.

Mariutka miró compasiva a aquel rostro trémulo.

- ¡Ay, tonto de capirote! Tienes manías de gran señor. ¿Por qué te asustas? ¿No has visto nunca a una mujer desnuda?

- No lo digo por eso... Tal vez le sea a usted violento.

- ¡Pamplinas! Todos somos de la misma carne. ¡La diferencia es bien poca! -y le ordenó, casi a voces-: ¡Desnúdate, pasmado! Te tabletean los dientes como una ametralladora... ¡Qué castigo!

... Sobre los fusiles, apoyados en pirámide, estaba ya tendida y ahumándose la ropa.

El teniente y Mariutka permanecían sentados uno frente a otro, al amor de la lumbre; de vez en cuando, se volvían hacia el fuego para caldearse con placer.

Mariutka tenía fijos los ojos en la espalda -blanca, suave y delgada- del teniente. Rió burlona.

- ¡Mecachis en la mar, qué blanquito eres! ¡Talmente como si te hubieran bañado en crema de leche!

El teniente se puso colorado como un tomate y volvió la cabeza; iba a decir algo, pero al percibir el reflejo amarillo que oscilaba sobre los pechos de Mariutka, bajó sus ojos azul marino.

Se había secado la ropa. Mariutka se echó sobre los hombros la zamarra.

- Hay que dormir un rato. Puede que para mañana haya ya amainado el temporal. Por suerte, el bote no se ha hundido. Con bonanza, quizá lleguemos alguna vez al Sirdariá. Y allí encontraremos pescadores. Echate, yo cuidaré del fuego. Y en cuanto me entre sueño, te despertaré. Así nos iremos turnando.

El teniente puso la ropa debajo de él y se tapó con la pelliza. Sumióse en profunda modorra; con frecuencia, se quejaba en sueños. Mariutka, inmóvil, le observaba.

Encogióse de hombros y pensó:

«¡Buena me ha caído encima! ¡Pobrecillo! ¡Que no se constipe! En su casa lo debían tener siempre guardado entre rasos y terciopelos. Así es la vida, ¡mecachis en la mar!»

A la madrugada, cuando por las rendijas de la techumbre se vislumbraron los primeros albores grises, Mariutka le despertó.

- Oye, vigila el fuego; yo voy a la orilla. A lo mejor, han aparecido los nuestros y están sentados en algún sitio.

El teniente se levantó a duras penas. Apretándose las sienes con los dedos, dijo sorda la voz:

- Me duele la cabeza.

- No te preocupes... Eso es del humo y del cansancio. Se te pasará. Coge unas galletas de la mochila, ástate unos barbos y zámpatelos.

Tomó el fusil, lo limpió con el borde de la

zamarra y se fue.

El teniente se arrastró de rodillas, hasta la lumbre y de la mochila una dura galleta empapada de agua. La masticó un poco y dejó caer el trozo al tiempo que se derrumbaba como un fardo sobre la tierra junto al ruego.

Mariutka zarandeaba del hombro al teniente, llamándole con acentos de desesperación:

- ¡Levántate!... ¡Levántate, maldito!... ¡Nos ha ocurrido una desgracia!

Los ojos del teniente se alzaron dilatados, su boca se en una mueca de estupor.

- ¡Te digo que te levantes! ¡Qué desdicha tan grande! ¡Las olas se han llevado el bote! ¡Ahora sí que estamos perdidos!

El teniente la miraba a la cara, en silencio.

Le observó Mariutka con más atención y lanzó un sofocado grito.

Los ojos azul marino del teniente estaban turbios, enloquecidos. Su mejilla, fláccidamente apoyada en el brazo de la muchacha, abrasaba.

- ¿Te has resfriado, eh? ¡Áy, diablo de paja! ¿Y qué hago yo ahora contigo?

El teniente movió los labios.

Inclinóse Mariutka y oyó que decía:

- Mijaíl Ivánovich... No me ponga un *muy mal*... No he podido aprender de ello. Lo estudié para el examen e

- ¿Qué estás farfullando? -inquirió Mariutka estremecida.

- «Tesoro»... ¡Tus, tus!... Ahí va la perdiz... - empezó a gritar de pronto el teniente, poniéndose en pie de un brinco.

Mariutka retrocedió y se tapó la cara con las manos.

El teniente volvió a caer al suelo surcando la arena con sus dedos.

De prisa, precipitadamente, balbuceó algo ininteligible, atragantándosele las palabras.

La muchacha, desesperada, miró en derredor.

Quitóse la zamarra, la tiró al suelo y puso sobre ella con esfuerzo el insensible cuerpo del teniente. Luego, lo tapó con la pelliza.

Desvalida, hecha un ovillo, se acurrucó al lado. Por sus demacradas mejillas empezaron a deslizarse lentas unas lágrimas.

El teniente daba vueltas agitado, arrojando a un lado la pelliza, pero Mariutka, tesonera, volvía a echársela una y otra vez, arrojándole con ella hasta la barbilla.

Al ver que tenía la cabeza caída, le puso las mochilas debajo.

Y mirando a la altura, como si se dirigiese al cielo, profirió desgarradora:

- Va a morir... ¿Y qué le digo yo luego a Evsikov? ¡Qué desgracia tan terrible!

Inclinóse sobre el enfermo que ardía de fiebre y miró al fondo de sus enturbiados ojos azules.

Sintió una aguda punzada en el pecho. Tendió la

mano y, suavemente, acarició aquellos revueltos cabellos rizosos. Después, tomó su cabeza y susurró con ternura:

- ¡Tontuelo mío, ojitos azules!

Capítulo séptimo. Que es al principio extraordinariamente confuso y que se va aclarando hacia el final

Trompetas de plata; de ellas penden unas campanillas.

Tocan las trompetas; suenan las campanillas con fino tintineo de hielo:

- Tilín, tilín, din-din.

- Din-din, tilín, tilín.

Y las trompetas lanzan sus típicos:

- Tarad, tarad, tarad... ta-ta-tí... ta-ta-tá...

No cabe duda que es una marcha. Sí, una marcha. Claro, la misma que vibra siempre en los desfiles.

Y la plaza, rociada del sol que se filtra a través de la seda de los arcos, es también la misma.

El músico mayor dirige la banda militar.

De cara a sus subordinados muestra la espalda y por la abertura de su capote le asoma un rabo, un rabo grande, rojizo, de zorro; en la punta del rabo lleva enroscada una piña de oro, y en la piña hay sujeto un diapason.

Al bajar el cuello, el diapason para el ritmo e indica a las cornetas y a los trombones cuándo deben empezar; si se duerme algún músico y se retrasa, el diapason le golpea al momento en la frente.

Los músicos ponen en la ejecución sus cinco sentidos. Son unos músicos muy originales.

Soldados como otros muchos, pertenecen a varios regimientos de la Guardia imperial. Es una banda mixta.

Pero los músicos no tienen boca, en absoluto: bajo la nariz se extiende lisa la piel. Y llevan incrustada la boquilla de la trompeta en la ventana izquierda de la nariz.

La ventana derecha aspira aire, la izquierda sopla en la trompeta; por ello los *tararis* son tan sonoros, alegres y especiales.

- ¡Pre-pa-ra-dos! ¡En co-lum-na de ho-nor!

- En co-lum-na de ho-nor... ¡Armas al hombro!

- ¡Regi-imiento!

- ¡Ba-tallón!

- ¡Compa-ñía!

- ¡Alineación derecha! ¡Por seccio-nes!... ¡Primer batallón! ¡De frente... march!

Las trompetas: tararí, tararí. Las campanillas: tilín, tilín.

El capitán Shvetsov baila taconeando locamente con sus botas de charol. Tiene unas nalgas tersas y prietas como jamones. ¡Un-dos, un-dos!...

- ¡Bravo, muchachos!

- ¡Dram-am, av-gav-gavl

- ¡El teniente! ¡Que se presente el teniente al general!

- ¿Qué teniente?
- El de la tercera compañía. ¡Govoruja-Otrok, que se presente al general!

El general está a caballo en medio de la plaza. Su cara es colorada; su bigote, blanco.

- Señor teniente, ¿qué escándalo es ése?

- ¡Ji-ji-ji!... ¡Ja-ja-ja!

- ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Reírse? Voy y meterle un... ¿Sabe con quién está hablando?

- ¡Jo-jo-jo!... Usted no es un general, ¡es un gato, Excelencia!

El general va a caballo. De cintura para arriba es un general como los demás, pero de cintura para abajo tiene patas de gato. Y si fueran de gato de raza, pero no, son de gato callejero, de esos mininos vulgares, grises, de piel listada, deslucida por la muda, que vagan por todos los patios y tejados.

Con las zarpas se aferra a los estribos.

- ¡Le entregaré a un tribunal militar, teniente! ¡Habrás visto! Un desfile de la Guardia, y de pronto, ¡aparece un oficial con el ombligo al revés!

Se mira el teniente y se queda atónito. Por debajo de la bufanda le sale el ombligo con el intestino delgado de un color verdoso, y su extremo, el propio cordón umbilical, gira vertiginoso y centelleante en círculos concéntricos. Se sujeta el ombligo y se lo remete, pero se le escapa una y otra vez.

- ¡Arrestadlo! ¡Por faltar al juramento!

Saca el general la pata del estribo, asoma las uñas, las tiende para atraparle, mas en la garra hay una espuela de plata, y en la espuela, en lugar de rodaja, un ojo.

Es un ojo normal, de pupila amarilla, redondita, y tan penetrante, que se adentra hasta el mismo corazón del teniente.

Se entorna en cariñoso guiño y... ¡habla! No se sabe por qué, pero habla el ojo ese.

- ¡No temas!... ¡No temas!... ¡Por fin, ha pasado todo!

... Una mano levantó un poco la cabeza del teniente, y éste, al abrir los ojos, vio un rostro demacrado, unas colgantes crenchas azafrañadas y el mismo ojo de antes, cariñoso y amarillo.

- Pobrecito, ¡qué susto me has dado! ¡Una semana entera de tormento contigo! Creía que no te sacaría adelante. Estamos solitos, completamente solos en una isla. Sin medicinas ni ayuda de nadie. Te he curado con agua hervida, únicamente. Al principio, no hacías que vomitar... El agua es mala, salada, y el intestino no la admite.

Con esfuerzo, iban penetrando en la conciencia del teniente las cariñosas palabras, llenas de inquietud.

Se incorporó levemente y miró en derredor, sin comprender aún.

Por doquier se alzaban pilas de pescado. Ardía una hoguera; sobre ella, de una baqueta de fusil, pendía una caldereta, en la que hervía agua.

- ¿Que es esto?... ¿Donde estoy?...

- ¡Ah!, ¿lo has olvidado? ¿No me reconoces? ¡Soy Mariutka!

El se enjugó la frente con la mano fina, traslúcida.

Al hacer memoria, esbozó una débil sonrisa y repuso en un susurro:

- Sí..., ya recuerdo. ¡Robinsón y Viernes!

- ¡Vaya!, ¿otra vez deliras? ¡Qué manía te ha entrado con el viernes! Yo no sé ni en qué día vivimos. He perdido por completo la cuenta.

El teniente volvió a sonreír.

- ¡Eso no es un día!... Es un nombre... Hay una novela en la que se cuenta cómo un hombre, después de un naufragio, fue a parar a una isla desierta. El náufrago tenía un amigo. Y ese amigo se llamaba Viernes. ¿No la has leído nunca? -preguntó, mientras se echaba de nuevo sobre la zamarra y empezaba a toser.

- No... He leído muchos cuentos, pero ése no lo conozco. Estáte acostado, tranquilo y sin moverte. No vayas a enfermar otra vez. Yo entretanto coceré unos barbos. Comerás y recobrarás fuerzas. En toda la semana no has tomado más que agua. Te transparentas como un cirio. ¡Estáte acostado!

El teniente cerró los ojos con laxitud. En su cabeza resonaba lento un tintineo de cristal. Al recordar las trompetas con las campanillas de cristal, rió por lo bajo.

- ¿Por qué te ríes? -preguntó Mariutka.

- Por nada, me he acordado de una cosa... Cuando deliraba, tuve un sueño muy gracioso.

- Sí, gritabas dormido. Dabas órdenes, soltabas palabrotas... De todo hubo. El viento ululaba, nadie en derredor, yo sola contigo, y tú, por si era poco, habías perdido la razón. Me entró verdadero miedo - tuvo un escalofrío- y no sabía qué hacer.

- ¿Cómo te las arreglaste tú sola?

- Ya ves, me las arreglé. Lo que más temía era que te murieses de hambre. No tenía más que agua. Las galletas que nos quedaban te las había dado remojadas. Y ahora, sólo pescado. ¿Pero qué alimento es para un enfermo el pescado salado? Así es que, en cuanto vi que te removías y abrías los ojos, se me quitó un peso de encima.

El teniente tendió la mano. Puso sus dedos finos y hermosos a pesar de la suciedad sobre el brazo de la muchacha, se lo acarició suavemente y dijo:

- ¡Gracias, querida!

Mariutka enrojeció y le retiró la mano.

- ¡No tienes que darme las gracias!... No hay de qué. ¿Es que, según tú, hay que dejar a un ser humano que se muera? ¿Yo qué soy: una fiera del bosque o una persona?

- Pero yo soy un cadete... Un enemigo. ¿Valía la pena tomarte más trabajo con tus cuidados? Tú misma apenas te tienes de pie.

Mariutka se detuvo un instante, brusca y perpleja. Con despectivo ademán, prorrumpió en risas:

- ¿Qué enemigo eres tú? ¡No puedes ni siquiera levantar la mano! Será mi sino. No te maté a la primera, me falló el tiro por vez primera en la vida, y desde entonces estoy condenada a cargar contigo hasta el fin. ¡Toma, come!

Y le acercó a la barbilla la caldereta, en la que flotaba, grasiento y ambarino, un trozo de lomo de esturión. El pedazo, terso y fragante, exhalaba un tufillo apetitoso y grato. El teniente iba sacando trocitos de la caldereta y comiéndoselos gustoso.

- Lo malo es que está terriblemente salado. Abrasa la garganta.

- ¡Qué se le va a hacer! Si hubiera agua dulce, se podría poner en remojo. Pero así, es una verdadera desgracia: ¡pescado salado y agua salada! Estamos copados, ¡mecachis en la mar!...

El teniente apartó la caldereta.

- ¿Qué? ¿No quieres más?

- No. Estoy harto. Come tú.

- ¿Yo? ¡Que se lo coma el diablo! Después de una semana, me repugna. No lo puedo tragar.

El teniente, apoyado en un codo, permanecía echado.

- ¡Ay..., de qué buena gana fumaría ahora! - suspiró nostálgico.

- ¿Sí? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? En la mochila de Semianni quedó tabaco. Se mojé un poco, pero yo lo he secado. Sabía que te entrarían ganas... A los fumadores, después de una enfermedad, les tira aún más el tabaco. Aquí lo tienes.

El teniente tomó emocionado la bolsita. Sus dedos temblaban.

- ¡Eres de oro puro, Mariutka! ¡Mejor que una niñera!

- Por lo visto, tú no puedes pasarte sin niñeras - repuso Mariutka con sequedad, poniéndose colorada.

- Lo malo es que no hay papel. Ese *agrosellado* vuestro me quitó hasta el último que tenía, y la pipa la he perdido.

¿Papel?... -repitió Mariutka pensativa.

Luego, con decisión, volvió el borde de la zamarra con que estaba tapado el teniente, metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño envoltorio.

Desató la cuerda y tendió al teniente varias hojas de papel.

- Toma, lío...

El teniente cogió las hojas y las examinó. Sus ojos se alzaron hacia Mariutka. Brillaban perplejos con azul fulgor.

- ¡Pero si son tus versos! ¿Estás en tu juicio? ¡Yo no los tomo!

- ¡Tómalos, diablo maldito! No me desgarras más el corazón, ¡mecachis en la mar!...

El teniente la miró con fijeza.

- ¡Gracias! ¡Nunca lo olvidaré!

Arrancó un trocito de una esquina, hizo con él un cucurucho en forma de pipa y, luego de llenarlo de tabaco, lo encendió. A través de las volutas de humo,

quedóse mirando a la lejanía.

Mariutka, que le observaba con suma atención, inquirió de pronto:

- Por más que te miro, no lo comprendo. ¿Por qué tienes los ojos tan azules? En mi vida he visto, en parte alguna, ojos semejantes. Son de un azul tan hondo, que hasta puede una ahogarse en ellos.

- No sé -respondió el teniente-. Son así de nacimiento. Muchos dicen que tienen un color singular.

- ¡Y es cierto!... Cuando te hicimos prisionero, pensé ya: «¡Qué ojos los de ese hombre!» ¡Son peligrosos!

- ¿Para quién?

- Para las hembras. ¡Se meten sin jabón en el alma! ¡Inquietan!

- ¿A ti también te han inquietado?

Mariutka se sonrojó:

- ¡No preguntes esas cosas! ¡Vaya un diablo! Estáte ahí acostado, voy por agua en un vuelo.

Se levantó y agarró la caldereta con indiferencia, pero, al salir por el pasillo, entre las pilas de pescado, volvióse alegremente y dijo, igual que antes:

- ¡Tontuelo mío, ojitos azules!

Capítulo octavo. En el que no hay nada que aclarar

Sol de marzo, viraje hacia la primavera.

Sol de marzo sobre el Aral, que acaricia suave su terciopelo azul y mordisquea con cálidos dientes, haciendo bullir la sangre en las venas.

Era el tercer día que el teniente se levantaba.

Sentado a la puerta del cobertizo, calentábase al solcillo, contemplando la vida en derredor con ojos gozosos, de resucitado, azules como el mar. Entretanto, Mariutka recorría toda la isla.

La última vez, al volver de su exploración a la caída de la tarde, anunció jubilosa:

- ¡Oye! ¡Mañana nos trasladamos a otra parte!

- ¿A dónde?

- Allí; más lejos. A unas ocho verstas.

- ¿Y qué hay allí?

- He encontrado una casita de pescadores. ¡Un verdadero palacio! Seca, sólida, hasta los cristales de las ventanas están enteros. Tiene su horno, hay alguna vajilla, aunque rota, cacharros... Todo aprovechable. Y lo principal, hay bancos de madera. No habrá que estar tirados en la tierra. Allí debíamos haber ido inmediatamente.

- ¿Y quién lo sabía?

- ¡Claro! Además, he descubierto un tesoro. ¡Magnífico hallazgo!

- ¿Qué?

- Una alacena que tienen allí, detrás del horno, para las provisiones. Y quedan algunas casillas. Arroz y unos ocho kilos de harina. Un poco florecida, pero se puede comer. Seguramente en otoño, al empezar los temporales, con las prisas, se lo

dejaron olvidado. ¡Ahora viviremos, no hay que apurarse!

A la mañana siguiente hicieron la mudanza. Delante iba Mariutka, cargada como un camello. Todo lo acarreaba ella, no permitió que el teniente llevase nada.

- ¡Déjame en paz! No vayas a ponerte malo otra vez. Y me costará más caro. ¡No tengas miedo! ¡Lo llevaré hasta su sitio! Aunque parezca débil, me sobran fuerzas.

A eso del mediodía, llegaron a la casita, quitaron la nieve de la entrada y ataron con una cuerda la hoja de la puerta que se había salido de sus goznes. Luego de llenar de carpas el horno, lo encendieron y, sonrientes de dicha, se sentaron a la lumbre.

- ¡De primera! ¡Como reyes!

- Eres estupenda, Mariutka. Te estaré agradecido mientras viva... Sin ti, habría muerto.

- Con lo señorito que eres, ¡desde luego!

Guardó silencio unos instantes frotándose las manos sobre el fuego, e indagó:

- Bueno, ahora ya tenemos calor... ¿Y qué vamos a hacer en adelante?

- Esperar. No cabe otra cosa.

- ¿Esperar qué?

- La primavera. Ya no falta mucho. Estamos a mediados de marzo. Un par de semanas más, y vendrán los pescadores; vendrán de seguro, a pescar, y nos prestarán ayuda.

- Si es así, menos mal... Porque con pescado y harina florecida no tiraremos mucho tiempo. Un par de semanitas, ¡y a hincar el pico! ¡Mecachis en la mar!...

- ¿Por qué andas siempre con los *mecachis* a vueltas? ¿Dónde has aprendido eso?

- Es un dicho de nuestra tierra, de Astrakán. Lo emplean los pescadores para no soltar ajos fuertes. No me gustan las palabrotas, aunque alguna vez que otra la rabia les da suelta. Y una se desahoga...

Dio vuelta al pescado en el horno, con la baqueta, e inquirió:

- Tú me has hablado de una novela que trata de una isla. De un tal Viernes. Cuéntamela, para que el tiempo no pase en balde. Me gustan con delirio los relatos. A casa de mi tía solían acudir las mujeres del barrio y llevaban con ellas a la vieja Gujnija. Tendría sus buenos cien años, o más tal vez. Recordaba hasta a Napoleón *Buenaspartes*. Y apenas empezaba a contar, yo me agazapaba en un rincón a escuchar, quietecita. Sin atreverme ni a respirar, por miedo a perderme algo.

- ¿Quieres que te cuente la historia de Robinsón? Se me ha olvidado ya la mitad de ella. Ha transcurrido mucho tiempo desde que la leí.

- Haz memoria. Y todo lo que recuerdes, ¡cuéntamelo!

- Bueno. Procuraré...

El teniente entornó los ojos, esforzándose por

recordar.

Mariutka extendió la zamarra sobre la litera de junto al horno y se metió en aquel rincón.

- ¡Siéntate aquí! Se está más caliente.

El teniente se introdujo también allí. El horno irradiaba ya alegre calor.

- ¿Por qué callas? ¡Empieza! Ardo en deseos de enterarme. Me muero por los relatos.

Apoyándose en los codos, el teniente comenzó:

- Vivía en la ciudad de Liverpool un hombre rico. Se llamaba Robinsón Crusoe...

- ¿Y dónde está esa ciudad?

- En Inglaterra... Vivía, pues, un hombre rico llamado Robinsón Crusoe...

- ¡Aguarda!... ¿Dices que era rico? ¿Y por qué en todos los relatos se habla de los ricos y de los reyes? ¡En cambio, de los pobres ni siquiera se escriben cuentos.

- No lo sé -repuso el teniente perplejo-. Nunca me he parado a pensarlo.

- Debe ser porque los mismos ricos eran los que hacían los cuentos. Igual me ocurre a mí. Quiero escribir versos, pero no tengo instrucción para ello. Si la tuviera, ¡qué buenas cosas escribiría sobre los pobres! Pero no importa, ya aprenderé y las escribiré.

- Pues bien, como te iba diciendo, al tal Robinsón Crusoe se le ocurrió la idea de hacer un viaje alrededor del mundo. Para ver cómo vivía la gente. Y salió de la ciudad en un gran barco de vela...

Crepitaba el fuego en el horno; las palabras del teniente caían lentas, a intervalos iguales, como gotas de agua.

Poco a poco iba recordando y procuraba narrarlo todo con el mayor detalle.

Mariutka permanecía inmóvil, el oído atento, lanzando exclamaciones en los momentos culminantes.

Cuando el teniente describió el naufragio del barco, Mariutka encogióse de hombros desdeñosa y preguntó:

Por lo tanto, ¿todos se ahogaron, menos él?

- Sí, todos.

- Entonces, el capitán debía tener menos sesos que un mosquito o habría empinado tanto el codo, que ya no veía. Nunca creeré que un buen capitán deje perecer a la tripulación entera tan tontamente. ¡Cuántos barcos y barcas no se habrán hundido en el Caspio! Y lo más que se ahogan son dos o tres personas; los otros se salvan en un periquete.

- No siempre. Ya ves, Semianni y Viájr se ahogaron. Por consiguiente, ¿tú eres una mala capitana o habías empinado también el codo?

Mariutka quedó pasmada.

- ¡Cómo las lías, mecachis en la mar!... Bueno, sigue.

Al llegar a la aparición de Viernes, volvió a interrumpirle:

- ¡Ah!, ¿por eso me llamabas Viernes? ¿Como si

tú fueras ese mismo Robinsón?.. ¿Y dices que Viernes era negro? Yo vi una vez un negro. En el circo de Astrakán. Con mucho pelo. Y unos labios así de grandes... ¡Tenía una cara que daba espanto! Las chiquillas corríamos tras él, irritándole. El se enfadaba mucho. Y nos ahuyentaba tirando piedras.

Al oír lo de la agresión de los piratas, volvió hacia él los ojos centelleantes:

- ¿Diez contra uno? ¡Qué miserables! ¡Mecachis en la mar!...

Finalizó el teniente su relato.

Ella, ilusionada, se acurrucó junto al hombro del teniente. Y ronroneó soñolienta:

- Muy bonito. ¿Y sabes muchos más cuentos como ése? Cada día me contarás uno.

- ¿Es que te gusta?...

- Mucho. Le entran a unos temblores. Así las tardes se harán más cortas. Pasará el tiempo sin sentir.

El teniente bostezó.

- ¿Tienes sueño?

- No... Estoy débil después de mi dolencia.

- ¡Ay, blandengue!

Volvió Mariutka a alzar la mano y la pasó de nuevo por los cabellos del teniente. El, asombrado, alzó hacia ella sus pupilas azules.

Su mirada era una caricia suave que iba penetrando en el corazón de la muchacha. Olvidada de todo, inclinóse hacia la demacrada mejilla de él y apretó contra la crecida barba punzante, sus labios cuarteados y resecos.

Capítulo noveno. En el que se demuestra que, aunque no hay leyes para el amor, es la existencia la que determina la conciencia

En la lista de muertos de Mariutka, el teniente de la Guardia Govoruja-Otrok debía haber sido el cuarenta y uno.

Pero fue el primero en la lista de dichas de la muchacha.

Surgió en el corazón de Mariutka un irresistible apego al teniente, a sus manos finas, a su voz queda sobre todo, a sus ojos, de un azul extraordinario.

Aquel azul iluminaba la vida.

Quedaron entonces relegados al olvido el triste mar de Aral, el repugnante sabor del pescado salado y de la harina florecida; desvaneciéndose sin dejar huella la imprecisa añoranza del mundo que se agitaba fragoroso más de las inmensas aguas oscuras. Durante el día, se dedicaba a sus quehaceres habituales, cocía tortas en el horno, guisaba el consabido esturión, del que estaba ya hasta los pelos y que le producía unas pequeñas llagas redondas en las inflamadas encías, y de vez en cuando salía a la orilla para ver si se divisaba, aleteante en inclinado vuelo, la tan esperada vela de algún barco.

A la caída de la tarde, cuando el parco sol descendía del cielo primaveral, se iba a su rinconcito

de la litera y, hecha un ovillo, se apretaba mimosa contra el hombro del teniente. Allí escuchaba.

Muchas cosas contaba él. Y sabía contarlas.

Deslizábanse los días lentos, aceitosos como las olas.

Una vez el teniente -que se deleitaba a la puerta la casucha, al sol, contemplando cómo los dedos de la muchacha quitaban con su habitual destreza las escamas a una carpa regordeta- exclamó de pronto, entornando los ojos y encogiéndose de hombros:

- ¡Ban!... ¡Pamplinas! ¡Al diablo!..,

- ¿Qué dices, querido?

- Digo que pamplinas... Todo en la vida es pura pamplina. Los primeros conceptos, las primeras ideas que se nos imbuyen. ¡Sandeces! Signos convencionales, como en los planos topográficos. ¿Teniente de la Guardia? ¡Al cuerno el teniente de la Guardia! Vivir es lo que yo quiero. Llevo en el mundo veintisiete años y veo que todavía no he vivido en absoluto. He gastado montones de dinero, he vagado por todos los países en febril búsqueda de algún ideal, mientras me consumía un tedio, una tristeza de muerte a causa del vacío y la insatisfacción. Y ahora pienso: Si alguien me hubiera dicho entonces que los días más pletóricos de mi existencia los iba a pasar aquí, en esta necia hojuela de arena y en medio de este necio mar, jamás le habría creído. De ninguna manera.

- ¿Qué días dices?

- Los más pletóricos. ¿No lo comprendes? ¿Cómo explicártelo para que lo entiendas? Bueno, unos días en los que uno, en vez de sentirse en hostil oposición al mundo entero, partícula aislada para una lucha independiente, se diluye por completo en esta masa terráquea -y extendió el brazo con amplio ademán-. Ahora me siento fundido a ella, indisolublemente. Su aliento es mi aliento. ¿Oyes el respirar de la marea?... No es ella la que respira, soy yo, es mi alma, mi cuerpo.

Mariutka dejó el cuchillo.

- Tú hablas como la gente instruida, no todas tus palabras las entiendo. Pero te diré sencillamente que soy feliz ahora.

- Son palabras distintas, pero expresan lo mismo. Y ahora me imagino: Buena cosa sería no marcharse de estas absurdas arenas ardientes, quedarse para siempre aquí, derretirse bajo este sol de terciopelo, vivir como gozosa fiera...

Mariutka miraba concentrada a la arena, como tratando de recordar algo muy preciso. Echóse a reír inopinadamente y repuso con tono de disculpa:

- ¡Ya está bien de arenitas!... Yo no me quedaría aquí. Entra demasiada flojera y puede una acabar sin fuerzas para nada. Ni siquiera tiene una a quién mostrar su dicha. No hay alrededor más que peces muertos. Ojalá vengan pronto los pescadores. De seguro que marzo está ya dando las boqueadas. Echo mucho de menos a las personas vivas.

- ¿Es que nosotros somos cadáveres?

- No; estamos vivos, pero cuando se termine la harina que nos queda, la más florecida y sólo para una semana, y nos coma el escorbuto, ya veremos lo que es canela. Además, comprende, querido, que no son tiempos para estar sentaditos al calor del horno. Allá, seguramente, luchan los nuestros, derraman su sangre. Cada brazo cuenta. Y en una situación así, yo no puedo estar aquí sin hacer nada. No hice yo para eso el juramento de combatiente roja.

Los ojos del teniente se sobresaltaron.

- ¿Qué te propones? ¿Volver a ser soldado?

- ¡Pues claro!

El teniente, después de un silencio en el que daba vueltas entre sus dedos a una seca astilla arrancada del marco de la puerta, empezó a verter sus palabras en lento y continuado arroyuelo:

- ¡Qué rara eres! Mira, Mariutka, voy a decirte una cosa: estoy hasta la coronilla de todas estas sandeces. ¡Cuántos años de sangre y de rencores! Yo no me hice soldado cuando estaba en pañales. Hubo un tiempo en que llevaba una vida humana, buena. Antes de la guerra con Alemania, era estudiante; estudiaba filología, mi afán eran los libros, mis adorables y fieles libros. Tenía muchos. Tres paredes, mi habitación estaba llena de ellos, hasta arriba. A veces, fuera, en la calle, la niebla petersburguesa echaba su húmeda zarpa a la gente y se la tragaba, mientras en la habitación ardía la estufa, bien encendida, y la lámpara, bajo la pantalla azul. Arrellanado en un sillón, con un libro en la mano, yo me sentía, como ahora, completamente libre de preocupaciones. El alma florecía y hasta se percibía el susurro de los pétalos al abrirse. Como el almendro en primavera, ¿comprendes?

- Sí, sí... -asintió Mariutka recelosa.

- Pues bien, un fatídico día todo aquello estalló, saltó hecho añicos por los aires, se fue a los infiernos... Recuerdo el día aquel como si fuera ahora. Yo estaba en mi casa de campo, en la terraza, hasta recuerdo que leía un libro. Era un atardecer triste, purpúreo, que lo teñía todo del color de la sangre. Mi padre vino de la ciudad, en tren. Llegó de la estación agitado, con un periódico en la mano. No dijo más que una palabra, pero aquella palabra pesaba como una losa de plomo... ¡La guerra! Terrible palabra, tan sangrienta como el atardecer. Y mi padre añadió: «Vadim, tu bisabuelo, tu abuelo y yo acudimos a la primera llamada de la Patria. Confío en que tú...» No confiaba en vano. Dejé los libros y fui a la guerra. Entonces estaba convencido...

- ¡Memeces! -exclamó Mariutka asombrada-. Entonces, si mi padre, borracho, da cabezazos contra la pared, ¿debo yo hacer lo mismo? No acabo yo de entender eso.

El teniente dio un suspiro.

- Cierto... Eso no lo puedes tú comprender. Nunca

ha pesado sobre ti la carga del nombre, del honor de la familia, del deber... Y nosotros apreciábamos en mucho todo eso.

- Bueno, ¿y qué?... Yo también quería mucho a mi difunto padre, pero si él era un borrachín empedernido, yo no estoy obligada a seguir por su mismo camino. ¡Haber mandado al bisabuelo con la bisabuela!

Torció la boca el teniente, en maligna sonrisa.

- No lo mandé. Y la guerra me perdió. Con mis propias manos, hundí mi corazón vivo en el pudridero mundial, en el repugnante basurero. Llegó la revolución. Yo creía en ella como en una novia... Y ella... Durante toda mi vida de oficial no le había puesto a ningún soldado ni un dedo encima; en cambio, a mí, en la estación de Gómel, unos desertores me atraparon, me arrancaron las hombreras, me escupieron en la cara y me la embadurnaron con excremento del retrete. ¿Qué había hecho yo para eso? Huí y conseguí llegar a los Urales. Creía aún en la patria. Ansiaba volver a combatir por la patria escarnecida. Por mis hombreras deshonoradas. Combatí y vi que no hay patria, que la patria es un páramo tan grande como la revolución. Que a las dos les gusta la sangre. Y que por las hombreras no vale la pena pelear. Entonces, recordé la única y verdadera patria del hombre: el pensamiento. Me he acordado de nuevo de los libros, quiero volver a ellos, abismarme en ellos, pedirles perdón, vivir en su compañía para siempre, y en cuanto a la humanidad, por su patria, por la revolución, por la podredumbre de la maldita, escupirle en la misma jeta.

- ¿De modo que... la tierra se quiebra por la mitad, las gentes buscan la verdad, se atormentan, vierten su sangre, y tú, entretanto, gandulazo, vas a estar leyendo cuentecitos tumbado junto al horno?

- No sé... Ni quiero saber nada -gritó frenético el teniente, poniéndose en pie de un salto-. Solamente sé una cosa: que vivimos en el ocaso de la tierra. Tienes razón al decir que se parte por la mitad. ¡Sí, se parte, se quiebra la vieja canalla! Arrasada toda, destripada. Precisamente de esa desolación muere. Antes era joven, fértil, inexplorada, seducía con el encanto de nuevos países e incalculables riquezas. Mas eso ha terminado. Ya no hay nada nuevo que descubrir. Toda la astucia del hombre se emplea en conservar lo acumulado, en subsistir unos siglos, unos años, unos minutos mas. Técnica. Cifras muertas. Y el pensamiento, esterilizado por las cifras, se debate en problemas de exterminio. Exterminar el mayor número posible de gente, para que los que queden puedan seguir llenando la panza y los bolsillos. ¡Al cuerno!... Yo no quiero más verdad que la mía. ¿Es que tus bolcheviques han descubierto la verdad? ¿Cambiar el alma viva, de hombre, por un vale y una ración? ¡Basta! ¡Yo estoy ya fuera del asunto! ¡No quiero mancharme más!

- ¡Muy limpito es usted, señoritingo! ¿Quiere su señoría que otros escarben en la mierda por usted?

- ¡Sí. Que lo hagan, recristo! Que lo hagan otros a quienes les guste. ¡Escúchame, Mariutka! En cuanto logremos salir de aquí, nos iremos al Cáucaso. Allá, cerca de Sujumi, tengo yo una casita de campo. Me meteré en mi casita para dedicarme a mis libros, ¡y al cuerno todo lo demás! Vida apacible, tranquilidad. No quiero más verdad, estoy harto, sólo ansío tranquilidad. Y tú estudiarás. Pues lo deseas, ¿no es cierto? Tú misma te quejabas de tu falta de instrucción. La tendrás. Haré por ti cuanto sea preciso. Me has salvado de la muerte, y eso nunca se olvida.

Mariutka se levantó con brusquedad. Mordiendo las palabras le soltó una rociada punzante:

- Si no he entendido mal, ¿quieres que nos refocilemos los dos, en coyunda, sobre un colchón de plumas, mientras la gente lucha con todas sus fuerzas por su verdad y que nos regalemos el pico con bombones, cuando cada uno de ellos está manchado de sangre? ¿No es eso?

- ¿Por qué dices las cosas tan groseramente? - preguntó él con pena.

- ¿Groseramente? ¿Es que a ti hay que dártelo todo con dulzura, con salsita bien azucarada? ¡No, óyeme! Tú has difamado la verdad bolchevique. Dices que no quieres saber más de ella. ¿Pero la has conocido alguna vez? ¿Sabes en qué consiste? ¿Cómo está empapada de sudor salado y lágrimas humanas?

- No lo sé -contestó con desgana el teniente-. Lo único que me extraña es que tú, una muchacha, te hayas endurecido tanto, que te atrae ya ir a aniquilar, a matar, en unión de hordas de borrachos y piojosos.

Mariutka se puso en jarras y le espetó con coraje:

- Ellos puede que tengan piojos en el cuerpo, ¡pero tú los tienes en el alma, a montones! Vergüenza me da haberme liado con un tipo semejante. ¡Baboso, gusano rastrero! Mariutka, vamos a la cama a refocilarnos, a vivir tranquilos en casita -prosiguió, remedándole-. Otros, doblando el espinazo, roturan los campos, mientras que tú... ¡Ah, hijo de perra!

El teniente enrojeció y apretó terco los labios.

- ¡No insultes!... ¡No te pases de la raya... villana!

Mariutka avanzó hacia él, alzó la mano, y, con todas sus fuerzas, le dio un bofetón en la demacrada mejilla sin afeitarse.

El teniente retrocedió tambaleante, trémulo, crispados los puños. Y masculló con voz entrecortada:

- ¡Por suerte para ti, eres una mujer! Te odio... ¡Miserable!

Y entró rápidamente en la casucha.

Mariutka, desconcertada, se quedó mirando la mano, que le ardía aún, y, sacudiéndola en el aire, dijo, no se sabía a quién:

- ¡Vaya un geniecito que tiene el señor! ¡Mecachis en la mar!...

Capítulo décimo. En el que el teniente Govoruja -Otrok oye el estruendo de un mundo que muere y el autor declina toda responsabilidad por el desenlace

Después de la riña, el teniente y Mariutka estuvieron tres días sin hablarse. Pero en una isla no es tan fácil rehuirse. Y la primavera los reconcilió. Expandíase por doquier, a la par, en incontenible avance, irradiando calor.

Hacia tiempo que sus cascos de oro habían roto el tenue blindaje de nieve que cubría la isla. Y ésta se tomó suave, de un vivo color canario, sobre el cristal oscuro del agua espesa.

A mediodía, la arena quemaba las manos al tocarla.

En el cargado azul del mar, como un áureo disco flamígero, resplandecía el sol, lozano, oreado por los vientos del deshielo.

Y el sol, los vientos del deshielo y el escorbuto que empezaba a atormentarles aplacaron por completo los últimos ímpetus de los dos. No estaban ya para peleas.

Se pasaban los días enteros en la orilla, echados sobre la arena, sin apartar la mirada del denso cristal, buscando con inflamados ojos alguna vela en el horizonte.

- Ea, ¡se acabó mi paciencia! Si dentro de tres días no vienen los pescadores, ¡pum!, me pego un tiro - aseguró Mariutka con desesperación mirando al impasible e intenso azul.

El teniente lanzó un leve silbido.

- ¡Atiza! Me llamaste baboso y gusano rastrero, ¿y tú misma te rindes? Aguanta, cosaco, y serás atamán. ¡Atamán de bandidos, claro, pues no te queda otro camino!

- ¿Para qué sacas a relucir cosas viejas? ¡Qué cargante! Agua pasada no mueve molino. Y si te regañé, fue con sobrados motivos. Me estalló la rabia que llevaba dentro, porque eres un pingajo, un pipiolo inexperto. ¡Y me da coraje! ¡Buena me ha caído contigo! Te pegaste a mí, me quitaste el sosiego, me has revuelto el corazón y todas las entrañas, diablo de ojos azules.

El teniente se tiró de espaldas sobre la ardiente arena y, riendo a carcajadas, agitó las piernas en el aire.

- ¿Qué te pasa? ¿Por qué tonteeas?

El siguió con su risa.

- ¡Eh, chiflado! ¡Habla de una vez!

Pero el teniente no se calmó hasta que no le metió Mariutka un puño en el costado.

Se incorporó, enjugándose las lágrimas de hilaridad.

- Di, ¿por qué ríes de esa manera?

- ¡Vales un potosí, María Filátovna! Pones de

buen humor a cualquiera. ¡Eres capaz de hacer bailar a un difunto!

- ¿Y tú qué crees? ¿Que es mejor balancearse sin fin en el agua, como un tronco rodeado de hielos, que no va a una orillita ni a la de enfrente? ¿Para marearte tú mismo y que otros sientan ganas de vomitar al verte?

Volvió a reír a carcajadas y le dijo a Mariutka dándole unas palmaditas en el hombro:

- ¡Gloria a ti, reina de las amazonas! ¡Viernes amigo! Me has cambiado por completo inyectándome el elixir de la vida. No quiero balancearme más en el agua, entre hielos, como ese tronco de tu metáfora. Yo mismo me doy cuenta de que es pronto para volver a los libros. ¡Hay que vivir aún, hay que rechinar los dientes y morder como los lobos, para que los demás sientan que tú también tienes colmillos!

- ¿Cómo, será posible que te hayas espabilado?

- ¡Sí, me he espabilado, paloma mía! ¡Gracias por tus lecciones! Si nos enfrascamos ahora en los libros y os dejamos a vosotros la tierra en pleno dominio, haréis en ella tales estropicios, que cinco generaciones verterán luego lágrimas de sangre. ¡No, tontita querida! Puesto que la cultura va contra la cultura, hay que seguir hasta el fin. Hasta que...

Dejó de hablar, como si se le hubiera cortado el aliento.

Sus pupilas azul marino quedaron fijas en el horizonte, encendidas con jubiloso fulgor.

Tendió hacia allá la mano y profirió con voz queda y trémula:

- Una vela.

Mariutka se empinó rápida, como impulsada por una fuerza interna, y vio que lejos, muy lejos, en la tenue raya añil entre el ciclo y el mar, se columbraba de vez en cuando una llamita blanca, oscilante: una vela que henchía el viento.

Se apretó con las manos el agitado pecho, sin creer aún lo que veían sus ojos, clavados en aquel albo jirón, ansiado tanto tiempo.

De un brinco, el teniente se plantó a su lado, la agarró de ambas manos, apartándoselas del pecho, y empezó a bailar con ella, obligándola a girar en torno a él.

Levantaba mucho las finas piernas, enfundadas en los andrajosos pantalones, mientras cantaba a grito pelado:

Blan-que-a una ve-la so-li-ta-ria

en el bru-mo-so mar a-zul.

Bim-bam, bim-bum...

Imar a-zul!

- ¡Déjame, loco!-pidió ella, escapando gozosa, jadeante.

- ¡Mariutka, bobita mía, reina de las amazonas! ¡Estamos salvados! ¡Salvados!

- ¡Diablo majareta! ¿Por lo visto, ahora te han entrado ganas de salir de la isla y volver a la vida, con las gentes?

- ¡Sí, tengo ganas, muchas! ¡Ya te dije que las tenía!

- ¡Espera! ¡Hay que hacer señales! ¡Llamarles!

- ¿Para qué? Ellos mismos vendrán.

- ¿Y si van a otra isla? Los nernakanes decían que por aquí hay una infinidad. Pueden pasar de largo. ¡Trae un fusil de la casa!

El teniente se lanzó hacia la casucha. Al momento, salió de ella enarbolando el fusil y lanzándolo a lo alto.

- No hagas el tonto -le gritó Mariutka-. Dispara tres veces seguidas.

El teniente pegó la culata al hombro. Los secos estampidos rompieron el silencio de cristal; a cada disparo, el teniente se tambaleaba, y sólo ahora advertía lo muy debilitado que estaba.

La vela se veía ya con claridad. Grande, de un color amarillo rosáceo, avanzaba rozando rauda el agua, como el ala de un pájaro alborozado.

- Me extraña... -barbotó Mariutka, en tanto observaba atenta-. ¿Qué barquito será ése? No parece un pesquero, es demasiado grande.

En la embarcación habían oído los disparos. Se balanceó la vela, revoló a la otra banda, e inclinándose, enfiló rápida la orilla.

Bajo el ala amarillo rosácea, emergió del azul, a poca altura, el casco negro del barco.

- Tiene que ser por fuerza algún bote de vigilancia de pesqueros -dijo Mariutka, bajando la voz-. Pero lo que no comprendo es por qué ronda por aquí en este tiempo...

A unos cien metros de la costa, el bote viró de nuevo, a babor. En la popa se irguió la figura de un hombre que, llevándose las manos a la boca, a modo de bocina, gritó algo.

El teniente se estremeció, abalanzóse hacia adelante, tiró precipitadamente el fusil a la arena y, de dos saltos, se plantó en la misma orilla del agua. Tendiendo los brazos, empezó a vociferar con frenesí:

- ¡Hurra!... ¡Son los nuestros!... ¡Pronto, señores, vengan pronto!

Mariutka clavó en el bote la ansiosa mirada y vio... que en los hombros del que empuñaba el timón brillaban unas franjas doradas.

Agitóse de un lado para otro, como una clueca alarmada, y quedó encogida y convulsa.

La memoria, como un relámpago, iluminó por un instante ante sus ojos un trozo del pasado reciente:

Hielo... Agua turquesa... El rostro de Evsiukov. Sus palabras: «Si por casualidad os tropezáis con los blancos, no permitas que lo cojan vivo».

Con un gemido de dolor, mordióse los labios y agarró el fusil tirado en la arena.

El grito de Mariutka resonó desesperado:

El cuarenta y uno

- ¡Eh, tú... cadete asqueroso! ¡Atrás!... ¡Te digo que atrás, diablo!

El teniente, agitando los brazos, permanecía en pie, con el agua hasta los tobillos.

De pronto, oyó a sus espaldas el estruendo ensordecedor y solemne de un mundo que se hundía en el fuego y la tempestad. No tuvo tiempo de comprender por qué se había apartado de un salto, para salvarse de la catástrofe, y aquel fragor de gran naufragio fue para él el postrer ruido terrenal.

Mariutka, con ojos de estupor, miraba al caído, moviendo involuntariamente el pie izquierdo.

El teniente se había derrumbado, hincando la cabeza en el agua. Por el oleoso cristal corrían en distintas direcciones los arroyuelos rojos que brotaban del destrozado cráneo.

Mariutka se acercó y agachóse. Lanzando un

alarido, se desgarró la guerrera sobre el pecho y dejó caer el fusil.

En el agua, sujeto por el hilo rosado del nervio, fuera de su órbita, flotaba un ojo, con tenue oscilación. Tan azul como el mar, la miraba atónito y lastimero.

Chapoteando de rodillas en el agua, intentó alzar aquella cabeza inerte, toda desfigurada de pronto, cayó sobre el cadáver y empezó a restregar la cara contra aquellos despojos, manchándose con la sangre coagulada, mientras gemía con angustia:

- ¡Pobrecito mío! ¿Qué he hecho yo? ¡Despierta, mi vida, ojitos azules!

Desde la barcaza, encallada en la arena, unos hombres miraban perplejos.

Marzo de 1924.

A. ZÓRICH.

A. Zórich es el seudónimo del escritor Vasili Lókot (1899-1937), perteneciente a la generación de escritores soviéticos que se incorporaron a la literatura en los primeros años de la revolución. En las décadas del 20 y del 30, los relatos y artículos satíricos de A. Zórich aparecían en "Pravda" e "Izvestia" y se publicaron reiteradas veces en ediciones especiales. Muchos de sus cuentos están dedicados a acontecimientos de la revolución y de la guerra civil y a Lenin.

El cuento "El agravio", escrito con gran fuerza dramática, se lo inspiró a Zórich un episodio de la vida del famoso microbiólogo ruso D. Zabolotski.

EL AGRAVIO.

El tren llegó al anochecer, cuando tras los enormes cristales de las ventanas de la estación, que llevaban mucho tiempo sin limpiar, se cernía ya una densa y negra bruma.

Rendida de tanto esperar, la muchedumbre se precipitó violentamente por los estrechos pasillos que llevaban al andén. Era la abigarrada, turbulenta e inolvidable muchedumbre del año 19. El pito de la locomotora era para ella como un toque de corneta que llamara al asalto. Con gritos y juramentos, corrió hacia los vagones de mercancías, barriendo en su camino las vallas del andén; se oyeron los gritos y los alaridos de las mujeres, el asustado llanto de los niños, el crujir de los cestos y los baúles y el ruido de vidrios rotos. Al minuto, la sala de espera estaba ya vacía.

El último en salir al andén fue un anciano que vestía un abrigo forrado de pieles con un cuello grande, pasado de moda. Llevaba en sus manos una cesta de corteza de tilo. Su rostro recordaba a Herzen en el maravilloso retrato de Gue y saltaba inmediatamente a la vista: tenía una bella y despejada frente de pensador y esa mirada reconcentrada, profunda y un tanto ausente de las personas de intensa vida intelectual. Era un famoso microbiólogo y profesor ruso, que gozaba de renombre mundial por sus investigaciones de la peste en Oriente; posteriormente fue académico, adquirió una popularidad enorme, presidió una de las más importantes instituciones científicas de la Unión Soviética y fue elevado, reiteradas veces, al parlamento de la República.

Pero entonces no era todavía tan conocido; además, corría el año 19, en torno todo borbollaba y hervía como en una caldera, las ciencias habían pasado a segundo plano, y los méritos contraídos en los gabinetes no eran muy tomados en consideración.

Por la mañana había estado, para pedir que le reservaran un billete del tren, en el Comité Ejecutivo

del Soviet de aquella pequeña ciudad, en cuyas cercanías había trabajado tres meses, combatiendo una epidemia, y había atesorado valiosísimos datos científicos. Pero el Comité Ejecutivo llevaba ya veinticuatro horas reunido, y el profesor no consiguió su propósito. Le tuvieron aguardando en vano dos horas y, en lugar de un billete para el tren, le endosaron, sin que supiera por qué, un vale por el que el Comité de Abastos debía suministrarle los productos que se daban a las personas que se hallaban en comisión de servicio. El vale especificaba que le correspondían dos arenques del Caspio, una caja de insecticida y, además, tomando en consideración sus grandes méritos científicos, seis botones de hueso para la ropa interior. El profesor se sonrió torcidamente al leer el vale y quiso pasar al despacho del presidente del Soviet, pero el guardián, que se hallaba sentado a la puerta, le dijo que la reunión estaba en lo más álgido y le habían dejado dicho que no permitiera entrar a ningún "latoso". Aquella palabra le hirió el oído.

- Soy un sabio -dijo, irguiéndose muy digno.

- Ahora no hay sabios -replicó rotundo el guardián-, ¿no estamos ya en el viejo régimen!

El profesor se marchó y, en la estación, logró con grandes dificultades penetrar en la oficina del comandante. Pero el hombre aquel, espeluzado, con barba de varios días, aturdido, bañado en sudor y con los ojos inflamados por la falta de sueño, le gritó sin dejarle que acabara de hablar:

- ¡No puedo, camarada, no puedo hacer nada! ¡Éramos pocos y parió la abuela! ¡Me van a volver loco! ¡No digo yo un profesor, llevo dos días sin poder encontrar sitio para el cocinero de un Estado Mayor! ¿Me oye? ¡El cocinero de un Estado Mayor! ¡No he podido aún cargar una partida de arenques! ¿Comprende? ¡Arenques! ¡Y usted me viene hablando de no sé qué microbios!...

Aquel pequeño y banal incidente dejó muy

contrito al profesor. Era un hombre honesto, que no vivía divorciado de la sociedad, y los acontecimientos que se producían en el país le alegraban profunda y sinceramente. Pero la ciencia, que era para él toda la vida, la ciencia, a la que había sacrificado tantos años, energías, conocimientos y alma, le parecía condenada a morir en el vertiginoso y contenible torbellino de la revolución. En torno todo crujía y se desmoronaba. Se cerraban las universidades, perecían valiosísimos laboratorios y bibliotecas, y él pensaba con angustia que aquello no eran episodios casuales e inevitables de la guerra, sino el principio del fin, de la catástrofe, porque en el país, inculto, salvaje, el pueblo, que había tomado el poder, no podría apreciar, proteger ni amar la ciencia y a los hombres a ella consagrados, y todo quedaría a merced del azar, todo volvería a ser como cien años atrás. Meditaba acerca de la situación y se le antojaba que pasaba a primer plano lo que él, mentalmente, llamaba ideales utilitarios: la gente no hacía en todas partes más que repartir, distribuir, acopiar, y aquello se había enseñoreado de la vida, mientras que los problemas de la cultura se veían más y más relegados y los hombres dedicados a ella se hacían extraños a todos, eran incomprendidos e innecesarios.

Aquel pequeño y banal incidente en el Comité Ejecutivo y en la estación le había llenado de amargura porque, en su opinión, confirmaba una vez más sus angustiosos pensamientos y dudas. No era un ambicioso ni un augur ególatra, como lo eran muchos en la cerrada casta profesoral, y no había buscado ni exigido nunca honores ni muestras de gratitud. Pero la vida que había vivido hasta entonces le había merecido, a su parecer, de que se cuidasen de él y le tuvieran determinadas atenciones, pero le habían endosado indiferentemente dos arenques y seis botones y le habían dicho que se largara, llamándole "latoso". Llevaba cincuenta años luchando por el triunfo y la libertad de la razón humana y, a juicio suyo, su nombre, sus años y sus canas merecían respeto, pero le habían negado un sitio en el tren porque hacía falta para el cocinero de un Estado Mayor o para un saco de arenques y le habían dicho que, con los especuladores, montara en los topes de los vagones... Aquello era innecesario y ultrajante, tanto para él como para la ciencia, y, aunque comprendía que se trataba de una pequeñez, el método analítico le había enseñado que hasta en gotas microscópicas se reflejaban siempre partículas y fenómenos del todo y pensaba, lleno de dolor, que aquella indiferencia y aquella frialdad ilustraban perfectamente el futuro y la situación de la ciencia en el país, así como su propia suerte...

En fin, se puso en la cola, dejó pasar al gentío y, luego, salió al andén. El tren estaba ya abarrotado y, a pesar de la helada, incluso los estribos y los topes aparecían colmados de gente. Los que habían hecho tarde corrían a lo largo de los vagones, aporreando en

vano las puertas y pidiendo que les abriesen.

- ¡Aquí va un Estado Mayor! -gritaban desde dentro para desentenderse-. ¡Aquí viaja una delegación! ¡Pasa de largo!

El profesor también llamaba a las puertas, pero le gritaban que en el vagón había instalado un baño; que llevaban allí bienes del tesoro público; que transportaban enfermos de tifus o locos o bien que aquel coche era para las madres lactantes. Todo estaba repleto, en todas partes le contestaban con soeces insultos y en uno de los vagones, cuando quiso subir a la plataforma, una mujerona le golpeó con un saco en el pecho; el profesor casi dio con sus huesos en el suelo, perdió las gafas y luego estuvo largo rato palpando en la oscuridad la tierra helada y sucia. Había que tomar el tren a la fuerza, pero él no sabía ni podía hacerlo, y por ello se agitaba desconcertado junto al tren, sosteniendo cuidadosamente en sus manos la cesta con los preparados. La cesta era pesada, al profesor le dolían los hombros, y los dedos de las manos los tenía ateridos a causa del frío. Se había desencadenado la nevasca, y el viento, frío, arrafagado, calaba hasta los huesos, el andén estaba oscuro y resbaladizo, y el profesor se sintió terriblemente solo, impotente, infeliz y olvidado en medio de aquella escandalosa y extraña multitud.

"Sí, sí -pensó-, por lo visto nos hacemos superfluos, ya que los arenques se precian más que el equipaje de un hombre de ciencia...."

Un campechano marino pelirrojo de pronunciados pómulos, que vestía un desgarrado justillo de pieles - el profesor le había dado lumbre, antes, en la sala-, le alcanzó, arrastrando por la nieve un mugriento saco. Sin detenerse, golpeaba furiosamente con una jarra de latón en todas las puertas y, cuando desde dentro le contestaban, gritaba estentóreo, con voz ronca:

- ¡Yo también tengo el tifus! ¡Yo también soy madre lactante! ¡Abre!

Se dieron de manos a boca. El marino soltó un taco, se enjugó el sudor que bañaba su rostro y, al reconocer al profesor, dijo:

- ¡Hay que correr hacia la cola del tren, viejo! Puede que allí se compadezcan de nosotros. Aquí, los hijos de perra parecen borregos. ¡Arrastra por el suelo la cesta esa, que te vas a herniar con tantas carreras!

- No puedo -dijo sombrío el profesor-. Llevo aquí instrumentos, retortas, objetos frágiles...

- ¡No importa, lo mío también es frágil! -gritó alegremente el marino-. Llevo dos botellas de matarratas y media de alcohol puro que me han dado unos chóferes. No te preocupes, si lo arrastras por la nieve no se romperá nada.

El marino volvió a golpear en una puerta, gritó como un energúmeno: "¡Abre, yo también estoy loco!", y siguió corriendo.

Corrieron otra vez a lo largo del tren de punta a

punta, y, por fin, alguien se compadeció y les abrió la puerta, del último vagón. Estaba también abarrotado, y en las literas no había donde tomar asiento o colocar una maleta. Tendido cuan largo era, con su equipaje junto a la cabeza, yacía en la litera más cercana un barbudo y sombrío soldado, enorme como el coloso de Rodas. El profesor le pidió que le hiciera sitio, pero el soldado lo miró fosco, ensanchó ostensiblemente sus hombros de ciclope y dijo:

- ¿No ves lo estrecho que estoy? Siéntate donde puedas.

Junto a una pequeña fogata encendida sobre una plancha de hierro, en el suelo, unas cuantas personas se calentaban las manos. Un joven soldado que vestía unos holgadísimos pantalones de montar azul celeste ceñidos con un cinturón de caballería, gorro cosaco y, bajo su chaquetón, una excéntrica blusa de brocado, hecha de una casulla, tocaba el acordeón, sentado a la turca. Su rostro de ojos azules y límpidos tenían una expresión traviesa. Al oír la conversación entre el profesor y el soldado, volvió la cabeza y dijo, haciendo un guiño a los demás:

- ¿Le gusta esta canción, señor del abrigo?

El muchacho cantó a media voz, acompañándose de su instrumento:

Le echó el guante la cheká,
cu-cú, ja-já...

Todos se echaron a reír hostilmente, y el coloso de Rodas dijo:

- ¿Por qué habéis dejado que montara este burgués?

- ¿Por qué cree usted que soy un burgués? - preguntó sombrío el profesor.

- Se ve por las gafas -respondió con desgana el gigante y se volvió de espaldas.

¡Burgués! El profesor recordó cómo había pasado aquellos tres meses combatiendo la epidemia, sin comer ni dormir lo suficiente, albergándose en inmundos cuchitriles. Con patatas heladas por todo alimento, trabajaba veinte horas diarias sin compadecerse ni de su salud ni de sus años; a cada instante arriesgaba su vida, ocupado con los microbios y los preparados; ¡cuántos nervios, cerebro y energías había entregado para conjurar la calamidad que amenazaba a decenas de miles de personas! Aquélla había sido una de las muchas páginas de su vida; todas ellas, en esencia, eran iguales, llenas de un trabajo tenaz, pesado y honesto. Y ahora resultaba que era un holgazán, un burgués, un parásito sin derechos, al que le mentaban la Cheka y le negaban un palmo de sitio en la litera...

Exhaló un suspiro, se sintió otra vez dolorosamente agraviado y, dejando la cesta en el suelo, junto a la puerta, se sentó al lado.

No sentía deseo alguno de conversar, pero el campechano marino de salientes pómulos se

acomodó en cuclillas a su lado y se puso a hacerle preguntas. El profesor le habló con desgana de las espiroquetas y los espirilos. El marino sintió aburrimiento al instante, dejó escapar un bostezo y, cuando el profesor mencionó los caldos de cultivo, dijo, sin comprender a qué se refería:

- En el hospital también nos daban caldo. ¡Es una porquería! A mí que me den sopa de coles con carne, que entonces apenco con lo que venga. Y si se le añade a la sopa un buen trago de aguardiente...

"¡Ese es el ideal de hoy día! -pensó amargamente el viejo profesor-. ¡Sopa de coles con carne, en vez del caldo de Koch! Pero ¿puede ser, en esencia, de otro modo, si el país y el pueblo han estado durante siglos sumidos en la ignorancia, en el salvajismo y en la miseria? Ahora todo eso ha sido barrido, y la gente quiere, sobre todo, que le den de comer hasta hartarse; exige pan, y no abstracciones. Eso es lógico. ¿Qué se puede objetar? ¿Qué puede tener de extraño que nosotros, con nuestros preparados, pasemos a tercer o décimo plano y que ellos no sientan ni respeto ni interés por la ciencia? ¿Cómo va a sentirlo, de golpe y porrazo, ese barbudo o ese mozo del acordeón, si es muy posible que no haya visto la cartilla? Por ejemplo, vivió Pasteur, consagró diez años a un problema concreto y descubrió la ley de la reproducción de las bacterias, ofreciendo por vez primera a la ciencia y al género humano la posibilidad de orientarse exactamente en el mundo invisible y enigmático de la microfauna. Pero ¿qué puede significar para ellos Pasteur y cómo pueden aquilatar la grandeza de su genio cuando no saben nada del complejo movimiento de la materia en el Universo y vienen creyendo firmemente en el transcurso de siglos que la Tierra descansa sobre tres ballenas y que la lluvia la envía desde el cielo el profeta Elías? El genial Mendeléiev creó el sistema periódico de los elementos, que utilizarán decenas de generaciones. Pero ¿qué sentido tiene el sistema periódico de los elementos para un analfabeto? ¿Acaso puede admirarlo cuando hasta la tabla de multiplicar es para él como el chino? Sí, para amar todo eso, para velar por ello, para llevarlo a nuevas cumbres se necesita una cultura atesorada durante siglos. Y nosotros no la poseemos, en nuestro país se cultivaban el salvajismo y la ignorancia, y ahora todo se ha venido abajo. Todo quedará relegado, y los hombres de ciencias tendremos que acabar nuestros días al margen de la vida. Llegará un tiempo en que todo cambie y haya un resurgimiento, pero ahora, si declaro que el triunfo del pensamiento es más elevado y valioso que el triunfo de la panza, me silbarán y me llamarán burgués; si ahora me levanto y digo: es una vergüenza, es ultrajante para la revolución que un viejo profesor que ha entregado a la ciencia cincuenta años de vida esté sentado en el suelo y nadie le tienda la mano ni se estreche para ofrecerle un palmo de sitio en una litera, cuando un

cocinero de un Estado Mayor ocupa el espacio que podrían llenar tres personas, me gritarán: "¡Y así debe ser! Lo que necesitamos nosotros es sopa de coles. ¡Sopa de coles con carne, y no caldo!"

El profesor volvió a suspirar y cerró cansadamente los ojos. Llegó la noche. Era la primera noche del tempestuoso año 19. Desde hacía mucho tiempo, siguiendo una vieja y sentimental costumbre, estaba habituado a hacer en aquellas horas que precedían a la llegada del año nuevo el balance del pasado y a pensar en el futuro. Se puso a recordar y resultó que en el pasado su vida había discurrido de modo que nunca había logrado hacer nada para sí mismo y todo lo había sacrificado a la ciencia, pero ahora la ciencia rodaba al precipicio y, como era ella el verdadero sentido de su existencia, le parecía que el futuro había de ser vacío y triste, y, cuanto más pensaba en ello, tanto mayor era la angustia que llenaba su corazón...

Luego se quedó transpuesto sin darse cuenta y pasó dormido una o dos horas. De pronto, una viva luz le dio en el rostro. Abrió los ojos, oyó que alguien decía con susurro entrecortado: "¡Bandidos, anarquistas!", y sintió al instante que le despojaban de su abrigo. Lo rodeaban tres individuos, con bombas de mano colgadas de sus cintos, que llevaban una linterna. En la penumbra del vagón, sus caras parecían negras, y en sus ojos danzaban unas chispas alegres, locas, triunfantes.

- ¿Qué hacen ustedes, señores? -preguntó, perplejo, empleando, adormilado, aquella palabra caída ya en desuso.

- ¡Los señores cuelgan de los postes! -dijo, mordaz, el más pequeño, un hombre con cara de rallo, que parecía el cabecilla del trío-. Nos han dicho que le saludemos de su parte y que lo echan de menos.

Le quitaron el abrigo, el gorro, la chaqueta, los zapatos, el reloj, la cartera y hasta el anillo de bodas. Lo entregó todo sumisamente, sin ofrecer resistencia, mirando a los lados como si quisiera pedir a la gente que pusiera fin a aquel nuevo ultraje que se hacía a su vejez, a la dignidad humana y a la ciencia. Pero nadie se movió de su sitio. Todos callaban, y el soldado de caballería, aquel mocetón, que llevaba una blusa hecha de una casulla, dijo aprobatorio:

- ¡Buen abrigo! Al viejo le ha hecho su buen servicio trescientos años; ahora que lo disfruten otros.

El mocetón soltó con voz alegre un largo taco, y sus ojos azules se hicieron más límpidos y transparentes.

El viejo profesor se sintió otra vez, muy agudamente, ajeno a todos y abandonado y pensó que, si en su lugar hubiese estado el cocinero, seguramente los demás habrían salido en defensa suya, pero él les era indiferente, y nadie le necesitaba, ni en aquel vagón ni en la vida, que

pasaba de largo. ¡Latoso!" Al recordar esta palabra, hizo una mueca de dolor.

Luego le ordenaron que abriera la cesta. No le daba lástima lo que le habían quitado -su estado de ánimo no era como para pensar en ello-, lo había entregado todo con absoluta indiferencia. Pero aquella cesta contenía en las retortas, probetas y cuadernos el resultado del enorme trabajo que había realizado combatiendo la epidemia. Sabía que todo aquello tenía un valor inapreciable para la ciencia y quizás se consideraría tan importante como lo fueran en su tiempo las investigaciones de Koch, Lister y Loeffler. La indignación y el temor a que todo aquello pudiera ser reducido a la nada de un puntapié le hizo sentir un escalofrío interior. Había entregado todo lo suyo, pero no podía entregar lo que pertenecía a la ciencia: sería una traición que, después, le haría enrojecer mientras viviese. Con manos temblorosas asió la cesta, la apretó contra su pecho, la tapó con su cuerpo y se dijo que, si aquello no lo necesitaba nadie, él no tenía por qué vivir...

Pero le empujaron, y el hombre de la cara de rallo, agarrando el cesto, lo abrió de un tirón. Por primera vez, todos se movieron en el vagón, levantándose o mirando con curiosidad desde las literas, por encima de los hombros de los que estaban de pie, qué encerraba aquel cesto por el que el anciano se jugaba la vida.

- ¿Es alcohol? -preguntó vivamente el de la cara de rallo al ver los botellines y, tomando uno de ellos, lo abrió y lo olisqueó con una expresión placentera, pero torció el hocico al instante, estrelló el frasco contra el piso del vagón y preguntó amenazador:

- ¿Por qué tomas el pelo a la gente, burgués?...

Luego vio el microscopio. Era un aparato muy valioso y raro, que constituía el orgullo del laboratorio personal del profesor. El de la cara de rallo lo examinó con curiosidad y lo metió en su saco.

La pandilla desvalijó a unos cuantos especuladores y a algunos pasajeros que vestían mejor que los demás y se marchó, prometiendo antes que volvería en la siguiente estación para comprobar el contenido de los demás frascos. Aquello daba a entender que viajaban en el mismo tren.

Cuando los bandidos se hubieron marchado, todos callaron unos instantes. Luego, el pomuloso marino se echó a reír y dijo:

- Yo creía que el viejo llevaba ahí salo harina o que había conseguido en algún sitio una buena pieza de tocino. Ahora son muchos los que andan en busca de tocino. Pero él lleva ahí botellines y tubitos. ¡Eres un caso, señor mío! ¿A qué exponerse a un balazo por esa porquería?

Aquello fue la gota que colmó el cáliz. Del exterior penetraba el frío, y el viejo profesor sintió que, en mangas de camisa, se quedaba aterido. Su mano palpó en el suelo el líquido del botellín roto, en

torno todos se reían, y una tristeza torturante, insoportable, invadió su ser. Sintió una dolorosa punzada en el corazón. Un ardiente espasmo le apretó la garganta, y se levantó súbitamente, sin saber aún lo que iba a decir y hacer. Su aspecto era tal, que todos enmudecieron de golpe, y un especulador, sentado a su lado, le tiró de la camisa y le, dijo lleno de susto: "¡No hagas el tonto, que será peor!" Pero se había levantado, sin hacerle caso, muy erguido, lastimoso, ridículo -sin los zapatos, con la trabilla del chaleco arrancada- y a la vez majestuoso, con la aureola de su pelo blanco y una bella expresión de cólera en los ojos y en el semblante. Sí, se levantó, se irguió y se puso a hablar.

Fue aquel un discurso confuso y extraño, pero bello, emocionante y apasionado, en el que cada palabra encendía, parecía un toque de clarín y obligaba a que cada corazón latiera con fuerza: tan enorme y vivo era el sentimiento que la inspiraba y tan orgullosa la humana indignación que la henchía. Habló de la noble pléyade de hombres de ciencia que, en el transcurso de decenios y siglos, había reunido partícula a partícula elementos del conocimiento en aquellas retortas, de las que allí se permitían reírse, cuando, en realidad, estaban llenas de un sentido inapreciable, profundo y maravilloso. Habló de Méchnikov, que, sin temor a la muerte, se había inoculado el tífus para comprobar la acción de los bacilos y preservar de ellos a la humanidad; habló de Arquímedes, que, jugándose la cabeza, defendió de los enemigos sus diseños; habló de Galileo, que, según la antigua leyenda, había gritado a la Inquisición: "¡Y sin embargo se mueve!"; habló de decenas de grandes personalidades que habían sacrificado, por la dicha de las generaciones futuras, todo lo que poseían: su honor, su riqueza, su vida. Puso al desnudo ante aquel extraño auditorio las más recónditas intimidades del bello y creador pensamiento humano, descubrió las complejas y maravillosas leyes que regían la vida del mundo y, con el entusiasmo, el embeleso y la pasión de un fanático, desplegó ante aquella gente el majestuoso y gigantesco lienzo de la lucha que libraba el hombre pertrechado de conocimientos, arrancando audaz, uno tras otro, los velos que ocultaban los misterios del mundo. Con dolor, con odio, con emoción, habló de las cadenas esclavizadoras que habían aherrojado durante siglos a los pueblos y que por primera vez se había sacudido la clase obrera rusa. Con una sonrisa maravillosa en el semblante, dibujó el fantástico, embriagador y feliz futuro de la humanidad, cuando ésta, libre del yugo de la explotación y de la ignorancia, fuera dueña y señora de las riquezas fabulosas y de las posibilidades que encerraba la naturaleza. Habló de la revolución, lo único capaz de llevar la ciencia a alturas tan inusitadas, y dijo cuán peligroso y terrible era que sonaran aquellas risas y que nadie estimara valioso y necesario lo que

encerraban sus botellines. Habló de su propia vida, entregada tan sin reservas a la ciencia y que tenía un fin tan penoso y triste...

Sus pensamientos parecían incoherentes y caóticos, se ahogaba, hablaba como si estuviese delirando y vertía en el torrente de sus palabras desordenadas y candentes todo el dolor del inmerecido agravio, toda la amargura de sus dudas, pero en aquel extraño discurso que sonaba en el sucio y frío vagón en la última noche del turbulento año 18 había algo maravillosamente emocionante y sincero... Como envuelto en niebla, vio que la gente que llenaba el vagón salía de todos los rincones y lo rodeaba en apretado corro, pero no distinguía sus caras, no podía percibir con qué atención tan grande le escuchaban los soldados, la respiración en suspenso, procurando no perderse una sola de aquellas palabras que les abrían por primera vez un mundo nuevo, fabuloso, y no podía comprender que jamás en su vida había tenido un auditorio más sensible, más apasionado y más agradecido que aquél. Luego vio que se tendían hacia él unas manos y, debido a su pesadumbre, creyó que iban a golpearle o a empujarle. Pero aquellas manos echaron amorosamente un capote sobre sus hombros ateridos y temblorosos. Alguien le acercó un cajón para que se sentara, y alguien susurró apresuradamente: "Unas botas de fieltro, dadle unas botas de fieltro...."

Siguió hablando. Pero luego el tren dio un tirón muy fuerte y se detuvo en seco. El profesor se cortó a mitad de palabra y, sin fuerzas, exhausto, se sentó, tapándose la cara con las manos. Se oyó ruido en el exterior. Habían llegado a una estación, pero en el vagón todos callaron largo rato, como si temieran ahuyentar el encanto de los minutos precedentes. Luego, el enorme soldado barbudo, que yacía en la litera y miraba desde arriba, resopló de pronto.

- No lo tomes a mal, doctor -dijo con voz blanda y cordial, empleando aquella palabra porque llamaba así a todos los que usaban gafas-. Nos hemos reído porque somos tontos, porque no comprendemos. Con la cabeza no alcanzamos aún, pero ¿crees, acaso, que nuestro corazón no tiende hacia la luz? ¡No te tortures, no nos desviaremos! Mientras no nos baste el meollo, el corazón nos mostrará el camino...

El viejo profesor levantó la cabeza, asombrado de la inesperada cordialidad que sonaba en aquellas palabras y de la sencillez y fuerza de la fórmula en ellas contenida. Sí, levantó la cabeza, miró en torno y vio rostros pálidos y emocionados, sonrisas soñadoras y entusiasmadas en los labios y ojos dilatados que irradiaban una maravillosa luz interior... Vio todo aquello y sintió que, de golpe, se le quitaba un torturante peso de encima y su corazón latía tan tranquilo y tan alegre como en los lejanos tiempos de su despreocupada juventud...

Se abrió la puerta, y aquel hombre pequeñajo con

cara de rallo saltó ágilmente al vagón.

- ¡Venga, burgués -dijo-, abre tus botellas!

El profesor no se movió; todos callaban, como petrificados. El hombre de la cara de rallo miró asombrado alrededor, soltó un soez juramento y dio un paso hacia la cesta. Pero el soldado barbudo resopló de pronto terriblemente, saltó de la litera e irguiéndose cuan alto era, apretó su enorme puño negro y dijo:

- ¡Como te atrevas, te retuerzo el pescuezo!

El hombre de la cara de rallo se llevó la mano a la pistolera, pero, cuando sus ojos tropezaron con los del soldado, vaciló, bajó la mano, deslizó una mirada huidiza por las caras de la gente y, encogiendo la cabeza entre los hombros, se apeó rápidamente, en silencio...

Los cuatro iban juntos por la ciudad. En las calles había tiroteo y despojaban de su ropa a la gente. Por ello habían decidido que el profesor no fuese a casa solo.

Danzaba la nevasca. Un viento huracanado arrastraba por el cielo nubes bajas, oscuras y gráficas; una nieve seca y punzante hería el rostro y cegaba. Vistiendo el desgarrado justillo en que le había arrebuñado el pomuloso marino, puestas las descomunales botas de fieltro que le había dado el coloso de Rodas, cubierto con el lanoso gorro cosaco del soldado de caballería, el profesor caminaba sin sentir frío, sin sentir nada que no fuera el deseo de reír despreocupadamente a carcajadas, como se reía la gente a los diecisiete años. Caminaba y pensaba que todo se arreglaría y todo marcharía de primera, ya que en aquellas sonrisas entusiasmadas y en aquellos ojos resplandecientes que había visto en el vagón se reflejaban tanta juventud, una sed tan apasionada de creación y tanta fe en el futuro. Pensaba también que si se vinieran abajo todas las universidades del país y se convirtiera en polvo todo lo atesorado por ellas durante cien años, aquello no sería una catástrofe si la clase triunfante poseía tanta fuerza potencial e instintos tan sanos; pensaba que él no era un hombre superfluo y que la verdadera vida y el verdadero trabajo no hacían más que comenzar, pues a la ciencia, hasta entonces privilegio de individuos aislados, acudirían ahora miles de hombres nuevos, en cuyos ojos brillaba la luz interior de los soñadores. Recordó los agravios de aquel día y las dudas que lo torturaban, y todo ello le pareció mezquino y detestable y le hizo sentirse avergonzado.

El pomuloso marino, aterido en su maltrecho uniforme, iba a su lado y ponía de vuelta y media al bandido con cara de rallo.

- Ese pájaro.... -decía, brincando para calentarse y soplandose los dedos-, ese pájaro es un divieso en el cuerpo de la revolución mundial. ¡Es un mal bicho, un cabrito desgraciado! Le pregunté: ¿Quién eres tú

para romper botellas científicas? Me respondió: Soy un comisario. ¡Ah, ya sé! -le dije-. Te nombraron por decreto del 42 de mayo para limpiar bolsillos...

El soldado barbudo caminaba en silencio, sostenía cuidadosamente al profesor en los lugares resbaladizos y, muy de vez en cuando, decía, resoplando con esa fingida rigurosidad con que las niñas suelen hablar a los niños:

- ¡Cuidado, cuidado, no vaya a resbalar! ¡Dios mío, qué distraído es usted!...

Detrás iba el ojiazul soldado de caballería, llevando en sus manos la cesta con los preparados; iba a pelo, y en su revuelta cabellera chispeaban y se derretían las estrellitas de la nieve. A cada instante quitaba la nieve de la tapa de la cesta, y acabó gritando inquieto:

- ¡Eh, paisanos, esperad que me quite la casulla, me da miedo que puedan enfriarse sus bichitos!...

Se quitó la blusa de brocado y envolvió cuidadosamente con ella la cesta, atándola, para que estuviera más caliente, con su larga y sucia bufanda...

- ¡Amigos míos! -decía conmovido el profesor, sintiendo un cosquilleo en la garganta-. ¡Queridos amigos!...

Así llegaron a su casa. El profesor los invitó a todos a pasar para que se calentaran. Entraron, pero el soldado barbudo rebulló en el recibimiento, quitó con el faldón del capote la nieve que se había pegado a la cesta y dijo, resoplando:

- Yo voy a la estación a recoger su antejo. Sé en qué vagón están éstos. Los muy tontos se lo quitaron, ¿y cómo va a arreglárselas sin ese cacharro? Les voy a moler las costillas a los malditos. ¿Sabéis?, soy un hombre tranquilo, manso como un cordero, pero, si me enfado, ¡pobre del que se ponga por delante! ¡Soy capaz de arrancar de cuajo un roble!

- ¿Y ahora estás enfadado? -preguntó curioso el mocetón ojiazul.

- ¡Un horror! -respondió el gigantón.

Nadie sabe de qué habló con sus peregrinos invitados el viejo profesor en aquella maravillosa noche de Año Nuevo. Pero cuando salieron al cabo de unas horas y en el umbral le estrecharon cuidadosa y respetuosamente la mano por última vez, sus semblantes pensativos y soñadores reflejaban un sentimiento muy particular y profundo y un gran pensamiento que había iluminado por vez primera su conciencia. Ambos tenían el aspecto de hombres que habían adoptado una decisión súbita y muy importante...

Unos diez años después murió el profesor, y cuando lo enterraron, con toda solemnidad, dos hombres, sus auxiliares más cercanos y sus mejores amigos, llevaban por las calles su féretro al son de la triste marcha fúnebre de Chopin.

A la izquierda iba el ojiazul soldado de caballería; había cambiado muy poco: únicamente tenía unas hebras de plata en las sienes y unas pequeñas arrugas

en la frente. Un telegrama le había hecho regresar aquel mismo día de Europa, donde, representando a los hombres de ciencia del País de los Soviets, había presentado un informe en un Congreso de biólogos; aquel brillante informe había sido reconocido unánimemente el acontecimiento científico más trascendental de los últimos años.

A la derecha iba el marino de pronunciados

pómulos, director ya de un gran instituto de investigaciones científicas ucraniano.

Faltaba sólo el barbudo y sombrío soldado. Aquella noche memorable lo mataron en la estación. A la mañana siguiente encontraron su cadáver al lado de la vía. Sus manazas, enormes, sucias, apretaban a su pecho, como algo inmensamente querido, el microscopio que había quitado a los bandidos...

KORNEI CHUKOVSKI.

En las obras de Kornéi Chukovski (n. 1882), Premio Lenin, conviven los géneros más diversos: el cuento en verso "El doctor Aymeduele", conocido por los niños de todo el mundo, una profunda investigación acerca de la poesía de Nikolái Nekrásov, el divertido libro "De los dos a los cinco", sobre el lenguaje de los niños, y brillantes retratos literarios de escritores, músicos y pintores.

Activo participante de la vida literaria del país, Kornéi Chukovski conoció de cerca a muchas destacadas personalidades de la cultura rusa, como Blok, Briúsov, Repin, Gorki y Mayakovski. Sobre ellas escribió su libro "Contemporáneos". Uno de los relatos de esa obra, consagrado a Anatoli Lunacharski, se publica en el tomo de cuentos que ofrecemos a la atención del lector.

EL COMISARIO DEL PUEBLO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

I

En la puerta colgaba un papel sujeto de cualquier manera con una sola chinche. Decía así:

El Comisario del Pueblo de Instrucción Pública
A. V. Lunacharski
recibe únicamente los sábados
de 2 a 6

El Comisario del Pueblo de Instrucción Pública
A. V. Lunacharski
recibe en el Palacio de Invierno
(tal y tal día)
y en el Comisariado del Pueblo de Instrucción
Pública
(tal y tal día)
Aquí no recibe.

Se veía en seguida que no era aquel un papel riguroso. Colgaba oblicuamente, sin la menor pretensión de empaque oficial, y nadie le hacía caso: cada cual transponía aquella puerta cuando se le antojaba.

Anatoli Vasílievich -todo Petrogrado llamaba así a Lunacharski- vivía entonces en Maniezhni Pereúlok, cerca del puente Liteini, en un pequeño y modesto apartamento asediado día y noche por decenas de personas que ansiaban recibir sus consejos y su ayuda.

Maestros, obreros, inventores, bibliotecarios, artistas de circo, futuristas, pintores de todas las tendencias y géneros (desde los realistas hasta los cubistas), filósofos, bailarinas, hipnotizadores, cantantes, poetas de Proletkult³¹ y poetas corrientes y actores de los teatros ex imperiales se dirigían en interminable procesión por la sucia escalera al apartamento de Anatoli Vasílievich, sito en el primer piso, y entraban en un angosto recibimiento que, en fin de cuentas, pasó a llamarse la "antesala".

Esto que cuento fue en el año 18. Pronto el papel que colgaba en la puerta fue sustituido por otro extraordinariamente impresionante, que rezaba:

Aquello no imponía a nadie, y a las nueve de la mañana la "antesala" estaba ya abarrotada de gente que se sentaba en un flaco diván, en los poyos de las ventanas y en banquetas sacadas de la cocina. Entre toda aquella multitud de visitantes recuerdo particularmente bien a:

Vsiévolod Meyerjold, de aspecto todavía juvenil, sin afeitar, nervioso, veloz, como si hubiese escapado del torbellino de un trabajo de locura;

Vladímir Bójteriev, famoso siquiatra, soñoliento, barbudo, obeso, con tosca cara de campesino; el fotógrafo Napelbaum, locuaz, sociable, vestido con una holgada blusa de terciopelo;

Mijaíl Nikoláievich, el hijo de Chernishevski, callado, bajo, acariciaba con su mano de gruesos dedos los voluminosos tomos carmesí de las obras de su gran padre, de las que se disponía a hablar con el Comisario del Pueblo;

el académico Oldenburg, de menguada talla, de aspecto poco serio, bullicioso como un chicuelo, vestido con una democrática cazadora que le quedaba corta;

el viejo novelista Ieronim Ieronímovich Yasinski, pintoresco, cano, guapo e imponente, con suntuosas cejas y ojos pequeños, diminutos y mantecosos;

el pintor Yuri Annénkov (todos lo llamábamos Yúrochka), omnipresente" desenvuelto y talentoso;

Alexandr Kúguel, conecedor y fanático del teatro, ex rey de los críticos, ingenioso, descuidado, de

³¹ Contracción de Proletárskaya Kultura, organización cultural y educativa que existió en aquel período, aneja al Comisario del Pueblo de Instrucción. (N. de la Edit.)

cabellera rizada, con una sonrisa maligna en sus ojos dolidos y cansados.

Todos iban a ver a Anatoli Vasílievich para pedirle consejo y ayuda. El estaba solo en su pequeña habitación y recibía a cada visitante con un interés tan vivo, tan extraordinario, como si desde hiciera mucho tiempo no pensara más que en trabar conocimiento con aquel hombre y conversar o, en caso necesario, discutir con él.

Conmigo la emprendió apenas hube despegado los labios.

- Sí -dijo-, está usted muy equivocado. Todo el tiempo elogia a su Whitman diciendo que es el poeta de la democracia³². Pero ¿qué es la democracia? ¡Espíritu pequeñoburgués! ¡Una falaz pantalla para engañar a los trabajadores! ¡La república de los pequeños propietarios! Sí, Whitman...

Se levantó con juvenil agilidad y se puso a ir y venir por la habitación, exponiendo sus pensamientos acerca del "cantor de la democracia" norteamericano. Sus razonamientos, rápidos, seguros, fluían sin titubeos ni pausas. Los improvisaba con brillantez artística, con gran ligereza y naturalidad, y pronto empezó a decir palabras como "irradiación del espíritu", "arquitectura del Universo", "fusión de las voluntades". Pero este énfasis le quedaba bien a Anatoli Vasílievich, armonizaba con su voz cantarina y con su traza poética y elegante. Sin tener que forzar para nada la memoria, me recitó poesías no sólo de Walter Whitman, sino también de Verhaeren, Tiútchev y Julio Romains. Hay que decir que sabía infinidad de poesías en tres o cuatro idiomas y le gustaba recitarlas, con estilo también un poco teatral.

Su voz cobraba volumen. Parecía que estaba en una tribuna, pronunciando un discurso ante una densa muchedumbre, y a mí me resultaba un poco violento que todo aquel fuego se derrochara para mí solo.

Sin embargo, yo no podía aceptar por entero su interpretación de la poesía de Walter Whitman. Se lo hice saber así, muy turbado. Recuerdo que me gustó mucho la tolerancia, el respeto y la sencillez con que escuchó mis objeciones. Por cierto las hacía yo torpe y atropelladamente, pero él, con gran benevolencia, calaba en mi pensamiento y hasta me ayudaba a formularlo con la mayor precisión posible, para, inmediatamente, rebelarse contra él.

De pronto se acordó de que ya era tarde y la "antesala" estaba llena de gente. Abrió la puerta e invitó a pasar a Meyerjold, con quien, a veces, discutía horas y más horas, muy a menudo hasta las tantas de la noche, tomándose algunos descansos.

Resolvimos que volviera yo al cabo de unos días para terminar la discusión. Su final fue que pedí a Anatoli Vasílievich que escribiese un pequeño artículo para la nueva edición de mi libro acerca de Whitman. Anatoli Vasílievich accedió gustosamente,

sin poner peros ministeriales y sin objetar a que al lado, en las páginas siguientes, se interpretara la obra del poeta norteamericano de modo distinto a como lo hacía él.

- El artículo estará listo pasado mañana -consultó su reloj-. Pasado mañana... a eso de las cuatro.

Yo sabía que Lunacharski trabajaba casi veinte horas diarias, olvidándose con frecuencia de comer y sin dormir lo bastante durante semanas enteras. Reuniones, horas de recibo, conferencias, participación en mítines (no sólo en Leningrado, sino también en Cronstadt, en Siestrorietsk y en otros lugares) se tragaban todo su tiempo. Por eso, al llegar a su casa a la hora fijada, estaba yo seguro de que no habría aún escrito el artículo. Pero tras la puerta de su cuarto se oía el tableteo de una máquina de escribir, y por las conocidas palabras que llegaron a mi oído ("irradiación del espíritu", "arquitectura universal", "nota original en la sinfonía única"), comprendí que Anatoli Vasílievich estaba dictando el artículo. Dictaba de corrida, con una rapidez que despertó en mí envidia profesional.

Hubiera terminado el artículo inmediatamente, pero a cada instante entraba alguien en la habitación.

Escuchaba atentamente a cada uno, y si en las palabras del visitante captaba algo que pudiese encerrar interés, la mecanógrafa tenía que sacar de la máquina el artículo a medio escribir y teclear al dictado disposiciones administrativas, órdenes y peticiones que él firmaba al instante, sin titubear lo más mínimo. En cuanto los visitantes se marchaban, la mecanógrafa de nuevo colocaba en la máquina la página del artículo, y Anatoli Vasílievich continuaba dictando, a partir de la palabra en que se había interrumpido, al mismo ritmo y con la misma entonación.

La mecanógrafa se quejaba de que, en los últimos tiempos, Anatoli Vasílievich tenía que escribir para la prensa siempre así: con intermitencias en las que los grandes temas teóricos, ideológicos, eran desplazados por pequeños asuntos. .

No obstante, se veía que aquello no pesaba lo más mínimo a Lunacharski. Su trabajo entonces (en 1918, en Petrogrado) se distinguía precisamente por que, al lado de vastos problemas estatales y hasta de importancia mundial, tenía que resolver multitud de pequeñas cuestiones, como era conseguir arándano helado para un albergue de ancianas actrices o peales para una casa de niños sita a orillas del Ojta.

La vida hambrienta y fría del país arruinado por la guerra exigía imperiosamente de Anatoli Vasílievich aquella compaginación constante de lo pequeño y lo grande, y, como en todos sus desvelos y preocupaciones, incluso en los microscópicos, veía siempre un grandioso fin -fortalecer las conquistas de Octubre y contribuir de uno u otro modo al nacimiento y al desarrollo de una cultura nueva y sin precedente, de la cultura soviética-, entregaba

³² Yo había publicado poco antes un libro acerca del gran poeta norteamericano Walter Whitman (1819-1892).

gustosamente sus energías a todas las pequeñeces de la vida diaria, estimando también esa dedicación a tan noble tarea.

Conservo algunas esquelas que me escribió Anatoli Vasílievich en aquella época. Todas ellas tratan precisamente de "pequeños asuntos", que, pese a su pequeñez, debían contribuir (y contribuyeron) a la monumental edificación de la cultura soviética.

He aquí una de ellas, extraordinariamente típica. A la izquierda había escritas a máquina, en columna, las imponentes palabras:

República Federativa Soviética de Rusia
Comisariado del Pueblo de Bienes de la República
Sección de Petersburgo
12 de julio de 1918
Nº 1501
Petersburgo
Palacio de Invierno

Debajo de ellas había un sello que decía: "República de Rusia. Gobierno Obrero y Campesino. Comisariado de Instrucción Pública. Departamento de Arte".

A la derecha podía leerse lo siguiente:

"Al camarada Kornéi Ivánovich Chukovski.

Querido camarada: Le ruego encarecidamente, como buen conocedor de los cuentos del camarada Puni, que me dé por escrito su competente conclusión acerca de si valen para la Editorial del Estado.

El Comisario del Pueblo
A. Lunacharski".

La gente que no tenga idea de aquella maravillosa época quizás pueda preguntar si debía uno de los dirigentes del imponente Estado Mayor de la revolución interesarse por unos cuentecillos infantiles debidos a la pluma de un jovencuelo desconocido. Sin embargo, como lo evidencia el texto de la esquila, Anatoli Vasílievich era tan atento a lo pequeño, también en este caso, en aras del logro de sus enormes objetivos. En esta esquila escrita de prisa y corriendo vemos reflejada, si nos fijamos bien, su celosa solicitud por la más pronta creación de dos importantes resortes de la futura cultura soviética: la Editorial del Estado, que no existía más que en embrión y no empezó a funcionar hasta pasado un año, y la literatura para los niños soviéticos, que tampoco había nacido aún³³.

Ahora que las editoriales del Estado han publicado ya miles de libros excelentes y a veces clásicos de todas las ramas de la técnica, la ciencia y

el arte y nuestra literatura infantil es desde hace tiempo una potencia reconocida mundialmente, resulta imposible leer sin profunda emoción este amarillento papel que nos habla de tiempos en que uno de estos gigantes -la Editorial del Estado- era una partícula de polvo apenas visible, que el primer Comisario del Pueblo de Instrucción Pública tenía que patrocinar con todo celo, y la Editorial Infantil no existía tan siquiera.

Por cierto Anatoli Vasílievich no sólo se preocupaba de las artes porque lo requerían necesidades de Estado; su genuina naturaleza de artista le hacía apasionarse desinteresadamente por los cuentos, las canciones, los dramas y las sonoras poesías para los niños. Acogía calurosa y emocionadamente, con cordial gratitud a su autor, el más sencillo estudio pictórico, cada poesía y cada pieza musical, si llevaban la impronta del talento. Le vi escuchando a Blok (Alexandr Alexándrovich recitaba su poema *La venganza*), a Mayakovski y a un autor desconocido que había escrito un drama histórico en verso. Sólo un poeta podía escuchar así a otros poetas. Me gustaba observarle en aquellos instantes. El corte artístico de su personalidad se percibía incluso en la leve inclinación de su cabeza, en el garbo con que erguía su espalda, súbitamente rejuvenecido, en la emoción que le hacía apretar sus finos y nerviosos dedos a las solapas de la chaqueta y en el arrobamiento con que miraba al recitador.

Lunacharski amaba el teatro más que cualquier otro arte: más que la música, más que la pintura, más que la poesía. En el teatro nunca se sentía indiferente; se conmovía, se indignaba o sentía una alegría desbordante y, por muchas que fueran sus ocupaciones, siempre miraba hasta el final los espectáculos, aun los más flojos.

Cuando Monájov, el célebre artista de opereta, accedió a representar, a instancias de Gorki, Andréieva y Blok, papeles dramáticos y creó con gran inspiración y sutileza psicológica (en el año 19, en Petrogrado) la imagen del rey Felipe en el *Don Carlos* de Schiller, Lunacharski se precipitó hacia él entre bastidores, cuando aún no había tenido tiempo de quitarse el maquillaje, y le besó en sus embadurnadas mejillas. Monájov, por lo común frío, tranquilo y sereno, se turbó extraordinariamente y quedó conmovido del impulsivo saludo del Comisario del Pueblo.

Si se requiriera un ejemplo más expresivo y brillante del entusiasmo juvenil que el expansivo Anatoli Vasílievich sentía hacia el teatro, bastaría citar la esquila que escribió más tarde a Vajtánov, mortalmente enfermo, hallándose todavía bajo la impresión que le había producido el estreno de *La Turandot*, puesta en escena por el magnífico maestro del teatro.

"Querido, mi muy querido Evgueni Bagрати́onovich: Experimento una sensación extraña.

³³ La disposición *Acerca de la Editorial del Estado* fue adoptada por el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia el 19 de mayo de 1919. (N. de la Edit.)

Usted ha hecho que mi alma se sienta alegre como un día sin nubes, ingrátido, cantarina... pero, a la vez, me he enterado de que está usted enfermo. Póngase bien, mi querido, inteligente y dotado amigo. Su talento es tan diverso, tan poético y tan profundo, que no se puede menos de quererle y de enorgullecerse de usted. Todos sus espectáculos que he podido ver son muy prometedores y emocionantes. Déjeme pensar un poco. No quiero escribir de usted a vuelapluma. Pero escribiré mi "Vajtánov". No será un ensayo, claro, sino una impresión de todo lo que usted me ha dado a mí, al hacer su generoso don al público. Repóngase. Estrecho fuertemente su mano. Le felicito por su éxito. Espero de usted algo grande, extraordinario.

Suyo,
Lunacharski".

Hay que estar perdidamente enamorado del teatro para escribir aun o otro de sus servidores una carta con tanta pasión juvenil.

II

Lunacharski se exigía a sí mismo, como representante del poder del Estado, un amor solícito, activo y tierno a los artistas. Habló muy bien de ello en un artículo consagrado a la memoria de Mayakovski. Refiriéndose a la muerte del poeta, hizo la siguiente confesión:

"No todos nos parecemos a Marx, quien decía que los poetas necesitan un gran cariño. No todos lo comprendemos, y no todos comprendimos que Mayakovski necesitaba un gran cariño".

De ese "cariño" hizo objeto a Mayakovski casi desde los primeros días de la Revolución de Octubre: era su heraldo, su defensor, su intérprete y amigo. En el año 18 les vi juntos más de una vez. A un observador superficial hubiera podido parecerle que Mayakovski no necesitaba "cariño" alguno: se mantenía con juvenil orgullo, muy independientemente, y se requería la gran sensibilidad que poseía Lunacharski para ver, tras aquella pose, "una gran sed de ternura y amor, una gran sed de simpatía extraordinariamente íntima... el anhelo de ser comprendido y, a veces, consolado y acariciado". "Bajo esa coraza metálica en la que se reflejaba todo el mundo -dijo Lunacharski-, latía un corazón que no solamente era fogoso y tierno, sino frágil y fácilmente vulnerable".

Fue un gran mérito de Lunacharski el haber protegido en la medida de sus fuerzas, en bien de la cultura soviética, aquel corazón "frágil y fácilmente vulnerable".

Las relaciones entre el poeta y el Comisario del Pueblo, claras y exentas de todo carácter oficial, eran las que podían existir entre dos hombres rigurosamente fieles a sus principios y, al parecer, excluían (por ambas partes) toda ternura.

Mayakovski, por ejemplo, nunca ocultó a Anatoli Vasílievich que, si bien lo estimaba como brillante crítico, no sustentaba una opinión muy halagüeña de sus dramas y versos. Posteriormente, expresó este parecer en público. En el año 20 se celebró en Moscú, en la Casa de la Prensa, una discusión, presidida por Kézhentsev, de estas obras de Lunacharski. La discusión aquella se convirtió en un implacable juicio. Los oradores, comprendido Mayakovski, criticaron unánimes, durante cuatro horas seguidas, las obras teatrales del Comisario del Pueblo.

Anatoli Vasílievich "estaba sentado en el escenario y, durante cuatro horas, escuchó la éritica demoleadora de sus obras... -recordaba posteriormente Mijaíl Koltsov-. Lunacharski escuchaba todo aquello en silencio, y se hacía difícil imaginarse que pudiera objetar algo a tan densa granizada de acusaciones. Pero a eso de la media noche..., Anatoli Vasílievich tomó la palabra. ¿Y que dirán que ocurrió? Estuvo hablando dos horas y media sin que nadie se marchara, sin que nadie se moviera de su sitio. En su maravilloso discurso, defendió sus obras y fulminó a sus oponentes, y todos juntos y a cada uno por separado.

Al terminar, a eso de las tres de la madrugada, toda la sala, comprendida los más furibundos oponentes de Lunacharski, le tributó una ovación como no había oído nunca la Casa de la Prensa".

Yo no asistí a aquella memorable disputa, pero jamás olvidaré con qué entusiasmo me habló de ella, en Leningrado, Mayakovski, muy impresionado todavía.

- Lunacharski habló como dios -me dijo textualmente Mayakovski-. Esa noche, Lunacharski estuvo genial.

Aquella noche, Anatoli Vasílievich salió a la calle con Mijaíl Koltsov.

"Sentía yo interés -recordaba posteriormente Koltsov- por conocer la impresión que le había dejado aquella fatigosa batalla. Pero lo que me dijo fue: "¿Se ha dado usted cuenta de que Mayakovski parece triste? ¿No sabe qué le pasa?"... Y añadió, preocupado: "Hay que ir a verle y animarle". Por cierto, Mayakovski, embalado en la polémica, habló con mucha aspereza de los dramas de Lunacharski.

Pero eso fue más tarde, cuando Anatoli Vasílievich se trasladó a Moscú. En el año 18, en Petrogrado, yo le oí hablar en público, a lo sumo, tres o cuatro veces, pero eso me bastó para comprender y sentir cuán enorme era su talento de propagandista, de orador, de maestro del discurso improvisado. Todos los discursos que le oí (tanto en Petrogrado, como, posteriormente, en Moscú) fueron improvisaciones en el pleno sentido de la palabra. Recuerdo que, a comienzos de la primavera del año 18, se disponía a visitar a Gorki, que vivía entonces en Petrográdskaia Storóná.

- Krónverkski Pereúlok -dijo al chófer-. Gorki vivía allí entonces, y Anatoli Vasílievich le visitaba con mucha frecuencia, casi cada día. Esta vez, apenas hubimos montado en el coche, sacó de la cartera unos papeles -actas, proyectos y oficios- y, con aquella rapidez propia únicamente de él, se puso a releerlos atentamente, preparándose para la entrevista con Gorki.

Pero, antes de llegar a Krónverkski Pereúlok, tuvimos que detenernos. Como en aquellos tiempos los automóviles eran extraordinariamente raros, muchos conocían de lejos el coche de Anatoli Vasílievich y, como sabían su itinerario habitual, lo paraban por el camino. Esta vez se le acercaron con su independiente porte de amos de la ciudad unos marinos del Báltico, armados de pies a cabeza. Uno de ellos se parecía asombrosamente a Esenin. Después de hablar unos cinco minutos con el Comisario del Pueblo acerca de algunas

anormalidades que se observaban en la Fortaleza de Pedro y Pablo, le arrancaron la promesa de que aquel mismo día iría allí. Luego detuvieron el coche unos obreros entrados en años, todos ellos del tipo petersburgués que yo conocía desde la infancia -delgados, circunspectos, silenciosos, adustos- y le invitaron a asistir a la apertura del Club de Artes Gráficas, que se hallaba, si la memoria no me es infiel, en la calle Sadóvaya. Lunacharski consultó su bloc y les prometió que iría sin falta.

Recuerdo que entonces advertí lo que posteriormente, sobre todo en Moscú, pude apreciar muchas veces: aquel conocedor de Botticelli y de Ricardo Wagner, aquel intérprete de Ibsen, Maeterlinck, Marcelo Proust y Pirandello se sentía entre los proletarios de filas como el pez en el agua, pues aquellos hombres eran para él verdaderamente suyos, y todo su trabajo y todos sus conocimientos eran para ellos.

KONSTANTIN FEDIN.

En el otoño de 1919, apareció en el Petrogrado revolucionario un joven soldado rojo, con su capote aún: era Fedin (n. en 1892), el futuro autor de "Ciudades y años", "Las primeras alegrías", "Un verano extraordinario" y otras novelas ampliamente conocidas en el extranjero.

En cuanto llegó, le movilizaron para el frente; trabajó en varios periódicos del ejército hasta la terminación de la guerra civil. La abundancia de impresiones alimenta su antigua pasión por la literatura. Fedin escribe mucho. En ese tiempo conoce a Gorki, que es el primer juez de sus cuentos y novelas de la vida real. En los fragmentos de su libro "Gorki entre nosotros", incluidos en la presente recopilación, Fedin nos habla de sus entrevistas con el autor de "La Madre" en los primeros años de la revolución.

"Su papel en la formación de la literatura soviética de los años veinte fue enorme -escribe K. Fedin-, su participación en los destinos de los escritores determinó con frecuencia el desarrollo de las dotes del literato novel y adornó su camino".

GORKI ENTRE NOSOTROS.

¡No, no! Era realidad, era algo más que realidad: eran realidad y recuerdos.

León Tolstói

La guía izquierda de sus bigotes se alza más y más, él ríe, sin asomo de malicia, bonachón, y por fin me suelta la mano, que conserva largo rato el calor del apretón.

Cuando en el otoño de 1919, movilizado, fui a parar a Petersburgo, la ciudad era una fortaleza. y así se llamaba: "Región fortificada de Petrogrado", cuyo estado mayor se encontraba en el centro de la ciudad, en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Los guardias blancos de Yudénich se habían acercado por completo a la ciudad. Su mando veía ya con los prismáticos la Puerta de Moscú desde las alturas de Púlkov. Se disponían a tomar la ciudad por asalto o a sitiarla.

Y entonces los obreros de Petersburgo y el Ejército Rojo realizaron un esfuerzo que a muchos pudiera parecerles inconcebible. Detuvieron al enemigo y lo rechazaron, obligándole a retroceder. El ejército de Yudénich fue aniquilado y cubierto de oprobio.

Las huellas de aquel esfuerzo heroico quedaron durante largo tiempo en cada calle, en cada casa, en cada piedra de Petersburgo.

Vivía en la ciudad una tercera parte de la población de los tiempos de paz. La gente padecía a causa del hambre y el tifus exantemático, se helaba, era atormentada por miles de pequeñas privaciones y enfermedades de cuya existencia no podía sospechar siquiera cuando reinaba la paz...

Pero aquella fortaleza hambrienta y helada

guardaba una fe imperecedera en su mañana maravilloso...

El trabajo continuo, apasionante, no me impedía -ni a cuantos se encontraban alrededor- luchar por la conservación de una existencia que tenía la muerte a un paso. Pero, al propio tiempo, yo no olvidaba ni por una hora la literatura. Estaba completamente solo en la inabarcable ciudad, capital ayer, la cual no tenía hoy el menor barrunto de que en sus avenidas iba a aparecer otro joven con sueños de escritor, con esperanzas de imprecisas conquistas y tal vez de gloria.

Sentía una necesidad insaciable de comprenderlo todo, y estaba convencido de que precisamente la literatura era la que mejor podía satisfacer esa necesidad. El amor más fuerte con que yo llegué a la revolución después de la guerra, pasada en el cautiverio, fue el amor a la patria, a Rusia. Y ese sentimiento, lejos de ser anulado por la revolución, se fundió con ella en un todo único...

Multitud de gente razonaba de un modo parecido al mío, y estoy seguro de que muchos esperaban de la literatura la gran palabra...

En aquel Petersburgo del heroísmo, el hambre, las epidemias y el silencio, se encontraba un hombre, que aunque al parecer se mantenía aparte, constituía en realidad el centro mismo del movimiento que a la sazón se iniciaba. Aquel hombre era Gorki. Y el movimiento, el comienzo del trabajo soviético de los intelectuales.

La flauta maravillosa de Gorki tocaba a llamada y poco a poco, cobrando ánimos, iban asomando los hombres por las bocas de sus guaridas y cuevas. Había algo del medioevo en aquella salida a la luz de los agonizantes gremios: aparecían los literatos,

calentando la tinta congelada; salían los científicos, para ponerse junto a los soportes con retortas y matraces. Gorki poseía muchos medios de influencia. El principal era su personalidad. Huelga decir que ninguna persona inteligente dudaba de la pureza de móviles de Gorki. Pero esta pureza se encuentra con bastante frecuencia entre los intelectuales. Gorki tenía sobre todos ellos la superioridad de que su vida estaba entrelazada con la historia de la revolución y pertenecía a ella. Era la biografía de su siglo. Por eso, su presencia en este lado de las barricadas, en la revolución, era cosa natural, y sus llamamientos no podían tener matiz alguno de casualidad ni de interés. Su fama, su influencia en el arte y, en consecuencia, su autoridad sobre los cerebros eran con anterioridad tan grandes, que no necesitaba aumentarlas.

Los irónicos pueden decir que la flauta maravillosa de Gorki era la ración de pan. Pero entonces todos veían que en aquello no había emboscada alguna: Gorki lo hacía para la cultura. Formaba parte integrante de ella y no podía tener ninguna otra intención de la que tenía: obligarla a vivir.

Gorki escribe junto a una ancha ventana que da a la avenida de Krónverkski. Veo su silueta, inclinada sobre una mesa grande, muy bien ordenada y que, por eso, parece vacía. Brilla un rayo de sol en los cristales de sus gafas, él mira por encima de ellas y, al verme, se las quita. Agil, con un hombro anguloso y algo caído, viene a mi encuentro, me toma del brazo y se vuelve hacia otra mesa, pequeña:

- Bueno, aquí tiene, a su disposición.

Da unas palmadas a un montón de libros y luego, uno tras otro, empieza a abrirlos por la página de los títulos; levemente echada hacia atrás la cabeza, tamborilea con los dedos sobre los nombres de los autores y va diciendo:

- Muy inteligente, mucho... Pero irónico, siempre con bromitas, y, a menudo, sin motivo. Y éste es de poco peso, pero enterado, da muchos hechos. En sus razonamientos, completamente huero... No caiga en la tentación... Y éste otro tiene esa agudeza y galanura que son más propias de un francés. Sin embargo, es consecuente: a pesar de su origen alemán, carece en absoluto de sistema y es un completo cínico...

- Esto es todo lo que hasta ahora he conseguido encontrar con respecto a la revolución del 48. Un libro magnífico ha desaparecido y no lo he podido hallar. Se los llevan, ¿sabe?, de los estantes, toda clase de diablos rateros.

Los estantes están como en las bibliotecas: pegados a la pared; entre ellos, falta espacio, pero la luz de la soleada y espaciosa habitación llega hasta aquí.

Gorki se aparta de los libros y, un poco en broma, atruena con voz de bajo profundo:

- No tenga ningún reparo. Tome el más amplio escenario posible. Y si quiere el circo, ¡no faltaba más! O una plaza de la ciudad, con cientos, con miles de personajes. ¿No le agradaría, por ejemplo, el atrio de una iglesia?... El espectáculo sería soberbio...

De nuevo está sentado a la mesa, envuelto en complicadas vedijas de humo. Tocando diversos objetos, como para comprobar si están allí -el lápiz azul, el cenicero, las gafas, las hojas de papel rayado-, cuenta:

- Cada vez más frecuentemente, tengo que tratar con nuestros hombres de ciencia. ¡Es una gente asombrosa! Con guantes de fabricación casera y envueltas las piernas en mantas, ¿se da usted cuenta?, permanecen en sus despachos, escribiendo. Como si de un momento a otro fuera a presentarse el centinela a comprobar si están en su puesto... En los Urales, vagan por abruptas montañas, recogiendo piedras preciosas, en fantásticas colecciones para la Academia de Ciencias. Se pasan meses enteros sin probar un pedazo de pan. ¿Y de qué viven?, se pregunta uno. Viven de la caza, como los salvajes, sí. Y eso, ¿sabe usted?, no es California, no es la fiebre del oro. Son hombres desinteresados, y no unos codiciosos. Hay que enorgullecerse de tales hombres...

- Hay que salvar la ciencia rusa... Se necesitan víveres, aunque haya que pagarlos al precio más caro, víveres...

- Antes, ¿sabe usted?, nunca me ocurría esto: el corazón me duele y se me hinchan las piernas. Falta de fósforo. No hay azúcar...

Se calla bruscamente (¡pues otra vez está hablando de sí mismo!) y explica aleccionador:

- En nuestro trabajo, donde se gastan tantos nervios, no se puede pasar sin fósforo...

Se reanima:

- Antes de venir usted, estuvo aquí el profesor Fersman. Acababa de hablar con Lenin, por hilo directo, de los asuntos de la comisión para mejorar las condiciones de vida de los científicos. Lenin es muy atento y está dispuesto a ayudar. Fersman asegura que Lenin está a favor de los intelectuales...

De nuevo, le veo hablando de Lenin. Con mímica apenas perceptible, bruscos movimientos de hombros y cariñosas bromas; va representando la conversación entre Gorki y Lenin.

- Hace años, vengo manteniendo que la gente poco perspicaz tiene que arrepentirse luego de su desprecio a los intelectuales. Ha de ir en busca de esos mismos académicos y profesores. Ahora es evidente que sin la intelectualidad no es posible hacer nada... Bueno, y los señores instruidos se han puesto inmediatamente a cantar victoria, jubilosos. Eso, claro, tampoco está bien. No está bien...

Yo intento atar los libros elegidos.

- Deme, deme -exige-, en eso de empaquetar yo tengo mucha práctica.

- Y la mía no es poca.
- ¡Veamos quién lo hace mejor!

Con conocimiento del asunto, toma una hoja de papel de envolver, la iguala y coloca sobre ella el montón de libros; oprime fuertemente con las palmas de las manos los dobleces, se enrolla en el índice un extremo de la cuerda y, apretando contra sí el paquete, lo enlaza con tensa cruz. Después de cerrar el nudo corredizo con la mano izquierda, corta hábilmente la cuerdecilla y me ofrece el envoltorio ya hecho, inclinándose sonriente:

- ¡Permítame, señor!... ¿Quién ha ganado?
- Yo también sé empaquetar no peor que usted.
- Eso lo veremos otra vez...

Con unción de iniciado, me llevo sus recomendaciones, apretando con fuerza el paquete de libros en el que tal vez se oculte mi porvenir -la enseñanza del trabajo, el secreto del arte, la verdad de la vida-, ¡quién sabe!...

En el verano vi a Gorki al lado de Lenin.

Ocurrió en julio, en la apertura del II Congreso de la Internacional Comunista. El hecho de que Lenin hubiera venido al Congreso y de que fuera a intervenir en la ciudad que recientemente, a costa de enormes sacrificios, había sabido defender sus muros de los ataques del enemigo, así como la circunstancia de que se hubieran congregado allí representantes de los partidos obreros de casi todas las partes del mundo, todo aquello daba al solemne acto un carácter triunfal. Mas en el triunfo aquel había también imperativos duros, inflexibles: la lucha continuaba aún, era una lucha a muerte, y el Congreso lo celebraban con los dientes apretados y el propósito firme de batirse hasta el fin.

La aparición de Lenin produjo sensación.

El amarillento resplandor de las arañas, amortiguado por la intensa luz del día, que penetraba por la claraboya, parecía aumentar la emoción de la gente que llenaba la sala. El sofocante calor se había ido acumulando en el palacio mucho antes de que empezara el Congreso. Y de pronto la tensión producida por la diversa luz de las lámparas y del sol, el cargado ambiente y la larga espera empezó a descargarse en los aplausos que resonaron en la galería; algo intermitentes al principio, se fundieron luego para descender lentamente en oleada que pareció abarcar y remover el palacio entero: inclinada la cabeza, como ofreciendo resistencia al viento, delante de multitud de delegados, Lenin cruzó toda la sala. Subió con rapidez al sitio de la presidencia y desapareció durante aquella ovación creciente y prolongada. Después, surgió de nuevo inesperadamente, subiendo presuroso por el pasillo del anfiteatro. En cuanto le vieron, empezó a arremolinarse la gente en el lugar en que él se detuviera, formando un cerco cada vez más estrecho, y el fragor de los aplausos hizo que otra vez pareciera

tambalearse la sala. Lenin hablaba amistosamente con Mija Zjakaya, inclinándose cada vez más hacia su oído; al fin dejó caer la mano, como irritado por aquel alboroto, casi rompió el cerco de la gente y lanzóse hacia abajo.

Pero hubo de soportar una tercera ovación, cuando subió a la tribuna para hacer el informe. Estuvo largo rato examinando unos papelitos. Luego, alzó muy alto la mano y la agitó en el aire para calmar a la inquieta sala. En medio de aquel hirviente estruendo, Lenin, como para defenderse, sacó de pronto el reloj del bolsillo del chaleco y lo mostró a la multitud, golpeteando enfadado con el dedo el cristal, pero tampoco sirvió de nada. Entonces, se puso otra vez a repasar nerviosamente los papelitos, como si le faltasen ya fuerzas para obligarse a aceptar aquella lamentable alteración del orden.

Las primeras palabras de Lenin le acercaron, de un modo sorprendentemente real, a su auditorio. Hablaba no muy fuerte, pronunciando la "r" un poco al modo francés; con voz aguda, decía cosas prácticas, prosaicas, pero con una exaltación extraordinaria, de verdadero orador. Mencionaba cifras, aproximándose los papelitos a los ojos, y en sus palabras todo era útil y claro sin adornos ni hojarasca; fundidas con los gestos, sencillos y persuasivos, con la movilidad y ligereza de su cuerpo, parecían de fuego por su propio sentido.

Lenin iba descubriendo ante el Congreso un gran mundo, el mundo de la lucha por la humanidad con las fuerzas del primer Estado soviético de la tierra. Diríase que había tomado de la mano a la historia y la llevaba con facilidad a la sala, y ella, dócilmente, nos mostraba las acciones de la recién derrotada Polonia y del aplastado Wrángel, así como el proceder de su defensora Inglaterra, que se había sentido de pronto llena de amor a la paz y había propuesto su mediación entre los Soviets y la contrarrevolución. Lenin reproducía un instante de la historia. Pero en sus palabras prácticas, semejantes a cálculos de un científico, palpitaban, como un corazón, los sueños en un mundo nuevo, y el Congreso no se limitaba a seguir en su trayectoria el pensamiento leninista; parecía, además, tocar con sus manos la propia alma de Lenin.

El palco de la prensa, donde yo estaba, se encontraba al lado de la tribuna. Yo no apartaba los ojos de Lenin, y tenía el convencimiento de que si yo fuera pintor, pintaría de memoria su retrato.

Seguí mirándole cuando, terminada la sesión, entre multitud de delegados, se dirigió hacia la salida del palacio. Las apreturas eran terribles; en medio de un calor sofocante y una aglomeración inusitada, centenares de personas trataban de avanzar a empujones para verle más de cerca. Y mientras iban por entre bastidores, por la circular sala y el vestíbulo, la gente le oprimía de continuo.

De pronto, descollando grandemente sobre él y la

multitud, vi la cabeza de Gorki. Ante las mismas puertas, todos se detuvieron; luego, muy lentamente, como flotando, fueron filtrándose hacia el portalón. Lenin y Gorki salieron también así del palacio, casi unidos, apretados por la gente, bien juntos, pero en aquel momento, en la pendiente del portal, la procesión volvió a detenerse, y entonces, abriéndose paso desde todas partes, se acercaron a ellos los fotógrafos, chasqueando los obturadores y ocultándose del sol bajo paños y lienzos negros. Gorki estaba parado junto a una columna, detrás de Lenin, sin sombrero, y su cabeza, bañada de sol, se veía desde lejos; por doquier se repetía su nombre. Percibí en el rostro de Gorki nuevos rasgos que yo no recordaba de las entrevistas anteriores. Debía estar emocionado hasta el fondo de su alma y dominaba su emoción, y aquel esfuerzo hacía su mirada dura y mantenía inmóviles las pronunciadas arrugas de su cara, vivas de ordinario. Me parecía muy autoritario, y diríase que todo su rostro expresaba la inflexibilidad que acababa de resonar en el discurso de Lenin y que había recogido el Congreso entero.

Apretujado por el gentío, mirando por encima de los hombros y las cabezas, yo procuraba con todas mis fuerzas no perderme ni un solo movimiento de aquellos dos hombres que estaban juntos: de Lenin y Gorki. Y me figuraba que todo lo mejor que yo pensara siempre acerca de Gorki había encarnado en él en aquel instante, estaba en aquella proximidad a Lenin, a la más elevada comprensión de cuanto ocurría en el mundo.

He entrado en su vivienda, absorbido como siempre por la entrevista que va a tener lugar, y no me he dado cuenta de que en la habitación, seguramente entre los estantes de los libros, hay alguien, a más de nosotros. Durante la conversación, me toma del brazo y me vuelve un poco.

- Le presento a Vsévolod Ivánov. También escritor. De Siberia. Sí.

Apoyada la espalda contra la estufa, está en pie un hombre de muy usada ropa medio militar y piernas ceñidas por vendas de soldado. La monótona indumentaria ha tomado hace tiempo, sobre su cuerpo, esa rugosidad descolorida que se adquiere en las marchas. Su cara y sus manos tienen un color terrosocenciento; por su delgadez, que es casi consunción, y todo su aspecto de hombre entrenado a caminar, parece un fugitivo.

- Es un espanto lo que cuenta -dice Gorki, suspirando.

Y es cierto, lo que cuenta es espantoso. Acaba de llegar de Oriente, no sé cómo, y la visión de las hordas de Kolchak se alza todavía ante sus ojos estrechos y los pequeños cristales de sus lentes, que no armonizan con los anchos pómulos. Ha estado dos años en medio del torbellino de la guerra civil, y ha salido indemne, si es que se puede salir de ella sin

daño alguno. Habla de los horrores con muy pocas palabras y frases cortas, tajantes. Mantiene las manos a la espalda, su cara parece indiferente a lo que él dice, su voz es baja:

- Le sacan a un soldado rojo las tripas. Se las clavan a un poste. Le obligan, a culatazos, a dar vueltas alrededor del poste hasta que todas las tripas se enredan a él.

- ¿A qué poste? -pregunta Gorki puntualizador, con aire severo.

- ¡Qué más da a cuál! A uno de telégrafo.

- Bastante terrible es eso -dice Gorki frotándose las manos, como si tuviera frío-. Bastante terrible. ¿Y los guerrilleros qué hacen?

- No se portan mal. Los guerrilleros son gente pronta.

Gorki mira a Ivánov escudriñador, pero la curiosidad y el sentimiento de admiración se imponen: hay algo de épico en los increíbles relatos del fugitivo, y es muy poco probable que mienta, pues ha visto demasiadas cosas; si recarga las tintas, lo hace con tanto talento, que sería una pena no escuchar sus terribles exageraciones.

... Ya está instalado el fugitivo en el barrio de Vyborg, en el antiguo altar de la capilla del hospital; desde el techo, le miran beatíficos los evangelistas Marcos y Lucas, Juan y Mateo, pintados de colores. Sobre esa divina mesa transcurre una vida rara, que nada tiene del sacramento del altar: se amontonan, se arrancan, se cortan, son cubiertas de tachaduras con lápiz páginas de papel couché con tablas, mapas y estampas en colores. Al dorso de las láminas arrancadas de una enciclopedia, Vsévolod Ivánov escribe con celeridad febril, como perseguido por las espantosas visiones, relatos acerca de los horrores presenciados. Gorki, de vez en cuando, le llama por teléfono. Ivánov acude corriendo desde el altar a la vivienda contigua y escucha las atentas preguntas: "¿Recibe usted pan?... ¿Escribe?... Muy bien, siga escribiendo".

Esto ocurría al comienzo de los cuidados de Gorki para asegurar el pan cotidiano a escritores noveles que nadie conocía, y Vsévolod Ivánov era el primero de ellos que, con el saco a la espalda, se ponía en la cola para recibir su ración en la Casa de los Científicos.

A mí no me cabe duda de que se trata de uno de los más audaces escritores del período posterior a Octubre.

El consiguió la afinidad química entre cosas tan difíciles de combinar como la dura verdad y la forma leve, fácil de exposición. Su prosa acerca de la guerra civil constituye hoy una de las fuentes de la literatura soviética. Sus compañeros deberían reconocer que él fue el primero que, después de la guerra, logró aportar con fuerza literaria un nuevo material, revolucionario, al arte de escribir: aquello que había hecho palpar los corazones de toda la joven

generación de la literatura rusa.

Quizá uno de los más afortunados descubrimientos que hiciera Gorki, entre los escritores, fuera precisamente Vsévolod Ivánov.

... Los comienzos del año 1921 fueron para Gorki los días más penosos de aquel entonces. Su enfermedad se desarrollaba con rapidez, y difícil es hallar otro mal que pueda compararse con la tuberculosis en cuanto a refinada capacidad de alterar el equilibrio espiritual.

Le vi en enero, en la Casa de las Artes, en una velada dedicada a la literatura mundial. Sentado a una pequeña mesa, abrió el acto con muy breves palabras, unas cuantas frases nada más. En la aquietada y silenciosa sala se oía su respirar. Se sobreponía al cansancio con supremo esfuerzo, aquello saltaba a la vista de los oyentes, intranquilizándoles sobre manera. Terminó de hablar y se fue, balanceante, a grandes y lentos pasos, como si hubiera perdido de pronto su ligereza habitual.

Nunca he subido con tan lamentable estado de ánimo por la estrecha escalera de la avenida de Krónverkski, y ello no se debe a la lobreguez y el frío, propios de octubre, ni a que esté enfermo, no, el motivo es que sé que vengo aquí por última vez, a despedirme: Gorki se marcha a curarse, como se dice ahora, a Naugueim, y después, seguramente, a Finlandia. ¿Qué más se puede desear? Yo sé demasiado bien que ha llegado a un límite tras el cual no haya ya tal vez curación posible; me imagino con claridad cómo lo voy a ver cuando entre y él se levante para dirigirse a mi encuentro. Mas la sola palabra "despedida" aflige ya cruelmente, y un egoísmo involuntario se opone a que reconozcamos esta necesidad: Gorki lo precisa; bien, para él será bueno, ¿pero será bueno para mí, para nosotros, para todo el mundo de esperanzas que él ha iniciado con tan buena voluntad y tanta rapidez? Claro que él está obligado a ir a curarse, pues morir es lo más sencillo; la espantosa pérdida de Blok está fresca en la memoria y sigue sorprendiendo a todos por su celeridad. ¿Pero qué hacer con este sentimiento de pena, con esta amargura de saber que ahora voy a hablar con él por vez postrera?...

Mucho más tarde, Gorki, en sus recuerdos acerca de Lenin, incluía la carta que éste le dirigiera y que decidió definitivamente su marcha al extranjero:

"... Tiene usted vómitos de sangre, ¡y no se marcha!! Eso es una falta de conciencia y de cálculo, ¡palabra! En Europa, en un buen sanatorio, se curará usted, y hará allí tres veces más de lo que hace. ¡Palabra! Mientras que aquí, ni curación ni trabajo eficaz, únicamente ajeteo, vano ajeteo. Váyase y cúrese. No sea terco, ¡se lo ruego!

Suyo afmo.
Lenin".

Me vuelve a asombrar que Gorki, ante todo, se preocupe de los demás, de las personas de quienes se despide. Pero también habla de sí mismo, con embarazo, sonriendo confuso y alzando alternativamente un hombro y el otro.

Tiene en el rostro unas arrugas nuevas, unos pliegues que le cuelgan. Sus ojos se han vuelto más ardientes, y su azul es de mayor transparencia, pero la fiebre no ha animado la mirada, no ha hecho más que acentuar el cansancio que parece incrustado en cada uno de sus rasgos.

- A poco me muero en Moscú, se lo comunico a ustedes, sí. .. Nunca me había ocurrido nada semejante. Antes, a veces, el peligro me amenazaba, pero yo no lo sentía. Mientras que esta vez he sentido, ¿comprenden?, he sentido la posibilidad de morir.

Ríe con alegría e infantil asombro y, abriendo mucho los ojos, repite varias veces:

- He sentido la posibilidad de morir... Posibilidad muy real ¿comprenden?, mucho... Me han encontrado no sé qué dilatación extraña del corazón...

Y lo peor de todo es que habrá que creerlo...

Pasando bruscamente a la seriedad, como si hubiera caído en la cuenta de lo impropio de esa conversación y se llamase al orden, pregunta:

- ¿Y a usted qué le pasa, señor mío?

Yo acabo de salir de la clínica y pronto debo hospitalizarme para sufrir una operación; cuando se lo digo, se inquieta y empieza a preguntarme quién me va a operar, quién cuidará de mí después de la intervención quirúrgica...

- La operación no tiene ninguna importancia -dice sin creer sus propias palabras ni que me engaña con ellas-. Pero, ¿qué va usted a hacer después de la operación? Necesitará usted alimentación, ya ve qué... inconveniente. ¿Y de dónde va a sacar los alimentos, eh?...

Está tosiendo largo rato, agitando de continuo el enhiesto dedo para indicar que se le ha ocurrido una idea y que tenga paciencia hasta que acabe de toser y me la diga.

- Espere un poco... -me pide, apenas recobra el aliento-. En cuanto se publiquen mis libros, recibiré los honorarios y mandaré dinero. A todos los Serapiones.

De pronto, me recomienda con un cariño que cala hondo:

- Preocúpese de sí mismo. Y dígame a los suyos que se preocupen también de usted. Sí, sí, preocúpense unos de otros... Este grupo es para mí singularmente entrañable. Hay que salvarlo, conservarlo a toda costa...

Avanza hacia mí, sonriendo con su sonrisa oblicua que un día me turbara, y, torpemente, conteniéndose, me toca en el hombro.

- Mucho ha adelgazado usted -barbota quedo.

- ¿De modo que le va a operar Grékov? Buen cirujano, un maestro... Claro que tal vez fuese mejor que lo hiciera Fiódorov...

Me mira alarmado, pero al instante rectifica sin vacilar:

- Lo principal es el período post-operatorio. Y eso lo arreglaremos nosotros. ¡Lo arreglaremos sin falta!...

Una vez más, la última, tengo por un instante la

sensación de que se puede penetrar por sus ojos. Y la pierdo, ya no la tengo, ha quedado atrás, como todo.

Estoy abajo, en el portal, cerca de la salida, y antes de salir me es imprescindible desembarazarme de un sentimiento que me estorba, que me estorba porque no lo comprendo. Para ello necesito reunir muchas fuerzas, fuerzas físicas, corrientes, y cuando lo logro al fin, me digo, contento de la inesperada liberación: ¡Pero sí soy un hombre feliz! ¡Qué feliz soy!

MÁXIMO GORKI.

"Por su belleza espiritual y la fuerza de su amor al mundo, constituyen un fenómeno sin par; yo no conozco ninguno semejante", decía Gorki, refiriéndose a los revolucionarios rusos.

Toda la vida del gran literato y cantor de la revolución estuvo vinculada al movimiento proletario, en la más estrecha conexión con él. Máximo Gorki (1868-1936) conoció personalmente a muchos revolucionarios destacados de su época; acerca de ellos escribió libros o tuvo el vehemente deseo de hacerlo. Amigo íntimo de Lenin, nos dejó unos recuerdos referentes a él que ocupan con derecho un lugar destacado, quizá el primero, entre las semblanzas literarias análogas.

Sabido es que la obra cumbre de Gorki está basada en algunos hechos de la biografía del revolucionario ruso Piotr Zalómov y de la madre de éste, con los que mantuvo amistad hasta el fin de sus días.

En el presente libro figuran relatos gorkianos acerca de Simón Arshákovich Ter-Petrosián, conocido en la historia bajo el nombre de "Kamó", y de otros revolucionarios.

KAMO.

En noviembre y diciembre del año 1905, vivía en la esquina de las calles Mojovaya y Vozdvizhenka - donde hasta hace poco se encontraba aún el Comité Ejecutivo Central de Rusia- una *druzhina*³⁴ de combate integrada por doce georgianos. Organizada por L. Krasin y subordinada a un grupo de camaradas bolcheviques y al Comité que intentaba dirigir la labor revolucionaria de los obreros de Moscú, la *druzhina* aquella hacía servicio de enlace entre los distritos y custodiaba mi vivienda en las horas de reuniones. Varias veces tuvo que intervenir activamente contra las "centurias negras", y en una ocasión, la víspera del entierro de N. Bauman, cuando una multitud de millares de individuos de esas centurias se disponía a asaltar la Escuela Técnica, donde se hallaba el féretro con el cadáver de Bauman, asesinado por el miserable Mijalchuk³⁵, el pequeño destacamento, bien armado, de jóvenes georgianos disolvió a la multitud aquella.

Al llegar la noche, los de la *druzhina*, rendidos de las fatigas y peligros del día, se reunían en la casa y, acostados en el suelo de la habitación, se contaban unos a otros las incidencias de la jornada. Todos ellos eran jóvenes de diez y ocho a veintidós años de edad, y los mandaba el camarada Arabidze³⁶, hombre que andaría cerca de los treinta y era un revolucionario

enérgico, exigente, severo y siempre predispuesto a las acciones heroicas. Si no me equivoco, fue él quien mató a tiros en 1908 al general Azanchéiev-Azanchevski, jefe de uno de los destacamentos punitivos de Georgia.

De labios de Arabidze, oí por vez primera el nombre de Kamó y los relatos sobre la actuación de este artífice, de excepcional audacia, en la esfera de la técnica revolucionaria.

Los relatos eran tan asombrosos y legendarios que costaba trabajo creer que, incluso en aquellos días heroicos, un hombre pudiera albergar al propio tiempo tanta audacia, casi fabulosa, y una extraordinaria ingeniosidad, al lado de un candor infantil. Me parecía entonces que, de escribir yo todo lo que oía acerca de Kamó, nadie creería en la existencia real de un hombre semejante y el lector tomaría la figura de Kamó por invención de un novelista. Y casi todo lo que contaba Arabidze yo lo atribuía al romanticismo revolucionario del narrador.

Pero, como ocurre con bastante frecuencia, resultó que la realidad superaba a la "invención" en complejidad y brillantez.

Poco después, los relatos acerca de Kamó me los confirmaba N. Flérov, hombre al que yo había conocido en Tiflis el año noventa y dos, cuando él trabajaba de corrector en el periódico "El Cáucaso". Entonces era "populista", acababa de volver del destierro en Siberia, muy cansado de allá, pero había entablado conocimiento con las teorías de Marx y, de un modo muy elocuente, aseguraba a mi compañero Afanásiev y a mí que

"La historia trabaja a nuestro favor".

Como a muchos cansados, la evolución le gustaba más que la revolución.

³⁴ Destacamento revolucionario de obreros armados. (N. del T.)

³⁵ Portero de una casa de la calle Alemana, hoy de Bauman. Por el asesinato de Bauman fue absuelto. En 1906 se le juzgó por robo de unos objetos domésticos, y fue condenado. (Nota de M. Gorki.)

³⁶ Artista dramático georgiano, camarada, Vasó Arabidze. (Nota de M. Gorki.)

Pero en 1905 apareció en Moscú como otro hombre, distinto.

- Entre nosotros, padrecito, empieza la revolución social, ¿comprende usted? Empieza y seguirá, porque ha empezado desde abajo, desde la base -decía con seca tosecilla y la voz cautelosa del que tiene los pulmones abrasados por la tuberculosis. A mí me era agradable ver que había perdido su miopía de racionalista limitado, daba gozo oír ardientes palabras.

- ¡Qué asombrosos revolucionarios salen de los medios obreros! ¡Escuche!

Y empezó a hablarme de un hombre sorprendente; pero yo, después de escucharle un rato, le pregunté:

- ¿Se llama Kamó?

- ¿Le conoce usted? ¡Ah!, sólo de oídas...

Se restregó con fuerza la despejada frente y los escasos cabellos, rizosos y grises, de la incipiente calva, quedó un momento pensativo y dijo, haciéndome recordar al escéptico y racionalista que era trece años antes de esta entrevista:

- Cuando de un hombre se habla mucho, es porque se trata de un hombre extraordinario y tal vez de la "golondrina" que "no hace primavera".

Pero, después de rendir tributo al pasado con ese inciso, me confirmó los relatos de Arabidze y me contó a su vez:

En Bakú, en la estación, adonde había ido Flérov a recibir a una conocida suya, un obrero le dio un fuerte empellón y le dijo a media voz:

- ¡Haz el favor de insultarme!

Flérov comprendió que era preciso insultar, y en tanto lo hacía, el obrero aquel, quitándose el gorro con aire de culpa, barbotó:

- Tú eres Flérov, yo te conozco. Me siguen. Vendrá un hombre con la cara vendada y abrigo a cuadros, dile: "La vivienda ha fallado: hay una celada", y llévatelo a tu casa. ¿Comprendido?

Luego, el obrero se puso el gorro y empezó a gritar él mismo con insolencia:

- ¡Basta ya de voces! ¿Qué estás diciendo? ¿Que yo te he roto las costillas?

Flérov se echó a reír:

- ¿Hizo bien el papel, verdad? Después, estuve largo rato pensando: ¿Por qué no despertó en mí ninguna clase de sospechas y me sometí a él con tanta facilidad? Seguramente, me sorprendió la expresión imperiosa de su rostro; un provocador o uno de la secreta me habría rogado, no se le habría ocurrido ordenar. Posteriormente, volví a verle dos o tres veces; una de ellas pasó la noche en mi casa y estuvimos hablando largamente. En el aspecto teórico, no es hombre muy preparado; él lo sabe y se avergüenza mucho de ello, pero no tiene tiempo para leer ni para estudiar por su cuenta. Además, parece que no le hace gran falta, pues él es revolucionario por temperamento, un revolucionario inquebrantable, para siempre, la labor revolucionaria es para él una

necesidad física, como el aire y el pan.

Un par de años más tarde, en la isla de Capri, Leonid Krasin ponía de nuevo ante mí la figura de Kamó. Estábamos recordando a los camaradas, y él, sonriendo irónico, me preguntó:

- ¿Recuerda que, en Moscú, le asombró a usted que yo le guiñara el ojo a un apuesto oficial caucasiano? Usted, maravillado, me preguntó: ¿Quién es ése? Y yo le dije: Un conocido de Tiflís, el príncipe Dadeshkeliani. ¿Recuerda? Me pareció que usted no creía en mi amistad con aquel engallado sujeto y hasta sospechaba en una broma mía. Pues bien, aquel sujeto era Kamó. ¡Desempeñaba a la perfección el papel de príncipe! Ahora, está detenido, en Berlín, y se encuentra en unas condiciones, que, seguramente, no escapará de ésta. Se ha vuelto loco. Dicho sea entre nosotros, no del todo, pero es poco probable que eso le salve. La Embajada de Rusia exige que se lo entreguen como delincuente común. Y si los gendarmes conocen aunque no sea más que la mitad de todo lo que él ha hecho, ahorcarán a Kamó.

Cuando le referí a Krasin lo que había oído acerca de Kamó, y le pedí que me dijese qué parte de verdad había en ello, él, luego de meditar un poco, me respondió:

- Es posible que todo sea verdad. Yo también he oído esos relatos sobre su extraordinaria audacia e ingeniosidad. Claro que los obreros, en su afán de tener un héroe propio, quizás exageren algo las hazañas de Kamó y creen en torno a él una leyenda revolucionaria, comprendiendo su importancia educativa desde el punto de vista de clase. Pero de todos modos, se trata de un muchacho de una originalidad excepcional. A veces, parece que, mimado por los éxitos, travesea y hace el payaso un poco. Pero eso, por lo visto, no obedece a ligereza juvenil, ni a jactancia, ni a romanticismo; debe tener otro origen. Hace sus picardías con mucha seriedad, pero, al propio tiempo, como en sueños, sin contar con la realidad. Ocurrió el siguiente caso: En Berlín, poco antes de su detención, iba él por la calle con una camarada, una muchacha rusa; ella le mostró un gato chiquitín que había en la ventana de una casita burguesa y comentó: "¡Mire qué bonito!" Kamó trepó allí con rapidez, se apoderó del gatillo y se lo entregó a su asombrada acompañante, diciéndole: "¡Tómalo, por favor!"

- La muchacha tuvo luego que demostrar a los alemanes que el propio gatito había saltado de la ventana. Y no es la única anécdota de este género; yo lo atribuyo a que Kamó carece en absoluto del instinto de la propiedad... ¡Tómalo, por favor!", lo dice con frecuencia y siempre que se trate de su camisa, de sus botas, y en general de cosas que le son precisas.

- ¿Es bondadoso? No. Pero es un excelente camarada. El no distingue eso de mío y tuyo. Para él

sólo hay "nuestro grupo", "nuestro Partido", "nuestra causa"...

- Otra vez, también en Berlín, en una calle muy animada, un tendero arrojó al arroyo a un chiquillo. Kamó irrumpió en la tienda y empezó a gritar, mientras su asustado acompañante le contenía a duras penas: "Déjame, haz el favor, hay que romperle los morros". Posiblemente ensayase entonces su papel de loco, eso me parece ahora. Pero en aquel tiempo no se podía dejarle ir solo a la calle, pues era como si saliese exclusivamente para enredarse en algún escándalo.

- Ciertó; él mismo me contó que, durante una expropiación, en el lugar en que debía arrojar una bomba, le pareció que le vigilaban dos agentes de la secreta. Hasta el momento de la acción, quedaban unos segundos. Acercóse a los agentes y les ordenó: "Largo de aquí o disparo!"

- "¿Y qué, se fueron?, pregunté yo.

- "Claro que se fueron".

- "¿Y por qué les dijiste eso?"

- "¡Vaya una pregunta! Había que decirlo, y lo dije".

- "Bien, ¿pero por qué razón? ¿Te dio lástima de ellos?"

- Se enfadó y se puso colorado.

- "¡Ninguna lástima! Pero, a lo mejor, eran sencillamente unos pobretes. ¿Qué les importaba aquello? ¿Qué se les había perdido allí? No era yo solo el que tiraba bombas, y podían herirles, o matarlos....

- Su conducta en este caso se complementa, y tal vez se explique, con otro suceso análogo: Una vez, en Didub, descubrió a uno que le espiaba; lo agarró, lo acorraló contra el muro y se puso a convencerlo: "¿Tú eres pobre? Entonces, ¿por qué actúas en contra de los pobres? ¿Tus compañeros son los ricos, verdad? ¿Por qué eres un canalla? ¿Quieres que te mate?"

- El hombre aquel no deseaba que lo mataran, resultó ser un obrero ruso de un grupo de Batumi que había venido por libros y folletos, pero había perdido las señas del camarada y trataba de encontrar la casa. ¿Ve qué muchacho tan original es Kamó?

La más sorprendente de sus hazañas es la simulación genial con que engañó a los más sabios psiquiatras berlineses. Sin embargo, la hábil simulación no le sirvió de mucho, pues el gobierno de Guillermo II entregó a Kamó a los gendarmes del zar; cargado de cadenas y grilletes, lo llevaron a Tiflís, donde fue internado en la sección de psiquiatría del hospital de Mijáilov. Si no me equivoco, estuvo simulando la locura durante tres años. Su fuga del hospital de Tiflís fue también algo fantástico.

Conocí personalmente a Kamó el año 20, en Moscú, en casa de Fortunátova, que fuera mi antigua vivienda, en la esquina de las calles Vozdvizhenka y

Mojovaya.

Hombre fuerte, vigoroso, con típico rostro de caucasiano y mirada buena, muy atenta y severa, de sus afables ojos oscuros, vestía el uniforme de soldado del Ejército Rojo.

Por sus ademanes, cautelosos e inseguros, se percibía que aquel ambiente inhabitual turbaba un poco a Kamó. En seguida se advirtió claramente que las preguntas acerca del trabajo revolucionario le fastidiaban y que le absorbía por entero otro afán. Disponíase a ingresar en una academia militar.

- Es difícil entender la ciencia -se lamentaba con amargura, dando palmadas a un libro de texto y pasándole la mano, como si acariciara a un perro de malas pulgas-. Hay pocos dibujos. Es preciso poner en los libros más estampas, para que se vea inmediatamente qué es una dislocación. ¿Sabe usted lo que es eso?

Yo no lo sabía, y Kamó, sonriendo confuso, comentó:

- Ve usted...

Su sonrisa era de impotencia y como infantil. Aquel desvalimiento lo conocía yo bien, pues en mi juventud lo había experimentado con frecuencia al tratar de alcanzar la sabiduría verbal de los libros. También comprendía lo difícil que debía ser vencer la resistencia de los libros a un práctico audaz, para el que servir a la revolución era ante todo actuar, crear nuevos hechos.

Aquello, en la primera entrevista con Kamó, despertó ya en mí una ardiente simpatía hacia él, y cuanto más tiempo pasaba, más me sorprendía con la hondura y exactitud de su sentido revolucionario.

Era completamente imposible aunar todo lo que yo sabía acerca del legendario arrojador de Kamó, de su sobrehumana fuerza de voluntad y su pasmoso dominio de sí mismo con el hombre que tenía delante, sentado a la mesa, abarrotada de manuales.

Parecía increíble que, después de una tan prolongada tensión de fuerzas, siguiera siendo un camarada tan sencillo y agradable, que conservase la juventud de espíritu, su lozanía y vigorosidad.

El joven vivía aún en él, y con juvenil romanticismo estaba enamorado de una mujer buena, aunque ésta no brillaba por su belleza; además, me parece que tenía más años que él.

Hablaba de sus amores con ese lirismo pasional sólo asequible a los jóvenes fuertes, sanos y castos:

- ¡Es magnífica! Doctora, ¿te das cuenta?, y todo lo sabe, todas las ciencias. Viene del trabajo y me dice: "¿Cómo? ¿Que no lo puedes entender? Pero si es sencillísimo". ¡Y es verdad! ¡Es muy sencillo! ¡Oh, qué persona!...

Y en tanto contaba sus amores, con palabras cómicas a veces, hacía inesperadas pausas, se alborotaba los abundantes y rizosos cabellos y se quedaba mirándome, preguntando algo en silencio.

- Bueno, ¿.Y qué? -le animaba yo a seguir.

- Ya ves... -decía impreciso, y había que estar insistiéndole largo rato para oír luego una pregunta ingenua:

- ¿Tal vez no haya que casarse?

- ¿Por qué?

- Ya sabes, la revolución; hay que estudiar, hay que trabajar, estamos rodeados de enemigos, ¡hay que combatir!

Y sus cejas fruncidas, el severo fulgor de sus ojos denotaban con claridad que le atormentaba sobremanera un interrogante: ¿No se da el casamiento una traición a la causa de la revolución? Causaba extrañeza, era un poco cómico y algo especialmente conmovedor que el vigor juvenil y la lozanía de su amor de hombre no coincidiese con su arrolladora energía de revolucionario.

Con la misma pasión que de su amor a la mujer; hablaba de la necesidad de ir al extranjero, de trabajar allí.

- Le pedí a Ilich: "¡Déjame ir, yo seré en el extranjero un hombre útil!" "No -me respondió-, ¡estudia!" Bueno, ¡qué se le va a hacer! El sabe lo que es preciso. ¡Un hombre como él! Ríe igual que un niño. ¿Has oído alguna vez la risa de Lenin?

Sonrió radiante, y volvió a ensombrecerse al lamentarse de las dificultades para alcanzar la ciencia militar.

Cuando le preguntaba acerca de su pasado, me confirmaba de mala gana todos los relatos extraordinarios en torno a él, pero fruncía el entrecejo y añadía poco de nuevo, desconocido para mí.

- También he hecho muchas tonterías -confesó una vez-. En una ocasión emborraché a un policía y le unté de alquitrán toda la cabezota, hasta la barba. Era conocido mío. Va y me pregunta: ¿Que llevabas ayer en el cesto?" "Huevos". "¿Y qué papeles había debajo de ellos?" "Allí no había ningunos papeles"...Mientes -me responde-, yo los vi"... ¿Y por qué no me registraste?" "Porque venía del baño". ¡Qué imbécil! Yo me enfadé: ¿para qué me obligaba a mentir? Le llevé a una taberna y, cuando estaba borracho como una cuba, le embadurné. Yo era joven y hacía aún travesuras -terminó, y torció el gesto, como si hubiera bebido un trago de vinagre.

Yo empecé a convencerle para que escribiera sus recuerdos, asegurándole que serían sumamente útiles para los jóvenes que no conocían la técnica de ese trabajo. Durante largo rato, estuvo denegando con la rizada cabeza.

- No puedo. No sé. ¿Qué escritor soy yo, un hombre sin cultura?

Pero cuando reconoció que sus recuerdos eran también servicio a la revolución, acabó por ceder. Y tomada la decisión, puso inmediatamente manos a la obra, como debía hacer siempre en su vida.

Escribía no muy correctamente, con sequedad, procurando de un modo manifiesto hablar más de los

camaradas y menos de sí mismo. Cuando se lo indiqué, se enfadó:

- ¿Y qué debo hacer: echarme yo mismo incienso? Yo no soy ningún pope.

- ¿Es que los popes se echan ellos incienso?

- Bueno, ¿quién más? ¿Las señoritas se lo echan?

Sin embargo, después de aquello empezó a escribir con más claridad y con menos reserva acerca de sí mismo.

Era guapo a su manera, de una belleza singular, que no se percibía inmediatamente.

Estaba sentado ante mí un hombre fuerte, hábil, con uniforme de soldado del Ejército Rojo, y yo veía al obrero, al vendedor ambulante de huevos, al cochero, al petimetre, al príncipe Dadeshkeliani, al loco encadenado, al hombre que había hecho creer a unos sabios científicos en la autenticidad de su locura.

No recuerdo con qué motivo, hice mención de que en Capri había vivido conmigo un tal Triadze, el cual sólo tenía tres dedos en la mano izquierda.

- ¡Yo le conozco, es un menchevique! -afirmó Kamó y, luego de encogerse de hombros, con gesto despectivo, agregó-: No comprendo a los mencheviques. ¿Cómo es posible? Viven en el Cáucaso, y allí la naturaleza es pródiga... los montes suben hasta el cielo, los ríos corren hasta el mar, hay príncipes por todas partes, todo es riqueza. Y la gente es pobre. ¿Por qué los mencheviques son tan débiles, por qué no quieren la revolución?

Estuvo hablando largo rato; en su plática se percibía creciente ardor, pero algunos de sus pensamientos no encontraban palabras. Y, luego de un profundo suspiro, terminó diciendo:

- Muchos enemigos tiene la gente obrera. Pero el más peligroso es el que sabe decir mentiras en nuestro lenguaje.

Mi mayor deseo era, por supuesto, saber cómo aquel hombre tan "buenazo" había sabido encontrar fuerzas y arte para convencer a los psiquiatras de su locura.

Pero a él, por lo visto, no debían gustarle las preguntas respecto a eso. Encogióse de hombros y me respondió impreciso:

- ¿Qué quieres que te diga?... ¡Había que hacerlo! Así me salvaba; lo consideraba provechoso para la revolución.

Y únicamente cuando le dije que, en sus recuerdos, debía escribir de aquel duro período de su vida, que era preciso pensarlo bien todo y tal vez yo le fuese útil para ello, quedó pensativo, incluso con los ojos cerrados, y crispando la mano en apretado puño, repuso lentamente:

- ¿Cómo contarte?... Ellos me palpaban, me golpeaban en las piernas, me hacían cosquillas; bueno, y todo lo demás por el estilo... ¿Pero es que se puede palpar el alma? Uno me obligó a mirarme al espejo; me miro, y veo allí no mi cara, sino la de un

tipo flaco, peludo, de ojos salvajes y alborotados cabellos, ¡feo! Hasta espantoso.

- Enseñé los dientes. Y pensé: "¿Puede que en efecto me haya vuelto loco?" ¡Fue un minuto terrible! Luego, caí en la cuenta y le escupí al espejo. Los dos se miraron, como dos granujas, ¿sabes? y yo me dije: "¡A éstos les ha gustado que un hombre se olvide de él mismo!"

Hizo una pausa y prosiguió, más bajo:

- Mucho tiempo estuve pensando: "¿Aguantaré o me volveré loco de veras?" Aquello no estaba bien. Dudaba de mí mismo, ¿comprendes? Me encontraba como al borde de un precipicio. Y no sabía cómo no caía a él.

Luego de otra pausa, dilató los labios en ancha y astuta sonrisa:

- Ellos, claro está, conocen su asunto, su ciencia. Pero a los caucasianos no los conocen. A lo mejor, para ellos, todo caucasiiano tiene que ser un loco. Y yo, además, era bolchevique... Esto también lo pensé entonces. Bueno, decidí, ¡vamos a ver quién vuelve loco a quién antes! Pero no resultó nada. Ellos quedaron como estaban, y yo también. En Tiflís, ya no me atormentaron tanto. Por lo visto, creyeron que los alemanes no podían equivocarse.

De todo cuanto me refirió, aquél fue el relato más

MITIA PAVLOV.

No sé en qué lugar de Elets, ha muerto del tífus Mítia Pávlov, paisano mío, obrero de Sórmovo.

El año 1905, en los días de la Insurrección de Moscú, trajo de Petersburgo una gran caja con cápsulas de fulminato de mercurio y más de diez metros de mecha inflamable, enrollados al pecho. A causa del sudor, la mecha debió hincharse o quizá se la hubiese liado a las costillas apretando con exceso; el caso es que, al entrar en mi habitación, Mítia cayó al suelo; tenía el rostro azulenco y los ojos desencajados, como los de las personas que están a punto de morir de asfixia.

- ¿Se ha vuelto usted loco, Mítia? Pues en el camino pudo haberse desmayado, ¿y comprende lo que le habría ocurrido?

Jadeando, me contestó pesaroso:

largo.

Y, al parecer, el más desagradable para él. Al cabo de unos minutos, volvió inesperadamente a ese tema; me empujó suavemente con el hombro - estábamos sentados juntos- y me comunicó a media voz, pero en tono severo:

- Hay una palabra rusa: *yárost* (Furor, furia, rabia). ¿Y sabes? Yo no comprendía lo que significa esa palabra. Pero entonces, ante los doctores, yo estaba en pleno *yárost*, así lo creo ahora. ¡Yárost es una gran palabra! Me gusta con delirio. ¿Es verdad que hubo un dios ruso que se llamaba Yarilo?

Y al oír que sí, que había habido tal dios - encarnación de las fuerzas creadoras-, se echó a reír.

A mi modo de ver, Kamó es uno de esos revolucionarios para los que el futuro es más real que el presente. Eso no quiere decir en absoluto que sean unos soñadores, no; eso significa que la fuerza de su revolucionarismo, emocional, de clase, está organizada de un modo armónico y eficiente, que alimenta la razón, es base de su crecimiento, va como delante de ella.

Fuera del trabajo revolucionario, toda la realidad en que vive la clase a que pertenecen, les parece un mal sueño, una pesadilla, mientras que la realidad auténtica en que ellos viven es el futuro socialista.

- Se habrían perdido la mecha y las cápsulas...

M. Tíjvinski, en tanto le daba friegas en el pecho, también le regañaba gruñón, mientras Mítia, entornando los ojos, inquiría:

- ¿Cuántas bombas habrá? ¿Nos aplastarán? ¿Resiste la Presnia?

Luego, echado en el diván y señalando con los ojos a Tíjvinski, que examinaba las cápsulas, preguntó en un susurro:

- ¿El es el que hace aquí las bombas? ¿Es algún profesor? ¿Un obrero? ¿No es posible?

Y de pronto, intranquilo, se informó:

- ¿No les hará volar por los aires a ustedes?

De él, del peligro que había corrido y del que había escapado de milagro, ni palabra.

YURI GUERMAN.

Los lectores soviéticos trabaron conocimiento con las obras de Yuri Guerman (1910-1967) en los años del 30 y recuerdan el éxito que alcanzó su novela "Nuestros conocidos". Después ya de la Guerra Patria, aparecieron su "Joven Rusia" y "Teniente coronel de sanidad militar". Se ha traducido a muchos idiomas europeos la trilogía de Yuri Guerman acerca del médico Vladímir Ustimenko ("Esta es tu causa", "Mi ser querido" y "Respondo de todo"). Entre las obras más conocidas de Y. Guerman figuran sus relatos sobre Felix Dzerzhinski, eximio revolucionario leninista, publicados en el presente libro.

DZERZHINSKI Y ROSSOL.

En la cárcel de Sedléts compartía la celda con Antón Róssol. La tuberculosis cumplía su cometido con una rapidez despiadada. Róssol se moría. Apenas si podía levantarse del camastro de tablas que hacía en la celda las veces de cama, y por las noches tenía vómitos de sangre que le arrebataban sus últimas energías. Antón había perdido por completo el apetito. Durante horas y más horas yacía inmóvil, puestos los ojos en la sucia pared, pensando siempre en lo mismo.

Era duro morir a los veinte años.

Era insoportablemente terrible morir en la cárcel, lejos de los familiares y de los amigos íntimos, tras una reja, oyendo el metálico chocar de los grilletes, los roncros insultos de los carceleros y los gritos de los camaradas a quienes sacaban de sus celdas para ejecutarlos.

Sí, era terrible morir en la cárcel en primavera, cuando tras el enrejado ventano de la celda florecían los castaños, el cielo era cada día más azul, más diáfano, y el aire de la calle, tan fresco y puro.

La crueldad humana no puede compararse con nada. Claro que a Róssol hubieran podido ponerle en libertad bajo fianza, y quizás en el campo, rodeado de verde hierba, tomando leche recién ordeñada, se podría salvar, escaparía de las garras de la muerte. y si no se salvaba, por lo menos abrigaría la esperanza de seguir viviendo. Pero no lo ponían en libertad basándose en que no tenía salvación y que en la calle no podría hacer más que morir. Y eso podía hacerlo en la cárcel muy bien y con provecho para el Estado, ya que, antes de expirar, quizás se asustara y dijera lo que no había querido decir hasta entonces; quizás diera algunos nombres, permitiera hacer carrera al capitán de gendarmes encargado de su asunto y le ayudara a poner a la sombra a una buena tanda de gente de la que odiaba a la autocracia.

Por eso lo tenían en la cárcel.

Las piernas se negaban a sostenerle, no podía andar, pero no lo soltaban. En la puerta de la celda

había un gran candado, y durante el día se abría infinidad de veces la mirilla: el carcelero vigilaba si el tuberculoso Róssol no estaba abriendo una galería o limando los barrotes del ventano.

A veces perdía por completo las fuerzas, pero el capitán de gendarmes le interrogaba siempre en presencia de un número por la sencilla razón de que aquel hombre no tenía nada que perder, era, por lo tanto, capaz de cualquier cosa y había que tomar con él determinadas precauciones.

Por las noches le daban penosos vómitos de sangre, y Oberiujtin, el médico celular, que escribía en las revistas articulillos acerca de los casos de simulación, había dejado de interesarse por el enfermo y de visitarle, pues había podido cerciorarse de que Róssol no simulaba nada.

Róssol no quería ir al hospital. Había estado ya allí casi dos semanas y había solicitado él mismo que lo volvieran a llevar a la celda. El hospital era más terrible todavía. Se estaba allí tan monstruosamente mal, que Antón se limitó a hacer un ademán muy elocuente cuando Dzerzhinski le preguntó por qué había vuelto. Sí, dio un manotazo en el aire, se tendió en su camastro, cerró los ojos y dijo:

- Aquí se está como en el paraíso.

¡Cómo sería el hospital aquel si Antón consideraba la celda un paraíso!

Una tarde, Róssol dijo de pronto:

- Quizás todo esto me venga de la paliza.

- ¿De qué paliza? -preguntó Dzerzhinski, sin comprenderle.

- ¿No te lo he contado nunca?

- No...

- Un día -comenzó pausadamente Róssol-, antes de que te encerraran a ti, vino a verme el director de la cárcel. Entró, tomó asiento y se puso a hablar conmigo. Me preguntó qué tal me sentía y luego empezó a perorar. Yo le escuchaba en silencio. El hombre razonaba en torno a la autocracia, afirmaba que el zar era bueno, que la revolución era mala... Ya

sabes lo que suelen decir ésos... ¡Vete al cuerno!", pensaba yo, sin ganas de discutir con él. En fin, terminó preguntándome qué haríamos con él si la revolución triunfaba. Creía que estaba bromeando, que no hablaba en serio, pero le miré y vi que me equivocaba, que hablaba con toda seriedad. Sus ojos reflejaban un profundo interés. Yo eché la cosa a broma... Perdóname -le dije-, pero ¿qué podemos hacerle nosotros? Su grado es muy alto, ocupa usted un puesto de importancia... "Déjese de bromas -me dijo-, se lo pregunto en serio. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir? Me interesa mucho conocer mi futuro, soy padre de familia, tengo hijos, y debo estar al corriente de las perspectivas". Así lo dijo: "estar al corriente de las perspectivas".

- ¿Y qué? -preguntó Dzerzhinski.

- Lo eché otra vez a broma, pero, cuanto más bromeaba, mayores eran los deseos que sentía de decirle lo que pensaba. ¿Me comprendes?

- ¡No faltaría más! -se sonrió Dzerzhinski.

- Bien, sigo. Le dije que preguntara a otros, pues yo moriría antes de eso, pero me daba cuenta de que iba a decírselo sin falta, que iba a darme ese gusto, aunque me costara muy caro, aunque tuviera que pagar mucho por esa pequeña alegría. Y me lo di.

- ¿Cómo fue eso?

- Muy sencillamente. Se lo dije con mucha cortesía, con suavidad y delicadeza, casi como a un amigo. "Mire su señoría, le fusilaremos sin falta, cueste lo que cueste. No se moleste usted porque le diga la verdad, usted mismo me lo ha preguntado, no he sido yo quien ha comenzado esta cordial conversación". Pero, imagínate, el tipo volvió a la carga... ¿Es esa -me preguntó- su opinión personal o la de usted y de todos sus camaradas?"

- ¿Y para terminar ordenó que te dieran una paliza?

- No fue en seguida, continuamos hablando de temas científicos relacionados con las prisiones. Estuvimos largo rato conversando y fue al despedirse cuando me dijo que me prescribía cien *azotes* para que no me envaneciera y no pensara que la revolución estaba muy cerca y ajustáramos las cuentas a algunos. Añadió que había un magnífico proverbio ruso que debía siempre tenerse bien presente: "No escupas en el pozo cuya agua quizás hayas de beber". Le respondí que yo conocía un refrán que en nada le cedía: "Escupe en el pozo, que no has de beber su agua".

Dzerzhinski se echó a reír.

- ¿Te zurraron?

- Pues claro...

- ¿Fueron cien los *azotes*?

- No sé, no lo recuerdo. Al principio los contaba, pero luego me desmayé.

Guardaron silencio unos minutos. Luego, Róssol dijo:

- Quizás la paliza haya sido la causa de todo.

Puede que fuera ella, y no la enfermedad, lo que me ha puesto tan débil. Puede que me hayan estropeado algo dentro y que esto no sea tuberculosis. ¿Qué crees?

Róssol confiaba en que, si lo ponían en libertad, si respiraba aire fresco y puro, bebía leche, permanecía en el campo, rodeado de verdor, lo cuidaban bien y tomaba el sol, se repondría y viviría mucho, hasta los cien años. Con toda la fuerza y pasión de que era capaz, Dzerzhinski sustentaba este sueño de Róssol en su restablecimiento, lo sustentaba con tanto fuego y tan en serio, que a veces él mismo creía que ambos vivirían muchos años y trabajarían largo tiempo hasta la revolución y después de ella, que lo cambiaría todo y haría el mundo mejor, más libre, más justo.

Hablaba largo y tendido a Róssol de la ciencia, le decía que la medicina avanzaba con botas de siete leguas y que al descubrimiento de Pasteur podían seguir otros tan importantes o más. Cualquier día, decía, aparecería un sabio que libraría al mundo de la tuberculosis, haciendo de ella un fantasma tan lejano como eran ya las viruelas. Róssol se levantaría, sanaría, trabajaría, sería recluido en cárceles, se fugaría de ellas, se pelearía con los carceleros, en fin, viviría la vida que él mismo había elegido. Róssol le escuchaba con desconfianza, pero muy atento, como si permitiera que le persuadiesen de lo que no creía, pero tanto quería creer.

Por lo común, aquellas conversaciones mejoraban el humor de Róssol. Se sentía más tranquilo, más seguro, sus pálidos labios sonreían, y en sus ojos aparecía la expresión atrevida, obstinada e infantil que tanto agradaba a Dzerzhinski.

Dzerzhinski entregaba todas sus energías y pensamientos a Róssol.

No dormía de noche, al darse cuenta, en medio de la oscuridad de la celda, de que Antón no podía conciliar el sueño. Fingía padecer insomnio, procuraba distraer al enfermo, conversando con él, le contaba jocosos lances y se reía él mismo, aunque no sentía deseo alguno de reírse ni de hablar, aunque se caía de sueño, pues estaba cansado de las penosas jornadas carcelarias, del enfermo, a veces irascible e injusto, de los esfuerzos que tenía que hacer para conseguir en la cárcel, con su monstruoso régimen, un pedazo de hielo cuando a Antón le daban los vómitos, un poco de agua salada o caliente, algún medicamento o un trapo limpio.

Pero ¿qué se podía hacer?...

¿Dejar a aquel hombre enfermo, que se moría, a solas con su pena, sus temores, sus sufrimientos?

Dzerzhinski se sentaba a los pies del camastro de Antón, en la oscura y fétida celda, y decía animado y alegre:

- ¿No duermes? ¡Me alegro! Yo tampoco puedo. Llevo echado no sé cuánto tiempo y no logro pegar ojo... El sueño no acude...

- ¿Por qué no puedes dormir? -le preguntaba

suspica a Antón.

- No lo sé -respondía Dzerzhinski-. Ya sabes lo que es el sueño de la cárcel.

- Yo, cuando estaba sano, dormía perfectamente hasta en la cárcel.

La voz de Róssol denotaba su irritación, y Dzerzhinski percibía en su tono que buscaba algo en que pudiera desfogarse.

- Dormía perfectamente en cualquier sitio -continuaba Róssol, exasperándose más y más-, pero ahora que estoy enfermo, no puedo... Sin embargo, no le pido a nadie... -su voz adquiría un acento metálico-, no le pido a nadie que deje de dormir por mí. Todo lo contrario, pido a quien sea que duerma y no se estropee la noche y esté todo el día siguiente de mal humor. Lo único que pido es que me dejen en paz. ¡Sí, que me dejen en paz, y nada más!

La voz de Róssol se quebraba, vibrante, en una nota muy alta, y sus palabras, húmedas de lágrimas, denotaban dolor porque no había logrado cerrar los ojos ni un solo instante, mientras que Dzerzhinski había dormido y no había oído que él quería beber y la jarra se le había escapado de las manos, no había podido levantarla y seguía sin haber podido aplacar su sed...

- ¿Por qué no me llamaste?

-Porque sé que estás harto, que te tengo martirizado... Pero no puedo más, no puedo, no me quedan fuerzas para...

- No digas tonterías, Antón...

- No son tonterías. Efectivamente, me pongo insoportable con mis caprichos y mis rarezas, pero si supieras lo que sufro, las ansias que tengo de vivir, lo cansado que estoy de tanto pensar en la muerte, en que pronto, muy pronto, dejaré de existir y no quedará de mí más que polvo, cuando aún no he podido hacer nada, absolutamente nada...

Acometido por la debilidad, lleno de angustia, Róssol lloraba larga y penosamente, hundida la cara en la dura almohada de paja, las lágrimas lo ahogaban, buscaba a tientas en la oscuridad la mano de Dzerzhinski, la apretaba y decía con un hilo de voz:

- Dime, ¿qué debo hacer? ¿En qué puedo confiar? ¡Ayúdame! Y no me desprecies, no creas que soy un cobarde, una nulidad... Estoy enfermo, todo ocurre por la enfermedad, yo no tengo culpa, no tengo ni pizca de culpa. Di, ¿tú comprendes que no tengo la culpa yo?

- Claro que lo comprendo -respondía Dzerzhinski sinceramente, muy convencido-. Naturalmente. Eso pasará, todo pasará en cuanto te repongas...

Y lo mismo que la víspera, lo mismo que dos días antes, le decía lo que harían cuando Antón se pusiera bien. Saldrían juntos de la cárcel, irían a bañarse al río, luego pasearían por el bosque y cenarían allí mismo, en una vieja hostería que había en un cruce de caminos...

Dzerzhinski hablaba y veía brillar en la oscuridad los ojos de Róssol, en ellos se encendía el ansia de vivir, un apasionado deseo de ir al bosque, al río, a la hostería, a la ciudad, en la que vivía mucha gente, tocaba la música y no había rejas tras las que hasta los amaneceres primaverales parecían tristes y sombríos; irían adonde no hubiera grilletes, ni celadores, ni largas y fatigosas noches de reclusión...

- Iríamos a un café -decía Róssol-. Te has olvidado del café. Elegiríamos uno bien elegante, ¡qué diablos!, uno de esos en los que toca alguna orquesta. Nos sentaríamos a la mesa como dos señorones y pediríamos todo lo que se pudiera pedir. ¡Ni siquiera puedo imaginarme lo que pediríamos!

Dzerzhinski escuchaba a Antón y decía chistes para hacer que en aquellos labios reseco apareciera una sonrisa, por débil que fuese. Sí, hablaba de esto y lo de más allá y pensaba en algo completamente distinto. Pensaba en que Róssol, enfermo, débil, moribundo, era más fuerte que miles de hombres rebosantes de salud. ¡Qué fuerza de voluntad tan gigantesca, tan sobrehumana había que poseer para amar la libertad y la vida como las amaba Antón y verse en la situación en que se veía, sabiendo que le bastaría con decir lo más mínimo al capitán de gendarmes, que bastaría con que diera un hilo al que el otro pudiera agarrarse, y enseguida, aquel mismo día, lo pondrían en libertad y podría ir al bosque, al río, a la hostería, adonde quisiera!...

Pero lo tenían recluido y no lo juzgaban porque abrigaban la esperanza de que se acobardara y les dijera todo lo que sabía, con tal de que lo pusieran en libertad, con tal de salir a la calle.

Juzgarlo no les parecía conveniente, pues tendrían que llevarlo a la vista de la causa en camilla, como lo llevaban a los interrogatorios.

Deportarlo a Siberia después del juicio tampoco convenía. Pero lo principal era que el tribunal podía absolverle.

Sí, lo mantenían recluido creyendo que hablaría por fin.

Pero Antón no hablaba.

No decía una palabra, se sonreía con sonrisa obstinada y rebelde y respondía a todas las intimidaciones:

- ¡Me importa un comino! ¡Un comino!

Al decir esto, los ojos le relumbraban como a un lobezno.

Una calurosa mañana, cuando dejó oír su voz el primer trueno de la primavera, Róssol dijo con tristeza:

- Mañana podréis pasear metiéndoos en los charcos. ¡Con qué gusto me metería yo en los charcos!

Lo dijo medio en serio y medio en broma, pero luego estuvo callado toda la tarde, oía el ruido de la lluvia, miraba los herrumbrosos barrotes del ventano y tosía. Cuando Dzerzhinski regresó al mediodía del

paseo, Róssol le preguntó:

- ¿Os habéis metido en los charcos?

- Sí -respondió Dzerzhinski, sintiéndose como culpable de algo.

- ¿Son grandes?

- No mucho, regulares...

- ¿Son hondos? -siguió inquiriendo Róssol.

- Charcos corrientes -respondió Dzerzhinski y, para cambiar de conversación, le contó que el nuevo celador se había molestado porque los reclusos habían creído que pensaba acortarles el paseo.

Pero Róssol no le escuchaba.

- ¡Debo salir a la calle! -dijo con voz que no parecía la suya-, ¿comprendes, Jacek? A costa de lo que sea, pero debo salir. No puedo más. ¡Debo salir!

Dzerzhinski lo miraba sin despegar los labios.

- ¡Que me pongan en libertad! -dijo Róssol-. ¡Que me suelten! ¿Me oyes?

Su voz denotaba una desesperación tan grande, que Dzerzhinski sintió un nudo en la garganta.

- ¡Quiero salir a la calle! -dijo precipitadamente, casi a gritos, Róssol, incorporándose sobre un codo, mirando a la cara de Dzerzhinski con ojos casi enloquecidos-. Quiero salir a la calle a cualquier precio. La paciencia tiene su límite. ¡Como quieras, Jacek, pero ya no puedo más! ¡Sácame de la cárcel! ¡Al diablo!...

Hubo que darle agua, pues se ahogaba. Parecía desconcertado, desquiciado. Sin saber él mismo lo que decía, debido a la compasión y la lástima, Dzerzhinski le prometió de pronto, sin poder evitarlo, que al día siguiente procuraría hacer de forma que saliera al patio a pasear.

- ¿Yo? ¿A pasear? - Róssol no creía lo que había oído.

- Tú, sí, tú -dijo Dzerzhinski.

Comprendía perfectamente que Antón no podía salir al patio, pero, ¿qué se le iba a hacer?, lo había dicho sin pararse a pensar, y Róssol lo había tomado en serio, se había aferrado a la palabra "pasear". Quería creer que saldrían al patio, que vería el cielo, el sol, los castaños, la hierba, los charcos...

- Mañana los charcos se habrán secado ya -le advirtió Dzerzhinski.

Pero Antón no le escuchaba. Hablaba sin preguntar nada. Le daba miedo preguntar. Temía que, si preguntaba algo, se pondría en claro sin falta que no habría paseo alguno, que aquello era una ilusión, que lo había soñado. Dzerzhinski exclamaría: "¿Pero qué dices?, ¿de qué paseo me hablas?", y todo terminaría.

Por eso Antón no preguntaba nada.

Se limitaba a hablar del paseo, de que al día siguiente saldría al patio.

Claro que pasear no podría, pero lo importante no era la palabra; descansar al aire libre, tomaría el sol en el patio y, para celebrar el acontecimiento, se fumaría un cigarrillo; como solía decirse, de perdidos

al río. Que los demás dieran vueltas y más vueltas como tontos; él se sentaría y contemplaría el cielo. Pero, no, no fumaría. Era una tontería fumar al aire libre. ¡No tenía sentido! Mejor sería que mordisqueara una brizna de hierba. ¡Dios santo, cuánto tiempo hacía que no había mordisqueado una brizna de hierba, cuando había afortunados que podían hacerlo todos los días!...

Se sentaría en el suelo, sí, en el suelo, y los demás que dieran vueltas y más vueltas. ¡A él lo tenía aquello sin cuidado!

Si pasaba un rato al aire libre, le entraría apetito. Y en cuanto comenzara a comer, la enfermedad desaparecería ella sola. Lo principal era el apetito, sí, el apetito, ¿cierto?

La tuberculosis había que matarla con grasas, leche, crema... La tuberculosis temía los alimentos como el diablo el agua bendita. Y después del paseo...

Cuando se acercaba ya la hora del paseo, Róssol se volvió hacia la pared y se tapó la cabeza con la manta. A la excitación que experimentara la tarde anterior habían sucedido la apatía, una postración muy grande y una indiferencia absoluta. Comprendía, por lo visto, que era necio que pensase en pasear y en ver los castaños; todo aquello eran ilusiones.

En el transcurso de la mañana, Dzerzhinski lo había llamado varias veces, pero él no contestaba y se fingía dormido, aunque no dormía ni pensaba hacerlo.

Poco antes de la hora del paseo, Dzerzhinski se acercó a él, tiró de la manta y, cuando Antón abrió los ojos, enfurecido, le dijo:

- Vístete, no sea que hagamos tarde.

- ¿Para qué voy a vestirme?

- Vamos a pasear...

Por un segundo, a lo sumo, Antón miró a la cara a Dzerzhinski, esforzándose por comprender si bromeaba. Vio que su compañero hablaba en serio. Claro, ¿acaso se podía gastar bromas tan pesadas?

- No podré tenerme de pie -dijo-, me caeré.

Y añadió, con acento culpable:

- Estoy muy débil, Jacek. Las piernas no me aguantarán.

- No tienes por qué andar -dijo Dzerzhinski-, ¿qué necesidad tienes de ello, cuando pienso llevarte a cuestras? Yo seré tus piernas, ¿estamos?

- Sí -respondió Antón sumisamente, con el mismo acento contrito-, pero te vas a cansar mucho.

- Vístete y no hables tanto -le ordenó Dzerzhinski-. Ya veremos si me canso o no.

Antón se sentó en el camastro y se inclinó para alcanzar las botas, pero se desplomó en seguida sobre la almohada de paja: su debilidad era tan grande, que la cabeza le daba vueltas. Dzerzhinski levantó las botas, se sentó al lado de Antón y le pasó el brazo por los hombros, para que se sintiera más tranquilo, más seguro.

- No es nada -balbuceaba Antón, tratando de calzarse las botas-, no es nada, ahora me pasará, ahora mismo. Me he levantado muy bruscamente. Pero ya me siento mejor, ya va pasando...

La emoción y la debilidad le perlaron la frente de sudor. No podía asir la oreja de la bota, no podía meter la pierna en la caña, no tenía ya fuerzas para nada.

- No te apures tanto -le dijo Dzerzhinski con la voz más alegre y blanda que pudo modular-, no estás tan débil, es cosa de los nervios. Por eso no aciertas. Tranquilízate, no te apures. Agarra las dos orejas de la bota y tira. ¿Ya? ¿Ves qué sencillo? Ahora ponte la otra bota. ¿Ya está! ¿Ves qué bien? Ponte ahora la blusa. ¿Dónde tienes la blusa?

Dzerzhinski vestía a Antón aparentando que éste se vestía solo y él no participaba en nada y se limitaba a tranquilizarle, acercarle la ropa y entretenerle con su conversación.

- ¿Ves qué bien? -decía-. Ya está listo. Ahora levántate, pero sin prisas, apóyate en mí y levántate. Así, bien, magnífico...

- Las piernas no me tienen -manifestó con voz desmayada Antón-. No puedo tenerme derecho, Jacek...

La puerta se abrió chirriante, y en la celda entró Zajarkin, el jefe de los celadores.

- ¡Prepararse para salir al patio! ¡Vivo!

Al ver a Antón preguntó:

- ¿A dónde va ése?, ¿a pasear?

- A pasear -le respondió Dzerzhinski.

- ¿Resulta que no puede ir de su pie a los interrogatorios y ahora quiere pasear? -dijo Zajarkin y salió de la celda sin cerrar la puerta.

Antón no podía tenerse de pie: le daba vueltas la cabeza y se le doblaban las rodillas. El plan de Dzerzhinski -sacarlo a pasear sosteniéndole por la cintura- resultaba irrealizable. Había que encontrar sin la menor dilación otra salida, pues Zajarkin hacía ya formar a los reclusos en el pasillo y toda demora encerraba el peligro de hacer tarde al paseo.

A Antón le temblaban ya los labios: era la segunda vez en un mismo día que se veía forzado a despedirse de su ilusión de salir al patio.

- Tranquilidad, Antón -le dijo Dzerzhinski-, todo se arreglará ahora mismo. Siéntate en el camastro.

- ¿Para qué?

- ¡Siéntate, te digo!

Su voz sonó rigurosa, casi conminatoria. Era imposible desobedecerla.

- Ahora agárrate a mis hombros. No, no te agarres al cuello, sino a los hombros. Trae aquí las piernas. ¿Te sujetas bien?

- Sí...

- Agárrate, me levanto...

- Estoy bien agarrado.

Dzerzhinski se enderezó, con Antón a cuestas.

- Te vas a herniar, Jacek -protestó Antón-, lo que

se te ha ocurrido es una locura.

- No te muevas -le aconsejó Dzerzhinski.

Dzerzhinski salió al pasillo llevando a cuestas a Antón, que estaba lívido, pero se sentía feliz. Los reclusos, formados ya en dos filas grises, no vieron en el primer instante, en la penumbra del pasillo, la carga que su compañero llevaba. Pero, cuando se dieron cuenta, ambas filas se estremecieron, oscilaron, se movieron, y de nuevo quedaron inmóviles: Zajarkin corría hacia los reclusos, gritando:

- ¡Fir-mes! ¡Alineación... derecha!

Seguían al celador jefe el director y el subdirector de la cárcel. Aquello no auguraba nada bueno: ambos funcionarios se dejaban ver muy rara vez a tal hora del día.

Dzerzhinski se hallaba en el flanco izquierdo. Los funcionarios habían aparecido por el derecho y se detuvieron en él, pasando revista a los reclusos.

- No tema, camarada -dijo a Dzerzhinski el recluso que estaba a su lado, un médico muy fornido, de lacio bigote-, no le dirán nada. No se atreverán.

- Atreverse sí que se atreverán -Dzerzhinski se sonrió-, pero no me da miedo. Vamos a ver.

Antón era alto y huesudo, por lo que llevarle a cuestas resultaba muy fatigoso, a pesar de su delgadez.

Dzerzhinski mismo estaba muy débil después de tantos meses de cárcel y, con aquella carga, apenas podía tenerse de pie. El sudor bañaba su rostro, y el corazón le latía desacompañadamente. Pero los funcionarios se movían con tanta lentitud, que se le antojaba que habría de permanecer toda una eternidad en aquel pasillo húmedo y penumbroso, con su compañero a cuestas. ¡Si, a lo menos, Antón no estuviera tan nervioso!

El director de la cárcel examinaba a cada recluso y lo cacheaba personalmente: durante los paseos, los reclusos solían pasarse cartas, esquelas y hasta libros, y el director había declarado la guerra a aquello. Por el momento no había encontrado nada, y eso lo enfurecía. Si el cacheo resultaba infructuoso, quedaría en ridículo.

Cuantos menos reclusos quedaban por cachear, tanto más se exasperaba el director de la cárcel. Dzerzhinski veía ya su pálido rostro rasurado, prominente nariz, cejas angulosas y pronunciada barbilla y las puntas del almidonado cuello de su camisa, que asomaban del uniforme.

- ¿Por qué, me permito preguntarle -vociferaba-, le faltan botones? ¿Es que no conoce usted las reglas? ¡Pues yo se las enseñaré! ¡Zajarkin, métale tres días en una mazmorra!

Embalado ya, encontraba algo que le parecía mal en la ropa o en la conducta de cada recluso: uno no se había cuadrado debidamente, otro se sonreía con descarado, otro tenía las manos en los bolsillos, otro se había atrevido a pedir las gafas que le habían quitado

en el interrogatorio...

- ¿Qué quiere decir eso de que las han quitado?

- El juez instructor me quitó las gafas para hacerme confesar -dijo el recluso que hacía cuatro a partir de Dzerzhinski, un hombre de rostro fino e inteligente-, y sin gafas no veo nada. Le ruego que me devuelvan las gafas...

Pero el director de la cárcel ya no le escuchaba. Había visto a Dzerzhinski y se dirigía hacia él, acompañado del subdirector, un joven de cara granujienta.

- ¿Qué significa esto? -preguntó el director, entornando los ojos-. ¿Es una broma o qué? ¡Cuádrense en seguida los dos -vociferó-, en seguida!

- Ya sabe usted que mi camarada está enfermo -replicó Dzerzhinski- y no puede tenerse de pie.

- ¡Cállese! -bramó el director-. ¡Cuádrense ustedes!

- Pero si él no puede... -objetó Dzerzhinski.

- ¡Silencio! -mugió el director, todo congestionado, perdidos los estribos-. ¡A la celda! ¡Lo prohíbo! ¡Zajarkin! Por haber sacado sin autorización... por haber sacado sin autorización de la celda...

Se le trabó la lengua y se olvidó de lo que quería decir. En aquel instante se oyó de pronto en el pasillo la sonora voz de Antón:

- ¡Verdugo! ¡Te fusilaremos de todos modos! ¡Verdugo!

No se sabe lo que hubiera ocurrido si a Antón no le hubiese dado en aquel instante un golpe de tos, tan fuerte que se soltó de los hombros de Dzerzhinski y, lívido, inconsciente, cayó cabeza abajo sobre las desgastadas losas del pasillo. Pero el médico que se hallaba al lado de Dzerzhinski evitó rápido que se golpeará la cabeza contra el piso y lo tomó en sus brazos.

Zajarkin agarró al médico de un brazo y lo apartó de Antón. El médico se desasió violentamente. Antón seguía tosiendo. De su boca fluía un hilo de sangre.

- ¡Atrás! ¡A formar! -gritó con voz estentórea el director de la cárcel y desabrochó la funda de la pistola-. ¡Al sitio!

El médico se hallaba ya de rodillas al lado de Antón.

Zajarkin volvió a tirar de él, asiéndole por un hombro.

- ¡Apártese! -le gritó Dzerzhinski-. ¡Largo de aquí!

- ¿Qué es eso? -preguntó desconcertado Zajarkin, y empuñó su revólver.

- ¡Todos a formar! ¡Atrás! -seguía vociferando el director-. ¡Atrás o disparo!

La formación había dejado de existir. La formación se había roto súbitamente. Los reclusos rodeaban, en tres grupos, al director, al granujiento subdirector y a Zajarkin. Alguien gritó con frenética voz, aguda:

- ¡Camaradas, muerte a los verdugos!

Una palidez cenicienta cubrió el semblante de Zajarkin.

- ¡Guarda el revólver, canalla! -le dijo Dzerzhinski-. ¡Escóndelo, si no quieres que te maten!

A la izquierda, aquella voz rabiosa y fina, seguía chillando como ebria:

- ¡Muerte a los verdugos, camaradas! ¡Muerte a los verdugos!...

No se mató a nadie. El director, el subdirector y Zajarkin se retiraron precipitadamente. Les dejaron salir y se marcharon. Obedeciendo a Dzerzhinski, los reclusos volvieron a sus celdas. A Antón lo llevaron a su camastro, y el médico se sentó al lado. La cárcel enmudeció.

Estuvieron hasta la noche esperando represalias, pero no las hubo. Apareció Zajarkin, suave como un guante, y se mostró tan cortés que hasta preguntó, por la mirilla, qué tal se sentía Antón.

- Ahora, mejor -le respondió, también muy cortésmente, Dzerzhinski-. Muchas gracias por su interés.

Pero Zajarkin no se apartó de la mirilla, que dejaba ver tan sólo su boca, rodeada de pelo. La boca aquella dijo:

- Hay enfermedades terribles...

Dzerzhinski no supo qué contestarle.

Al anoecer, Antón se sentía ya mejor. Su flaco rostro parecía más chupado y se había puesto más gris aún que antes; tenía los ojos muy hundidos y los labios resecos y agrietados.

- Hemos dado un buen paseo, ¿verdad, Jacek? -preguntó, procurando esbozar una sonrisa.

- Mañana pasearemos -respondió impasible Dzerzhinski.

- ¿Tú crees?

- Estoy seguro.

Estaba de pie ante Róssol, esbelto, alto, y emanaba una fuerza tan serena, que el enfermo quedó convencido de que al día siguiente pasearían, de que nada podría hacerle cambiar de decisión y saldrían al patio costara lo que costase.

Aquella noche, Róssol durmió tranquilamente por primera vez en muchos meses. A la mañana siguiente, Dzerzhinski, como si nada hubiera ocurrido, le ayudó a vestirse y, cuando Zajarkin abrió la puerta de la celda y llamó al paseo, cargó con él y se unió a la formación.

El director de la cárcel no estaba; desde el día anterior no se había dejado ver.

Zajarkin aparentaba que no le importaba nada Dzerzhinski, ni su carga, ni nada que no fuera el paseo. No miraba a los reclusos a la cara y, los ojos puestos en el suelo, gritaba:

- ¡Hay que llevar el paso! ¡No arrastrar las cadenas! ¡Silencio en las filas! ¡Vuelta a la derecha! ¡Despacio en las escaleras!

Acompañados del ruido de sus pisadas y del metálico sonido de los grilletes, los reclusos iban por pasillos, escaleras y otra vez pasillos hacia el patio de la cárcel.

- ¿Pesa mucho? -preguntó quedamente el médico a Dzerzhinski.

- No importa, ya me iré acostumbrando - respondió Dzerzhinski.

Bajaron el último tramo de las escaleras, cruzaron el último pasillo y salieron al patio adoquinado. Lucía el sol, y el día era tibio, casi caluroso. Florecían aún los castaños, y blancas candelas piramidales embellecían sus ramas. Zajarkin, caminando hacia atrás, iba delante de la primera pareja y gritaba, moviendo las manos como un director de orquesta:

- ¡Guardar la distancia! ¡Tres pasos de intervalo! ¡Orden, orden, hijitos, si no queréis que os zurre! ¡Silencio!

Se estaba allí tan bien, que aquellas necias voces de Zajarkin no estorbaban.

Calentaba el sol.

En medio del patio zureaban unas palomas.

Soplaba el viento, un auténtico viento de primavera.

Dzerzhinski sudaba a mares, pero no se daba cuenta.

Al tiempo que el sonido de los grilletes y el ruido que producían al pisar cientos de botas, oía el jadeante susurro de Antón, sus entrecortadas palabras, rebosantes de gozo:

- ¡Jacek, mira los castaños! ¿Ves los castaños? ¡Hierba! ¡Mira, crece entre los adoquines! ¡Mira a la

izquierda, mira qué hierba tan verde! ¿Estás cansado, Jacek? ¿Te fatigas? ¡Mira qué paloma tan gorda! ¿Cómo puede volar con tanto peso?

Róssol parecía haberse quitado unos años de encima.

Y todos en torno parecían rejuvenecidos y como atontados. Por todas partes se oían exclamaciones entusiasmadas:

- ¡Sí, la vida es la vida!

- ¡La naturaleza! ¡Con eso está todo dicho!

- ¡Madre mía, cómo caliente el sol!

- ¡No caliente ni para ti ni para mí!

- ¡Qué tiempo tan hermoso!

Dzerzhinski se ahogaba, y un velo le nublaba los ojos. No oía nada que no fueran los tumultuosos latidos de su corazón y las palabras que Antón le susurraba al oído.

"Hay que aguantar -pensaba-, no debo caer, con Antón, en medio del patio".

Y no cayó. Terminaron los quince minutos. Zajarkin hizo sonar su silbato y dio la orden de volver a las celdas. Dzerzhinski tenía que subir a Antón al cuarto piso y llevarlo aún por los pasillos...

Desde aquella mañana, cada día sacó a Antón a pasear al patio. Aquel verano estropeó mucho su corazón. Pero ¿acaso Dzerzhinski prestaba atención alguna vez a tales pequeñeces?

Se sabe que alguien dijo de él:

"Si en toda su vida consciente Dzerzhinski no hubiera hecho nada más que lo que hizo por Róssol, eso bastaría para que los hombres debieran alzarle un monumento".

ELIZAVETA DRABKINA.

La autora de este cuento es una veterana comunista, militante del Partido leninista desde 1917. Drábkina trabajó en su juventud con muchos compañeros de lucha de Lenin, comprendida Nadiezhda Konstantínovna Krúpskaya, esposa del guía de la revolución. Drábkina conoció personalmente a Lenin y fue testigo de muchos episodios de su vida, que cuenta, en su libro "Pan duro y negro". Un relato de esta obra se reproduce en el presente tomo.

MEDITACIÓN.

Aquel año se prolongaron bastante tiempo los días claros, soleados. El frío se echó encima de repente. La víspera del aniversario de la Revolución de Octubre sopló de pronto un viento gélido y el segundo día de la fiesta se desencadenó una tormenta de nieve; los húmedos copos cubrieron las ventanas. Mama y yo estábamos dudando de ir o no a un concierto en la Gran Sala del Conservatorio, para el que teníamos entradas. ¡Qué bien que al fin nos decidimos a ir!

Las calles estaban cubiertas de nieve. Las lámparas, cubiertas por la nieve, despedían una luz tenue. Junto a la Casa de los Sindicatos había una estatua de madera representando a un soldado rojo. Simbolizaba las victorias obtenidas sobre Denikin y Yudénich en las últimas semanas; su bayoneta ensartaba a generales, terratenientes y fabricantes.

Mama y yo íbamos agarradas de la mano en contra del viento que *azotaba* las banderas y sacudía los cables. Una senda, practicada en la nieve, conducía a la entrada del Conservatorio. El guardarropas no funcionaba. Nos sacudimos la nieve y subimos.

La sala estaba casi llena. Los empleados sacaban los atriles y colocaban en ellos las partituras. Nuestras entradas eran del patio de butacas: fila quinta o sexta. La localidad situada delante de la mía estaba sin ocupar. En la butaca de al lado había un hombre con gorro de orejeras, adornado con piel negra. Tenía levantado el cuello del abrigo y estaba sentado con los hombros hundidos, como si estuviera fatigado o quisiera calentarse.

Aparecieron los de la orquesta con los abrigos y gorros puestos. La pianista no se quitaba los guantes de lana. Sonaban lánguidamente los instrumentos al templarlos, como si los sonidos quedaran también congelados en medio de aquel frío glacial. Por fin salió el director de orquesta, Serguéi Kusevitski, si no me traiciona la memoria. Vestía de frac, pero en lugar de la blanca pechera almidonada se veía asomar un jersey de color gris. El director saludó

rápidamente, se sopló las manos, y levantó la batuta. Comenzó el concierto...

Me hundí todo lo que pude en el abrigo y me disponía a escuchar, cuando mama me tocó suavemente con el codo. Con los ojos me señaló al hombre que estaba sentado delante, a la izquierda de nosotras. Se había quitado el gorro y bajado el cuello. Era Vladímir Ilich.

Había visto muchas veces a Lenin hablando en la tribuna, presidiendo reuniones, en su casa. Y siempre estaba en acción, en movimiento. Ahora le veía por primera vez en un momento de concentrada meditación, parecía que se encontraba a solas consigo mismo.

Mientras escuchaba -a veces, no- la obertura de "Coriolan", yo observaba imperceptiblemente a Vladímir Ilich. Permanecía sentado, sin moverse, absorbido por la música. La orquesta fue librándose paulatinamente del entorpecimiento, pero conservaba un sonido velado; el helado timbalero, cuando le llegaba el momento de tocar, golpeaba con fuerza excesiva su instrumento.

- Parece que patalea como un caballo -bromeó alguien, detrás, en voz baja.

Después del final sonaron los aplausos. Vladímir Ilich se movió ligeramente. Comprendí que trataba de colocar mejor el hombro izquierdo, del que todavía no habían sido extraídas las balas eseristas.

Este movimiento me hizo recordar cómo los empleados del Consejo de Comisarios del Pueblo e incluso del Secretariado del Comité Central del Partido, cuya sede se hallaba fuera del recinto del Kremlin, en los primeros días que siguieron al atentado contra Vladímir Ilich, andaban de puntillas y hablaban en voz baja. Luego empezó a mejorar y experimentábamos una gran felicidad cuando al ir al comedor del Kremlin le veíamos pasear por el patio.

Nuevos aplausos interrumpieron mis pensamientos. Ahora Vladímir Ilich estaba sentado de manera que le veía la mitad derecha de la cara. Su

expresión era concentrada, un poco triste. Y un sentimiento de inmenso cariño hacia él invadió mi alma.

Recuerdo el día Primero de Mayo de 1919. La fiesta del proletariado internacional se celebraba de manera distinta de como se celebra ahora. Todo el Moscú revolucionario venía formado en columnas a la Plaza Roja, escuchaba los discursos de los oradores, desfilaba por delante de Lenin, cantaba, pronunciaba el juramento de fidelidad a la Revolución Socialista y, después de pasar en la Plaza Roja varias horas, se dispersaba por sus distritos, para terminar allí la celebración de la Jornada internacional de solidaridad de los trabajadores del inundo entero.

La Plaza Roja era también distinta de como es ahora. A lo largo de la muralla del Kremlin, estaban las tumbas de las víctimas de la Revolución cubiertas de césped. La Plaza estaba empedrada de adoquines. Por ella pasaban dos líneas de tranvías, que sonando los timbres y rechinando, subían la cuesta junto al Museo de Historia; luego descendían con estruendo hacia el pequeño puente de Moskvoretski. Al otro lado de la catedral de San Basilio había una fila de casas viejas y feas y debido a ello la plaza parecía más pequeña y estrecha que ahora.

Aquel Primero de Mayo de 1919, la plaza tenía un aspecto más festivo que otras veces. En los edificios que ahora ocupan los Grandes Almacenes Universales se habían colgado enormes telas escarlata; en una estaba dibujado un obrero, en otra, un campesino. En cada almena de la muralla del Kremlin ondeaba una banderita roja, e incluso a Minin y Pozharski, cuyo monumento estaba situado entonces delante de los edificios del actual Gum, les habían puesto a cada uno una banderita roja en la mano. En el Lóbnov meste, (que fue patíbulo en otros tiempos) una tela blanca cubría el monumento a Stepán Razin que debía ser inaugurado aquel día. La tumba reciente de Yákov Mijáilovich Sverdlov se hallaba cubierta de flores.

Brillaba el sol. Los árboles llenos de yemas, se perfilaban como un verdeante encaje, en el fondo del claro cielo. Reinaba un ánimo alegre. De los frentes llegaban noticias de las victorias del Ejército Rojo. La muchedumbre entonaba canciones, los conocidos se saludaban a grandes voces, con las palabras que entonces acababan de ponerse en circulación: "¡Un saludo en el Primero de Mayo, camarada!" La juventud declamaba a coro las estrofas de un reciente verso de Demián Bedny:

¡Oh, Scheidemann, bicho malvado!
 ¡Qué consuelo habré hallado
 El día en que vea el farol
 Del que te hayan colgado!

Cerca del mediodía, en la plaza apareció Vladímir Ilich Lenin, que fue aclamado por los reunidos. Lenin dirigió un ardiente discurso que finalizó con las siguientes palabras: "¡Viva el comunismo!" Luego bajó para dirigirse a la siguiente tribuna (había varias en distintos confines de la plaza, de manera que todos los que venían pudieran escuchar a Lenin y a otros líderes bolcheviques). Pararon a Vladímir Ilich y le tendieron una pala.

Aquel Primero de Mayo se había declarado Día de plantación de árboles. La República Soviética, rodeada de enemigos por todas partes, había decidido plantar arbolillos.

Vladímir Ilich, sonriendo maliciosamente, se frotó las palmas de las manos, agarró la pala y empezó a cavar la tierra junto a la muralla del Kremlin.

Cuando estuvo hecho el hoyo se acercó una carreta con plantones. A Vladímir Ilich le entregaron un frágil tilo. Lo colocó cuidadosamente en el lugar destinado para él, echó la tierra, lo regó y, cuando el trabajo estuvo terminado, prosiguió su camino y subió a otra tribuna.

En el primer discurso de aquel día, hizo el balance del pasado; ahora su pensamiento estaba enfocado al futuro, al nuevo mundo, que se perfilaba tras el humo de pólvora que envolvía a la Rusia Soviética. El veía este futuro en los niños que le escuchaban, situados al pie de la tribuna, y en los arbolillos que acababan de plantarse.

Apoyados en las palas, los reunidos escuchaban las palabras de Vladímir Ilich.

- Nuestros nietos -decía tendiendo delante de sí la mano ennegrecida por la tierra- contemplarán como algo curioso los documentos y monumentos de la época del régimen capitalista. Les costará trabajo hacerse idea de que pudieran encontrarse en poder de particulares el comercio de artículos de primera necesidad; de que las fábricas y los talleres pudieran pertenecer a particulares; de que un hombre pudiera explotar a otro; de que pudieran existir quienes no trabajasen. Hasta el presente, hemos hablado como de un cuento, de lo que verán nuestros hijos; pero a partir de ahora, camaradas, veréis claramente el edificio de la sociedad socialista, del que hemos sentado los cimientos, ya no es una utopía. Nuestros hijos construirán este edificio con un tesón aún mayor.

Contempló a los niños, y tras de una pausa, dijo lo siguiente:

- Nosotros no veremos ese futuro, como no veremos florecer a los árboles que hoy han sido plantados; pero lo verán nuestros hijos, lo verán los que hoy son jóvenes...

... La primera parte del concierto fue premiada con una salva de aplausos. Todos se levantaron de los asientos, haciendo esfuerzos por entrar en calor. Vladímir Ilich también se levantó.

Se puso el gorro, se golpeó los puños, luego

volvióse y nos vio a mama y a mí.

- ¡Ah, Elizavet-Gorrioncito! -me dijo, llamándome por el apodo que me daban cuando era pequeña. Saludó a mama, después a mí con un fuerte y rápido apretón de manos...

Sí, todo esto fue...

¡Y hoy, al recordarlo, se sienten deseos de ser mejor, más noble, de merecer siempre el alto título de comunista!

VERA PANOVA.

Vera Panova (n. 1905) autora de muchas novelas, obras de teatro, relatos y guiones cinematográficos ("Compañeros de viaje", "Seriozha", "Las estaciones del año", "Novela sentimental", etc.), ha sido distinguida tres veces con el Premio Nacional.

Vera Panova conoce y ama a Leningrado, su ciudad natal, a la que se llama "cuna de la Revolución". Panova ha escrito algunos relatos acerca del pasado revolucionario de la ciudad. La novela corta "Tres chicos ante un portal" nos habla de los niños, de la joven generación llamada a conservar y desarrollar las tradiciones de sus padres, artífices de la revolución.

TRES CHICOS ANTE UN PORTAL.

Tres chicos se encuentran ante el portal de una hermosa casa. Es una casa antigua, amarilla y con columnas blancas, que se alza en el Campo de Marte. Es un caluroso día de agosto, corre la última semana de vacaciones, de libertad y de bonitas mariposas. ¡Ay, qué agradable fue el verano! Pero ha terminado ya...

- Echemos un cigarro -dice pensativo Vitka, tendiendo a sus amigos una cajetilla de "Belomor".

Sashka toma un emboquillado.

- ¿Y tú? -pregunta Vitka a Yúrchik.

- Muchas gracias, lo he dejado.

- ¿Para siempre?

- Sí -responde Yúrchik-, para siempre.

Es un chico enclenque y pálido, que lleva gafas. Apenas les llega al hombro a Vitka y a Sashka. Cuando su madre se enteró de que fumaba -fue en el chalet; ella cruzaba el jardín y vio humo sobre los arbustos-, lloró tan desesperadamente como si el chico hubiera intentado suicidarse. Yúrchik no podía soportar aquello, y sacrificó su placer para que la madre no llorara tan dolorosamente.

- No le tientes -dice Sashka a Vitka-. ¿No te dice que lo ha dejado? ¿Por qué eres tan pelmazo?

- No le tiento. Le he ofrecido un cigarrillo...

- Pues no le ofrezcas más. ¿Crees que es tan fácil para un fumador dejarlo? Hace falta mucha fuerza de voluntad.

Estos forzudos gigantones le tienen lástima a Yúrchik porque su madre es tan loca, pero le respetan. Y no sólo por su fuerza de voluntad. Lo consideran un verdadero pozo de saber. Puede responder a cualquier pregunta que se le haga. En seguida o, a más tardar, al día siguiente. Le llaman, cariñosamente, "nuestro Gafas".

Ante la casa, en la estrecha calzada, pueden verse los rieles del tranvía. Al otro lado de la línea hay un vasto campo con alamedas de redondos tilos podados y grupos de arbustos en franjas de césped verde

claro. La hierba la esmaltan plateados globitos de diente de león. Sobre el campo, en el cielo azul, flotan esponjosas nubes blancas... Los chicos ven desde el portal la ancha salida al Neva, al puente de Kírov. Está allí el monumento a Suvórov: un apuesto joven de musculosas piernas, que lleva un casco y una corta túnica. Vitka y Sashka creían que era el generalísimo Suvórov, pero Yúrchik les ha dicho que es Marte, el dios de la guerra. Les ha dicho también que el campo aquel se llama el Campo de Marte porque en tiempos los soldados hacían en él ejercicios y desfilaban, y allí no crecía nada, ni un arbolillo, ni una brizna de hierba; apisonada por las botas de los soldados, la tierra era dura como piedra, y por ella corrían torbellinos de polvo.

Los chicos no vieron nada de eso. Cuando ellos nacieron, el campo aquel era ya verde y florecía. Florecen allí rosas y otras flores; en los bancos descansan abuelas y niñas, y los chicos pequeños juegan en la arena. Unas mujeres se dedican especialmente a velar por el orden y, si algo no les gusta, tocan el pito. Las mujeres esas no quitan ojo a los chicos mayores: creen siempre que han ido allí para alterar el orden.

De los tiempos antiguos no quedan en el Campo de Marte más que dieciséis farolas. Son unas farolas muy peregrinas, aristadas, con oscuros cristales. Por las tardes, cuando por todo el campo se encienden, claros como perlas, redondos lampiones, las dieciséis viejas farolas despiden una luz débil, pobre, anacrónica. Parece que alumbran desde otro mundo. Las farolas se encuentran en medio del campo, junto a las fosas comunes.

Rodea las fosas una baja tapia de granito. En la piedra gris hay talladas unas inscripciones. Son largas, tienen muchas líneas cada una. Las hay de letras grandes y de letras más pequeñas.

La tapia se abre en sus cuatro costados para que se pueda pasar adentro. Allí están enterrados hombres

que dieron su vida por la revolución hace mucho tiempo, cuando, no ya estos chicos, sino sus padres no habían nacido aún.

En las tumbas arde un fuego eterno. Ese fuego es de gas: hay bajo tierra una tubería que nutre una boquilla instalada en la superficie. Los empleados del servicio de gas se cuidan de que la boquilla funcione siempre bien.

Aquello no tiene nada del otro mundo. Estos chicos viven en la ciudad en que se ha construido un rompehielos atómico, se interesan por el Cosmos, los spútniks y la cibernética, y una boquilla de gas no es para ellos más que eso: una boquilla de gas. Por fuego eterno ellos entienden, principalmente, que los empleados del servicio de gas cumplen muy concienzudamente sus obligaciones.

Yúrchik les dijo en cierta ocasión que las largas inscripciones de la tapia las había escrito Lunacharski. Hace mucho tiempo vivió, efectivamente, el camarada Lunacharski, Comisario del Pueblo de Instrucción Pública. Por cierto, las locomotoras que teníamos entonces en el país estaban todas estropeadas, eran muy viejas, y los norteamericanos nos ofrecieron cien locomotoras nuevas si les dábamos la verja del Jardín de Verano.

- Sí, esta misma verja. Sí, cien locomotoras.
 - Yo la hubiera dado -dice Vitka.
 - ¿La hubieras dado?
 - Sí daban cien locomotoras, ¿por qué no?
 - ¿Crees que cien locomotoras eran un buen precio?
 - ¡Pues claro! -dice Vitka.
 - ¡Qué tarugo! -dice Yúrchik.
 - ¿Por qué me llamas tarugo? -pregunta Vitka.
 - Porque nosotros fabricamos tantas locomotoras como puedan hacernos falta, y no ya locomotoras de vapor, sino incluso diesel y eléctricas, y esa verja es única en el mundo.

Lunacharski era de la misma opinión y persuadió al Consejo de Comisarios del Pueblo de que no se debía vender la verja.

- ¿Será posible que sea única en el mundo? - pregunta Sashka.

A un lado se encuentra el Jardín de Verano con su verja, que vale más que cien locomotoras, y al otro, el Jardín de Mijáilovski. Si se toma a la izquierda, al salir por la puerta, a dos pasos de allí se encuentra el Club de Energía Eléctrica de Leningrado, donde hay cine todas las tardes, y, si cruza el puente, se llega a la fortaleza de Pedro y Pablo. Entre el Neva y la fortaleza hay una franja de arena, una angosta playa. Los muros de la fortaleza la protegen de los vientos del Norte. La gente se baña y toma el sol allí. Vitka empieza a tomar baños de sol en abril. Claro que cuando hay sol. En abril, hasta en los días soleados, la arena está fría como el hielo, y, si uno se echa en ella, puede palmarla. Los hombres, jóvenes y viejos,

desnudos de cintura arriba, toman el sol de pie, en numerosos grupos, pacientes y valerosos.

Mientras uno es pequeño, no se imagina lo que es la vida de un hombre. Cree que su padre trabaja las ocho o siete horas que le corresponden y, para ese día, no tiene ya nada que hacer. En fin, queda, claro está, el trabajo social, alguna reunión o cosa por el estilo. Pero cuando uno crece un poco y empieza a alejarse solo bien a la izquierda o bien a la derecha del portal de su casa, se da cuenta del cúmulo de ocupaciones que tienen los hombres. Por ejemplo, en la Plaza de las Caballerizas se examinan motociclistas todos los días para que les den el carné de conductor. El examinador, un teniente de la milicia, observa, un hombre ejecuta complicados virajes en su moto, viejos y jóvenes, que parecen haber echado raíces en la tierra y no poder moverse, miran y critican. Uno acaba de salir del trabajo y lleva la ropa sucia de cal o de grasa. Otro -su madre lo mandó a la panadería- lleva en la porsiacaso una rosquilla. La madre le está esperando, pero él se ha olvidado de todo lo del mundo.

Sashka frecuenta el comercio de la Avenida de Nevski, cerca de Liteiny, donde venden sellos a los coleccionistas. Aquello está también lleno de adultos. Se aglomeran en la tienda y salen a la calle a echar un cigarro. Canjean sellos con los escolares, discuten los cambios que se han producido en el mundo y enumeran los nuevos Estados africanos. Sashka dice que en esas cuestiones son tan entendidos como los profesores de Geografía.

En la alameda del Jardín de Mijáilovski que corre paralela al Moika, los hombres han organizado un club de ajedrez. Llevan allí consigo tableros y figuras. En torno a los jugadores se congregan los "hinchas". Allí se organizan competiciones; ese club tiene sus Botvinnik y sus Tal.

Por cierto, ¿cómo se puede no sentir respeto por Yúrchik, cuando aquellos hombres tan formales aceptan jugar con él y le invitaron a participar en una competición? El quería y hubiera jugado, si su madre no se lo hubiese llevado al chalet.

Los tres chicos se hallan ante el portal. Miran hacia el Campo de Marte. La gente pasea por los senderos, y las abuelas y las niñas conversan sentadas en los bancos.

Una nena pequeñita con una batita roja y un nene con camisita blanca arrancan dientes de león en el verde césped.

Una portera ha sacado del patio una manga y se dispone a regar la calle. Pero antes de abrir el grifo del agua se pone a observar, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

Desde el Neva, torciendo con elegante suavidad la esquina, se acercan unos limousines negros. Son muchos y ruedan unos muy cerca de otros.

- ¡Fíjate cuántos! -observa Sashka.

Los primeros limousines aminoran la velocidad, y se van acercando otros. Parece ya que no caben en nuestra angosta calle. Aglomerándose con cuidado, como grandes escarabajos, se deslizan a los rieles, y el tranvía que venía en dirección contraria se detiene.

- Deben ser polacos -dice Yúrchik.

- ¿Por qué piensas eso? -inquire Vitka.

- Lo he leído en "Leningrádskaya Pravda".

- Cierto -confirma Sashka-. Por radio han dicho también que ha llegado una delegación polaca.

- Depositarán una corona -dice Yúrchik- y se llevarán a Polonia el fuego eterno.

- ¿Cómo que se lo llevarán? -pregunta Vitka-. ¿Del todo?

- ¡Qué cosas tienes! Encenderán en nuestro fuego una antorcha y se la llevarán.

Los limousinos se detienen. Unos en la calzada y otros después de haber entrado en el Campo de Marte por el ancho sendero. Chasquean las portezuelas al abrirse. Se apea la gente. Dos usan sombrero; los demás van a pelo. Uno viste una chaqueta verde; los otros, trincheras beige y grises.

Dos personas llevan una gran corona hacia la tapia de las tumbas.

Los transeúntes se han detenido para ver lo que ocurre. Las abuelas y las niñas, tomando de la mano a los niños, corren desde todos los lados hacia las tumbas.

Los tres chicos se dirigen también allí. Pero caminan sin apresurarse, las manos en los bolsillos, muy celosos de su dignidad.

Las personas que han llegado en los limousines se encuentran junto a la tapia. Los dos que llevaban sombrero se han descubierto también; el viento alborota su pelo. El de la chaqueta verde, seguramente un intérprete, manotea y habla todo el tiempo; por lo visto, traduce las inscripciones. La delegación lo rodea y le escucha. Luego, uno se aparta del grupo. Se dirige a buen paso, por la abertura de la tapia, hacia el centro del recinto, donde arde el fuego eterno. Los demás le siguen en fila. El hombre pone una rodilla en tierra y, luego, los chicos dejan de verle porque los demás lo ocultan.

Pero lo que han podido ver les ha gustado. Sus semblantes adoptan una expresión satisfecha y orgullosa. Sí, les ha gustado que pusiera la rodilla en tierra e inclinara su cabeza, su cana cabeza. Eso es caballeresco y bello. No habían visto antes que nadie pusiera la rodilla en tierra en señal de homenaje; únicamente lo habían leído en las novelas históricas.

Lo principal es que el hombre se ha arrodillado aquí, ante *nuestras* fosas comunes. Sí, se ha arrodillado en la tierra de Leningrado, lleno de veneración, y el viento del Neva alborota su pelo blanco.

Todos miran en silencio. Los transeúntes, los niños, los empleados de Energía Eléctrica, desde las ventanas del segundo piso, y los empleados de la

estafeta de Correos, desde las ventanas de la planta baja... El grupo de polacos deja paso al hombre de pelo blanco, que se dirige por el sendero hacia los automóviles. Lleva algo, junto al pecho, en la mano derecha, y con la izquierda lo protege. Han encendido una pequeña antorcha en nuestro fuego y la llevan a su país... Al hombre de pelo blanco le siguen en fila los demás. Se abren, chasqueantes, las portezuelas de los automóviles. La delegación monta en ellos; monta también en uno de los coches el intérprete de chaqueta verde.

Y eso es todo. Los negros limousines dan la vuelta, zumbando levemente. El impresionante cortejo de brillante charol negro se aleja. Haciendo sonar sus timbres, circulan los tranvías. Las abuelas y los nietos se dispersan hacia sus bancos.

Sin ponerse de acuerdo, los tres chicos se dirigen hacia las tumbas mesuradamente, las manos en los bolsillos. Han crecido cerca de esas tumbas, viendo cada día, en invierno y en verano, la tapia de granito con las inscripciones redactadas por el Comisario del Pueblo Lunacharski. Pero ninguno de ellos, ni siquiera Yúrchik, ha leído con detenimiento las inscripciones. A los once o doce años no se siente mucho interés por lo que hay escrito en las tumbas.

Pero ahora dan la vuelta lentamente a la tapia y se detienen ante cada inscripción para leer atentos las adustas y solemnes líneas. Los tres chicos quieren saber qué han leído en las piedras los polacos, qué se han llevado a Polonia de nuestro Campo de Marte.

sin conocer los nombres
de todos los héroes de la lucha
por la libertad
de quienes dieron su sangre
el género humano
honra a los héroes anónimos
y en memoria y honor
de todos ellos
esta piedra
por largos años
coloca

Los chicos leen en silencio, para su capote: Sashka, arrugando el entrecejo; Vitka, abarquillando sus rojos labios, y Yúrchik, con una seria y reconcentrada expresión en su pequeña cara. Penetran, más rápida o más lentamente, en el sentido de aquellas palabras. ¡Fíjate, no hay signos de puntuación! ¡Con los dolores de cabeza que esos signos proporcionan y resulta que puede uno pasarse sin ellos! Esas palabras están dirigidas a la eternidad, a los rusos, a los polacos, a todos los pueblos, por eso poca importancia pueden tener los signos de puntuación.

es inmortal
quien cayó por la gran

causa
 en la memoria del pueblo vive
 eternamente
 quien por el pueblo
 dio su vida
 trabajo lucho
 y murió
 por el bien común

A unos pasos de allí, el nene de la camisita blanca y la nena de la batita roja miran a los chicos mayores que leen las inscripciones. Por lo visto, esperan algún nuevo acontecimiento. ¿Quizás alguien más se arrodille? Pero los chicos mayores se limitan a quitarse de la boca las colillas y a guardárselas en el bolsillo.

de la sima de la opresión
 la miseria y la ignorancia
 te levantaste
 tu proletario
 conquistando
 tu libertad y dicha
 a toda la humanidad
 harás feliz
 y arrancarás
 de la esclavitud

Los chicos penetran en el recinto en que se hallan las tumbas. En un rincón, ven, apoyada en la pared, la corona de los polacos. En el centro, en una cavidad de una pequeña plazoleta cuadrada, arde el fuego eterno, que se agita al viento, a la luz del claro día, como una viva bandera roja y oro. Es el fuego que vinieron a buscar los polacos. Es el fuego por el que velan los empleados del gas para que arda eternamente.

no son víctimas sino héroes
 quienes yacen en esta tumba
 no es dolor sino envidia
 lo que engendra vuestra suerte
 en los corazones
 de todos los agradecidos
 descendientes
 en días bellos y terribles
 vivíais gloriosamente
 y moríais con honor

- ¿Qué tiene de particular -piensan los chicos- que los empleados del gas velen por el fuego? Claro que hay que velar por él y limpiar la boquilla cuando se ensucia.

¿Qué importa -piensan- que un día de viento huracanado se apagará? La gente lo volvió a encender y lo encenderá otra vez si eso se repite. Naturalmente, es fuego eterno, ¡claro que eterno!

A sus pies, bronceados, polvorientos, llenos de arañazos, calzados con *sandalias*, conversan con quedas voces las lápidas de las tumbas. Dicen nombres y explican:

- Cayó en combate con los guardias blancos.
- Fue asesinado por los socialrevolucionarios de derecha.
- Murió en el frente.
- Fue asesinado por los guardias blancos finlandeses.
- Murió a manos de los guardias blancos al sofocar la sublevación de Yaroslavl en julio de 1918.
- Yacen aquí los caídos en los combates de las jornadas de la Revolución de Febrero y del Gran Octubre de 1917.

contra la riqueza
 el poder y los conocimientos
 para unos pocos
 os alzasteis en guerra
 y caísteis con honor
 para que la riqueza
 el poder y el conocimiento
 fueran
 la suerte de todos

Los tres chicos, las manos en los bolsillos, se alejan de las tumbas.

Está bien, piensan, que los extranjeros anoten tales cosas y se las lleven a sus países. Sí, así debe ser. Allí se dice: Vivíais gloriosamente y moríais con honor. En aquellos días lejanos, bellos y terribles.

- ¿Por qué terribles? -pregunta Vitka.

Pero sus camaradas no quieren ahora debatir eso; quieren pensar un poco. Yúrchik aprieta con fuerza sus pálidos labios, dando a entender que no siente deseos de conversar. Piensa tú mismo, Vitka, con tu propia cabeza, si es que puedes.

Los chicos caminan por la llana alameda, entre los redondos tilos, y las elevadas palabras vibran en sus corazones.

Se han marchado a tiempo: corría ya hacia las tumbas la mujer del pito. Vio a los chicos y corrió hacia la tapia a todo correr: creía -así lo cuenta luego a las abuelas y niñeras- que los chicos se habían acercado allí para robar flores de la corona. Pero los chicos se han marchado, y la corona está intacta. Enojada por haber hecho trabajar en vano a sus piernas, la mujer, de todos modos, aunque ya están lejos, hace sonar su silbato.

La nena de la batita roja y el nene de la camisita blanca han vuelto a sus dientes de león. No han comprendido nada, absolutamente nada. No ha llegado aún su hora. La nena se agacha, acampanada su batita roja, y parece una gran flor. Ella y el nene parecen flores en un verde prado.